



CHICAS
DE
TORMENTAS
Y DE
SOMBRA S

NATASHA NGAN

CHICAS
DE
TORMENTAS
Y DE
SOMBRA S

CHICAS DE TORMENTAS Y DE SOMBRA S

NATASHA NGAN

Traducción de Daniela Rocío Taboada



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Girls Of Storm And Shadow*

Editor original: JIMMY Patterson Books, un sello de Little, Brown and Company

Traductora: Daniela Rocío Taboada

1.ª edición: marzo 2020

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2019 *by* Natasha Ngan

All Rights Reserved

© de la traducción 2020 *by* Daniela Rocío Taboada

© 2020 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17981-43-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para James.

Dos Jimmys hicieron que este libro fuera posible.

Tú eres uno de ellos.

Con amor, siempre.

Advertencia:

Este libro contiene escenas de violencia y autolesiones y referencias a abusos sexuales y recuperación posttraumática.





LAS CASTAS

Por las noches, los regidores celestiales soñaban con colores y, al llegar el día, esos colores se derramaban sobre la tierra y caían como lluvia sobre la gente de papel, y la bendecían con los dones de los dioses. Por temor, algunas personas de papel se escondían de la lluvia y esta no llegaba a tocarlos. Pero otros se solazaban con la tormenta, y resultaban bendecidos, más que todos los demás, con la fortaleza y la sabiduría de los cielos.

—Fragmento de las *Escrituras Mae* de Ikhara

Casta de papel – *Completamente humanos, sin ningún rasgo animal ni demoníaco; carecen de habilidades demoníacas tales como volar.*

Casta de acero – *Humanos que poseen ciertas cualidades animales o demoníacas, tanto en su físico como en sus capacidades.*

Casta de la Luna – *Totalmente demonios, con rasgos animales o demoníacos tales como cuernos, alas o pelaje, de forma humanoide y plenas capacidades demoníacas.*

—Fragmento del *Tratado sobre las castas de posguerra*
del Rey Demonio

En lo profundo del corazón oscuro del palacio real, el rey se ocultaba.

Había estado allí durante semanas, negándose a recibir a todos los visitantes excepto a los hechiceros que trataban sus heridas y sus dos confidentes más cercanos, que cuidaban de los daños de su cuerpo y su ego. Por supuesto, nunca admitiría que eso era lo que hacía. Y si alguien se atreviera siquiera a *sugerir* que estaba pasando por un momento difícil, los ejecutaría de inmediato. Nada de eso era doloroso. Nada era demasiado para manejar para el gran Rey Demonio de Ikhara.

Sin embargo, al igual que la mayoría de las mentiras que las personas se dicen a sí mismas, se derrumbó entre la sombra y la quietud de la noche. El rey, por mucho que expresara lo contrario, *estaba* perturbado. Sus heridas habían penetrado más profundo que su carne y hueso. Habían atravesado, maliciosamente, cada vena, célula y poro, hasta que sintió el eco del miedo en cada latido de su corazón. Y ese miedo tomó forma. Y nombre.

Lei-zhi.

Se negaba a pronunciarlo en voz alta, pero su cuerpo lo traicionó. Susurraba su nombre al ritmo de su pulso. Le mostraba el rostro de la chica cuando él dormía: piel de porcelana con salpicaduras de sangre; labios levantados; ojos salvajes, aquellos brillantes ojos dorados llenos de tanta furia atravesaban su alma, los lugares exactos en su interior que él creía que había arrancado de raíz hacía tiempo.

Cuando fue demasiado, cuando el rostro y el nombre de la chica se burlaba de él hasta que no podía respirar y los muros de su cuarto se cerraban sobre él, el rey llamaba a una chica.

Ninguna de *esas* chicas, claro. Aún tenían que ocuparse adecuadamente de esas chicas.

Aunque lo haría.

Sino que llamaba a otra chica. Tal vez una bonita de la casta de acero con aspecto de lince de las Casas de Noche, o una joven esclava de papel recién traída de un asedio. No le importaba. Le entregarían una chica y él la destrozaría, solo para demostrar que podía hacerlo. Para sentir de nuevo que era todopoderoso. Una chica humana no lo vencería: incluso el ardor y el dolor constante de sus heridas le recordaban lo cerca que había estado la chica de lograrlo.

Cada día, los hechiceros reales iban a curar las heridas en la garganta y el rostro del rey. Naja había hecho un buen trabajo. Los hechiceros habían llegado justo a tiempo después del ataque de la chica para salvar la mayor parte de sus cuerdas vocales, aunque le dolía hablar y su voz era más ronca que antes: un gruñido áspero y gutural. Sin embargo, su ojo derecho fue imposible de salvar. La cuenca estaba arruinada, tenía varios nervios dañados

y carne pulposa, estaba demasiado dañada para permitir siquiera la colocación de un ojo de cristal. En las semanas que habían pasado desde el ataque, la herida del ojo se había vuelto un poco menos aterradora gracias a la magia de los hechiceros. Si bien pasarían muchos meses más hasta que el resto de su rostro volviera a la normalidad, ni siquiera los hechiceros podían traer a la vida a los muertos, y su ojo derecho perdido sería un recordatorio eterno de aquella noche.

El rey recordó las palabras de uno de sus generales, también con forma de toro, que una vez había ido a verlo para pedirle usar la magia de los hechiceros reales para quitar un corte horrible que atravesaba la mitad de su rostro.

«Las cicatrices de batalla son una insignia de honor, general Yu», le había dicho al soldado. «Son marcas de poder. Librarse de ellas sería demostrar debilidad. Lleva tus cicatrices con orgullo».

Lleva tus cicatrices con orgullo.

Qué gran tontería. Él siempre lo había sabido, claro, pero una parte de él había creído en aquel sentimiento alguna vez.

Ya no. El rey ahora sabía exactamente qué eran las cicatrices: recordatorios de tus propios fracasos. Al igual que de aquellos que las habían infligido.

La chica aún estaba allí afuera. Pero el rey tenía fe. Naja aún no le había fallado. Ella la encontraría, como había prometido, junto a la hija del traidor Ketai Hanno, y las llevaría a ambas al palacio ante él.

Porque el rey también había aprendido otra cosa sobre las cicatrices: eran una caldera ardiente de odio. Y si una furia como esa podía darle a una débil chica humana el poder de atacarlo *a él*... bueno. Ya verían lo que podría hacerle a un Rey Demonio con un hambre voraz de venganza.

Desde la noche en que escapamos del palacio, lo que al principio era una suave llovizna de copos se ha convertido en una tormenta de nieve.

En menos de veinticuatro horas la primera capa se asienta. En solo un día se convierte en una manta gruesa y blanca resplandeciente. En un día más la nieve lo ha cubierto todo, una alfombra de polvo amortiguado que arde en los ojos a la luz del día y proyecta formas extrañas de noche entre las sombras. Después de dos semanas, es como si hubiéramos vivido en ese mundo congelado desde siempre.

Camino con dificultad a través de los montículos profundos más allá del templo, mis botas rompen la nieve con crujidos pesados. El frío ha entumecido todo mi cuerpo. Flexiono la punta rígida de mis dedos bajo los guantes. Las gotas de hielo se derriten y ruedan sobre mis botas de cuero prestadas sin importar cuánto las apriete. Pero al menos mis manos y mis pies tienen alguna clase de protección contra el clima. Mi rostro lucha directamente contra los elementos... es una guerra y la está perdiendo.

El viento arde sobre mis mejillas descubiertas mientras miro entre los copos de nieve danzarines, intentando ver dónde han ido los demonios leopardo. Ya llevamos rastreando las montañas casi una hora. Las empinadas colinas boscosas están tapadas de nieve, cada árbol sin hojas está cubierto de hielo. La tarde es espeluznantemente silenciosa: solo se oyen los cristales de nieve, las pisadas de las botas y mi propia respiración acelerada.

—¿Cómo va todo ahí atrás, princesita?

Suspiro. Ni *por asomo* es tan silencioso.

—Mi *nombre* —grito a modo de respuesta—, como te he dicho millones de veces, Bo, es *Lei*.

En cuanto las palabras salen de mi boca, el viento me las arrebató. Los copos de nieve bailan sobre mi nariz y depositan besos fríos y húmedos en mis mejillas expuestas.

—¿Princesa?

Escucho de nuevo la voz de Bo, esta vez con mayor claridad. Los hermanos deben de estar a pocos metros de distancia delante de mí.

Mi respiración dibuja nubes a mi alrededor mientras apresuro el paso para alcanzarlos. Sus siluetas altas se materializan a través del viento lleno de nieve, con extremidades largas y desgarradas como los troncos de los árboles que los rodean y prácticamente de apariencia humana. Cuando me acerco más, sus detalles demoníacos aparecen: orejas

puntiagudas de leopardo, patas atléticas, colas largas que se mueven de lado a lado, cubiertas de la misma piel beige con manchas negras que recubre el resto de sus cuerpos. Unos ojos verdes resplandecen debajo de los párpados con borde negro. Sus rostros redondos son tan similares que es difícil diferenciarlos a primera vista.

Uno de los dos pares de ojos es suave y amable. Nitta.

El otro par, los ojos de Bo, baila entretenido.

Nitta corre hacia mí con un grito de alivio y aparta los mechones húmedos de cabello negro de mi sien.

—¡Gracias a Samsi! Por un momento, temíamos haberte perdido. Lo siento, Lei, avanzamos demasiado rápido. Intentamos ir más lento, pero...

—Si fuéramos más lento, estaríamos viajando en el tiempo hacia el pasado —protesta Bo—. Papeles —añade con un cloqueo impaciente, rascándose el lateral del mentón mientras me mira por encima de su nariz chata y felina.

Nitta frunce el ceño y lo mira.

—Bo.

—¿Qué? Solo digo que cualquiera que no haya nacido con protección contra el clima se pierde la diversión.

—Tal vez deberíamos regresar. —Los copos de nieve cubren la piel manchada de Nitta y ella desliza una mano sobre su sien sin pensar; parece preocupada—. Aún no hemos encontrado nada y Lei parece a punto de morir congelada. Merrin tenía razón. Esto ha sido una mala idea.

Bo coloca una mano sobre su cadera huesuda.

—¿Ahora vas a confiar en Plumas? Vamos, hermana, ¿qué sabe ese cerebro de pájaro?

—Tú desafiarías las ordenes de Merrin solo para molestarlo —replica Nitta.

—¿Por qué otro motivo crees que accedí a permitir que Lei nos acompañara en nuestro viajecito de caza? —El chico leopardo sonrío—. Sin ofender, pequeña —me dice—, pero no has venido aquí precisamente por tu habilidad innata para el rastreo.

—Como si *tu* habilidad para el rastreo nos sirviera de algo —respondo—. ¿Acaso has encontrado algo aún? ¿Mmm?

Mientras Bo inclina la cabeza a un lado, entretenido, yo estiro la espalda, enderezando los hombros. Aún a pesar de que tengo la mitad de la altura de los hermanos leopardo, de todos modos mi postura me hace sentir más fuerte.

—Os pedí que me permitierais venir hoy porque estoy harta de esconderme en ese templo. Ya han pasado más de dos semanas. Si tengo que pasar un día más escuchando los cantos eternos de Hiro y al resto de vosotros entrenando o debatiendo tácticas de guerra mientras me prohíben hacer *cualquier cosa*, mi cerebro estallará. —Me coloco bien la bufanda y aprieto mis puños enguantados—. Ahora, ¿podemos por favor atrapar algo

bueno para comer? Estoy cansada del taro asado en todas las comidas.

Nitta vacila, pero Bo alza las manos en el aire.

—¿Sabes qué? La princesa tiene razón. Si tengo que comer un trozo más de taro, me *convertiré* en un taro. —Con un bufido teatral, se desploma de espaldas. Los copos de nieve llueven sobre él—. Mirad —gruñe con horror fingido, parpadeando mientras nos mira desde el agujero con forma de Bo en la nieve—. Ya ha empezado a pasar. Soy uno con el taro. Y es... *insoportable*. —Se pone de pie de un salto, con su abrigo cubierto de hielo, y dibuja una sonrisa amplia de dientes filosos—. ¿Lo pilláis? ¿*Insoportable*?

—Ay, hermanito —suspira Nitta—. Tus chistes son tan *espantosos*.

Los tres nos reímos, el sonido quiebra la quietud espeluznante del bosque cubierto de nieve, hasta que un crujido fuerte a nuestra izquierda nos interrumpe. Nos giramos con rapidez, mi corazón se aloja en la garganta, solo para ver un montículo de nieve, que había estado haciendo equilibrio sobre las ramas torcidas de un árbol, caer al suelo con un gran ruido.

Nitta y Bo enderezan la espalda de las posturas defensivas que habían adoptado por instinto.

Bo resopla y deja el cuchillo en su cinturón.

—¿Te asusta la nieve, hermana mayor? ¿Temes que moje y arruine tu bonito cabello?

Nitta mueve los ojos en dirección a su hermano.

—No creas que no he visto *tu* reacción. —Pero hay cierta cautela cuando se gira y alza la nariz para olfatear el aire. Mueve las orejas, escuchando. Luego, avanza—. Vamos —dice—. Sin duda hay algo ahí afuera. Y, Lei, esta vez quédate cerca.

Continuamos caminando por el remolino blanco. Es lo único que puedo hacer para seguirles el ritmo a los hermanos, sus cuerpos ágiles de la casta de la Luna avanzan con facilidad entre las columnas de árboles congelados. Mientras Nitta y Bo apartan las capas de nieve con destreza con cada movimiento elegante de sus atléticas patas de leopardo, yo me arrastro con torpeza a través de los montículos gruesos. El colchón de nieve me llega hasta las rodillas. Las raíces ocultas de los árboles se enredan con mis botas. Cada ráfaga de aire frígido me corta la garganta, pero a pesar del frío, aparecen gotas de sudor dentro de mi abrigo y debajo de la bufanda de piel que rodea mi cuello y mi barbilla.

Los demonios no reducen el paso. Nos detenemos solo para beber un poco de agua de la cantimplora que Nitta lleva atada a la cintura o para buscar rastros del animal que ella y Bo rastrean; los hermanos juntan las cabezas para debatir las huellas de su presa en voz baja.

Después de una hora de rastreo sin distracciones, Bo rompe el silencio.

—Nos estamos acercando —anuncia, semioculto por la nevisca blanca que hay donde está caminando a pocos pasos delante de nosotras.

Nitta levanta más la nariz.

—Tienes razón. Yo también capto algo. Intenso, a almizcle... ¿Qué crees que es?
—¿Tu delicioso aroma natural? —sugiere su hermano. Nitta pone los ojos en blanco.
—¿Ves eso? —pregunta ella, señalando un árbol cercano.

Bo y yo nos acercamos más. Hay dos muescas profundas grabadas en la corteza, debajo de la altura de mi cabeza. Parecen recientes: solo las cubre una capa delgada de nieve.

Bo desliza los dedos sobre las marcas.

—Puede ser una cabra de montaña grande.

—Espera —digo, mientras retrocedo para inspeccionar las ramas bajas y retorcidas del árbol—. Es un árbol de mango. Un árbol de *mango* —repito, sorprendida—. ¿Suele nevar aquí? No podemos estar tan alto en las montañas si hay higueras y árboles frutales.

Ninguno de los dos comparte mi sorpresa.

—La Enfermedad ha causado toda clase de cambios climáticos extraños —dice Nitta encogiéndose de hombros; luego se gira hacia su hermano, frunciendo el ceño—. Sería una cabra demasiado grande. Creo que es más bien algo similar a un buey.

—Puaj, espero que no. La carne de buey es asquerosa.

—¿Quieres cenar taro otra vez?

—Es mejor que culo de buey.

Nitta mira hacia adelante en medio de las ráfagas brillantes, sus orejas redondeadas se sacuden. Al igual que su hermano, tiene las orejas cubiertas de joyas y aros en una variedad de plata descolorida y oro y la luz invernal resplandece en ellos cuando la chica mira de izquierda a derecha.

—Por aquí —dice ella, ya en movimiento.

Bo me guiña un ojo.

—¿Lista para cumplir con tu rol en la cacería, princesa?

—¿Qué rol es ese?

—La carnada —responde con una sonrisa burlona.

Lo fulmino con la mirada mientras se aleja. Tardo unos instantes en pensar una respuesta. Avanzo furiosa por la nieve, lista para decírsela... cuando un movimiento captura mi atención.

Me paralizó. Mi corazón late con fuerza en el silencio del bosque cubierto de hielo.

El bosque quieto y vacío.

Bajo mi bufanda, mi piel se eriza.

—¿Estáis... estáis seguros de que solo hay *un* animal cerca? —pregunto.

Nitta y Bo se giran y me silencian con la misma mirada fulminante de ojos verdes.

—Tenemos que estar callados... —comienza a decir Nitta.

Oímos el crujir de la nieve más adelante. Ella se gira con rapidez e inclina el cuerpo para adoptar una postura defensiva. Bo señala hacia las ráfagas de nieve. Con agilidad, toma su

cuchillo mientras Nitta prepara el arco que carga sobre el hombro. Lo alza frente a ella con su mano izquierda, y con la derecha toma una flecha del carcaj amarrado a su espalda. Con un movimiento hábil, coloca la flecha con cola de pluma en su lugar y hace retroceder su brazo derecho para extender el arco mientras apoya la punta de la flecha sobre sus nudillos izquierdos. Flexiona los músculos definidos debajo de su camisa de algodón mientras apunta hacia el aire gélido, pero Nitta no dispara la flecha.

Aún no.

Con las orejas en alerta y el rostro concentrado, se desliza entre los árboles. Bo se agazapa levemente mientras avanza detrás de ella, con los dedos cerrados sobre su cuchillo, listo para lanzarlo.

Busco con manos enguantadas y torpes mi propia daga en mi cintura. Es un cuchillo de hoja corta y simple: uno que les sobraba a los demás. Lo sujeto con fuerza y sigo a los hermanos, haciendo un gran esfuerzo por seguir el sendero que han creado con sus pasos precisos. Mi piel cosquillea de incomodidad. Algunas veces creo ver movimiento: no delante donde Nitta y Bo avanzan en medio del paisaje invernal, sino en la periferia de mi visión. La silueta sombría de algo grande y... no humano. Pero cuando miro, no hay nada. Solo ráfagas grandes de copos de nieve brillantes. Viento frío, nubes de aliento y silencio profundo, ahogado por la tormenta de nieve.

Nitta y Bo ahora avanzan más rápido. Aunque me esfuerzo al máximo por seguirlos, la distancia entre nosotros comienza a crecer. Por delante, Nitta se gira abruptamente y nos guía sobre una colina escarpada; veo el resplandor de una cascada congelada a nuestra derecha. Mi aliento dibuja nubes gruesas mientras intento seguirlos... y luego mis pies se topan con un saliente rocoso debajo de las ráfagas de nieve.

Con un grito, caigo de cara a la nieve. Acumulaciones de hielo me muerden la piel, las gotas derretidas caen por los laterales de mi bufanda. Con una mueca de dolor, me pongo de rodillas y comienzo a quitarme la nieve del rostro y el pelo cuando percibo movimiento detrás de mí.

Una voz, liviana como una pluma, pero tan profunda como los huesos de los dioses y los terremotos, aparece en el viento.

Te he encontrado.

Algo frío que nada tiene que ver con la nieve rueda sobre mi columna. En un instante, su rostro aparece en mi mente.

Cuernos marcados, decorados con oro, puntas afiladas como cuchillos.

Un rostro delgado y apuesto, facciones bovinas mezcladas inmaculadamente con la forma humana.

Una sonrisa arrogante y satisfecha.

Y esos ojos... sus iris de ese azul ártico limpio y transparente que recuerdo sentir cómo

me atravesaban incluso ahora. Más de dos semanas desde aquella noche, desde el instante en que hundí una daga en lo profundo de su garganta y le quité la vida.

El Rey Demonio.

Te he encontrado.

Agazapada en la nieve, me giro con mi cuchillo en alto entre mis dedos temblorosos, mi corazón late con fuerza contra mis costillas. Pero el bosque está vacío. Los árboles se yerguen altos, como centinelas silenciosos en medio de la escarcha.

La sangre me sube a los oídos. Miro de nuevo en todas direcciones, los escalofríos aún recorren mis brazos y mi nuca a causa de esa voz. Había parecido tan real. Tan *cercana*.

Cuando me pongo de pie para continuar siguiendo a Nitta y a Bo, no hay rastro de ellos. Estoy sola.

Luego, contengo el aliento.

Porque, tal vez, no lo estoy. Aunque es imposible que haya oído las palabras del rey, el movimiento que he percibido y la sensación de que alguien nos observa pueden deberse a que nos *están siguiendo*. No es el fantasma del rey muerto, sino uno de sus soldados o guardias de élite.

Por ese motivo Wren y los otros me han prohibido salir del templo todo este tiempo. Sabemos que es solo cuestión de tiempo hasta que nos encuentren, si es que aún no lo han hecho. Han pasado más de dos semanas desde el ataque en el palacio la noche del Baile de la Luna. Más que tiempo suficiente para que ellos nos hayan rastreado, incluso hasta nuestra ubicación remota aquí, en las montañas del norte. Más que tiempo suficiente para esperar fuera del templo, donde nos hemos escondido con magia protectora. Para esperar hasta que partamos a nuestro próximo destino, o hasta que *yo* me vuelva estúpida y lo bastante imprudente para desobedecer la orden de permanecer oculta.

Exactamente lo que he hecho hoy.

Una alarma cobra vida en mi cabeza y en el mismo momento más movimiento (real esta vez, junto a jadeos y el crujir de la nieve rota) aparece delante, en lo alto de la colina.

—¡Lei! —El grito de Nitta atraviesa la tormenta de nieve, agudo por el pánico—. ¡Corre!

Justo en el momento en el que una silueta descomunal salta en mi camino y emite un rugido que me hiela la sangre.

2

El tiempo parece estirarse cuando la bestia aparece con dos saltos largos entre las columnas de árboles y emerge entre las ráfagas de hielo como si fuera a cámara lenta, con sus inmensas patas delanteras —y sus garras— extendidas.

Marcas negras sobre la piel blanca arena cubierta de nieve.

Patas traseras pesadas.

Hombros poderosos y fornidos.

Un rostro amenazante, los labios curvados hacia atrás para exhibir sus colmillos.

Y ojos: azules como el cristal, brillantes como los del rey.

El animal aterriza a pocos pasos frente a mí, agazapándose, un rabo robusto como un brazo se mueve de lado a lado. Sus orejas felinas hacia atrás. Con los dientes expuestos, emite un rugido que atraviesa mi corazón. Y por un instante, estoy atrapada en mi sitio, clavada allí no por el miedo, sino por los recuerdos. Recuerdos del demonio que tenía ojos como esos. Que también rugía antes de usar sus dientes y su poder no para rasgar mi piel... sino mi ropa.

Mi alma.

Te he encontrado.

En cierto modo, el rey me *ha* encontrado: porque nunca me ha *abandonado*. Ni siquiera la muerte podría quitar las cicatrices que él me dejó, grabadas bien profundas, el modo en que la historia talla sus marcas en los cimientos de un reino, para darle forma por siempre e influenciar su futuro.

Luego, el animal sisea, rota los ojos mientras nos evalúa a los tres con curiosidad feroz. Y, al mismo tiempo, me doy cuenta de tres cosas.

Ese no es el rey; no es ni siquiera un demonio. Es un animal.

El leopardo de las nieves mueve su nariz húmeda rosada y negra. Clava sus ojos azules helados en mí. Mi corazón se detiene; el color familiar me atrae. Sin pensar, alzo el cuchillo y avanzo con un grito... en el mismo instante en que el leopardo salta.

Una flecha vuela y se hunde en el montículo de nieve entre nosotros. La criatura gruñe al esquivarla en el último segundo y en el espacio que se abre, Nitta salta.

Lanza a un lado la flecha que blandía y mueve su arco colgado del hombro para usarlo a lo largo, como un báculo. En menos de un segundo, el leopardo la ataca. Ella lanza el arco hacia su hocico manchado de saliva. Las mandíbulas de la criatura lo muerden. Se oye el

crujir de la madera, pero el arma resiste. El leopardo sacude la cabeza, su garganta ruge. Nitta no suelta el arco y aunque sus manos están demasiado cerca para estar cómoda ante los inmensos dientes afilados del animal, sostiene su postura con firmeza. Solo tiene unos años más que yo, pero, de pronto, parece más madura, como si tuviera décadas más, más alta y fuerte, emanando la confianza de una guerrera.

Avanzo, alzando de nuevo la daga, cuando Bo se lanza sobre mí.

Caemos en la nieve.

—¿Estás loco? —grito. Le doy una patada, pero él no me suelta, lucha por mantenerme en el suelo mientras el polvo helado vuela por todas partes.

A menos de dos metros de distancia, el leopardo ruge. Más grave, más fuerte. Empuja hacia delante con sus patas fuertes.

Con músculos temblorosos, Nitta hunde sus talones, alzando el mentón... y le devuelve el gruñido.

El animal parpadea. Se detiene. Mueve las orejas al frente, suaviza la boca.

Nitta gruñe de nuevo. Sin palabras, solo un sonido gutural desde lo profundo de su estómago que resuena en su pecho y sale por su garganta con la misma calidad feroz. Es solo un eco del rugido del animal salvaje. Aun así, la criatura parece reconocerlo.

Baja la pata que estaba a punto de golpearla. Separan sus narices el uno del otro, apartan sus rostros de leopardo en silencio. Bo y yo aún estamos semiocultos en la nieve donde me ha derribado, pero desde mi perspectiva baja y ventajosa, veo al leopardo de las nieves por completo. Está más alto que nosotros, es majestuoso y feroz, hermoso y aterrador, su rostro redondo con hocico amplio y sus ojos turquesas brillan con inteligencia. Los copos de nieve caen sobre los mechones gruesos de su abrigo de piel. Jadea, aún muerde el arco de Nitta, el calor sale de sus fauces con bigotes.

La criatura no aparta los ojos de la chica demonio. ¿Es posible que note el mismo parecido entre ellos que yo veo? ¿Cómo, si bien Nitta está de pie sobre sus patas traseras, hay un poder feroz en su postura que imita a la del leopardo? ¿Cómo, si bien sus extremidades son desgarbadas y largas por la influencia humana (las castas de la Luna son el punto medio perfecto entre humanos y animales) comparten la forma de las patas del leopardo? ¿Cómo sus facciones llevan el mismo aspecto felino que el animal cuyos ojos mira?

A pesar de sus diferencias, parece que el leopardo reconoce todas esas cosas... que Nitta es, en cierto modo, como él. Porque después de unos pocos segundos tensos más, abre la mandíbula y suelta el arco de Nitta. Lamiéndose el hocico, la criatura retrocede despacio, su mirada azul y atenta aún centrada en ella. Luego, levantando una nube de nieve, se gira, vuelve a la ladera de la montaña y desaparece tan rápido como ha llegado.

Nitta baja su arco.

—¿Estáis bien los dos? —pregunta, apresurándose a ayudar a Bo a salir de encima de mí. Está agitada, un temblor recorre su cuerpo mientras me ayuda a ponerme de pie. Quita acumulaciones de hielo de mi abrigo—. Lei, ¿estás herida?

—Estoy... estoy bien —digo jadeando, doblando el cuerpo por la mitad para inhalar bocanadas de aire frío.

Asintiendo distraída, Nitta mira a Bo.

—¿Has visto...?

—Lo sé...

—El modo en que nos ha mirado...

—Lo sé...

—¿Crees que sabía...?

—¿Por qué otro motivo iba a...?

—¡Esos ojos!

—¡*Increíble!*

—¿Por qué has hecho eso? —Mi grito agudo interrumpe sus voces entusiasmadas. Coloco las palmas sobre mis rodillas y fulmino a ambos con una mirada acusadora mientras aún intento recuperar el aliento—. Tenías un disparo limpio, Nitta. Yo tenía un disparo limpio. Estaba muy cerca. ¡Podría habernos matado!

Los hermanos me devuelven la mirada, con sus ojos verdes pálidos abiertos de par en par.

—Princesa... —comienza a decir Bo.

—¡Lei! —gruño, apretando los dientes.

—Lei. —Agazapándose para sostener mis hombros, él acerca su rostro redondo al mío, los copos de nieve se acumulan en su pelaje manchado y se aferran a los aretes que lleva en las orejas—. ¿Sabes quién era?

—¿Quién...? ¿Te refieres al leopardo de las nieves?

Bo y Nitta intercambian una mirada de exasperación, aunque su entusiasmo aún está vivo e ilumina sus rostros con un resplandor febril.

—Había olvidado que vosotros los humanos no tenéis animales espirituales —dice Bo—. Si fueras un demonio, sin importar a qué casta pertenecieras, comprenderías lo maravilloso que ha sido el encuentro que acaba de ocurrir. Para algunos de nosotros, es increíblemente raro cruzarnos con nuestro animal espiritual. Hay demonios que ven a su animal espiritual todo el tiempo...

—Los que tienen forma de perros, toros, aves —añade Nitta.

—Pero los que tenemos un ling-ye más peculiar —prosigue Bo— podemos pasar la vida entera anhelando vivir ese encuentro sin tener suerte nunca.

—Así los llamamos —explica Nitta—. Ling-ye. Almas salvajes. Y para cualquier demonio,

la mera idea de matar el suyo...

Ambos se estremecen.

—Pero coméis carne —digo—. Carne de los ling-ye de los demás.

—Gracias a Samsi —responde Bo—. ¿Imaginas una vida sin cordero asado? ¿O sin mejillas de buey con salsa tamarindo? O...

—No viene al caso, hermanito —susurra Nitta. Él parpadea.

—Oh. Claro. El caso es que ningún demonio comería jamás la carne de su propia forma. Especialmente para quienes pertenecemos a la casta de la Luna, los ling-ye son venerados como dioses. Por ese motivo no podíamos permitir que hirieras al leopardo de las nieves.

—Me da una palmadita en la cabeza—. Perdóname por haberte derribado de ese modo. Ya sabes, el instinto y todo eso. —Luego, con una exhalación larga, se gira hacia su hermana. Los ojos de ambos brillan con la misma intensidad luminosa. Sin una palabra, juntan las manos y unen sus frentes, cerrando los ojos.

Los celos atraviesan mi cuerpo mientras observo su abrazo silencioso. De pronto, quiero volver al templo.

Quiero volver *con ella*.

Wren estaba dormida cuando me he escabullido fuera del templo esta tarde, estaba entre las pieles con las que nos habíamos envuelto en la siesta posterior al almuerzo (y posterior al *amor*), su cabello negro estaba desplegado sobre su mejilla. Parecía demasiado en paz y no he querido molestarla, así que me he escabullido fuera de las sábanas, con cuidado de no despertarla. Ahora, anhelo ver su precioso rostro. Quiero abrazarla fuerte, ver su sonrisa dulce y sus hoyuelos.

Me remuevo en mi sitio con culpa. No sonreiré cuando descubra que me he escapado para cazar con Nitta y Bo.

Como si me leyeran la mente, los hermanos se separan. Sus rostros aún irradian una chispa secreta, aunque ahora parecen más tranquilos.

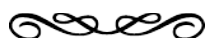
—Deberíamos volver —dice Bo—. Los demás comenzarán a preocuparse.

—Y quién sabe —añade Nitta, agazapándose para recoger su arco—. Tal vez nos topemos con un buey en el camino.

Bo sonrío.

—¡Genial! Será la primera vez que Lei coma culo de buey.

—Qué afortunada soy —murmuro con una mueca.



Wren está esperando en los escalones debajo del alero cuando llegamos al templo una hora después. Aunque no puedo evitar la alegría en mi corazón al verla, el modo en que nos fulmina con la mirada mientras salimos de entre los árboles hacia el claro con la tormenta

de nieve soplando a nuestro alrededor, hace que mis pasos se tambaleen.

Bo emite un silbido bajo.

—Vaya *mirada fulminante*. Podría congelar las partes íntimas de cualquier demonio.

—Entonces, qué suerte que Lei no sea un demonio. —Nitta me toca el hombro—. No te preocupes —dice con dulzura—. Se alegrará de ver que estás a salvo.

—Y que hemos traído comida. —Bo sacude las dos cabras de montaña que hemos cazado en el camino de vuelta—. Nadie puede estar demasiado furioso si le traes comida. —Infla el pecho, parece pagado de sí mismo—. Es solo un truquito que he aprendido de los muchos romances que he tenido.

Nitta alza una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles serían? Debo de habérmelos perdido *en todos los años que te conozco*.

Los hermanos continúan discutiendo mientras nos aproximamos al templo. Sus muros de piedra son oscuros en contraste con los árboles cubiertos de nieve. La luz tenue brilla sobre la superficie congelada del lago que se extiende a la derecha del edificio. Un acantilado empinado se alza detrás del templo y en esa misma roca está tallada la mitad de la construcción, lo que da la impresión de que un gran monstruo de piedra con las fauces abiertas está a punto de tragarnos de un bocado.

Wren permanece de pie esperando en la parte superior de los escalones en la entrada abierta del templo. Viste un abrigo de lana pesado, su cabello negro cae sobre la tela violeta oscura. Sus labios definidos están rosas por el frío. Incluso sin la tormenta de nieve, cierta gelidez brota de ella, y me estremezco, flexionando mis dedos enguantados dentro de los bolsillos de mi abrigo.

—Buena suerte —susurra Bo, ocultando a medias el tono burlón en su voz.

Los hermanos permanecen en la parte inferior de la escalera. Wren observa mientras subo hacia ella, las pantorrillas me duelen después de haber pasado horas caminando entre las montañas. Está erguida con tanta rigidez que parece tallada en la misma roca oscura del templo, con los brazos cruzados, el mentón levemente hacia arriba, el único movimiento es el baile del viento en su cabello alrededor de sus pómulos pronunciados. Es preciosa, aun enfurecida, y resisto la necesidad de rodearla con mis brazos y cubrirla de besos.

Eso será después.

En cambio, bajo la bufanda cubierta de hielo que cubre mi boca y le sonrío ampliamente.

—¡Buenas tardes, amor mío! —canturreo—. ¿Has dormido una buena siesta?

El susurro burlón de Bo («Qué inicio tan audaz») llega desde el pie de la escalera acompañado por la risita de Nitta.

Los ojos de Wren miran rápido detrás de mí y silencia a los hermanos a toda velocidad.

—No bromees sobre esto. —Su voz ronca está tensa, entrecierra los ojos de modo peligroso mientras me ataca verbalmente—. ¿Imaginas mi pánico cuando me he

despertado y he visto que no estabas? ¿Sabes cuánto me he asustado?

Adopto una expresión seria.

—Wren...

—Esto fue lo único que Merrin y yo te pedimos. Lei, sabes *por qué* no puedes vagar por ahí en el bosque. Sin mencionar el hecho de que aún te estás recuperando de lo ocurrido en el Baile de la Luna. ¿Y si te hubieras topado con guardias reales? ¿O con grupos anti-papel que te asesinarían solo por diversión? No es seguro ahí afuera...

—¿Acaso alguna vez lo es? —interrumpo, frunciendo los labios—. ¿*Cuándo* ha sido Ikhara un lugar seguro para chicas como nosotras?

Algo se derrite en sus facciones.

—No soportaba continuar siendo una inútil —balbuceo, mirando el suelo. Froto la punta de mis botas contra la losa húmeda—. Hemos esperado a tu padre durante más de dos semanas. El resto de vosotros habéis tenido cosas que hacer, mientras que yo solo he permanecido sentada sin hacer nada.

Wren sujeta mis dedos enguantados con sus manos descubiertas.

—Lei, *ni por asomo* eres inútil.

—Entonces ¡permíteme ayudar! Ya no estamos en el palacio, Wren. No tienes que continuar protegiéndome. Sé en lo que me he metido. *Quiero* ayudar.

Sus ojos castaños líquidos suavizan su expresión.

—Si resultaras herida...

Avanzo y apoyo la mejilla sobre su pecho.

—No puedes protegerme del resto del mundo para siempre —susurro.

Su respiración caliente la parte superior de mi cabeza.

—Mírame intentarlo. —Luego rodea mi espalda con sus brazos y me estrecha con fuerza.

Sonríó sobre la tela de su abrigo. Detrás de nosotras, Nitta y Bo comienzan a aplaudir.

—¡Awww! —canturrea Nitta—. ¡Sois una dulzura!

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —grita Bo.

Wren ríe, un sonido que hace aparecer la calidez en mis mejillas a pesar del aire aún gélido. Retrocedo y alzo mi boca hacia la de ella. Pero justo antes de que nuestros labios puedan tocarse, oímos pasos dentro del templo.

De inmediato, Wren se aparta de mí, tensa el rostro y adopta la máscara impenetrable que suele reservar para otros.

—¿Qué sucede? —pregunto.

Antes de que pueda responder, los pasos suenan más fuerte. Son fuertes y seguros, no hacen el sonido característico de las garras de Merrin y no son los movimientos casi silenciosos de Hiro, el niño hechicero que es el último miembro de nuestro grupo. Segundos después, un hombre alto de la casta de papel sale por la entrada del templo.

Lo primero que noto es su sonrisa: amplia y deslumbrante, iluminando el resto de su rostro apuesto. Un abrigo de viaje color azul medianoche roza las piedras húmedas a su paso, y debajo de la tela están sus hombros anchos y musculosos. El cabello ondulado entrelazado con mechones grises cae sobre su frente; más vello blanco salpica la barba incipiente de su mandíbula. Al igual que su sonrisa, sus ojos son brillantes y luminosos. Hundidos y estrechos, son negros como el carbón y resplandecen con la misma intensidad que he visto en Nitta y Bo después de nuestro encuentro con el leopardo de las nieves.

De inmediato, sé quién es. Ketai Hanno, líder del clan de papel más poderoso de Ikhará. Y, recientemente, el enemigo número uno del rey.

Bueno, ahora tal vez es el enemigo número dos... después *de mí*.

Wren inclina la cabeza con respeto.

—Padre.

Pero él avanza a su lado, extendiendo ampliamente sus brazos mientras, en cambio, camina hacia mí. Su sonrisa alegre parece extenderse en medio de su rostro.

—Por fin —dice él. Toma mis manos en las suyas, inclina su cadera en una reverencia media y apoya mis nudillos sobre su frente. Luego, endereza la espalda y sujeta mis hombros—. He esperado tanto tiempo para conocerte, Elegida de la Luna.

Frunzo el ceño.

—¿E... Elegida de la Luna?

—¿No lo has oído? Así te llaman. Entre los papeles todos celebramos tu nombre, Lei-zhi. Incluso algunos de nuestros aliados del clan de los demonios usan ese nombre. Le debemos mucho a tu valentía.

Lei-zhi.

Me golpea como una bofetada en el rostro. La última vez que oí mi viejo título fue de labios del rey mientras me empujaba contra el suelo en los jardines del Salón Flotante, segundos antes de que Zelle acudiera a mi rescate y clavara su cuchillo en el ojo del rey.

La última vez que lo oí, creí que estaba a punto de morir.

—Ya no usamos ese título, padre —dice Wren con firmeza. Los ojos de Ketai brillan.

—Claro que no. Perdóname, Lei. Estoy demasiado acostumbrado a la pompa de la corte y sus rituales. Olvido que muchas veces, los títulos son afilados como armas... y usados como tal.

Alguien tose a nuestras espaldas.

Él mira por encima de mi cabeza.

—Nitta, Bo. Qué alegría veros de nuevo.

—Yo también lo he echado de menos, Lord K —dice Bo con una sonrisa. Luego, alza los brazos para exhibir nuestras presas con una floritura—. Siempre llega en el momento apropiado. ¿Tiene ganas de cenar culo de cabra?

Los ojos oscuros de Ketai Hanno brillan mientras caminamos por los pasillos de paredes altas del templo; nuestros pasos hacen eco en la piedra. Rodea mis hombros con un brazo. Su sonrisa no vacila cuando me mira por encima de su nariz delgada, observándome con la expresión entusiasta y astuta de alguien capaz de ver, a través de tu piel y de tu carne, el centro turbio donde se ocultan tus secretos y deseos más oscuros.

—Mi segundo al mando y yo acabamos de llegar —me cuenta—. El clima es feroz ahí fuera, ¿verdad? La nieve ha venido antes este año. Tenemos suerte de haber llegado antes del anochecer. Has estado fuera durante horas, debes de estar congelada. Haremos que entres en calor y que te alimenten. He traído muchos manjares de mi palacio. ¿Te gusta el pescado salado, Lei? En Ang-Khen lo comemos con miel fresca. Dioses santos, es tan delicioso que te hará llorar.

Habla relajado, sonriendo todo el tiempo. Asiento sin compromiso, consciente del murmullo entre Wren y los hermanos a nuestras espaldas. Wren, quien me ha apartado en cuanto ha notado que su padre llegaba. Había creído que tal vez le había contado lo nuestro cuando había vuelto junto a su familia antes del Baile de la Luna. Evidentemente, no fue así. Además, no parece querer contárselo.

Siento el estómago revuelto. Espero que sean solo los nervios por conocer a su padre, y no nada más... complicado.

—Dime, Lei —pregunta Ketai Hanno, cambiando de tema con facilidad—, ¿cómo están tus heridas de la noche del Baile? Hiro es excelente con los daos curativos, ¿no crees? Confío en que estás recuperándote rápido.

—Estoy bien, Lord Hanno. —Luego, añado con ansiedad—: Por favor, ¿tiene noticias de mi padre y Tien? Wren me prometió que vuestro clan los cuidaría, pero...

—No te preocupes, Lei. —Aprieta mis hombros, su sonrisa es cálida—. Ambos están bien y a salvo. Los estamos cuidando en mi palacio en Ang-Khen.

Es la noticia que he esperado oír durante mucho tiempo. Relajo los hombros, las lágrimas aparecen en mis ojos.

—Gracias —digo con la voz entrecortada—. Gracias.

Ketai mueve la cabeza para apartar los mechones largos de cabello que rozan sus ojos. Alza una mano hacia mi mejilla.

—Sabes, veo a tu padre en ti. Tienes su fortaleza silenciosa. La misma mirada cauta en

los ojos. ¡Y tu encantadora tía lince! Tiene carácter, ¿verdad? Ya ha asustado a la mitad de mi personal culinario. Nuestra comida no la impresionó mucho, así que le permití trabajar en la cocina.

Emito un sollozo alegre.

—Suenan a Tien.

—Mis mejores guardias los protegen a todas horas —continúa el Lord del Clan—. Y aunque espero reuniros pronto a los tres, me temo que podría tardar un tiempo. Primero hay mucho trabajo que hacer aquí. Trabajo importante. Espero contar con tu apoyo.

Antes de que pueda preguntar más, giramos en una esquina y entramos en un salón grande que hemos utilizado como vivienda desde que llegamos. La luz del final de la tarde entra por el extremo de la habitación, que se abre con vistas al lago congelado. El fuego alrededor del cual hemos almorzado antes continúa encendido y junto a sus llamas están sentados Hiro y Merrin, al lado de otro hombre alto de papel que nunca he visto.

Ketai me lleva al frente mientras el hombre se pone de pie.

—Lei, te presento a Don Caen. O Shifu Caen, si quieres. ¿Asumo que Wren te ha hablado sobre él?

La capa de lana gris pizarra es tan sencilla y pulcra como la de Ketai es elegante. El hombre es unos años más joven que Ketai Hanno y tiene la complexión de un buey, las líneas de su cuerpo y de su rostro son fuertes y robustas como piedra curtida. Veo los músculos debajo de su túnica. Lleva el pelo largo recogido hacia atrás en una coleta. Su barba trenzada entrecana le llega hasta el pecho.

Hago una reverencia.

—Shifu Caen.

Él se coloca la capa sobre el hombro y me devuelve la reverencia.

—Es un honor conocerte, Lei. —Su voz suena suave, profunda y clara, como el agua debajo de la superficie congelada del lago—. Lo que hiciste en el Baile de la Luna fue realmente impresionante. ¿De verdad no has tenido entrenamiento formal en artes marciales?

—Tuve... mucha ayuda. —Una puñalada aparece en mi estómago cuando recuerdo el rostro hermoso de Zelle; el sonido de su cuello al romperse. Trago con dificultad y añado—: Y tuve algunas lecciones de último momento.

Shifu Caen mira hacia donde Wren está de pie a un lado, con expresión afectuosa.

—Tu maestra debe de haber sido muy buena.

—Oh, mucho.

Él sonríe.

—Entonces el maestro *de ella* debe de haber sido excelente.

Ketai me toca la espalda.

—Toma asiento junto al fuego, Lei. Merrin: pon a hervir otra tetera. Es hora de trabajar.

Hay ruido y movimiento mientras todos se acomodan alrededor del fuego. Hiro toma asiento con las piernas cruzadas junto a Shifu Caen, los dos parecen cómodos con la presencia del otro. Wren me contó que Ketai Hanno rescató a Hiro unos años atrás después de un ataque a su clan y desde entonces él ha trabajado para los Hanno. Más allá de eso, aún no sé mucho sobre el joven hechicero. La mayor parte del tiempo es reservado, sus ojos grises siempre miran al suelo y, durante las sesiones en las que trabajó con mis heridas, las únicas palabras que dijo fueron las necesarias para hacer magia. Estoy más familiarizada con la superficie brillante de su cabeza rapada que con su rostro.

Tomo asiento junto a ellos, retiro mi abrigo húmedo y recojo mi cabello mojado en un nudo que hice con un retazo de la malla dorada que vestía la noche que escapamos del palacio. Wren me trae una manta. Sonríe y la coloca sobre mis hombros... y de pronto, se pone tensa. Cuando toma asiento a mi lado, deja un espacio evidentemente más amplio de lo habitual entre las dos. Echa un vistazo rápido a su padre, pero él ya está sumido en una conversación profunda con Nitta.

Al otro lado del fuego, Bo alza el dobladillo de sus pantalones y reclina el cuerpo sobre sus codos, alzando una de sus patas expuestas hacia las llamas.

—Ahhh —suspira—. Qué bien sienta.

Merrin sacude las plumas, irritado.

—Sí, aunque no *huele* tan bien.

El demonio con forma de búho tiene casi el doble de tamaño que Bo. Aunque hemos compartido habitación desde que él nos ayudó a Wren y a mí a escapar del palacio la víspera de Año Nuevo, aún no me he acostumbrado del todo a su apariencia. De todos los demonios, los aviformes son los más extraños, con sus brazos humanoides largos cubiertos de plumas, manos y pies con garras y picos afilados. Aunque no es tan intimidante como Madam Himura, la demonio con forma de águila que era mi guardiana del palacio, Merrin es el demonio aviforme más grande que he visto, alto y envuelto en músculos fuertes. Un hanfu azul pálido que mantiene meticulosamente libre de arrugas contrasta con sus plumas grises y blancas, del mismo color que un cielo de invierno nublado.

Bo mueve los dedos peludos de sus pies.

—Sabes que te encanta, Plumas. Te diré qué sería aún mejor: ¿por qué no me masajear un poco las patas? He estado horas en la nieve cazando tu cena. Es lo menos que puedes hacer.

—Creo que verás que *esto* es lo menos que puedo hacer, querido —replica Merrin, y con un bufido se aparta para servir el té.

Disimulando un resoplido, extendiendo los dedos hacia las llamas, feliz de sentir el primer roce de calor después de horas luchando contra la tormenta de nieve. Más calidez recorre

mis venas al pensar en lo que Ketai ha dicho antes: Baba y Tien están a salvo.

Como si leyera mi mente, Wren inclina el torso hacia adelante, con ojos cálidos.

—¿Mi padre te ha dicho...?

Asiento, incapaz de reprimir la sonrisa.

—Por lo visto, Tien ya tiene a la cocina entera trabajando sin parar. Se arrepentirán de haberla rescatado.

—No, no lo harán. Todos están muy agradecidos contigo, Lei. Tratarán a cualquiera asociado a la Elegida de la Luna como si fueran miembros de la realeza.

Pasa un segundo. Retuerzo los labios.

—Entonces, ¿los apuñalará una concubina?

Adopta una expresión seria.

—No quería decir...

—Lo sé. Lo siento. —Suspiro—. Da igual, estoy bastante segura de que ni Tien ni Baba tienen concubinas. Probablemente me hubiera dado cuenta durante mi infancia, ¿no?

Wren sonríe con timidez. Pero sus ojos aún están preocupados y evito su mirada interrogante mientras Merrin distribuye las tazas calientes de té con miel.

Con un aplauso, Ketai se pone de pie y la conversación grupal se detiene inmediatamente. El Lord del Clan emana una figura de autoridad con sus prendas elegantes y su postura erguida.

—Permitidme empezar diciendo que es un placer estar por fin todos juntos. Después de tantos meses de planear. —Mira a Wren y a Caen—. Años, incluso, para algunos de nosotros. Es un gran placer hablar por fin con todos en grupo. Es un verdadero honor estar en presencia de cada uno de vosotros. —Desliza una mano sobre su pelo negro suelto. Su voz suena fuerte y clara en la habitación cavernosa, parece incluso detener la tormenta de nieve en el exterior, donde ruge detrás de los aleros del templo y lanza las ráfagas de viento gélido a nuestra espalda.

»Sin duda tendréis muchas preguntas... —prosigue Ketai.

—Ah, solo algunas —susurra Nitta.

—Y podéis hacérmelas después. Pero ahora, esto es lo esencial. —Hace una pausa y posa sus ojos brillantes en mí—. El rey está muerto.

Bo se pone de pie con un salto y un grito ahogado.

—Un momento, ¿qué?!

Nitta y Merrin resoplan. A pesar de mi voluntad, las comisuras de mis labios suben. Ketai mira con firmeza a Bo y lo obliga a tomar asiento de nuevo.

—La corte real es un torbellino —prosigue Ketai—. Según nuestros espías en el Palacio Escondido, aún no han decidido qué hacer. Sin heredero que reclame el trono, han quedado sin gobernante. Esta situación no tiene precedentes. Algunos consejeros apoyan la

idea de aceptar a un joven demonio con forma de toro de una familia Lunar remota para hacerlo pasar como hijo del rey...

Nitta emite un siseo perplejo ante esas palabras. Wren se pone tensa.

Ketai abre las manos.

—Sin embargo, por fortuna la mayoría de la corte se opone a esa propuesta. Ha aparecido una grieta entre aquellos que creen que deben anunciar la muerte del rey, como he dicho, algo sin precedentes debido al decreto del Rey Toro original que establece que los nacimientos y las muertes de todos los Reyes Demoníacos siguientes permanezcan ocultos; y aquellos que creen que es necesario resolver la situación en secreto, informando solo a aquellos dentro de la corte. Estos últimos reclaman que divulgar la muerte del rey en este momento de tanta debilidad, mientras la Enfermedad aún empeora y la actividad rebelde aumenta, sería equivalente a declarar la guerra contra el palacio. Como nosotros sabemos demasiado bien, hay muchos clanes en Ikhara que estarían dispuestos a aprovechar la oportunidad para reclamar el trono.

Hace una pausa, su mirada penetrante mira despacio al grupo.

—Eso es un problema para nosotros. Nuestro plan original era que Wren asesinara con discreción al rey, para mantener nuestra participación en secreto y así permitir que Kenzo liderara nuestra revolución desde dentro. Pero después de los eventos ocurridos en el Baile de la Luna, la corte sabe que hemos estado planeando una conspiración contra el rey. Nuestros aliados y yo hemos sido exiliados del Palacio Escondido, nos han acusado de traición y han ofrecido recompensas por nuestras cabezas: cualquiera que nos apoye estará condenado a la misma sentencia.

El silencio se apodera de la sala. El único sonido es el chisporroteo del fuego y la canción suave del viento.

—El destino del palacio está en una posición vulnerable —resume Ketai—: O quedará expuesto a un ataque cuando el resto de Ikhara sepa de la muerte del rey o el linaje real continuará con pretextos falsos y dañará todo por lo que hemos trabajado.

—¿Han asignado un líder interino? —pregunta Merrin, la preocupación tiñe su graznido. El viento mueve la punta de sus plumas mientras observa con atención al Lord del Clan, con las manos con garras cruzadas con elegancia sobre el regazo.

Hay una expresión sombría en la boca de Ketai.

—Parece que el rey dejó instrucciones respecto a quién gobernaría en su ausencia. Escogió a la general Naja. La demonio zorro es una de sus guardias personales y una de sus confidentes más cercanas.

Ante la mención de Naja, mi corazón se sobresalta levemente. Comparto una mirada sombría con Wren. Sé que ella recuerda la misma escena que yo; la zorra blanca, su mandíbula vulpina puntiaguda y rosada llena de saliva y sangre, su furia incesante, primero

sobre Zelle, luego sobre mí, luego sobre Wren, luego...

—¿Y Kenzo? —digo sin pensar—. ¿Sabemos si está...?

—¿Vivo? —responde Ketai con calma—. Sufrió heridas graves después del Baile de la Luna. Pero sí, nuestro Lobo vive. Mis espías dicen que está encerrado en el Lago Lunar, donde la corte envía a todos sus prisioneros políticos.

Suelto un suspiro largo y reclino el cuerpo hacia atrás, aliviada.

—Te dije que ella no podría vencerlo —susurra Wren. Roza mi brazo con los dedos solo por un instante, y respondo con una sonrisa temblorosa mientras las lágrimas arden en mis ojos.

—La vi una vez.

Todos nos quedamos evidentemente sorprendidos ante el sonido de la voz suave de Hiro. Él mira a un lado, sus grandes ojos grises contemplan el lago. La luz del fuego se desliza sobre la curva suave de su cabeza.

—Cuando el ejército del rey atacó a mi clan de hechiceros —prosigue en voz baja—, ella lideraba el asalto. Disfrutaba de matar a aquellos que se resistían.

El rostro de Ketai es serio.

—La general Naja al mando es sin duda una desgracia para nosotros. Ella es una de los demonios anti-papel más agresivos de la corte y está completamente comprometida con continuar con el legado opresor del Rey Demonio. Podemos saber con certeza que bajo su guía, la corte no tomará decisiones favorables para nosotros. En especial ahora. —Frunce los labios y se detiene un instante antes de continuar, ahora su voz adopta cierta dureza—. Mi última noticia es personal. Como todos sabéis, el día antes de Año Nuevo, mi esposa, la madre adoptiva de Wren, fue asesinada.

Miro de reojo a Wren. Ella observa a su padre, su boca es una línea delgada, su mirada es severa y no parpadea. Me muevo un poco más cerca de ella y presiono el lateral de mi muslo contra el de ella. La muerte de su madre es un tema del que Wren se ha negado a hablar conmigo. Al igual que yo con mucho de lo que ha pasado en el palacio, ella lo ha guardado en algún lugar de su interior, demasiado profundo para que yo lo alcance.

La tristeza roza mi pecho. Antes, podíamos hablar sobre todo. Antes, parecía que lo único que se interponía en medio de nuestra felicidad era el Rey Demonio y el palacio.

Que una vez que nos fuéramos, seríamos libres.

—No estaba en nuestra habitación esa noche —continúa Ketai en medio del silencio—. Tal vez si hubiera estado allí, las cosas habrían sido distintas. En cambio, me quedé dormido de madrugada en una de las salas del consejo porque había pasado la noche entera revisando por última vez nuestros planes para el día siguiente. —Mira a Shifu Caen—. Recuerdas cómo fue, amigo mío. Aunque sabíamos que miles de cosas podían salir mal, por alguna razón estábamos muy seguros de que funcionaría. De que todos nuestros planes

y toda nuestra dedicación de los últimos años, las últimas *décadas*, estaban a punto de dar sus frutos. Dormí profundamente esa mañana por primera vez en semanas, ebrio de confianza y anticipación. Estábamos tan seguros —repite con voz vacía.

Su nuez de Adán se mueve cuando traga.

—Mis guardias me despertaron pocos minutos después de las siete. Las criadas de mi esposa habían ido a buscarla para su baño matutino. La encontraron recostada en la cama, aparentemente ileso, dejando de lado el hecho de que su sangre estaba fría y su corazón inerte entre sus costillas. El único rastro de haber sido atacada era una marca negra en su pecho. La marca del Rey Demonio.

Wren posa los ojos en su regazo.

Bo inhala de forma abrupta y comparte una mirada lúgubre con su hermana.

—Ketai —dice Merrin despacio—, eso no nos lo contaste.

—Primero necesitaba estar seguro. Hice que mis consejeros médicos y espirituales analizaran el cuerpo de Bhalí. El proceso llevó más tiempo del que esperaba porque tuvimos que ser discretos. Y la magia que utilizaron era tan refinada y poderosa que no se parecía a nada que ninguno de nosotros hubiera visto. Por eso llegué tarde aquí. Me disculpo por no haber enviado un mensaje. No podía correr el riesgo.

—Entonces, fue el rey —susurro. Mi voz desaparece.

—Eso parece. Pero no lo sabemos con certeza. El ataque también podría haber sido cometido por alguien intentando hacernos creer que fue él. Alguien que supiera nuestros planes y quisiera a Wren fuera del palacio.

Había captado la atención del grupo, todos considerábamos el impacto de sus palabras.

—Es posible que quisieran evitar que ocurriera el asesinato —sugiere Ketai—. Quizás esperaban que la marca nos asustara y nos hiciera repensar nuestros planes contra el rey. O tal vez querían obligarnos a declararles la guerra. *Querían* sacar a la luz la pelea. Si este es el caso, entonces significa que alguien más allá de la corte conspira en nuestra contra.

Los demás se mueven con incomodidad.

—Fantástico —susurra Merrin—. Más enemigos. Justo lo que necesitamos.

Inclino el rostro, respiro hondo el aire fresco e invernal que entra desde el exterior. El lago congelado brilla debajo del sol de invierno. Las gotas de agua descongelada caen constantes desde los aleros del templo, un sonido que concuerda con el latido veloz de mi corazón. Porque hay algo más que no le he dicho a nadie sobre la última noche en el palacio. Otro recuerdo que he estado reprimiendo, forjado con sangre, agonía y respiración desesperada.

—Puede matarme —le digo con dificultad, porque sigue apretándome con fuerza—, pero esto no los detendrá. Vienen a por usted.

Es fugaz, pero lo veo como una chispa en sus ojos: miedo. Y ahora entiendo que no es una emoción

nueva para él. Solo la mantenía escondida. Tan solo necesitaba algo que la invocara, para que su mente entrara en pánico.

Se paraliza.

—Tú sabes algo. —Hace una pausa, luego levanta la voz—. ¿Quiénes? ¡Dímelo! ¡Dime quiénes se han atrevido a conspirar en mi contra!

Me cae un hilo de sangre por la frente. Parpadeo para evitarlo.

—Adelante. Puede matarme. Pero nunca se lo diré.

Él no lo sabía. A menos que hubiera estado fingiendo, el rey no sabía que los Hanno estaban a punto de traicionarlo... lo cual significa que es altamente improbable que él hubiera ordenado el asesinato de la esposa de Ketai.

Ketai tiene razón. Alguien más aparte del rey está conspirando en nuestra contra.

Miro al grupo de nuevo y me preparo para contarle exactamente eso al Lord del Clan. Pero en el segundo en que nuestros ojos se encuentran, las palabras desaparecen, se entierran profundo en mi pecho donde no puedo invocarlas.

Ketai me observa otro instante largo, algo ilegible se mueve detrás de sus iris negros como el carbón. Luego, rompe el contacto visual, se gira despacio y nos mira uno por uno.

—Esta es nuestra posición actual. Hay una recompensa por mi cabeza. La corte del rey, aunque está rota, aún tiene el poder. A juzgar por las noticias que mis espías me han traído desde el palacio, tenemos alrededor de dos meses, tres como máximo, hasta que resuelvan sus fracturas. Pero sin importar lo que la corte decida, estamos seguros de que no será algo a nuestro favor. —Extiende ampliamente los brazos y aprieta los puños—. Así que debemos actuar antes de que tomen una decisión. Debemos atacar mientras están desorganizados. Dado que no podemos evitar una guerra, la llevaremos a su puerta. Y este grupo aquí presente, cada uno de vosotros, sois imprescindibles para garantizar que sea una guerra que nosotros ganaremos.

Mi piel se eriza. Hundo el cuerpo más en la manta de piel sobre mis hombros, apartando la vista de la mirada intensa de Ketai.

Bo alza la mano.

—Em, tengo *algunas* preguntas, Lord K.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames así? —Ketai suspira.

—Comprendo por qué estoy aquí, claro —prosigue Bo—, por mis increíbles habilidades de combate y mi intelecto superior.

Merrin resopla.

—Y supongo que Nitta también es bastante buena.

—Gracias, hermanito —dice su hermana poniendo los ojos en blanco.

—Pero, ¿y los demás? Sin ofender, pero somos un grupo extraño de demonios y humanos.

Ketai relaja los brazos a los laterales del cuerpo.

—Si vamos a reunir un ejército lo bastante fuerte para tomar el control definitivo de Ikhara, necesitamos garantizar alianzas en ubicaciones estratégicas con clanes poderosos... y debemos hacerlo rápido. Antes de que la corte pueda ganar su favor. Caen y yo habíamos planeado esto en caso de que nuestro plan original fracasara, y gracias a eso pudimos enviaros mensajes tan rápido después de la muerte de mi esposa. Debéis viajar por Ikhara hasta Shomu, Kitori y Jana para forjar una alianza con el Ala Blanca, los Czo y, por supuesto, los clanes Amala.

—Parece que *por ese motivo* estáis vosotros aquí —dice Merrin, acercándose a Bo, sus ojos anaranjados brillan—. Para llevarnos al campamento secreto de vuestro anterior clan y no debido a... ¿cómo has dicho? ¿Tus «increíbles habilidades de combate y tu intelecto superior»?

Bo parece ofendido mientras el demonio con forma de ave ríe con voz ronca.

Ketai extiende una mano.

—Basta, Merrin. Sé que las aves y los felinos tienen una historia complicada.

—Se ha quedado más que corto —susurra Nitta.

—Pero para que la misión salga bien, este grupo debe actuar como un frente unido. Debéis cuidaros y protegeros mutuamente, todo el tiempo. Todos. —Ketai mira a Bo, a Nitta y a Merrin—. ¿Entendido?

—Sí, Ketai —susurra Nitta, mientras que Bo y Merrin asienten de modo breve.

—El viaje no será fácil —prosigue Ketai—, por esa razón Hiro y Wren están aquí para proveer cualquier protección mágica que podáis necesitar. Caen será el líder en mi ausencia. Merrin es nuestro navegante y nuestros ojos en el cielo. Luego, por supuesto, tenemos a nuestro amuleto de buena suerte, aunque sin duda ella es mucho más que eso. —Posa sus ojos resplandecientes en mí—. Como Elegida de la Luna, Lei, tendrás el favoritismo de algunos clanes. No tengo dudas de que al menos una de las negociaciones dependerá de tu alianza con nosotros.

Trago con dificultad.

—Vaya, sin presiones.

—No tengo dudas de que eres más que capaz de manejar la situación —responde con calidez. Junta las manos—. Mañana, revisaremos los detalles del plan para que estéis listos para partir la mañana siguiente. Pero esta noche... —Ketai sonríe de nuevo, una sonrisa que atraviesa la oscuridad turbia del templo—. Esta noche, ¡lo celebraremos! Nuestro reino está al borde del abismo a punto de cambiar, y nosotros somos quienes garantizaremos que sea un cambio para mejor. —Alza las manos—. ¡Por una nueva era de paz y unión!

—¡Por una nueva era de paz y unión!

Aunque lo celebro con el resto del grupo, las palabras se sienten torpes en mis labios, y

no puedo evitar recordar a otro gobernante que una vez pronunció palabras muy similares, no mucho antes de que yo hundiera un cuchillo en su garganta.

Esta noche, la atmósfera en el templo es completamente distinta. El silencio habitual ha sido reemplazado por conversaciones tumultuosas y risas. Los ojos de humanos y demonios brillan con licor y la promesa de gloria, de honor, de un objetivo compartido, el grupo animado por la confianza contagiosa de Ketai, cuyo entusiasmo ha ahogado las partes de nosotros que aún susurran dudas como veneno en los rincones de nuestros corazones... o al menos, en el mío.

Hiro y Wren salen para invocar de nuevo los encantamientos mágicos que mantienen oculto nuestro campamento de los espías o de los transeúntes accidentales, tal como lo han hecho cada mañana y cada noche desde que llegamos, mientras que Nitta y Merrin preparan las dos cabras de montaña que hemos cazado y las despellejan antes de asarlas sobre el fuego. El olor a carne cocida invade la habitación junto al lago. Incluso sin condimentos, hubiera sido suficiente para satisfacernos; la última vez que comimos carne fue hace más de una semana. Pero las cabras están rellenas con hierbas frescas que Ketai ha extraído de su equipaje como si fuera la mejor clase de magia, y la carne aromática es tan deliciosa que mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Qué más tiene en ese bolso mágico, Lord K? —pregunta Bo entre bocados. Gruñe de placer mientras hunde sus dientes felinos en la pata que come. Los jugos gotean sobre su muñeca peluda—. ¿Quién hubiera dicho que sería posible acceder al Reino Celestial a través de un muslo de cabra asado?

Al otro lado de la hoguera, Merrin le lanza una mirada relajada y arrogante.

—Ah, joven inocente. Descubrirás con el tiempo que hay modos mucho más placenteros de acceder al Reino Celestial.

Bo curva la boca en una sonrisa.

—Cuidado, Plumas. A tu edad, deberías ser cauteloso con cualquier actividad... *enérgica*. Podrías romperte la cadera.

Merrin adopta una expresión seria en el mismo instante en que Nitta ríe a carcajadas.

Yo tampoco puedo evitar reír... hasta que veo a Ketai observándome al otro lado del fuego con expresión extraña y astuta, una mirada perturbadoramente similar a las que Wren solía dedicarme en el palacio cuando pensaba en mí. Pero mientras que pronto descubrí exactamente lo que contenían los pensamientos de Wren, no logro discernir qué quiere su padre de mí. Borro la sonrisa, lanzo al fuego el hueso que había estado limpiando

con la lengua y bebo un sorbo de una de las botellas de vino de ciruela que hemos compartido entre todos. Otro de los obsequios de Ketai. El alcohol dulce me quema la garganta, pero lo trago a la fuerza y mientras miro las llamas danzantes, mi visión nada junto a ellas. Imágenes movedizas aparecen entre las chispas. Una silueta con cuernos se cierne sobre mí. La clase de ojos ambarinos de un demonio lobo que una vez cargó mi cuerpo roto entre sus brazos musculosos con el cuidado propio de un recién nacido. La salpicadura de sangre mientras retuerzo el cuchillo en el ojo arruinado del Rey Demonio.

Aparto la vista de las llamas, un temblor fuerte recorre mis brazos. Casi todas las noches, los mismos recuerdos me acechan, son tan reales que siento que los revivo de nuevo, una y otra vez.

Estoy a punto de beber otro sorbo de vino cuando Ketai toma asiento a mi lado.

—He traído algo para ti —dice y extrae dos paquetes de sus bolsillos mientras aparto a toda prisa la botella—. De hecho, son dos cosas. Nada que pueda darte podría reflejar el agradecimiento que mereces por lo que has hecho por nosotros, Lei. —Me entrega los regalos—. Pero por favor, considera esto como una pequeña muestra de mi gratitud.

Uno de los objetos pesa, está envuelto en un retazo de terciopelo lujoso. El otro es suave y liviano y está envuelto en una hoja de loto. Abro primero el paquete de la hoja de loto. Mi estómago da un vuelco extraño cuando veo cuatro kuih pequeños con forma de diamante color esmeralda en el centro de la hoja.

—Wren me dijo que son tus favoritos —dice Ketai.

Alzo los delicados dulces de arroz hacia mi nariz, inhalo su aroma a almíbar y coco. Las lágrimas arden en mis ojos cuando recuerdo la última vez que un Hanno me dio lo mismo como regalo; lo que significó para mí en ese momento.

Para *nosotras*.

—Hice que los importaran de Malayi —cuenta Ketai—. Mi consejero asegura que son los mejores del reino.

—Gracias, Lord Hanno. —Cierro el paquete de nuevo. Nunca he ido a la capital de mi propia provincia, pero dudo de que alguien en alguna parte pudiera hacerlos mejor que Tien: incluso en el Reino Celestial. Cuando era pequeña, una vez comí tantos de sus kuih que enfermé.

Sin duda valió la pena.

Ketai parpadea. Por un instante, parece decepcionado. Luego, su sonrisa reaparece.

—El otro regalo proviene del palacio. Ordené que lo hicieran especialmente para ti. Nuestra Elegida de la Luna.

Desenvuelvo la tela y encuentro una daga de apariencia costosa, larga como mi antebrazo con la punta estrecha. Una funda de cuero oscuro ornamentada con un diseño serpenteante cubre la hoja. Porque sé lo que Ketai quiere, sujeto el mango de marfil y

desenvaino la daga. En cuanto lo hago, una ráfaga caliente de magia sube por mi brazo y deja un cosquilleo sobre mi piel. La luz cobriza estalla en la habitación cuando el metal refleja el brillo del fuego. Giro la daga, examinándola. La hoja es de bronce, casi del mismo tono de mis ojos, y el metal embebido de magia emana una luz sobrenatural que refleja mi rostro.

Hago una mueca ante lo que veo.

Es la primera vez que veo mi reflejo desde que huimos del palacio. Esa noche, preparándome para el Baile, mi criada, Lill, alzó el espejo ante mi rostro para mostrarme la maravilla que ella y las otras criadas habían logrado: piel pálida suave y luminosa; cabello entrelazado con cuentas y flores delicadas; ojos adornados con kohl y brillo para resaltar el dorado de mis iris.

El rostro que me devuelve la mirada ahora es imposible que sea la misma chica. Tiene las mejillas enrojecidas. El cabello crispado cae en una maraña ensortijada sobre sus hombros. Tiene los ojos hundidos y rodeados de sombras, no por el maquillaje, sino por el agotamiento; las ojeras oscuras parecen dos golpes, violáceos y profundos, la marca física de las pesadillas que la persiguen cada noche.

Guardo la daga en su funda, mis dedos aún tintinean por la magia.

—Gracias —digo con tono inexpresivo—. Me siento... honrada.

Ketai se acerca y desliza un dedo sobre el delicado diseño ornamental de la funda.

—Consulté a mis videntes antes de ordenar que crearan esta daga especialmente para ti. Debería darte buena suerte... aunque ya no la necesitas. —Con dulzura, alza mi mentón con su pulgar y su índice—. Increíble —susurra—. Sin duda eres la Elegida de la Luna.

Estoy acostumbrada a que las personas reaccionen de ese modo ante mis ojos dorados. Pero la manera en que Ketai me mira ahora —su entusiasmo es feroz, hay algo depredador en su expresión— genera un escalofrío en mis brazos.

Me aparto de su mano.

—Me halaga el título, Lord Hanno. Pero, de verdad, solo soy una chica normal. Hice lo que era necesario hacer.

Ketai asiente, suavizando su expresión.

—Sabes, Lei, no estoy solo agradecido por todo lo que has hecho para colaborar con nuestra causa. También agradezco todo lo que has hecho para ayudar a mi *hija*. Sé cuánto la ha ayudado tu amistad durante esos meses en el palacio. Kenzo me contó el gran apoyo que fuiste para Wren, lo cercanas que érais. Estuviste allí cuando ella más necesitaba un amiga, y por eso te estaré eternamente agradecido.

Amiga. La palabra es demasiado pequeña, demasiado simple para englobar lo que Wren y yo compartimos. Por supuesto que somos amigas. Las más cercanas. Pero también somos mucho más. El amor y el cuidado que tenemos la una por la otra no encaja en esa única

palabra de tres sílabas, dicha con tanta facilidad. Wren es mi familia, es tan importante para mí como mi padre y Tien. Tan importante para mí como el sol lo es para el cielo, como la luna para las estrellas; como lo es Suna, la diosa de los comienzos, para Lo, la diosa de los finales.

Ella es mi aire. Mi refugio.

El relicario de bendición natal que descansa entre mis clavículas parece resplandecer con calidez. Pienso en la palabra que contiene en su interior: *vuelo*.

Wren es mis alas.

—Nos apoyamos mutuamente cuando ambas más lo necesitamos —le cuento con cautela a Ketai—. Y continuaremos haciéndolo.

Sus ojos brillan.

—Sin duda. —Señala el cuchillo—. Como debes de haber percibido, la daga ha sido cubierta con daos. La magia reacciona solo a tu tacto y garantizará que cada golpe sea certero y fuerte. Hiro y Wren tienen órdenes de mantener activos los encantamientos. —Busca en el bolsillo de su abrigo y luego extrae un rollo de papel—. Un último regalo. Tal vez, el más valioso de todos.

Frunzo el ceño ante el pergamino. Luego, mi corazón da un vuelco, prácticamente me sacude, cuando la comprensión recorre mi cuerpo.

Le arrebató el pergamino a Ketai con un grito ahogado. Él emite una carcajada y se pone de pie.

—Os dejaré solos para que os pongáis al día.

Después de meses de esperar este momento, no tengo paciencia para tomármelo con calma. Abro la carta con tanta prisa que estoy a punto de romperla.

Mi queridísima Lei:

Me ha llevado veinte intentos y dos horas escribir esta carta. Puedes imaginar cuánto ha enfurecido esto a Tien. He tenido que encerrarla fuera de mi habitación para terminar mi tarea en paz. Siento pena por quien sea que haya tenido que escuchar sus quejas sobre mí.

Creo que la verdadera razón por la cual esta carta ha sido tan difícil de escribir es simplemente porque no sé cómo expresar en palabras todo el orgullo que siento por ti. Mi valiente, valiente hija. Las cosas que has hecho. Las hazañas increíbles que has logrado.

No mentiré. No fue fácil escuchar las historias de Lord Ketai y los otros que sabían lo que has soportado en el palacio. Pero Tien y yo nos aseguramos de escucharlas. Les pedí que nos lo contaran todo para poder saber lo que has sufrido y qué ha sido lo que te ha cambiado, lo que te ha convertido en esta chica fuerte y altruista a la que llaman Elegida de la Luna.

¿Sabes que te llaman así? Mamá y yo siempre supimos que eras especial. Pero para nosotros, no estaba en absoluta relacionada con los dioses, la suerte o tus ojos. Fue tu alma, mi amor. Lo supe en cuanto te alcé en brazos la primera vez. En cuanto tu manita rodeó la punta de mi nariz cuando te alcé hacia mi rostro para besarte. Sentí tu alma en ese entonces y era luminosa y pura y ardía con tanto brillo

que desde entonces no he sido capaz de ver con claridad. Me cegaste del mejor modo, mi cielo... con amor. Siento tanto orgullo y esperanza por ti, Lei, que podría estallar.

Lord Ketai nos ha explicado cuáles son sus planes. Lo que tú y los demás pensáis hacer. De nuevo, no pueda decir que fuera fácil escucharlo. Pero no diré que no deberías hacerlo. No diré que te protejas a ti misma en vez de ponerte en riesgo de este modo, sin importar cuánto desea que así sea. No te diré nada de esto, porque sé que no es lo que quieres... y no es lo que mereces oír después de todo por lo que has luchado.

También sé que, de todos modos, seguirías adelante y lo harías. Eres tan testaruda como tu madre, cariño. Y, al igual que ella, también eres valiente, fuerte, cariñosa y estás llena de fuego. Confía en que conoces tu propio corazón. Si esta es la que debes hacer, entonces hazla, y hazla bien. No dudes de ti misma ni un segundo. Tal vez tu origen es humilde, pero les has demostrado a todos lo que una joven de una aldea pequeña de Xienzo puede hacer. Aviva tu fuego y no permitas que nadie lo extinga. Ten presente que te apoyo desde aquí. Tien también. Cualquier cosa que podamos hacer para colaborar con tu causa —con nuestra causa— la haremos.

Lord Ketai me promete que volverás al palacio en dos meses aproximadamente, cuando tu misión termine. Ya cuenta los días. Hasta entonces, brilla fuerte, mi valiente hija.

*Con amor ahora y siempre,
Tu Baba*

Las risas estallan alrededor del fuego, pero me siento a mundos de distancia. Leo la carta de nuevo, pero pronto, mis ojos están demasiado húmedos, mis dedos hacen temblar el papel y las palabras son un desastre borroso, así que, en cambio, la abrazo sobre mi corazón. Las lágrimas ruedan por mis mejillas. Respiro despacio y hondo, sintiendo la fuerza que me invade a través de las palabras de Baba, una ráfaga abrumadora de esperanza y tristeza, de felicidad y amor.

—Ahora y siempre —susurro con voz ronca, las palabras son una promesa.

La última vez que vi a mi padre fue en el Baile de la Luna. Tien, Baba y yo nos habíamos abrazado y llorado antes de que los guardias nos separaran a la fuerza. La reunión más breve de todas, después de soñar con aquel momento durante meses.

Más rugidos de risa me devuelven a la realidad. Pliego la carta con cuidado y coloco el cuadradito en el bolsillo interno de mi camisa. Luego, sollozando, me froto los ojos, intento recobrar la compostura mientras Nitta me entrega una botella de vino de ciruela con una sonrisa amable. El líquido arde mientras baja. Se mezcla con la calidez que me ha invadido con las palabras de Baba, y en el fondo de mi estómago, algo caliente y feroz se mueve.

Brilla fuerte, mi valiente hija.

Miro al grupo. Bo tiene razón. Somos una mezcla extraña. Pero Ketai Hanno parece muy confiado de que somos el grupo *adecuado* y ya van dos veces en mi vida que he formado una familia con personas que otros tal vez nunca hubieran juntado... Una vez con mi padre y Tien, y luego en el Palacio Escondido del rey con mis compañeras, las Chicas de Papel. Sé

que a veces la combinación menos esperada puede forjar los vínculos más fuertes.

En ese instante, Wren y Hiro vuelven desde el exterior. Wren camina directa hacia mí mientras se quita el abrigo y sacude su cabello largo, hay copos de nieve entre sus mechones húmedos.

—Por favor, dime que queda comida —suspira cansada, frotando las manos frente a las llamas—. Todo el tiempo, mientras invocábamos el dao, estaba preocupada por que los hermanos ya lo hubieran devorado todo.

—Bo lo ha intentado —respondo—. Pero Nitta ha tenido la amabilidad suficiente para guardaros un poco a Hiro y a ti. Toma.

Le entrego una hoja de plátano con una pila de carne de cabra asada, todavía deliciosamente fragante. Wren la acepta agradecida. Después de mirar rápido hacia el lugar donde su padre está conversando atentamente con Caen, ambos con el torso apartado a medias del fuego y las cabezas juntas, ella se agazapa rápido para depositar un beso helado en mis labios.

—Te quiero, Lei —susurra, sus ojos castaños son brillantes y preciosos a pesar de las ojeras oscuras que los rodean—. Sé que mi padre puede ser... Sé la impresión que da. Pero él quiere derrocar la corte del rey tanto como nosotras. Así que confío en él cuando dice que este es el plan que tendrá éxito. —Mira por encima del hombro de nuevo, sujeta mis dedos y los aprieta—. Necesito saber que tú piensas lo mismo.

La carta de mi propio padre parece resplandecer con tibieza en su escondite. Y una vez más, en las profundidades de mis entrañas: calor. Brasas ardientes. No solo debido al alcohol, sino por pensar en el rey. En lo que nos hizo, en lo que *nosotras* le hicimos *a él*... y en lo que le haremos al resto de su legado, a todos los remanentes de su reinado.

—Así es —le digo a Wren con sinceridad.

Tal vez Wren y yo ya no seamos Chicas de Papel, pero aún somos capaces de crear un incendio.

Y ahora, tenemos un *mundo* entero que quemar.

Naja

En el Palacio Escondido, la zorra blanca soñaba.

Se movía, inquieta, su rostro peludo fruncido mientras la tormenta desataba su furia fuera de sus aposentos privados en el Sector Interno, detrás de las alfombras de encaje y la colección meticulosamente organizada de mariposas en las paredes de paneles de madera, que cuelgan junto a delicadas pinturas batik realizadas por un artista famoso que provenía de la provincia lejana con la que ella soñaba.

Xienzo.

Ella nunca hablaba al respecto, ni siquiera se permitía pensar en ello durante el día. Pero su pasado la encontraba cuando cerraba los ojos, como si hubiera estado oculto allí todo el tiempo, esperando su regreso cada noche.

Su sueño estaba distorsionado, tenía detalles extraños que cambiaban su forma original, pero las características generales estaban presentes. La tierra escalonada de su granja, oscura o brillante por las lluvias del monzón o desdibujada bajo el calor agobiante del sol veraniego. La sensación gomosa de las hojas de té entre sus dedos. El dolor en su espalda después de pasar horas trabajando el terreno o inclinada sacudiendo las hojas recolectadas en bandejas de bambú para acelerar el proceso de oxidación; era un dolor tan profundo y feroz que aún podía recordarlo con claridad: parecía fuego sobre huesos expuestos. Biri, Reikka, Chaol, Poh y Min, sus hermanos dóciles y tontos, tan distintos a ella. Y, por supuesto, sus padres, confundidos por el vino de arroz y cegados por los dioses, leyendo obsesivamente su fortuna en todo lo que podían, desde la forma de las nubes a los dibujos desparramados de los pétalos en el viento; desde el tipo de ave que aterrizaba en el camino de su hija a las voces que les hablaban en susurros mientras supervisaban el trabajo de sus hijos, nunca sin bebida en mano. Voces que ellos afirmaban que pertenecían a los mismos dioses.

Como si los dioses fueran a desperdiciar su valioso aliento en alguien como ellos.

Esa noche, Naja regresó a la cabaña de su familia. En la vida real, apestaba a piel sarnosa, té viejo y alcohol. En su sueño, estaba limpia. El aire olía a polvo y finales. Avanzó por el espacio despojado mientras las voces se arremolinaban a su alrededor.

nacida bajo el arco de las tres estrellas

con la cola enrollada, recuerda lo que la adivina dijo que significaba

*destinada a la gloria
una reina del clan Lolata, imagínate
nos traerá honor y fortuna
nos construirá un palacio
pero recuerda, no podemos consentirla
debemos obligarla a continuar trabajando
para demostrar nuestra devoción ante los dioses
deberá ganarse su destino con sangre y sudor
pégale con el látigo si llora
pégale
pégale*

Aunque estaba sola en la habitación, Naja se rodeó el cuerpo con los brazos. Las voces parecían latigazos, crudos y cortantes sobre su piel. Pero no se permitió llorar como lo había hecho cuando era joven. En cambio, gritó, gruñó ante las paredes desnudas donde aún vivían los fantasmas de los planes obsesivos que sus padres tenían para ella.

«¡Soy la general Naja!».

«¡Soy la consejera más cercana al rey!».

«¡Soy más que suficiente!».

«Me alegra haberos dejado pudrirse...».

De pronto, despertó. Alguien la sacudía. La luz del farol la cegó un instante y siseó mientras la apartaba de un empujón... junto al tonto que se había atrevido a tocarla.

—Ge... General Naja —dijo la voz de una de sus criadas. Era Kiroku, una chica lagartija que apenas había dejado atrás la adolescencia. La chica se incorporó desde el suelo donde había caído y realizó una reverencia profunda, extendiendo las manos cubiertas de escamas—. Lamento mucho haberla despertado de este modo, general. He intentado gritar, pero parecía profundamente dormida...

—¿Qué sucede, niña? —gruñó Naja, incorporándose. Apartó de su mente el sueño como siempre lo hacía: con un movimiento ágil, descartándolo de su cuerpo como una amante se quita el camisón.

—Hay un... hombre que exige verla.

—Dioses santos, niña. Si me has despertado solo por esto...

—Me ha dicho que lo estaba esperando —interrumpió Kiroku, con la cabeza aún inclinada—. Que usted le dijo que viniera si capturaba un... —Recitó las palabras con cuidado— escorpión de arena kitoriano rojo con cola doble.

Naja apartó sus sábanas pesadas y se puso de pie antes de que la chica hubiera terminado siquiera la oración.

—Vísteme —ordenó—. Luego, llévame con él.



El hombre parecía haber cabalgado durante horas bajo la tormenta. Tenía las marcas del viento en las mejillas y su capa de viaje verde oscura estaba empapada. Las gruesas gotas de agua caían de sus prendas sobre la nueva alfombra de bambú en el vestíbulo de Naja, y desde la puerta, la zorra miró con desdén las huellas de lodo que él había dejado en el suelo, luchando contra la necesidad de enarbolar una de las espadas ceremoniales que colgaban en la pared.

El hombre se puso de pie a toda prisa cuando ella entró sin esperar a que Kiroku la anunciara. Otra criada, vestida de manera impecable a pesar del horario nocturno, esperaba junto a la mesa baja en el centro de la sala. Había una tetera de cobre en el fuego, el vapor brotaba del pico y llenaba el aire con el aroma delicado a hojas de agujas de plata: un té mucho más fino del que sus padres habían producido en su granja. La criada avanzó para servir la bebida, pero Naja le indicó con la mano que se fuera.

—Retiraos.

Ambas chicas inclinaron la cabeza y abandonaron la sala de inmediato.

—Ge... general Naja —balbuceó el hombre de la casta de papel, haciendo una reverencia profunda. El cabello negro caía sobre su cabeza en mechones mojados—. Es un honor verla de nuevo.

Ella movió levemente el mentón mientras se ponía de rodillas frente a él.

—Concejal Shiu.

Incluso sin el cojín sobre el que se arrodillaba, Naja tenía el doble de altura que el hombre. Shiu era bajo, aun para un humano. Él mantuvo la cabeza medio inclinada y alzaba a veces los ojos del regazo para encontrarse con la mirada fulminante de acero y luego apartar la vista de nuevo, como si verla hiriera sus ojos humanos sensibles. La punta rosada de su lengua asomó para humectar sus labios partidos.

Naja frunció la nariz y los labios. La mezcla intensa del sudor del hombre y el hedor a cuero de caballo no era agradable, por no decir algo peor. Aquella era una de las situaciones poco frecuentes en las que ella pensaba que sería mejor no poseer sus sentidos acentuados de demonio.

—He... he cabalgado sin descansar prácticamente durante dos días —tartamudeó Shiu en medio del silencio—. Mi caballo murió por el esfuerzo y he tenido que caminar los últimos seis kilómetros.

Lo decía como si fuera algo de lo que estar orgulloso. Naja esperó, con mirada fulminante, mientras su desagrado aumentaba.

Él señaló esperanzado el té y el plato con galletas de almendra en forma de flor sobre la mesa.

—¿Puedo?

—Si es necesario. —Lo observó engullir las galletas, tragarlas junto a sorbos grandes de té... con nada más y nada menos que tres cucharadas de azúcar añadido. En cuanto terminó, ella le preguntó con brusquedad—: ¿Trae noticias del paradero de Ketai Hanno?

El concejal deslizó una manga sobre su rostro cubierto de migajas.

—Sin duda no fue fácil. Acceder al palacio para obtener información desde dentro fue imposible. Lord Hanno ordenó sellar el lugar. Abren las puertas una vez al día para buscar provisiones esenciales y para recibir visitantes preaprobados, y sus guardias tienen la orden de matar a discreción si ven algo sospechoso. Y todos saben que Lord Hanno tiene talento para la manipulación del qi. Sería prácticamente imposible rastrear su partida del palacio del modo tradicional.

—Conozco bien los hechos —replicó Naja—. ¿Acaso cree que no tengo espías propios dentro de sus paredes?

—Discúlpeme, general. —Shiu hizo una reverencia. Pero ya no inclinaba tanto la cabeza, y un poco del tartamudeo había desaparecido de su voz—. Simplemente, quiero explicar que mientras que otros han enviado espías a observar el palacio o a infiltrarse allí, yo sabía que sería más prudente utilizar hechiceros para rastrear el uso de magia *en los alrededores* del palacio. Lord Hanno sin duda utilizaría alguna clase de dao para ocultar sus movimientos, al menos al principio mientras estuviera cerca de su palacio, convencido de que los espías lo seguirían. Esa clase de magia es poderosa. Dejaría rastro.

Aunque no lo demostró, la concentración de Naja aumentó.

—Cuatro noches atrás —prosiguió el concejal—, mis hechiceros detectaron la presencia del arte del qi en el perímetro del palacio. Sus movimientos inmediatos eran demasiado rápidos y ellos no podían seguirlos a pie, sin duda el Lord iba a caballo, pero los hechiceros lograron rastrearlo unos días después a través del eco de sus encantamientos hasta un lugar al noreste del Palacio Escondido, casi equidistante a él entre Marazi y el río Zebe. Él viajaba con otro hombre, quien apostaría que es su consejero más cercano, Don Caen. Todos saben que los dos son prácticamente inseparables. Desde ese momento en adelante, sin duda creyeron que habían logrado salir sin ser descubiertos, porque ambos bajaron su guardia mágica y continuaron hacia el norte, hasta las montañas que rodean Han y Rain.

—¿Y luego?

Shiu vaciló. Extendió los dedos sobre la mesa e inhaló antes de admitir:

—La tormenta de nieve y el terreno montañoso dificultó la tarea de mis espías. Perdieron el rastro de Lord Hanno y Don Caen en las montañas. —Se relamió los labios y las migajas cayeron de su mentón mientras continuaba hablando con energía—. Pero esto descarta la teoría popular de que Lord Hanno viajaría al sur para reunirse con el Clan de los Gatos, su aliado más probable, como todos sabemos. Las montañas del norte son restrictivas. No hay muchos lugares a los que podrían ir. Yo creo que o irán a Rain para reunirse con el Clan

Noon o al palacio de las Alas Blancas en Shomu. Si lo desea, general, puedo enviar a mis exploradores...

Naja alzó una mano.

—Gracias, concejal. No será necesario. Nosotros nos ocuparemos a partir de aquí.

—Por supuesto. Ahora, eh... —Su sonrisa tembló; se acercó más a ella—. No es mi intención asumir nada, general, pero mencionó una recompensa a cambio de información semejante.

El pelaje de Naja se erizó. Menudo descaro el de aquel hombre. Los papeles siempre eran así; asumían que merecían cosas. Exigían más.

—No se preocupe, concejal —respondió ella con dulzura—. Será recompensado. ¿Qué prefiere? ¿Algo de valor monetario o un decreto de indulto completo en nombre del rey en caso de necesitarlo alguna vez?

Los ojos del concejal brillaron.

—Un indulto real es algo realmente generoso...

Asintiendo, Naja se puso de pie. Esa fue la respuesta que había esperado.

—Pero...

Ella se detuvo. De pie, la zorra blanca parecía una torre frente al hombre, pero a pesar de la mirada intensa que ella le dirigió, él no pareció acobardarse. Él la miró a los ojos y sonrió, algo oscuro yacía detrás de su sonrisa llena de dientes torcidos.

—Creo que prefiero la recompensa monetaria.

De inmediato, Naja supo lo que el concejal Shiu declaraba con su elección: él ya no creía en el poder de la corte. Pensaba que eran débiles. Incluso sin saber con certeza lo que le había ocurrido al rey.

Después del Baile de la Luna, la corte había intentado evitar que la noticia de lo que había ocurrido se divulgara. Si bien no podían esconder el hecho de que habían atacado el palacio (había demasiados testigos en el Baile, demasiados líderes de los Clanes e invitados que tuvieron que correr por sus vidas cuando el Salón Flotante ardió en llamas), Naja había hecho el mayor esfuerzo de su vida por limitar los rumores. Se había asegurado de que nadie fuera del círculo íntimo de la corte supiera que habían herido gravemente al rey.

Sin embargo, sabía que era imposible contener la noticia para siempre. Los rumores se habían filtrado fuera de los muros del palacio como sangre a través de las grietas en la piedra y se propagaban por Ikhara entre susurros y exclamaciones de asombro: habían asesinado al rey. O, había sobrevivido, pero tenía heridas graves.

Los rumores eran, como siempre lo es el cotilleo, confusos. Algunos los habían manipulado a su favor, como aquellos con los que alimentaban a los espías de Ketai Hanno para que él no estuviera al tanto de que su plan de asesinar al rey había fracasado. Había sido una táctica para retrasar a los clanes de Hanno y a la habilidad de sus aliados de

reaccionar cuando descubrieran que el rey había sobrevivido. Todo aquello le había dado algo de tiempo a la corte. Pero si no se reunían pronto para decidir qué hacer, la verdad saldría a la luz. Y, al igual que siempre ocurría con la verdad, clavaría una espada a través de la estructura del mundo.

Lo cambiaría todo.

Naja miró al concejal Shiu con sus ojos plateados brillantes.

—Entonces, será una recompensa monetaria. —Le indicó con una seña que la siguiera.

El concejal prácticamente avanzaba a saltitos a su lado.

—¡Gracias, general! Sabía que apreciaría mi información y el trabajo arduo que he llevado a cabo para obtenerla. Sin duda será muy útil para el rey. Desde que publicó su petición, tuve el presentimiento bendito de que yo sería quien le entregaría la información.

Permitiendo que el balbuceo inútil del hombre pasara sobre ella, Naja avanzó hasta el muro donde exhibía su colección de espadas. La luz del farol bañaba su pelaje de un tono dorado. Deslizó la mirada sobre sus espadas, sus ojos eran dulces como una caricia.

Shiu tardó un instante en alcanzarla. Luego, dio un grito ahogado de asombro.

—Sabe... ¿Sabe qué, general? Siempre he apreciado sus hermosas armas. En particular aquellas con historias honorables.

—Milagrosamente es algo que tenemos en común, concejal. ¿Hay alguna en particular que llame su atención?

Naja esperó mientras él examinaba la colección. Cuando extendió el brazo indicando su elección, ella no se sorprendió en lo más mínimo. Aunque sin duda podía aparentarlo, ella sabía que Shiu no era ni por asomo tan tonto como parecía. Como cualquier ikhariano culto, conocía bien la historia del reino.

Con cuidado, alzó de la pared la espada que él había escogido. Era un sable recto, un estilo de dao bastante común, aunque levemente más largo y delgado que el promedio. La funda que lo protegía era color granate y tenía incrustaciones de rubíes y perlas. Mientras Naja desenvainaba la espada para exhibir su infame hoja negra, pensó en las veces que la había utilizado. En los oponentes impresionantes que había derrotado con ella.

—La famosa Hoja Negra de Lady Uh-rih —susurró Shiu. Sus ojos negros brillaban—. ¿Puedo? —dijo, aunque ya extendía las manos.

—Sería un placer.

Naja se movió tan rápido que el concejal aún sonreía cuando la espada atravesó su piel. El golpe de la zorra fue poderoso, su puntería fue precisa. Solo necesitó un movimiento limpio de su brazo para enterrar la espada entre las costillas del hombre, dentro de su corazón.

El concejal Shiu abrió los ojos de par en par. La sangre brotó mientras él sujetaba débilmente la espada con las manos en el sector donde sobresalía de su pecho, con la boca

abierta.

Naja sujetaba la espada con ambas manos, firme, inexpresiva. Cuando el hombre cayó de rodillas, ella retiró el arma, pensando que el último oponente de la espada sin duda era el menos impresionante de todos. Qué vergüenza añadir ese nombre al inventario del arma.

—Gracias de nuevo, concejal —dijo ella, limpiando la hoja con su bata. La sangre creó una mancha oscura en la seda costosa. No importaba. Tenía muchas más colgadas en sus armarios—. Ha hecho bien en venir a verme. El rey estará extremadamente satisfecho con la información que nos ha dado. Pero no puedo dejarlo vivir, claro. También tendré que deshacerme de sus hechiceros espías, aunque debería ser bastante sencillo rastrearlos. Preferimos encontrar nosotros a Ketai Hanno y lidiar con él. Es un asunto político, pero también es uno privado. Ya me entiende.

No añadió que no podía correr el riesgo de que otros descubrieran el paradero del Lord del Clan antes que ella. Si, como ella creía, dos chicas humanas estaban con él, entonces la verdad de lo ocurrido con el rey saldría a la luz. Ella las encontraría y las silenciaría antes de que pudieran hablar.

Y no necesitaba la ayuda de un don nadie de papel para hacerlo.

Desplomado a sus pies, el concejal movió los labios, un graznido sin palabras escapó de ellos. Pero Naja ya se había dado la vuelta. Hubo un sonido metálico cuando colocó de nuevo la espada dentro de la funda. Con cuidado, la colgó en su lugar en la pared y luego avanzó hacia la puerta.

Antes de partir, miró por encima del hombro. Shiu por fin se había quedado quieto, inconsciente en una postura vergonzosa en el suelo, con el rostro hacia abajo y las caderas en alto. Un charco rojo lo rodeaba, la sangre ya se aferraba a la alfombra de bambú.

Naja chasqueó la lengua. Con suerte, las criadas no tardarían demasiado en limpiarla. Era fácil deshacerse de los cuerpos. Pero ¿las manchas de sangre sobre las pieles y los muebles?

Cuando notó un punto escarlata en su muñeca al abrir la puerta, el color en contraste con su abrigo blanco nieve, la zorra demonio suspiró.

Siempre era una pesadilla.

La visita de Ketai Hanno pasa tan rápido que lo que parece en absoluto tiempo suficiente es el único tiempo que tenemos para emprender nuestra misión. Revisamos los planes de nuevo durante el desayuno de congee con jengibre de montaña antes de trasladar nuestras provisiones al exterior. Wren y yo hacemos una inspección final del templo para garantizar que no nos hemos olvidado nada. Los demás esperan fuera al frente mientras descendemos los escalones amplios de piedra por última vez. El sol de la mañana brilla sobre el manto nevado del bosque. Los montículos perfectamente acomodados antes han quedado desmontados por nuestros movimientos, pero detrás del templo el terreno se extiende quieto y cristalino. En lo alto, el cielo es una tapa cerúlea. La tormenta de nieve se apaciguó en algún momento ayer por la tarde y salir de la sombra del templo hacia la luz del sol me genera una sensación de purificación, de ser limpiada por la luz.

Inhalo hondo. El aire sabe fresco y dulce. Esperanzador.

Dos pecalang hechos de nieve están en la base de los escalones del templo. Bo y yo los hicimos ayer mientras nos tomábamos un descanso de los preparativos. Uno ha perdido la forma y ahora parece un hombre ebrio en vez de un leopardo de las nieves que creamos como símbolo de respeto hacia la criatura que encontramos en el bosque hace tres días. Un charco de vómito cubierto con rapidez yace detrás del otro, un recordatorio de la resaca de Bo después de haber consumido vino de ciruela en exceso una segunda noche. Cuando llegamos al final de la escalera, le doy una palmadita al pecalang más cercano a mí.

—Deséanos suerte —susurro.

Con un ruido fuerte, se derrumba y se convierte en una pila de hielo resplandeciente.

Wren alza una ceja.

—Eso no puede ser una buena señal —dice, aunque su tono es divertido.

Aparto la mano con culpa.

—¿Quizás representa la destrucción de la corte real bajo nuestra voluntad? ¿O la disolución de la corrupción y la opresión en todo Ikhara?

—O el abandono absoluto de los dioses —sugiere Bo mientras él y su hermana se aproximan—. Como que nuestras vidas no serán más que una pila de esperanzas y sueños rotos. Ya sabes, *algo* así.

—Claro —dice Nitta—, también podría significar que Lei es tan torpe como siempre. —Lanza una gran bolsa de cuero a mis brazos—. Dime si es demasiado pesada. Sé que no

estás acostumbrada a esta clase de cosas.

Aunque ya me he doblado bajo el peso de la bolsa, aprieto los dientes y la carga sobre la espalda. Wren me ayuda a ajustar las tiras.

—¿Qué cosas? —pregunto—. ¿Ir a una expedición? ¿Participar en misiones de guerra secretas? Es solo un día más de trabajo para mí. —Intento encoger los hombros, pero la mochila pesa tanto que no puedo moverlos.

Bo alza una ceja poco impresionada que de inmediato desaparece cuando Nitta le entrega una segunda mochila a su hermano.

—Esta es tuya.

—¡Querido bebé Samsi! —maldice—. ¿Qué tiene *dentro*? ¿Tu reserva secreta de vino de ciruela? ¿Cremas antihongos? ¿Cartas de mis cientos de admiradores que has estado ocultando todo este tiempo?

Nitta pone los ojos en blanco.

—Si tan solo *fuieran* cartas de tus admiradores. Entonces, el bolso estaría vacío y no te quejarías.

Antes de que la discusión de los hermanos continúe avanzando, la voz de Ketai suena a través del claro.

—¿Todos listos?

Wren alza su propia mochila con facilidad. La luz del sol cubre su cabeza, parece una corona resplandeciente sobre su pelo negro alborotado. Me mira con una determinación ardiente tan feroz que enciende la esperanza en mi estómago como una cerilla prendida, y nos unimos a los demás alrededor de Ketai.

—Bueno —dice él con sencillez—. Ha llegado el momento. —Parece en todo sentido el Lord del Clan, de pie con las manos en las caderas y la cabeza levemente inclinada. El viento mueve su cabello entrecano y sacude su túnica elegante, la luz del sol resalta los hilos plateados sobre el azul oscuro. Sus facciones están vivas con el mismo entusiasmo febril que vi la primera noche que llegó. Exuda confianza, una ola que nos arrastra a todos con su fuerza.

»Lo hemos repasado suficientes veces en los últimos dos días, así que seré breve. Viajad hasta los tres clanes, persuadidlos de aliarse con nosotros contra la corte y volved a salvo a casa. Tengo fe absoluta en todos vosotros. Las próximas semanas no serán fáciles, pero sé que los siete podéis lidiar con lo que sea que aparezca en vuestro camino. Sois buenos guerreros, y aún mejores personas.

Merrin mira en dirección a Bo.

—¿Estás seguro de eso, Ketai? Tenemos ladrones en nuestro grupo.

Nitta resopla.

—Prefiero el término «facilitador de objetos discretos». *Ladrón* es muy provincial.

Bo pestañea y mira a Merrin.

—¿Qué ocurre, Plumas? ¿Tienes algo que ocultar? ¿Algún secreto delicioso que te preocupa que podamos extraer de esa cabecita bonita que tienes?

—Oye. —Nitta golpea con el codo a su hermano—. Apuesto a que puedo sacarle el secreto antes que tú.

Bo curva la boca en una sonrisa.

—Acepto el desafío.

Resoplo, pero los demás los miran con exasperación.

—Estamos a punto de visitar a los tres clanes más poderosos de todo Ikhara —dice Caen—. ¿Podrías al menos intentar actuar como adultos?

Bo hace un mohín.

—Pero *no* somos adultos. A menos que creas que tener veintitrés años es ser viejo, en cuyo caso, tú eres un *anciano*, Shifu...

—¡Basta! —interrumpe Ketai—. Recordad que me representáis a mí y a mi clan, al igual que al vuestro. Por no mencionar que estamos hablando de algunas de las familias de demonios más antiguas que existen. Son orgullosos y poderosos. Debéis extremar la cautela con cada cosa que digáis ante ellos, de otro modo, no solo pondréis en peligro vuestras propias vidas, sino también toda nuestra causa.

—Puedes venir con nosotros, Ketai —dice Merrin alzando un ala—. Para ayudarnos a que sea más fácil ser... —mira a los hermanos leopardo—... una niñera de gatos.

—Sabes muy bien que me necesitan en casa, Merrin. Podrían reparar la fisura en la corte real en cualquier momento, y cuando eso ocurra, no pasará mucho tiempo antes de que su ejército nos ataque. Tengo guardias esperando al sur de las montañas para escoltarme de vuelta a Ang-Khen.

Mi estómago se revuelve débilmente. Aunque Lord Hanno ha prometido mantener a salvo a Baba y a Tien, el mero hecho de pensar que ellos están en un lugar que muy pronto tal vez estará bajo ataque no es reconfortante.

Bo aplaude.

—Y con esa conclusión alegre, ¿terminamos? Porque esta mochila parece un hipopótamo viajando en mi espalda y según Plumas, tenemos seis horas de viaje por delante.

—En realidad, ocho —lo corrige Merrin, lo cual hace que Bo lo fulmine con la mirada.

Nos despedimos de Ketai. Cuando solo quedamos Caen, Wren y yo, permanezco levemente atrás porque siento que estoy en medio de algo íntimo. Por lo que Wren me ha contado, su padre y Caen la entrenaron en secreto toda la vida para ser la guerrera Xia que es su derecho de sangre, y los tres sin duda han entablado vínculos fuertes durante todo ese tiempo compartido. Espero una escena de despedida grande y conmovedora. Quizás no tanto como para llorar... aunque Ketai bien podría hacerlo para dar un efecto dramático.

Al final, Ketai solo sujeta los hombros de Wren. Sus ojos oscuros brillan. Luego, asiente, apretando los labios, antes de voltear hacia Shifu Caen.

Él coloca los dedos sobre la parte superior de los brazos amplios del guerrero.

—En pocas semanas, amigo mío. —Hay una tensión en su voz que no he visto antes; algo sombrío en su expresión.

El rostro de Caen permanece imperturbable.

—En pocas semanas —repite Caen.

—Recuerda lo que te dije anoche. —Se separan. Ketai mira a Wren—. Los dos.

Aun con ver solo su nuca, noto que Wren se pone tensa ante las palabras. Cuando se gira y ambos caminan hacia mí, ella tiene la mirada baja y una inclinación poco característica en sus hombros. Lo que sea que Ketai les dijera anoche, la incomoda.

Un dejo de incomodidad recorre mi columna. Luego, Ketai alza los ojos hacia donde estoy yo esperando. Levanta una mano y su rostro se ilumina.

—¡Tráenos suerte, Elegida de la Luna! —exclama.

Wren, Shifu Caen y yo avanzamos hasta el límite del claro. Los montículos de nieve brillan bajo el sol alto que proyecta un destello ámbar a través del espacio entre las hojas como si fueran monedas en el fondo de un pozo. Un sendero de nieve deshecha nos lleva al lugar donde el resto del grupo ya ha desaparecido en el bosque. La risa gutural de los hermanos leopardo flota hasta nosotros.

Caen acomoda su mochila mientras comenzamos a andar por el sendero.

—Al menos podrían intentar ser más discretos —protesta.

—Es probable que Merrin maldiga el día en que aceptó esta misión —dice Wren con astucia—. Deberíamos alcanzarlos y librarlo de su... ¿cómo ha dicho? Deber de niñera de gatos.

—Hiro también está con ellos.

—Sí, pero *él* tiene la habilidad de bloquear el sonido a través de la meditación.

—Un truco que debo lograr que me enseñe en este viaje —responde Caen.

Mientras la conversación entre ellos fluye con facilidad, miro hacia atrás. Nada se mueve en el bosque. El único movimiento proviene del goteo constante de nieve derretida desde los árboles. Aun así, mi atención está fija más allá de los árboles, donde está oculto el claro del templo. Ketai Hanno partirá al sur para reunirse con sus guardias y regresar a su palacio. Tal vez, incluso ya haya partido. Pero por alguna extraña razón tengo la noción de que está de pie exactamente donde lo dejamos, mirando hacia delante, sus ojos oscuros dibujando una línea entre las ramas desnudas y el aire frígido, rastreando nuestros movimiento como un depredador que evalúa a su presa.

Tráenos suerte, Elegida de la Luna.

Un escalofrío me lame el cuello. Porque no es la primera vez que hombres poderosos me

han considerado un símbolo de buena suerte... y la última vez que lo hicieron, perdí todo lo que conocía y también casi pierdo mi vida.



Avanzamos durante horas a través de ráfagas heladas. El buen ánimo con el que hemos partido se ha convertido hace rato en un silencio taciturno; el único sonido es nuestra respiración trabajosa y el crujido de nuestras botas sobre la nieve. Como navegante, Merrin es el responsable de nuestra ruta, mientras que Caen está a cargo del grupo en general, así que entre los dos nos mantienen en movimiento, permitiéndonos detenernos solo para ir al baño y para un almuerzo breve que consiste en paratha rancia del palacio de Ketai y moras de invierno recolectadas en el camino, tan ácidas que me entumescen la lengua. Nitta y Bo están en alerta, en busca de lo que sea que podamos cazar para la cena, pero las montañas están perturbadoramente quietas.

Esa noche, acampamos en una arboleda de arces. La luz de la luna se filtra entre sus ramas desnudas y dibuja diseños intrincados sobre el suelo nevado. Aunque hemos estado caminando casi sin parar durante ocho horas, hay tantas tareas que hacer para montar un campamento seguro y cómodo donde pasar la noche que pasa otra hora más antes de que por fin podamos descansar.

Nos desplomamos alrededor de la hoguera que Bo y yo hemos encendido en un pozo profundo. La arboleda se ilumina con sus llamas saltarinas que pintan siluetas bronce y doradas. Huelo algo dulce asándose.

—Castañas de agua —dice Nitta, dándoles la vuelta a sus cáscaras envueltas en hojas sobre el fuego con un palo—. Las he encontrado a la orilla del río cercano. Es un poco difícil llegar a él, pero no está congelado. Podemos bañarnos allí por la mañana y rellenar nuestras cantimploras.

Merrin asiente.

—No estamos lejos de las Llanuras Heladas. Debe de ser uno de los afluentes del Zebe.

Hiro alza la vista de la taza de té entre sus manos, volutas de vapor suben hasta su rostro.

—Las nacientes del Zebe son lugares extremadamente espirituales —dice él con voz suave y monótona—. Sería un gran honor ser bendecidos por sus aguas, pero bañarse allí sin la ceremonia apropiada sería un sacrilegio.

—No lo sabía —dice Nitta, y suena arrepentida.

Bo le guiña un ojo a Hiro.

—Entonces, qué suerte que tengamos un hechicero con nosotros. —El chico leopardo avanza y curva las mejillas hacia las llamas—. Al menos yo no veo la hora de un buen baño.

—Creo que *todos* estamos ansiosos por eso —susurra Merrin.

—Creía que los aviformes tenían un sentido del olfato terrible. —responde Bo.

—Entonces tal vez comprendas lo nefasta que es la situación.

Los dos continúan discutiendo mientras pasamos las cáscaras rotas de las castañas asadas junto a más pan paratha duro. El aire queda invadido por nuestro masticar y nuestros suspiros cansados de satisfacción. Después de un día de excursión, no tengo paciencia para comer despacio y termino pronto la comida con tragos generosos de vino de ciruela directo de la botella.

Solía ser difícil para mí tolerar el alcohol. Si bien el vino de Ketai es mucho más dulce que el sake que debía beber con el rey, el sabor fuerte a licor aún está presente y me recuerda, por el modo en que arde en mi garganta, a la última reunión privada que tuve con el Rey Demonio. Cómo él tiró mi cabeza hacia atrás y vertió el líquido directo en mi boca. Cómo me había atragantado y llorado. A partir de ese momento, el alcohol estuvo acompañado de un nuevo sabor: vergüenza.

Pero desde aquella primera botella de vino de ciruela de Hanno pocas noches atrás, he comenzado a disfrutar de la sensación cálida y burbujeante que recorre mi cuerpo. Que nubla mi visión.

Que nubla mis recuerdos.

—Cuidado —me advierte Caen cuando bebo otro largo trago antes de que Wren aparte la botella de mí. Ella bebe un sorbo antes de entregársela a Merrin—. Necesitamos que esa botella dure. Nos ayudará a conservar el calor.

Nitta lo mira sacudiendo sus pestañas largas.

—Apiñarse tiene el mismo efecto, Shifu.

Caen parpadea con delicadeza.

—El pueblo de Han no... nos apiñamos.

—¿Intercambiáis caricias? —pregunta ella.

—¿Frotáis las narices con alguien? —añade su hermano.

—¿Qué hay de *acurrucarse*? —La lengua de Nitta juega con la palabra. Curva el cuerpo con delicadeza felina mientras se alarga para tomar la botella de vino—. No existe nadie en el mundo a quien no le guste acurrucarse.

A pesar de la expresión impávida, un rubor ínfimo aparece en las mejillas de Caen. Él acomoda su abrigo de lana largo, lo junta sobre la clavícula mientras la punta de su barba trenzada roza sus dedos.

—No sé qué es eso exactamente —responde—, pero no suena cómodo.

Los hermanos leopardo comienzan a reír a carcajadas estridentes y Merrin se une a ellos con resoplidos roncós. Wren y yo escondemos nuestras sonrisas, fingiendo de pronto estar muy interesadas en el dobladillo de nuestras capas de viaje mientras Caen nos fulmina a todos con una mirada tan intensa que haría que incluso Blue, otra de las Chicas de Papel

duras como el acero, se estremeciera.

En cuanto la cena termina, el cansancio se apodera de nosotros con ferocidad renovada. Con bostezos exagerados, Nitta y Bo son los primeros en ir a la cama... o mejor dicho, en ir a la pila de mantas que Merrin y Caen han colocado dentro de la carpa pequeña, un lugar bastante cómodo para dormir. Hiro es el siguiente después de comprobar la protección mágica que él y Wren han colocado alrededor de nuestro pequeño campamento. La vibración suave de la magia apenas es perceptible en el aire, oculta prácticamente por los ronquidos insoportables de Bo.

Junto al fuego, Caen y Merrin charlan con atención sobre la ruta de mañana. Wren ha estado callada la mayor parte de la cena. Me acerco más a ella.

—¿En qué piensas? —pregunto en voz baja, apoyando la cabeza sobre su hombro y deslizando mis manos enguantadas sobre su regazo.

Ella sujeta mis manos.

—En mi niñez —responde después de un segundo—. En nuestro palacio en Ang-Khen.

—¿Lo echas de menos?

No responde de inmediato.

—Es raro. He pasado la mayor parte de mi vida allí, pero no siento que sea mi hogar. Es solo... un lugar que conozco.

Espero a que continúe, las dos permanecemos juntas, observando el chisporroteo del fuego.

—Debido a mi entrenamiento, mi padre me mantuvo alejada de los otros niños. Y aunque estaba constantemente rodeada de criadas y sirvientes, me sentía muy sola. Siempre estaba *esperando*. Esperando el momento en que pudiera hacer lo que había nacido para hacer. Esperando para cumplir con mi destino. —Emite una exhalación larga, su aliento nos rodea—. No, Lei, no lo echo de menos. Ya no tengo que esperar. Por fin haré algo importante, algo en lo que creo. —Wren inclina el cuerpo hacia atrás, hay un resplandor suave en sus ojos cuando alzo el rostro hacia el suyo—. Y ahora no estoy sola. —Sonríe y aparecen los hoyuelos que rompen mi corazón un poquito cada vez que los veo, dos guiones cortos en sus mejillas, como gemelos simétricos del carácter que significa «uno».

Luego, pregunta:

—¿Tú lo echas de menos?

—¿La herboristería?

—El Palacio Escondido.

Retrocedo sorprendida y aparto las manos de las suyas como si me hubieran picado.

—¿De verdad preguntas si echo de menos ese lugar?

Wren mira al otro lado del fuego donde Caen y Merrin aún charlan concentrados.

—No era mi intención... Sabes que no quería... —Sacude la cabeza y aparta la mirada. Su mandíbula late—. Yo también estaba allí, Lei. Vivimos lo mismo. Sé exactamente la clase de tortura que era estar allí. Tener que pasar tiempo con él.

De inmediato, mi brusquedad se derrite. Tomo sus manos.

—Wren, lo siento mucho. Por supuesto que lo sabes. Es solo que a veces, olvido que a ti también te duele, porque pareces muy fuerte.

—Ya te lo he dicho, así es cómo me enseñaron a actuar. No siempre soy tan valiente como quiero. No soy como tú.

—No digas eso. *Eres valiente, Wren. Increíblemente valiente.*

Mira de nuevo el fuego, sus llamas bailan en sus ojos oscuros.

—¿Recuerdas anoche, que después de cenar, mi padre quería hablar conmigo a solas y fuimos junto al lago? —Hace una pausa—. Me dijo que lo había decepcionado.

La miro boquiabierto.

—¿Qué?

—Lei, debes entender que él me entrenó para cumplir un propósito. Uno solo. Incluso antes de eso, cuando él vino a buscarme a Rain por la profecía de la adivina. Toda mi vida ha girado en torno a asesinar al rey. Le dio forma a todo lo que hacía, a cada una de mis características. Así que cuando no lo hice... —Escoge las palabras con cuidado y comprendo qué es lo que intenta decir: cuando *yo* lo hice en vez de ella—. Creo que el modo en que él me ve ha cambiado.

—Pero ¡no fue tu culpa! —respondo, casi gritando. Exhalo y bajo la voz—. Wren, *mataron* a tu madre. Te obligaron a abandonar el palacio. Y luego volviste para salvarme. Para que, a pesar de que todo había salido mal y nada resultaba del modo en que habías planeado, pudieras estar allí para hacerlo hasta el final.

Ella aún no me mira a los ojos.

—Esa es la cuestión. Mi padre no apoyó mi decisión de ir al Baile de la Luna. Pero ya habíamos quedado expuestos. No cambiaba nada que fuera al baile. Y no podía permitir que pasaras por eso sola. Sé qué se siente. —Tiene la mirada baja—. Eso no te lo cuentan... sobre cómo quitar una vida también te quita algo de la *tuya*.

El silencio aparece. La carta de mi padre parece latir en su lugar dentro del bolsillo de la camisa sobre mi corazón. Después de haber conocido por fin al padre de Wren, creo que ahora entiendo mejor por qué ella es como es.

—No sé cuál es el problema de Ketai —digo, acercándola a mí—, pero está equivocado. No hay nada por lo que estar decepcionado respecto a ti. —Las palabras de la carta de Baba aparecen en mi mente. *Eres valiente, fuerte, cariñosa y estás llena de fuego.* Presiono sus manos mientras ella aprieta los labios, no parece convencida—. De todos modos, ¿qué importa quién lo hizo? El rey está muerto. Está fuera de nuestras vidas para siempre y

necesitamos comenzar a permitirnos sentirnos bien por eso. Es nuestro momento, Wren. Demostrémosles a todos lo que dos chicas humanas pueden hacer.

Deposito un beso en sus labios. Pero no sonrío.

—Será mejor que vayamos a la cama —dice y se pone de pie, apartando sus manos de las mías—. Mañana será otro largo día.

El palacio arde.

Llamas anaranjadas y doradas centellean sobre un cielo índigo.

El olor a cenizas y sangre.

El rey yace muerto, con un ojo mutilado, la garganta abierta donde lo apuñalaste —tú, sí, tú— donde clavaste la daga una y otra vez, cortando carne y ligamentos hasta rozar el hueso.

Tú lo hiciste.

No apartes la mirada: mira tus manos.

HE DICHO QUE MIRARAS...

—Despierta, Lei.

La voz baja corta en dos mi pesadilla y me despierta con tanta claridad que me incorporo con un grito ahogado. La figura sombría agazapada sobre mí retrocede para darme espacio.

Me froto los ojos con las manos.

—¿Shi... Shifu Caen?

—Ven conmigo. Trae tu arma. —Luego, sale de la carpa sin decir otra palabra.

Permanezco encorvada en la oscuridad un instante, intentando apartar las imágenes horribles que aún corren por mi mente. A mi lado, Wren se mueve. Se gira dormida y suelta un suspiro contenido, su aliento mueve los rizos de su cabello que han caído sobre su mejilla. Resisto la necesidad de acurrucarme a su lado, de plegarme en su calidez. Con cuidado de no molestarla, aparto la manta y me pongo de pie. El resto del grupo, excepto Caen, son bultos en la oscuridad. Los ronquidos estruendosos de Bo llenan la carpa. Dormidos, él y Merrin se han girado uno frente al otro, Bo está acurrucado en posición fetal en el espacio abierto por el cuerpo de Merrin. Con una sonrisa astuta (los dos se enfurecerán mucho por esto cuando despierten), hurgo entre mis cosas y tomo mi abrigo, mis guantes y la daga que Ketai me dio antes de salir de la carpa.

Shifu Caen está de pie junto a los restos de la fogata de anoche. Sujeta su cabello largo en un moño sobre su cabeza. El aire frío está quieto, nada mueve los árboles cristalinos y el suelo nevado del bosque, o la larga túnica de viaje de Caen, que cuelga de sus hombros amplios casi hasta llegar al suelo.

Reprimo un bostezo mientras me doy prisa en vestirme con mi abrigo y mis guantes.

—¿Qué sucede? —Contemplo la arboleda. La luz débil de la mañana tiñe todo de azul plateado pálido. Siento un escalofrío en la nuca al imaginar siluetas oscuras detrás de los

árboles, la pesadilla aún me acompaña—. ¿Estamos en peligro?

—No inmediatamente. Pero lo estaremos muchas veces en esta misión. Y por ese motivo, Ketai me pidió que te entrenara. —Caen entrecierra los ojos cuando fracaso en reprimir otro bostezo—. ¿Estás lista para tu primera lección?

A pesar del dolor en mis músculos causado por un día entero de caminata a través de la montaña nevada y el hecho de que lo único que quiero hacer ahora es sumergirme en la cama con Wren donde no hace frío, una ráfaga de entusiasmo recorre en mi interior. *Esto* es lo que he estado esperando.

—¡Sí! —respondo con ánimo.

Caen se gira, ya está avanzando.

—Entonces, comencemos.

Mis botas crujen mientras me doy prisa en seguirlo. Cierro los ojos contra el aire helado y flexiono los dedos sobre la empuñadura de mi daga en el bolsillo, recordando la última vez que sostuve un arma como esa en mis manos. Recordando lo que hice con ella.

No hace mucho era una chica con fuego en las venas. Una chica que llevó llamas y destrucción al palacio real. Una chica que tomó la leña que la crueldad del Rey Demonio y el empoderamiento de su amante crearon para ella y encendió todo el mundo con un solo movimiento.

Hace poco, era una chica de papel y fuego. Y de ningún modo permitiré que un poco de nieve extinga esas llamas.

El recuerdo de mi pesadilla regresa a toda prisa: el calor, el ardor, la mirada en *su* rostro, en el rostro del Rey Demonio, cuando comprendió por primera vez en la vida que aquella era una batalla que había perdido.

Reprimiendo un escalofrío, adopto una expresión imperturbable y guardo la daga entre los pliegues de mi abrigo. A pesar de lo que otros puedan pensar, *aún* soy una chica de papel y de fuego... y se lo demostraré.

Aprieto los dientes. Me lo demostraré *a mí misma*.

Hundo las botas en la nieve mientras dejamos atrás el campamento.

—¿No romperemos la protección de Hiro y Wren? —pregunto—. El dao solo nos mantendrá ocultos siempre y cuando nosotros no lo rompamos, ¿verdad?

—Ya está perdiendo efecto —responde Shifu Caen—. Además, los otros despertarán pronto. Hiro se levanta cada mañana al amanecer para rezar. —Suaviza la voz—. La vida de un hechicero es difícil.

Lo miro. El perfil de Caen es masculino y fuerte, pero hay cierta delicadeza, cierta resolución elegante en el modo en que se mueve. Me recuerda a Wren. Cómo cada movimiento que ella hace parece estar cargado de intención. Cómo se mueve por el mundo como si conociera sus secretos... y él conociera los suyos.

—¿Conocías a Hiro antes de esto? —pregunto. Él asiente.

—Ketai lo trajo al palacio tres años atrás, después del ataque a su clan.

—¿Por qué los atacaron? Creía que el rey respetaba a los clanes de los hechiceros.

La voz de Caen se convierte en piedra.

—Hace unos años, el Palacio Escondido emitió un decreto real. Todos los hechiceros de Ikhara, sin importar de qué provincia o clan fueran, debían ofrecer sus servicios a la corte si el rey los convocaba. Los que se negaran, serían llevados a la fuerza —explicó.

Mi corazón late sombríamente.

—Suena familiar —susurro.

—Hiro estaba casi muerto cuando Ketai lo encontró. El pobre niño perdió a todo su clan. A toda su familia.

Lo miró otra vez de reojo.

—Eso *también* suena familiar.

Si él percibe la burla en mi voz, la ignora.

—Ketai intenta pagarle por su trabajo, pero Hiro se niega. Dice que él solo quiere un lugar donde dormir, comida y cumplir con sus enseñanzas y continuar el trabajo de su clan.

Seguimos avanzando, nuestras pisadas crujen sobre la nieve matutina. Los árboles cubiertos de escarcha se alzan como torres a nuestro alrededor.

—¿Los hechiceros nacen con magia? —pregunto después de un rato—. Por ejemplo, en el caso de Wren... sé que tuvo que aprender a usar sus habilidades mágicas, pero ella ya posee el talento al ser una Xia. ¿Es así con todos los que hacen magia?

—En absoluto. Ayuda que los hechiceros reciban educación al respecto durante la niñez. Los crían para comprender las técnicas y las complejidades de la manipulación del qi, y el lenguaje del daos se transmite de generación en generación. Los clanes de hechiceros son extremadamente reservados al respecto. Pero siempre y cuando tengas acceso a su idioma y sepas cómo extraer adecuadamente el qi del mundo, cualquiera puede hacer magia. Aunque no es algo que muchos de nosotros escogeríamos voluntariamente. Como sabes, no es un proceso sin sacrificios.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que sé?

Los ojos de Shifu Caen brillan plateados bajo la débil luz previa al amanecer.

—Lo siento —dice—. Asumí que Wren lo habría compartido contigo.

—¿El *qué*?

Pero él permanece callado y yo dejo de hablar y hago un mohín mientras dirijo mi mirada fulminante al bosque oscuro que lentamente se ilumina. Así que, incluso ahora... hay más secretos.

Después de unos minutos más, el sonido de agua que fluye llega a mis oídos. A medida

que nos acercamos el sonido se vuelve fuerte y constante. Salimos de entre los árboles huesudos a la ribera empinada, un acantilado prominente cubierto de rocas. El agua fluye debajo, la superficie brilla plateada como las escamas del lomo de un pez. Parece profundo; el agua es oscura, casi violeta.

Caen hace un gesto hacia adelante, hacia una hendidura en la ribera donde los animales han dibujado un sendero hasta la orilla empedrada de la curva interna del río.

—Adelante —dice él con simpleza.

Lo miro sorprendida.

—¿Quieres que vaya *allí*?

Espera, imperturbable.

—Lo primero que un guerrero afronta en batalla es el miedo. Lo segundo es lo inesperado. Debes estar preparada todo el tiempo para estos dos elementos. No para superarlos: ninguno de nosotros realmente lo hace, creo, sin importar lo calmados o seguros que parezcamos. Pero siempre debemos estar preparados para ellos. Para saber cómo afrontarlos y ganar. —Cruza los brazos—. Tu tarea esta mañana es sumergirte por completo en el río y luego volver aquí conmigo. Eso es todo.

Alzo mi cuchillo, lo miro malhumorada.

—Entonces ¿para qué he traído esto?

—Un guerrero siempre debe estar armado. Desde ahora, llevarás tu arma en el cinturón todo el tiempo. Pero quizás es mejor que me la des para esta tarea. —Extiende la mano—. Por si acaso.

Vacilante, le entrego la daga. Luego, miro hacia abajo, al río.

Ya estoy temblando bajo todas mis capas de ropa solo con estar de pie allí; lo último que quiero hacer es mojarme. El agua avanza veloz, con la ferocidad absoluta de un animal salvaje, y mi corazón late más rápido. Pero pienso en la promesa que me hice antes. Con un suspiro fuerte, comienzo a avanzar hacia la cima del acantilado.

—Cuidado —añade Caen mientras camino en la nieve—. La corriente es fuerte.

Pongo mala cara.

—Gracias por el recordatorio.

Abajo, el agua brilla, cristalina. Primero me quito el largo abrigo de viaje con borde de piel. Esa única pérdida hace que inhale con brusquedad; el aire matutino es frío y vigorizante, y la camisa de algodón y los pantalones no me protegen demasiado. Mis pies descalzos gritan sobre el suelo congelado cuando me quito las botas. Cruzo los brazos sobre el pecho, mis dientes castañetean mientras piso con cuidado y bajo por la pendiente inclinada. El río corre a centímetros de mis pies. Había planeado sumergirme despacio, sujetándome de las raíces salientes que cuelgan de las rocas irregulares, pero hace tanto frío que la inmersión parece la mejor estrategia. Así que, flexionando mis dedos ya

entumecidos, exhalo fuerte, doblo las rodillas... y me lanzo al río.

El agua se acumula a mi alrededor, tan fuerte, feroz y sorprendentemente fría que siento como si una criatura gigante de hielo me hubiera atrapado con su garra inmensa. Es mucho peor de lo que había esperado. De inmediato, el agua me traga río abajo sin ni siquiera darme un segundo para reaccionar, para moverme de nuevo hacia la orilla. Las burbujas salen de mis labios cuando grito, rodando por la corriente. Bajo la superficie, el agua es índigo oscuro y profundo. Pataleo y me sacudo en busca de algo a lo que aferrarme.

Pero el río es demasiado fuerte. Se mueve con la fuerza y la determinación de una estampida de bisontes. Doy tantas vueltas que no sé dónde está la superficie. Gritar en busca de aliento se convierte en asfixia mientras mis pulmones se llenan de agua. Mi visión comienza a nublarse.

Luego, una imagen aparece en medio de la oscuridad.

Crece, se expande, hasta adoptar la altura y la amplitud del río mismo; es tan real que siento el miedo correr por mis venas para reemplazar el frío gélido: el rostro lascivo del Rey Demonio.

Ojos desquiciados azul ártico brillan en el vórtice sombrío.

Abre la boca en un rugido.

El río entero parece gritarme, me llena los oídos con las mismas palabras que oí en el bosque mientras cazaba con Nitta y Bo; las palabras de los miedos y la vergüenza que me atormentan en mis pesadillas.

TE HE ENCONTRADO.

Y luego, la corriente me arrastra a través de las fauces abiertas del rey y la visión desaparece a mi alrededor en un torbellino de burbujas. Cuando comprendo que solo ha sido eso —una visión, no es real, no puede ser real— siento el agua fluir hacia una curva. Me lanza contra la orilla. Mi frente golpea una roca saliente. Puntos brillantes atraviesan mi visión. Pero el dolor me despierta y enciende mi instinto. Extiendo los brazos y araño la orilla hasta sujetar una raíz sumergida que sobresale en la parte delantera del acantilado.

Con el corazón desbocado y los músculos gritando, me aferro a ella. La corriente es fuerte. Aprieto los dientes y coloco una mano sobre la otra para avanzar hacia la orilla.

Las burbujas estallan a mi alrededor. Una criatura descomunal se cierne sobre mí y me atrapa con fuerza antes de que pueda huir. Me arrastra a través de la espuma. Saco la cabeza a la superficie del agua y lucho, el terror grita a través de mí, porque... es el rey. *Es él.*

Ha venido a buscarme.

Me sacudo, tosiendo y farfullando, golpeando el brazo que me rodea.

El rey no me suelta. Me alza más alto mientras escala el acantilado empinado del río. Solo cuando llegamos a la cima y ambos nos desplomamos en el suelo cubierto de nieve, me

doy cuenta de que el brazo sobre mí es pálido y no tiene pelaje.

Me aparto de él, jadeando agitada. Shifu Caen se ha quitado la ropa y solo viste sus pantalones. Los músculos parecidos a rocas de su torso sólido y mojado tiemblan cuando se pone de rodillas e intenta alcanzarme.

—¡Aléjate! —grito, apartando sus manos.

—¡Lei! —grita él—. ¡Morirás congelada si no permites que te ayude a entrar en calor!

Mis dientes castañetean.

—¡Solo ne-necesito mi abrigo! —Intento ponerme de pie, pero tengo los músculos agarrotados y las articulaciones trabadas por el frío. Con un gruñido de frustración, me obligo a ponerme de rodillas, solo para caer al suelo un segundo después cuando mis piernas ceden.

—Permíteme ayudar —insiste Caen. Las gotas de agua caen sobre su rostro, se aferran a su cabello y su barba trenzada—. Estás sangrando.

Ignorándolo, me obligo a incorporarme de nuevo y, a pesar de sentir las piernas temblar, logro mantener una postura erguida. Avanzo con dificultad y paso a su lado, en dirección al saliente rocoso donde había dejado mis pertenencias. Los temblores invaden mi cuerpo, pero otro estremecimiento completamente distinto a los escalofríos aparece cuando pienso en lo que he visto bajo el agua.

—Te ma-maté. —Gruño sin aliento—. ¡Déjame en paz!

Nunca.

La voz es un susurro, un siseo horroroso en el aire.

Me doy la vuelta, con los ojos abiertos de par en par, respirando con dificultad.

Caen sostiene mi mirada, la piel de su torso está erizada. A nuestro alrededor, el bosque está quieto.

Siento que algo cae sobre mis ojos y alzo la mano sobre mi sien. Vuelve roja. Obligo a los recuerdos de la pesadilla de anoche —a la pesadilla de *cada* noche— a retroceder, corro hacia el lugar donde están mis cosas apiladas al borde del acantilado y me pongo con dificultad el abrigo y las botas. Shifu Caen espera hasta que me he vestido por completo para acercarse. Se ha puesto su camisa y su capa. Desliza una mano sobre su cabello húmedo que aún permanece sujeto en un moño sobre su cabeza. El mío está pegado a mi piel en forma desordenada. En silencio, él extiende la mano hacia mi rostro y, aunque me estremezco, permito que me toque. Él sujeta mi nuca con una mano y alza la otra para presionar con cuidado alrededor del corte en mi frente.

—No es tan profundo como temía —dice él, usando su manga para limpiar la sangre—. Pero, de todos modos, deberíamos hacer que Hiro te lo cure. No queremos que se infecte. —Cuando retrocede, la luz atrapa los destellos amatistas de sus ojos oscuros—. ¿Qué *ha pasado* ahí abajo? ¿No has notado que era yo?

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Me has sorprendido. Eso es todo.

Parece que él quiere insistir más. Pero solo suspira.

—Si tú lo dices.

Regresamos al campamento caminando en silencio, el bosque despierta lentamente a nuestro alrededor. La luz, un azul dorado y rosado más cálido, entra a través de los árboles. El canto de los pájaros interrumpe la quietud matutina. Cuando llegamos a la arboleda de arces, encontramos a Merrin y Nitta preparando el desayuno. Han encendido una fogata; Merrin está agazapado sobre la olla suspendida sobre las llamas, revolviendo lo que sea que contiene, mientras que Nitta corta un trozo de carne seca. Los demás aún deben de estar dormidos.

Al oír nuestros pasos, Merrin alza la vista con una expresión amistosa en su rostro lleno de plumas.

—Buenos días, queridos. ¿Cómo...? Oh. —Posa sus ojos anaranjados de lechuza en mi corte.

Con un grito, Nitta abandona su tarea y salta hacia mí.

—Ha sido un pequeño resbalón en la nieve —dice Caen, mientras la chica leopardo me abraza con fuerza—. Entrenar ya es bastante difícil sin hielo en el suelo. No es nada con lo que Hiro no pueda ayudar.

—Está haciendo su meditación matutina por allí —informa Nitta, señalando. Aparta el cabello húmedo de mi rostro—. Oh, Lei. —Mira enfadada a Caen—. No deberías presionarla tanto.

Aparto a Nitta con una sonrisa.

—Estoy bien. Pero ¿sabes qué es *realmente* peligroso para mi vida?

—¿Qué?

—El hambre que tengo.

Aunque aún parece preocupada, Nitta arruga los laterales de sus ojos. Hace un saludo militar.

—Enseguida le traigo el desayuno, general.

Encuentro a Hiro detrás del campamento en una parte más espesa de la arboleda, la luz matutina crea diseños de encaje en el suelo helado. Está de rodillas en un sector sin nieve, con las manos sobre el regazo y los ojos cerrados. Mueve los labios, pero no emite sonido alguno; los dioses no necesitan que hablemos para oír nuestras plegarias. El viento mueve sus prendas negras desgastadas.

Noto una pequeña caja lacada sobre un trozo de tela plegado a su lado. Algo se asoma en la superficie. Me estoy acercando más para ver qué es, cuando el niño hechicero abre los ojos.

Retrocedo, con apariencia culpable.

—Lamento molestarte, Hiro. —Señalo mi rostro—. He tenido, eh, un accidente entrenando esta mañana.

Hiro me indica con un movimiento que tome asiento. Aparto un poco la nieve y me pongo de rodillas a su lado.

—Aquí estamos de nuevo —digo, guiñándole un ojo—. Tenemos que dejar de reunirnos así.

—Tienes que dejar de hacerte daño —responde, luego cierra los ojos de un modo que me indica que también debería dejar de hacer bromas.

Con los ojos aún cerrados, Hiro alza una mano hacia mi sien con presión cuidadosa, pero firme. Al principio, no sucede nada. Luego: *lo siento*. El cambio es invisible, pero inconfundible. Una ola brota del cuerpo de Hiro y eriza el vello en mi nuca. El bosque se paraliza como si él también percibiera su atención. A diferencia de lo que he visto cuando Wren hace magia, Hiro siempre la hace con los ojos cerrados. Balbucea en voz baja en aquel ikhariano extraño e intrincado que he llegado a reconocer como el lenguaje de la magia, el secreto del código para manipular el qi que, como Shifu Caen ha explicado antes, se transmite de generación en generación.

El calor cosquillea en mi frente. Bajo su mano, siento la piel muy tensa. Apenas percibo dolor: no es nada en comparación a las horas de incomodidad que llevó curar mis heridas del Baile de la Luna. Por no mencionar la comezón sucesiva. Algunos días, rodaba por el suelo solo para sentir un poco de alivio. Wren me encontró en esa posición una vez y se rio de aquel modo fuerte y escandaloso tan propio de ella cuando olvida sentirse cohibida antes de que yo la sujetara y la hiciera caer para ahogar su risa con mi boca y rodar de nuevo, aunque esa vez por un motivo muy distinto y mucho más placentero.

Después de unos minutos, Hiro aparta la mano.

—¿Mejor?

—Fantástica —respondo, deslizando los dedos sobre la piel perfectamente suave. Cosquillean por el último rastro de su magia—. Gracias.

Espero que él se ponga de pie. En general, se marcha en cuanto termina y parece casi un acto de buena educación esperar a que él sea el primero en moverse. Pero él permanece sentado con un ceño apenas fruncido.

—¿Hiro? ¿Qué ocurre?

Él sacude la cabeza de lado a lado.

—Discúlpame. —Se pone de pie—. Solo estoy un poco cansado.

Mientras alisa los pliegues de su ropa, uno de los dobladillos de sus mangas se engancha y veo marcas. Líneas claras sobre la piel rosa arrugada.

Aunque aparto la vista, él nota que estaba mirando. Dos manchas rojas aparecen en sus

mejillas mientras se baja la manga con rapidez.

—Sabes —digo mientras me incorporo—, no siempre tienes que ayudarme con estas cosas, Hiro. Podría haberse curado solo con facilidad. Espero que sepas que siempre eres libre de negarte.

Se encoge levemente de hombros.

—Por ese motivo estoy aquí, para protegeros a vosotros. Además, tengo suerte de que Ketai me permita usar mi magia con fines protectores y curativos. No como... —Hiro guarda silencio, sus ojos brillan con preocupación, como si ya hubiera hablado demasiado. Tenso, alza la cajita que estaba en el suelo a su lado y la esconde entre los pliegues de su ropa—. Estaré mejor después de desayunar —susurra.

—Si es que queda algo después de que Bo termine. —Con ánimo de relajar la atmósfera, añado—: Tenemos suerte de que *él* no sea un hechicero. Solo usaría la magia para llenarse el estómago con comida y su casa con oro.

Aunque yo me río, su rostro mantiene la expresión seria.

—Hay muchas cosas peores para las que usarla —responde en voz baja y clava sus ojos grises en el suelo mientras nos dirigimos de vuelta al campamento.

Nuestros días de excursión a través de las montañas del norte se convierten en una secuencia familiar. Shifu Caen me despierta otra vez antes del amanecer para entrenar, aunque lo único que hemos hecho hasta ahora es meditación y trabajo defensivo simple; él me enseña la danza de la pelea, cómo esquivar y evadir, cómo anticipar los movimientos de tus oponentes y usar su estilo de ataque contra ellos.

—Eres pequeña —me dice—. Tus reacciones son veloces y tienes el elemento sorpresa. Usa esas cosas a tu favor.

Después de entrenar, desayunamos con el resto del grupo antes de levantar el campamento y emprender otro día completo de excursión. Justo antes del atardecer, encontramos un nuevo sitio donde acampar y cenamos junto al fuego antes de desplomarnos en la cama durante unas pocas horas de sueño intermitente para luego empezar todo de nuevo.

—Juguemos a algo —anuncia Bo tarde una mañana después de horas de marcha silenciosa.

Es el noveno día de viaje. Todos están medio dormidos de pie, acunados por la caminata lenta y monótona a través de la nieve y la luz desdibujada del día nublado. Hace un día y medio que avanzamos por una pendiente en subida, en dirección a lo alto de las montañas, hacia la sección media de la cadena montañosa Goa-Zhen. A esa altura, el bosque está cubierto de nubes. Los árboles escasean y la cara de granito de la montaña se asoma debajo de los montículos de nieve. Inmensas formaciones rocosas sobresalen entre la bruma como monstruos semiescondidos, lo cual me pone nerviosa. ¿Qué más podría estar oculto detrás de las nubes?

De tanto en tanto, una forma sombría en la periferia de mi visión me llama la atención. Sin embargo, cuando me giro, no hay nada.

—Eh, vamos —protesta Bo cuando ninguno de nosotros responde—. Necesitamos animarnos un poco. Tenéis tanta energía como una procesión de Fantasmas Hambrientos.

—Si tengo la desgracia de quedar atrapado aquí como fantasma al morir —susurra Merrin desde su lugar al frente del grupo—, no será difícil para mí decidir a quién atormentar.

Bo resopla.

—Tiemblo en mis botas, Plumas. ¿Por qué no empiezas tú con el juego? Ficción o

realidad. Lo único que debes hacer es decir dos cosas, una verdadera y otra inventada. Nosotros tenemos que adivinar cuál es la verdadera.

—¿Cómo sabremos si adivinamos correctamente? —pregunto. Algunos copos de nieve fresca han comenzado a caer y lamo su frescura de mis labios.

—La persona que hace las afirmaciones nos lo dirá —responde Bo. Alzo una ceja.

—Entonces... lo sabremos hablando.

—¡Exacto! Pero con diversión extra.

—¿Por qué no empiezas tú, Bo? —sugiere con cautela Wren.

Camina unos pasos detrás de mí, cerca del lugar donde Hiro avanza al final del grupo. Las medialunas oscuras ensombrecen sus ojos y su aliento es un poco sibilante. Wren se ha mantenido cerca de él durante la mayor parte del viaje y no paso por alto la mirada preocupada con que ella lo observa cuando cree que él no presta atención.

—¡Gracias por tu entusiasmo, Wren! —responde con alegría Bo—. ¡Me encantaría empezar! Muy bien. Uno: una vez descubrí un secreto sobre un Lord de un Clan que era *tan* secreto que ni ellos mismos lo sabían. Dos: canto de maravilla.

Nitta resopla.

—Fácil. La uno. Cantas como una sacerdotisa resfriada.

—Las hermanas mayores molestas tienen prohibido participar en el juego cuando es el turno de su hermano —replica Bo, alzando la palma—. ¿Alguien más?

—La uno es verdadera —digo—. Confío en Nitta.

—Sabes que es una ladrona, ¿verdad, princesa?

Asiento antes de responder.

—Una ladrona de secretos. Y apuesto a que ha robado todos los tuyos.

—Hace mucho tiempo —confirma Nitta con una sonrisa burlona. Su hermano hace un mohín.

—Si todos os vais a burlar de mí, que alguien más juegue.

Cuando nadie se ofrece a pasar, Merrin gruñe.

—Ah, de acuerdo. Si hará que dejes de hacer preguntas. —Hace una pausa de un instante para pensar—. Uno: cuando era pequeño, mis plumas de bebé tardaron tanto en caer que mis padres estuvieron a punto de desheredarme. Dos: he comido carne de leopardo y es deliciosa.

—La uno —responde Nitta con confianza. Lo mira con los ojos entrecerrados—. Y sé de buena fuente que la carne de leopardo es gomosa y blanda, así que ni siquiera pienses en intentarlo.

—A menos que quieras consumirla mientras el leopardo aún está vivo —añade Bo con astucia.

Nitta y yo reímos a carcajadas al ver la expresión de Merrin. El demonio lechuza suspira

intensamente y sube por la cima irregular del acantilado.

—Increíble —susurra. Bo sonrío.

—Una palabra que suelen utilizar para describirme...

Deja de hablar y suelta un grito.

—¡Bo! —grita Nitta, corriendo hacia el lugar donde él ha desaparecido de la vista. Bo había estado caminando a la izquierda del grupo, cerca del borde del acantilado... acantilado por el cual acaba de caer. Un segundo, estaba caminando altanero con una sonrisa de oreja a oreja y de pronto, las nubes se lo habían tragado.

Mientras el resto de nosotros avanzamos, Merrin flexiona sus piernas fuertes. Con un salto, vuela, las plumas plegadas alrededor de sus brazos se despliegan para formar alas. Se zambulle por el lateral de la montaña con una velocidad impresionante.

Nitta cae de rodillas. Mira hacia abajo entre las volutas grises, con el rostro pálido. Wren me rodea con un brazo. Esperamos, apiñados en la cima del acantilado, los segundos se extienden con tanta agonía que parecen minutos, incluso horas; ninguno se atreve a respirar hasta oír el aleteo subir. Despacio, Merrin emerge entre la bruma, Bo cuelga cabeza abajo de sus garras. El chico leopardo tiene los ojos abiertos de par en par. Tiene la boca abierta como un pez fuera del agua para respirar el aire que debía de haber creído durante al menos unos instantes que nunca más saborearía.

Caen avanza y extiende un brazo para ayudar, pero solo suelta un conjunto de rocas bajo su propio peso. Retrocede de un salto mientras las piedras caen ruidosamente por el acantilado.

—¡Retroceded! ¡Todos! —ordena.

Nos movemos a una distancia segura mientras Merrin aterriza. Nitta y Wren sujetan a Bo para ayudarlo a bajar y yo presiono las manos sobre el pecho áspero cubierto de plumas blancas de Merrin en cuanto sus garras tocan la nieve, sintiendo el movimiento irregular de su respiración. Él me mira y asiente, acomodando su hanfu azul pálido mientras recobra el aliento. Por primera vez, noto que su túnica tiene cortes a lo largo de las mangas para que él pueda levantar vuelo sin previo aviso... afortunadamente.

—¡Gato estúpido! —protesta Merrin, enfadado—. Se acabó. Basta de juegos. —Mira a Caen—. He conseguido ver nuestra ubicación mientras atrapaba a Bo y reconozco estas cimas. Ya casi hemos llegado al Palacio de las Nubes.

—Espera —dice Bo, aún jadeando en el suelo con las extremidades extendidas mientras Nitta lo abraza de modo protector—. ¿Quieres decir que tu atención *no estaba* cien por cien centrada en rescatarme de una muerte dolorosa?

Merrin lo ignora.

—Tenemos que ser cautelosos. Podría haber guardias del Clan del Ala Blanca cerca. —Sacude la cabeza de lado a lado, reacomodando las plumas en su cuello—. Veré si logro

divisar el palacio. Los demás continuad avanzando hacia la cima. Puede que la vista sea mejor desde allí.

—La tormenta de nieve volverá. —Hiro habla por primera vez en el día, sus ojos grises asoman debajo de la bufanda envuelta sobre la mitad inferior de su rostro—. Ten cuidado.

—No tardaré. Serán quince minutos. Veinte, como mucho. —Merrin mira con severidad a Bo—. Tú, no te metas en problemas.

El chico leopardo exhibe los dientes.

—Eh, ¿qué tendría eso de divertido?

Con una mirada fulminante, Merrin alza vuelo. Bate una vez sus poderosas alas desplegadas y su hanfu azul pálido flota antes de que él desaparezca entre las nubes.

Wren toma mi mano enguantada con la suya.

—Mantente cerca —dice.

—¿Qué sucede entre los demonios aviformes y los demonios felinos? —susurro mientras retomamos la subida—. ¿O solo Bo y Merrin adoran torturarse mutuamente?

—Hay una larga historia hostil entre ellos —explica Wren—. A los gatos no les gusta cómo la mayoría de los clanes aviformes se aislaron después de la Guerra Nocturna, y los pájaros creen que los clanes felinos disfrutaban de causar problemas sin motivo alguno.

—Entonces, el Clan del Ala Blanca estará contento cuando sepan por qué hemos acudido a ellos.

El ceño fruncido de Wren se hace más profundo.

—Sin duda será difícil convencerlos. Pero Lady Dunya es una líder justa y querida y, por el modo en que gobierna su palacio, creo que escuchará lo que tenemos que decir con la mente abierta.

—¿Has dicho que son un matriarcado? ¿Las mujeres tienen el poder en su clan?

Las comisuras de la boca de Wren suben.

—Será un cambio agradable, ¿no?

Mientras continuamos subiendo la ladera entre las nubes espesas con el grupo claramente nervioso, percibo de nuevo que alguien nos observa. Inspecciono con la vista la cima llena de bruma de la montaña. Algo plateado, como monedas o un par de ojos feroces, brilla a mi izquierda. Vacilo, la consciencia helada corre por mis venas.

Te he encontrado.

Parpadeo para apartar los copos de nieve de mis pestañas, con el corazón latiendo frenéticamente. La bruma se mueve y revela una ladera montañosa vacía.

—¿Qué ocurre? —pregunta Wren.

Reprimiendo un escalofrío, le sonrío.

—Nada.



Pasa media hora, luego una hora, y aún no hay ni rastro de Merrin.

Como Hiro había predicho, la tormenta de nieve sopla desde el este y reduce el mundo a un manchurrón helado; el viento es tan fuerte que tenemos que encorvarnos para avanzar contra él. Cuando llegamos a la cima de la montaña una hora y media después de la partida de Merrin, nos reunimos en círculo de espaldas a las ráfagas violentas.

—En todos los años que ha trabajado para nosotros —dice Shifu Caen, alzando la voz sobre el aullido del viento—, Merrin jamás ha llegado tarde. Ni una sola vez. —Sacude la cabeza de lado a lado, con el ceño fruncido, la punta de su nariz está expuesta y rosada—. Algo ha salido mal.

—Quizás ha tenido que aterrizar por el clima —sugiere Nitta, apartando la nieve de sus pestañas.

Cambio el peso de un pie al otro para intentar generar algo de calor.

—Una vez volvió volando al templo con un clima mucho peor —comento.

—Los aviformes tienen la mejor vista de todos los demonios —añade Hiro, su voz suave apenas se oye con el viento.

Sin una palabra más, Wren se quita su mochila de la espalda. La balancea al frente, inclinando el torso para sostenerla.

—¿Ahora quieres parar para almorzar? —Bo resopla—. ¿Aquí?

Nitta señala hacia abajo por la ladera montañosa.

—Deberíamos encontrar refugio. Había una arboleda de pinos nevados allí...

Deja de hablar cuando Wren extrae sus espadas.

—Debemos estar preparados —dice Wren, cruzándolas sobre su espalda.

Tardo unos segundos en comprenderlo. Mientras los demás comienzan inmediatamente a quitarse las mochilas y armarse, yo miro alrededor, forzando la vista contra el viento, con la piel de la nuca erizada. Luego, compruebo que mi daga esté en mi cinturón. Aunque aún no la he usado ni una vez en mis lecciones con Shifu Caen, su presencia ha comenzado a reconfortarme, a ser un peso familiar en mi cadera. Cuando mis dedos rozan la empuñadura de hueso, la magia que contiene late y envía un cosquilleo cálido por mis brazos.

Me acerco más al costado de Wren. Todos están armados: Bo tiene sus cuchillos y su bastón, su hermana tiene su arco y sus flechas, Shifu Caen lleva una espada larga que tiene casi su misma altura. Aunque las manos de Hiro están vacías, ser un hechicero ya lo convierte en un arma.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Bo, desdibujado por una manta de copos de nieve bailarines—. ¿O solo permaneceremos aquí de pie como si estuviéramos en una fiesta improvisada de guerreros en la cima de la montaña?

—No tiene sentido continuar sin Merrin —dice Caen—. Deberíamos acampar y esperar a

mañana. Si mañana aún no ha vuelto, sabremos con certeza que le ha sucedido algo. Quizás el clima mejore un poco. Si las nubes se mueven, aunque sea unos instantes, deberíamos poder divisar el palacio y planificar nuestro camino.

—¿Y luego qué? ¿Solo caminamos hasta allí? —responde Nitta, incrédula—. Los guardias del Ala Blanca tienen permitido matar a discreción. Todos sabemos cómo son los demonios aviformes. Con solo mirarnos, enviarán un ejército pequeño para deshacerse de nosotros. Se suponía que Merrin sería nuestro billete de entrada. Si ellos lo han *capturado*...

—¿Tal vez Hiro y Wren pueden ocultarnos con su magia? —sugiero.

Todos los miramos.

Los ojos húmedos de Hiro están oscurecidos por las ojeras, su complexión es delgada como las ramas ralas de los pinos montañosos sobre el acantilado. Pero él endereza su postura y sus hombros.

—Puedo hacerlo —dice.

Wren coloca una mano sobre el hombro del chico.

—Yo también.

Los ojos de Caen brillan.

—¡Ni hablar! No estamos a punto de entrar en una casa de sake, donde uno puede pedir los encantamientos que quiera. Nadie pide magia chasqueando los dedos y ya. Crear daos protectores consume mucho qi, en especial para ocultar a un grupo tan grande como el nuestro. Hicimos trabajar a muchos hechiceros durante más de una semana en los encantamientos que nos escondieron a Ketai y a mí cuando partimos del palacio en Ang-Khen. Hiro y Wren necesitan descansar.

—Entonces, permíteme ir sola —responde Wren, moviéndose para que las espadas de su espalda suenen al chocar entre sí—. Requerirá mucha menos magia y parecerá menos sospechoso. Además, conozco a Lady Dunya. Hablará conmigo.

—Entonces, iré contigo —digo—. Ninguno de nosotros debería andar solo ahora mismo.

Antes de que Wren pueda discutir, Caen alza una mano.

—Lo que sea que decidamos hacer puede esperar a mañana. —Luego recita el viejo proverbio—: «Un día de planeamiento evita una semana de dolor».

Ninguno de nosotros parece convencido.

—Si Merrin ha sido capturado —señala Nitta—, tal vez le haya hablado al Ala Blanca sobre nosotros. Podrían venir a buscarnos en la noche.

—No nos encontrarán con la protección de Hiro y Wren —responde Caen. Bo hace sobresalir su cadera huesuda.

—¿Quién exige servicios mágicos ahora, eh, Shifu?

—Aun así —dice Wren—, no podemos depender solo del encantamiento protector.

La miro con dificultad a través del viento gélido.

—¿A qué te refieres? Mientras que no rompamos el encantamiento nosotros mismos, estamos a salvo.

—Sí, pero...

Bo alza un brazo.

—¿Pero?

—Deberíamos decírselo, Wren.

Todos se giran al oír la voz de Hiro. Su dulzura contiene poder en la tensión creciente y por un instante, nadie habla. La nieve cae con mayor fuerza y nos atraviesa con trozos de hielo brillante.

—¿Decirnos *qué*? —presiono a Wren.

Hay una expresión arrepentida en sus ojos.

—Nuestra magia se debilita —admite ella con voz inexpressiva—. O al menos, requiere más energía para invocarla. Creemos que es debido a la Enfermedad.

Nitta y Bo la miran con los ojos abiertos de par en par. Yo la observo, mi corazón late más rápido. Los recuerdos aparecen: las sombras cada vez más oscuras bajo los ojos de Wren y Hiro, el cansancio de Hiro después de sanar mi herida causada en el primer día de entrenamiento, las cicatrices en su antebrazo. Cuando Shifu Caen me contó lo difícil que era la vida de un hechicero, ¿se refería a esto?

Pero a juzgar por la expresión de Caen, el anuncio de Wren también es una novedad para él.

—Ketai relacionaba los problemas con la escasez de qi hace tiempo, pero ninguno de vosotros nos había contado que estabais teniendo problemas. No me había dado cuenta de que era tan grave.

—Mi clan ha notado los cambios durante años —añade Hiro—. La magia negra que causa la escasez de qi es poderosa.

Bo sacude la cabeza para apartar la nieve apiñada, con expresión asesina.

—Brillante. Cojonudamente *excelente*. Lo único que necesitamos más que nada en este viaje ya está fallando.

—No es tan malo como suena —replica Wren.

Bo se ríe con rigidez, curva una comisura y exhibe un incisivo torcido.

—Lo es, y lo sabes. —Mueve la cola, nervioso—. De todos modos, ¿qué eres sin tus encantamientos? Ketai nos habló de tu linaje Xia. Hizo que sonaras como una guerrera invencible. Pero sin magia, eres solo una Chica de Papel con una espada...

Lo empujo. Él emite un gruñido cuando lo derribo al suelo y lo sostengo contra la roca cubierta de nieve.

—¡No te atrevas a hablarle así! —grito.

Unas manos sujetan mis hombros.

—¡Lei!

Intento apartar a Wren de mí. Mi respiración se acelera y me pongo de pie.

—Discúlpate —le gruño a Bo.

Él se sacude la ropa mientras endereza la espalda.

—¿Es broma? Tu novia debería ser la que pidiera disculpas. Todo este tiempo, nos ha ocultado un secreto que podría costarnos la vida.

—Bo —advierde Nitta, apoyando una mano sobre su brazo—. Todos estamos agotados y preocupados por Merrin. Tómame unos minutos. Tranquilízate.

Bo la aparta moviendo el hombro.

—Buena idea, hermanita. —Se da la vuelta y se aparta hecho una furia—. Iré a buscar algo que comer. Eso debería calmarme un poco.

Los ojos redondos y ambarinos de Nitta nos miran arrepentidos antes de seguir a su hermano.

—Deberíamos permanecer juntos —les recuerda Hiro. Pero la tormenta ya se los ha tragado a los dos.

Caen suspira.

—Hablaré con ellos. Hiro, acompáñame. Lei, Wren... tal vez sea mejor que esperéis aquí.

Luego, ellos también desaparecen entre las ráfagas espesas y me dejan sola con Wren.

Cruzo los brazos y la miro con frialdad.

—Creía que ya no guardaríamos secretos.

Su respiración se materializa a su alrededor y se mezcla con los copos de nieve que caen sin cesar.

—No quería preocuparte.

—¿Aún no lo entiendes? —Mi voz es severa, pero sostengo sus manos y las aprieto sobre mi pecho—. Wren, estoy aquí para *compartir* tus preocupaciones. Para intentar hacerlas más livianas. Recuerda lo que me dijiste el otro día: ya no estás sola. Así que deja de actuar como si lo estuvieras. —Suaviza su mirada y prosigo, ahora con más calma—. El otro día, vi... marcas en el brazo de Hiro. ¿Sabes algo al respecto?

Como la mayoría de las personas que conozco, no comprendo mucho cómo funciona la magia más allá de lo básico. El dolor era utilizado hace tiempo como canalizador de la magia, aunque en general a través de tatuajes; la piel de la mayoría de los hechiceros está cubierta de diseños oscuros. Dado que son esencialmente regalos para la tierra, las ofrendas de qi deben poseer belleza. Sin embargo, las cicatrices aún rosas de Hiro parecen sugerir otra cosa.

Algo más oscuro.

Cuando Wren no responde, la acerco a mí.

—Si es algo relacionado con los hechiceros, algo relacionado con la magia, algo que *tú* también haces, entonces tienes que decírmelo, Wren. Por favor.

Aparta la vista un instante, luego me mira de pronto: tensa, resignada. Justo cuando abre la boca para responder, vemos movimiento sobre nuestras cabezas.

Dos siluetas grandes aparecen en el cielo. Solo tengo unos segundos para reconocer que son demonios aviformes antes de que ellos descendan sobre nosotras entre volutas de nubes y niebla. Luego, con el batir de sus plumas, alzan el vuelo de nuevo y mis gritos irregulares se alejan en el viento mientras nos separan a Wren y a mí y nos alzan alto en el aire helado.

La demonio aviforme que me ha capturado avanza a una velocidad increíble, alzándose por el cielo cubierto de nubes y batiendo fuerte sus alas de un modo tan poderoso que mis dientes tiemblan. Cuelgo de sus garras, pataleando en el aire vacío. Volamos rápido. No sé qué tipo de aviforme es, pero se mueve con mucha menos elegancia que Merrin la noche del Baile de la Luna. Baja en picado, se zambulle y se inclina de lado a lado, lo cual me revuelve el estómago. En un momento dado, gira tan abruptamente que por un segundo enfermizo pienso con certeza que caeré. Me aferro a sus garras con el corazón desbocado. Ella solo tendría que soltarme para matarme.

Las heridas viejas del ataque de Naja en el Baile de la Luna despiertan en mis hombros bajo las garras feroces de la demonio. Pero, si bien mis ojos se humedecen, no lo hacen debido al dolor, sino al *pánico* que me hace gritar.

—¡Wren! —grito a ciegas—. ¡Wren!

Ella no responde. Las nubes densas hacen parecer que ella está a kilómetros de distancia, aunque el demonio aviforme que la ha capturado no puede estar lejos si nos llevan al mismo palacio. Bajo mis botas, las nubes blancas esconden la cadena montañosa, pero de tanto en tanto un saliente oscuro de rocas aparece entre las nubes como dientes negros en las fauces de un gran dios de la tierra.

No veo el palacio del Ala Blanca hasta que estamos prácticamente sobre él. En un instante, estamos rodeadas de niebla y los fragmentos de hielo me cortan las mejillas. Un segundo después, las nubes se apartan y exponen el horizonte amplio de cumbres serradas y laderas nevadas. En el centro, una estructura elaborada se aferra a la cima más alta.

El Palacio de las Nubes. Aun en mi estado de pánico es glorioso.

Es igual a lo que había imaginado al oír las historias de Merrin. Capiteles blancos. Muros suaves de mármol. Balcones dorados alrededor de torres altas y sinuosas. Puentes delicados corren de torreón en torreón y las escaleras brillantes serpentean fuera del palacio, su textura contrasta con la roca pulida en la que está tallado el edificio entero. El palacio en sí mismo es una construcción extravagante, estratificado como un inmenso pastel de arroz, brillando contra los picos oscuros de granito que lo rodean.

Al ver que nos aproximamos, un guardia armado con forma de lechuza aparece en uno de los minaretes salientes.

—¡Comandante! —exclama, volando hacia nosotros con alas del mismo color de las

nubes a nuestro alrededor—. ¿Ha encontrado a los cómplices del prisionero?

—Sí, Ruhr. —La mujer pájaro que me carga responde con voz suave y grave, mezclada con chasquidos de su pico—. Envíale un mensaje a Lady Dunya diciendo que los llevaremos de inmediato al auditorio.

—Sí, comandante Teoh. —El guardia inclina la cabeza en lo que supongo que es una reverencia en el aire—. Alas abiertas.

—Cielo abierto —responde la comandante.

El guardia se marcha volando, moviendo las alas para planear hacia una de las galerías en uno de los pisos intermedios del palacio.

Ahora que nos acercamos al palacio, otros demonios aviformes aparecen a nuestro lado. Mi corazón se detiene cuando veo a Wren colgando de las garras de un demonio delgado con forma de cernícalo, cuyas plumas oscuras han sido pintadas de blanco. De los otros guardias cuelga el resto de nuestro grupo: Hiro, Nitta, Bo y Shifu Caen.

La comandante Teoh avanza hacia la base del palacio. Los muros de mármol blanco abrazan la montaña. En algunas partes donde la roca se convierte en acantilados empinados, el edificio incluso está suspendido en la piedra, colgando en el lateral con terrazas cubiertas en vez de suelo. La comandante junta sus brazos alados para ralentizar nuestro avance cuando nos aproximamos a una de esas terrazas. Me lanza hacia arriba con facilidad de una patada antes de atraparme con un brazo. Extiende el otro y planea mientras derrapamos sobre el suelo de mármol. Por un instante, estoy envuelta entre sus plumas ásperas pintadas de blanco, su corazón late sobre mi espalda. Luego, sus plumas se aplanan sobre su cuerpo. Detrás de nosotros, oigo ruidos que indican el aterrizaje del resto de los demonios aviformes. Escucho los gritos de Nitta y Bo.

En cuanto dejamos de derrapar, la comandante me coloca fácilmente bajo su brazo y camina hasta un exhibidor de armas apoyado contra la pared lejana. Entre las lanzas, las espadas y los arcos, veo cadenas plateadas colgando en la pared.

Comprendiendo lo que está a punto de hacer, retuerzo la mano hacia la daga en mi cinturón. Mis dedos tocan la empuñadura de marfil fría. La magia sube por mis brazos cuando sujeto el arma. Luchando contra el amarre de la mujer pájaro, tuerzo la muñeca lo máximo que puedo y clavo la daga hacia atrás.

El metal martillado se hunde en la carne suave. La comandante Teoh emite un graznido de sorpresa. Por pura suerte he encontrado una abertura en su armadura, en el lateral de su cuerpo debajo del brazo. La sangre cálida cubre mi mano.

Me suelta. Veo un atisbo de ojos de halcón negros y vidriosos con un borde de pestañas largas. La mandíbula extraña de los demonios aviformes: mitad mentón humano, mitad pico amarillo con punta afilada. Luego, con un movimiento ágil, la comandante me gira sobre mi estómago y me sostiene contra el suelo de mármol frío. Tira de mis brazos hacia

atrás. Mi daga cae al suelo.

—¡No te atrevas a intentarlo de nuevo, humana! —grazna, la sangre gotea junto a sus pies con puntas de garra.

—¡*Lei!* —El grito de Wren proviene detrás de nosotras—. ¡Suéltala! No tenéis que tratarnos así. ¡No hemos venido a haceros daño!

—¿Le dirías lo mismo a un extraño que *te* ataca con su espada? —responde el comandante.

—¡Vosotros nos habéis atacado primero! —gruño.

—Y teníamos todo el derecho a hacerlo. Habéis entrado a nuestro territorio sin autorización. Por no mencionar que tu cómplice ha intentado engañarnos con mentiras durante las últimas horas. No finjas estar aquí por motivos honorables.

Oigo la voz de Wren.

—Soy Wren Hanno, hija de Ketai Hanno. He venido a proponer la cooperación entre nuestros clanes.

—Eso he oído. —La comandante Teoh me arrastra con brusquedad hasta ponerme de pie, mientras mantiene uno de mis brazos detrás de mi espalda—. Dicen que has venido a pedir nuestra ayuda para que apoyemos vuestra guerra civil. Que contigo viaja la chica que llaman la Elegida de la Luna. La chica que asesinó al rey.

—Sí... —comienza a decir Wren, pero la comandante la interrumpe.

—Bueno, hoy hemos tenido otra visita que ha dicho otra cosa.

Tardo un instante en asimilar sus palabras. Luego, un temblor frío recorre mi columna.

—¿Qué visita? —pregunto—. ¿Qué han dicho?

La comandante Teoh no responde. Con un gesto hacia el resto de los guardias aviformes que sujetan cada uno a un miembro de nuestro grupo, ella se dirige a la escalera que sube por la terraza hasta el palacio. Me obliga a ir con ella, el dolor ruge en mi hombro cuando hunde con más fuerza sus garras.

—No os encadenaremos por respeto al estatus de tu clan —dice la comandante—. Pero si intentáis atacarnos de nuevo de cualquier modo, tenemos derecho a mataros. Quedáis advertidos.

—¿De *cualquier* modo? —Bo habla desde su lugar al final del grupo—. ¿Y si les hacemos cosquillas? ¿Cuenta?

—Bo, ¡cállate! —grita Caen.

—Oye, solo intento dejar claras las reglas.

—No finjas interés en las reglas, gato —replica la comandante Teoh—. Sabemos cómo son los de tu clase.

Nitta emite un siseo bajo ante sus palabras mientras que su hermano responde con furia:

—Al igual que nosotros lo sabemos todo sobre los de tu clase. Supongo que no debería

esperar nada menos de *gallinas* arrogantes y saltarinas como tú...

Oímos un ruido fuerte.

—¡Bo! —grita Nitta y escucho que lucha por liberarse.

—No te preocupes. —La guardia de Bo alza su cuerpo sobre la espalda—. Solo está desmayado. Pero si continúa hablando así, es cuestión de tiempo antes de que uno de nosotros lo deje inconsciente para siempre.

Aunque percibo la tensión nerviosa en el grupo, permanecemos callados de ahora en adelante mientras los demonios nos llevan a través del elegante palacio del Ala Blanca. Subimos escaleras en espiral que van de piso en piso y atravesamos pasillos cubiertos de mármol luminoso tan pulido que mi rostro se refleja en él, pálido y nervioso. El Palacio de las Nubes está decorado con la misma cantidad de ornamentación que el del rey, pero en un estilo completamente distinto. En vez de colores vibrantes, obsidiana oscura y tonos rojos, el estilo del Palacio de las Nubes es más minimalista. Detalles plateados acentúan el azul perlado de las paredes. Las cortinas de gasa cuelgan en los arcos de las entradas de los salones y los cuartos y se mueven en la brisa de las aberturas angostas y altas talladas en los muros externos para permitir la entrada de luz y aire.

A pesar de que es de día, el palacio está en silencio. Los sirvientes caminan prácticamente sin hacer ruido, con las cabezas emplumadas bajas. Interrumpimos conversaciones susurradas al pasar.

—¿Alguien ríe en este lugar? —murmura Nitta detrás de mí.

La voz de la comandante Teoh es tensa.

—A diferencia de los de *tu* tipo, las aves sabemos apreciar el silencio.

—Bueno, si todos aquí son tan agradables como tú para conversar, no me sorprende.

Eso podría haber logrado que Nitta se ganara un golpe de no haber sido por el grito ahogado que emito y distrae a los guardias.

Hemos llegado al final del pasillo, a un espacio cilíndrico inmenso tallado en el centro del palacio. Una escalera amplia va desde el nivel inferior a la cima alrededor de un atrio abierto. El lugar está coronado por un domo de vidrio y plata detrás del cual las nubes grises se amontonan. Imagino que sería mucho más impresionante de ver en un día soleado, cuando los rayos de luz dorada se reflejan sobre las paredes pulidas. Los demonios aviformes de toda clase suben y bajan la escalera, algunos conversan junto a los balcones mientras que otros vuelan con destreza sobre el abismo central. Al igual que los guardias, todos los demonios visten un hanfu blanco, sus plumas son blancas naturales o están teñidas para combinar.

Mientras que muchos de los demonios son de la casta de la Luna, también hay algunos de la casta de acero. Llamen la atención por su forma humana, los únicos rasgos de demonio son algunos sectores con plumas o una nariz en forma de pico, o piernas largas

que se convierten en garras. Como en el caso de los Lunas, cualquier sector de piel humana también está pintado de blanco.

Giro el cuello para mirar por encima de la escalera del balcón y contemplar el magnífico atrio mientras subimos dos pisos más antes de tomar un pasillo que lleva a un arco inmenso. Una cortina de gasa color marfil cuelga sobre la abertura y roza suavemente el suelo de mármol.

—La comandante Teoh con un informe para Lady Dunya —anuncia la demonio aviforme con su voz grave y áspera.

—Alas abiertas —responde una voz dentro del arco.

—Cielo abierto —concluye la comandante.

El sirviente aparta la cortina de gasa con su pico plateado.

El auditorio del Ala Blanca es tan impresionante como la escalera central del palacio. Largo y amplio, se extiende desde el corazón del palacio hasta el exterior. La luz gris entra a través de la ventana enrejada alta que está en el muro más alejado. Pilares de piedra blanca (tan suavemente conectados del suelo al techo que parecen haber crecido de la roca misma) rodean la sala como árboles de porcelana. Entre cada pilar hay un guardia con una lanza plateada a su lado.

Comenzamos a avanzar por el salón, nuestros pasos resuenan contra el techo abovedado y la parte más impresionante de la sala aparece bajo mis pies.

Mis ojos tardan un instante en asimilar lo que ven. Al principio, creo que es una pintura, luego, por un segundo nauseabundo el suelo simplemente desaparece. Esta parte del palacio está posada sobre el abismo en la montaña. Abajo, en el centro del salón, un rectángulo de cristal se extiende sobre el vacío y deja ver las rocas irregulares de la montaña debajo. Me sudan las manos mientras cruzamos el cristal. Las nubes giran debajo, parece un turbio paisaje marítimo en el que podría caer en cualquier momento.

La comandante Teoh y sus guardias nos llevan bruscamente hasta el final del salón. En línea frente a la ventana alta hay seis tronos hechos de plata. Los dos tronos centrales son los de mayor tamaño, al igual que sus ocupantes: un par de esbeltos demonios cisne de la casta de la Luna, con plumas de alabastro y sus largos brazos híbridos con forma de alas cruzados sobre el regazo. Las túnicas de seda brillan bajo la luz que entra a través de la ventana. Deben de ser Lord Hidei y Lady Dunya, los líderes del clan del Ala Blanca.

A cada lado, sentadas en silencio con la misma majestuosidad que sus padres, están sus cuatro hijas. Dos parecen muy jóvenes, apenas son niñas, mientras que las otras dos son mayores, ambas tendrán aproximadamente dieciséis años a juzgar por sus rostros frescos. Con sorpresa, reconozco haber visto a una de las hijas adolescentes en mi primer viaje hacia el Palacio Escondido muchos meses atrás. El general Yu señaló el carruaje de los Ala Blanca cuando pasó junto al nuestro en el sendero desde Puerto Negro. La chica nos

observa con desagrado evidente mientras nos aproximamos, con su boca pico fruncida.

Hacemos una fila frente a la familia. La comandante Teoh y yo estamos en el centro, Nitta y Wren a mis lados. Wren se mueve para llamar mi atención. Me obligo a esbozar una sonrisa temblorosa, aunque me duelen los hombros debido a la sujeción de las garras de la comandante y me siento expuesta ante los ojos sin parpadear de los demonios aviformes a nuestro alrededor.

—Lady Dunya, Lord Hidei, hijas honradas —saluda la comandante Teoh, apoyándose sobre una rodilla al hacer la reverencia—. Alas abiertas.

—Bendita Samsi, otra vez no —susurra Nitta en voz baja.

—Cielo abierto.

La familia responde al unísono y crea un eco extraño que eriza el vello de mis brazos.

—¿Estos son los cómplices del demonio lechuza?

Es Lady Dunya. Sus ojos son del mismo negro medianoche que los de su esposo y sus hijas, pequeños y rígidos, como aceitunas sin hueso. Es alta y le llega a los hombros a Lord Hidei a su derecha. Mientras que su hanfu y su túnica lujosa tienen un diseño simple, una intrincada corona con hilos entrelazados de plata e incrustada con ópalos y diamantes decora su cabeza emplumada; más gemas rodean sus dedos delgados y sus muñecas, y adornan su largo cuello. Parecen joyas pesadas, pero ella mantiene la postura erguida, con la misma frialdad y rigidez que el mármol bajo sus pies.

—Sí, miladi —responde la comandante Teoh—. Los encontramos a menos de tres kilómetros del palacio...

—Lady Dunya. —La voz de Wren resuena en el salón—. Nos vimos una vez en un baile en el Palacio Escondido hace dos años. Soy Wren Hanno, hija de Ketai Hanno.

La mujer cisne no mueve el cuerpo, pero gira la cabeza y clava sus ojos negros en Wren. Reconozco su brillo suave y el polvo plateado de cuando vi a su hija en el carruaje en el camino del Puerto Negro. Incluso su boca pico está pintada de blanco, una cáscara suave y perfecta.

—Lo recuerdo. —Como todos los demonios aviformes, el chasquido de su pico acentúa su habla, pero en el caso de Lady Dunya, parece que ella los emite al ritmo de sus palabras. Su voz es pura y armoniosa como música—. Charlamos sobre la rebelión reciente en Kitori y sobre el estado de la economía en crisis. Había esperado verte de nuevo, aunque sin duda, no bajo circunstancias como esta.

—¿Cuáles son exactamente estas circunstancias? —pregunta Nitta con audacia.

Lejos a mi izquierda, Caen dice en voz baja con cautela:

—Nitta.

Pero parece que la chica leopardo está decidida a continuar con la naturaleza rebelde de su hermano en su ausencia.

—Vosotros nos habéis traído aquí sin nuestro permiso. Estábamos ocupándonos de nuestros asuntos, charlando en la cima de la montaña (por cierto, la vista es una porquería: hay demasiadas nubes y no vale la pena escalar para verla) cuando vuestros guardias han aparecido y nos han alzado como conejos para su cena.

Una de las hijas menores, cuyo rostro es una máscara altanera, dice con voz aguda:

—No te compares con algo que de hecho comeríamos, felina.

Siento la sorpresa de Nitta al ser tratada de ese modo por alguien que apenas es mayor que un bebé.

—Tish —Lord Hidei reprende a su hija con tono inexpresivo—, recuerda tus modales frente a los invitados.

La niña cisne hace un mohín. Paso la vista a su hermosa hermana adolescente, a quien vi en el camino al palacio. Su mirada fulminante y autoritaria me atraviesa.

Lady Dunya alza una mano y la sala guarda silencio de inmediato.

—Lady Wren, debo decir que estoy cansada de oír las mentiras de vuestros cómplices. No es un buen modo de construir una relación respetuosa.

—¿En qué hemos mentado, Lady Dunya? —pregunta Wren.

—Vuestra amiga felina aquí presente dice que estabais ocupándoos de vuestros asuntos en la cima, lo cual todos sabemos que no es en absoluto verdad. Nadie viene tan lejos a las montañas del norte a menos que tenga algo que esconder. Cuando hemos capturado hoy a vuestro compañero, el demonio con forma de lechuga, él nos ha dicho que uno de vosotros, nada más y nada menos que una chica humana, había matado al Rey Demonio, y que ahora Ketai Hanno busca nuestra ayuda para asegurar el trono.

—Sí, ese es el motivo por el cual...

—Pero dígame, Lady Wren —Lady Dunya la interrumpe con frialdad—. ¿Cómo es posible que hayan matado al rey cuando esta mañana hemos recibido un mensaje del palacio escrito por el mismo Rey Demonio?

Un pulso eléctrico recorre el salón.

Por un momento, estoy segura de que he oído mal.

—¿Dis-disculpe? —responde Wren.

—Eso... no puede ser cierto —balbucea Caen.

Lady Dunya nos mira a todos, con la misma frialdad gélida del aire que entra a través de la ventana alta.

—Una notificación oficial nos ha llegado hoy desde el Palacio Escondido. Nuestros expertos han inspeccionado el sello y la caligrafía. Ha sido verificado que pertenece al rey. Por lo tanto, es imposible que él haya muerto. A menos que haya fallecido en las últimas horas, claro.

—¡No! —exclama Nitta.

La misma palabra brota en mi interior, pero se queda atascada en mi garganta, se hincha y me asfixia. Los recuerdos aparecen, vívidos, llenos de color y miedo, cada uno es una puñalada en mi corazón.

El ojo destruido y ensangrentado del rey.

El ruido a cartílago roto bajo mi daga.

El grito espeluznante de Zelle: «¡Mátalo!».

Yo lo *maté*. Vi su cadáver. Estaba muerto.

Pero una voz diminuta y serpentina en lo profundo de mi mente susurra:

¿O no?

Los escalofríos cubren mi piel mientras asimilo las palabras. Naja me apartó mientras yo aún atacaba al rey. Cuando Wren y yo escapábamos de la arboleda y Kenzo la mantenía ocupada en la batalla, vi el cuerpo del rey en el suelo, manchado de sangre e inmóvil. Había creído... Es decir, *parecía* muerto. Pero ¿y si no lo estaba? ¿Y si solo fue eso lo que vi? Su cuerpo, ensangrentado e inmóvil, pero aún consciente, aún vivo. Yo estaba demasiado alejada para ver si su pecho se movía con la respiración entrecortada. Si parpadeaba, un ojo aún capaz de moverse detrás del párpado, persiguiendo sueños.

Los sueños del rey. *Mis* pesadillas.

El horror aumenta en mi interior. Porque si él sobrevivió, si tenía siquiera el más ínfimo resto de vida en él, sin importar qué tan magullado...

Los hechiceros no pueden hacer nada para salvar a alguien que ya ha muerto. Todos los ikharianos saben que el momento de la muerte desconecta el alma del cuerpo. No tiene sentido reparar una cáscara mortal vacía. Sin embargo, aun con heridas de gravedad, los hechiceros son capaces de curar y moldear, de unir la carne rota de nuevo.

Mientras estábamos encerrados en el templo, Hiro tardó dos semanas en reparar la piel dañada de mis hombros y en soldar mi costilla rota, cada sesión duraba varias horas. Y era un solo hechicero. El Rey Demonio tiene miles.

Miles.

Y como Caen dijo el otro día, el rey incluso está capturando más. Tiene tanta magia como desee y un corazón famélico de poder.

El suelo se mueve bajo mis botas, como si el cristal se derritiera y estuviera a segundos de caer entre las nubes hacia los dientes hambrientos de las montañas. Porque si el rey no murió —si *yo* fracasé— entonces todo ha sido en vano. Los Hanno han quedado expuestos como traidores. La corte no se ha derrumbado. El rey aún podría tener un heredero. Y ahora llegar a él será un millón de veces más difícil porque el palacio estará en alerta máxima durante el resto de su reinado. Tal vez incluso suspenderán su acceso a las Chicas de Papel, en caso de que una de ellas terminara lo que su hermana —lo que *yo*— había empezado.

Cuántas veces deseé que terminara la tradición de las Chicas de Papel. Cuántas noches he soñado con un futuro donde las chicas como yo fueran libres.

Nunca habría creído que la mera idea de que en realidad ocurriera pudiera generarme miedo.

Wren y yo nos movemos para mirarnos al mismo tiempo, como si estuviéramos unidas por hilos. Aunque su expresión carece de emoción, sus ojos arden con tanta confusión, horror y profunda e impronunciada tristeza que encienden una brasa fogosa de furia en la boca de mi estómago.

Después de todo lo que hemos pasado. Cómo se *atreve* el rey a tener la audacia de vivir. Cómo se *atreve* a arrebatarnos esto.

Con su rostro aún cubierto por la máscara de compostura, Wren se gira hacia el Ala Blanca.

—Lady Dunya —comienza a decir en medio del silencio atónito, su voz suena cargada de emoción reprimida—, no sé qué dice exactamente la carta, pero le suplico que escuche lo que tenemos que proponer. El gobierno del rey ha ampliado la grieta entre las castas y la Enfermedad ha empeorado con cada año que pasa sin mostrar signos de mejoría. Incluso en el camino hasta aquí, Merrin, el demonio lechuza que habéis capturado antes, ha notado que las corrientes de aire han empeorado. ¿Qué sucederá cuando ya ni siquiera podáis volar en vuestras propias tierras?

La comandante Teoh sacude las plumas. Algunos guardias chasquean los picos, mirando a Wren como si estuviera loca por sugerir que ellos tal vez no posean control absoluto de sus cielos. Pero Lady Dunya permanece quieta.

—Mi padre no busca gloria o una dictadura —prosigue Wren, ahora ganando fuerza—. Simplemente quiere redistribuir el poder a los clanes. Él lucha por la libertad. Por la igualdad. Por devolverle a Ikhara su grandeza de antaño. Cuanto más tiempo pase sin que hagamos algo, más rápido muere nuestra tierra y más se dividen nuestros pueblos. —Cierra la mano en forma de puño—. *Debemos* actuar ahora.

El silencio se apodera del salón.

Entonces, suena la voz autoritaria de Lady Dunya.

—Llevadlos a las celdas.

Nitta emite un siseo grave y felino. Caen comienza a hablar, pronunciando alabanzas hacia la causa de Ketai Hanno y diciendo por qué necesitamos la ayuda de los demonios aviformes, argumentos que la corte del Ala Blanca pasa por alto como si fueran copos de nieve a medio derretir.

Miro con ojos incrédulos, sin comprender. Lady Dunya parece tan poco afectada; quiero sujetarla, sacudirla, solo para ver si hay algo dentro. ¿Cómo puede permanecer tan imperturbable? ¿No le importa que el resto del reino caiga mientras sus muros

permanezcan de pie?

A mi izquierda, veo cuánto se esfuerza Wren por mantener la calma. Ketai nos dijo que no peleáramos a menos que fuera absolutamente necesario. Necesitamos ganarnos el favor de los clanes, no darles más motivos para desconfiar de nosotros. Me lanza una mirada feroz, con ojos ardientes, llenos de arrepentimiento, desesperación y amor, antes de perder nuestra conexión cuando la comandante Teoh retuerce mis brazos detrás de mi espalda.

El dolor estalla en mis hombros. Opongo resistencia, pero sus garras no ceden. Toma un par de esposas de hierro que cuelgan del cinturón que cruza su pecho. Las coloca sobre mis muñecas. El metal frío y duro me muerde la piel y me recuerda a otro momento en el que me detuvieron de este modo, y eso es lo que me despierta.

Nos encerrarán... mientras el rey aún vive. Él enviará un ejército al palacio de Hanno en busca de venganza en cualquier momento, y mi padre está allí, y Tien y muchos otros papeles.

Será un baño de sangre.

—¡Lady Dunya!

Mi grito resuena en los muros de mármol pulido.

La comandante Teoh comienza a girarme. Sé que no puedo superar su fuerza, así que, en cambio, dejo caer mi cuerpo inerte y la obligo a perder el equilibrio. Aprovechando que afloja momentáneamente las garras, retrocedo. Apunto mis puños atados hacia el lugar donde la he apuñalado antes.

La cadena de metal muerde su herida abierta. Ella sisea y pierde la fuerza suficiente para que yo la aparte y corra hacia adelante.

Caigo de rodillas frente a la majestuosa Lady del Clan del Ala Blanca.

—Lady Dunya —suplico—. Sé que no sabe quién soy y que mi vida no significa nada para usted. Pero por favor, solo escuche lo que tengo que decir: de mujer a mujer. De alguien que también ha vivido la vida en una parte aislada del reino, creyendo que las garras del rey nunca la alcanzarían. Alguien que creyó que estaba a salvo.

La demonio cisne me observa por encima de su nariz larga con forma de pico. Detrás de mí, escucho el sonido de las garras de la comandante Teoh. Lady Dunya alza la vista y los pasos se detienen.

—Habla —me ordena.

—Hay mu-muchas diferencias entre nosotras —comienzo a decir, extendiendo los dedos sobre el suelo para ocultar su temblor. El metal de las cadenas sobre mis muñecas tintinea fuerte—. No soy un demonio. Ni siquiera soy de acero. Pero, al igual que usted, soy mujer, y en este reino serlo constituye una casta aparte. Una que está más abajo incluso que la de papel. —Exhalo de modo inestable—. Tenía aproximadamente la edad de su hija menor cuando los soldados del rey vinieron por primera vez a mi aldea y se llevaron a mi madre.

Tenía aproximadamente la edad de su hija mayor cuando volvieron a por *mí*. Mataron a mi perro. Amenazaron con matar a mi familia si intentaba resistirme. Eso fue... solo el comienzo. Durante los meses siguientes, aprendí que había muchas maneras más de quebrar el espíritu de una persona. En especial de una mujer.

Los ojos oscuros de Lady Dunya brillan.

—Solo he visto un atisbo de la sociedad que habéis creado aquí —digo, alzando más alto el mentón—. Aun así, veo que lo que habéis creado es especial. Comprendo por qué os habéis mantenido lejos de la política turbulenta de Ikhara. No es solo por la terrible cantidad de demonios aviformes muertos durante la Guerra Nocturna. Además de vuestras vidas, tenéis otra cosa que proteger: vuestros *valores*. Vuestro modo de vida. Pero no puede mantenerlos a salvo para siempre ignorando lo que sucede a vuestro alrededor. A medida que la Enfermedad empeore, el rey solo estará cada vez más desesperado. Y cuando el Rey Demonio se desespera, se vuelve temeroso. Cuando está temeroso, solo piensa en reafirmar su poder. Pronto, no será suficiente oprimir a los papeles. Atacará a los aceros o a otros clanes demoníacos. Atacará cualquier lugar donde sienta que hay descontento respecto a su gobierno o una debilidad que explotar.

—Tiene razón, madre. —La hija adolescente que he reconocido habla. Al igual que su hermana, su voz es aguda y suave, sometida al tono aristocrático. Pero es más corpórea, más intensa, llena de una pasión que me sorprende. Sus manos con forma de garra están hechas un puño; los hunde en los reposabrazos de su trono—. Ayer en la práctica armada, Shifu Pru me dijo que la semana pasada atacaron a uno de los clanes de lobos en las montañas. Demonios que solo le han demostrado lealtad al rey.

—Yo he oído lo mismo, miladi —dice la voz del guardia que sostiene a Hiro—. Los soldados del rey afirman que fue en respuesta a un acto de traición cometido por un demonio lobo cuyos ancestros pertenecían a una de las familias del clan, pero no dieron más detalles.

—¡Masacraron al clan entero! —declara la hija con indignación.

Kenzo.

Quiero darme la vuelta, observar la expresión de Wren para ver si ella piensa lo mismo que yo. Pero me obligo a permanecer de rodillas.

—Por favor, Lady Dunya. Lo único que pedimos es que nos escuchéis. Si no os agrada lo que tenemos para decir, nos iremos sin causar un escándalo.

El salón está en silencio, como una tumba, el latido de mi corazón es ensordecedor en mis oídos.

Por fin, Lady Dunya asiente levemente.

—Escucharé lo que tenéis que decir.

Tiemblo de alivio. Apoyo la frente en el suelo de cristal frío mientras los murmullos

sorprendidos invaden la sala.

—Gracias, Lady Dunya —respondo sin aliento.

Ella alza una mano.

—Cenaréis con nosotros esta noche. Allí explicaréis vuestro plan. Pero sabed que habrá guardias observando todos vuestros movimientos. Si amenazáis a alguien de mi clan de cualquier modo, ellos tienen permiso para atacar.

Mantengo la cabeza inclinada mientras me pongo de pie.

—Retirad las esposas —ordena ella—. Llevadlos a las habitaciones de huéspedes en el piso diecinueve. Asignadles una criada a cada uno y dadles ropa limpia.

—También agradeceríamos un bocadillo antes de cenar —añade Nitta—. Y ¿os sobran quizás un masajista o dos? Los pies me duelen mucho después de tanta caminata.

Lady Dunya actúa como si no la escuchara. Cuando la comandante Teoh me quita las esposas, la Lady del Clan me observa, sus ojos penetrantes brillan.

—¿Cómo te llamas, chica?

Algo en mi interior se paraliza ante la palabra.

Chica. Un título muy simple. Uno con el que me han etiquetado toda la vida. Pero en ninguna parte lo han usado tanto para referirse a mí como en el Palacio Escondido: pronunciado de mal modo con el pico de Madam Himura, siseado con desprecio por Naja, dicho con burla por el general Yu. Pero en el Palacio de las Nubes, con la majestuosa Lady Dunya ante mí y sus feroces y audaces hijas, siento por primera vez el poder contenido en las dos sílabas más modestas de todas.

Porque eso es lo que soy. Ya no soy una Chica de Papel, solo soy «una chica». Casi, como le he dicho a Lady Dunya, una casta aparte. Una casta oprimida, sí, pero una más valiente, audaz y capaz de brillar que cualquier otra en este mundo.

Los rostros de todas las chicas increíbles que he conocido aparecen en mi mente: Zelle, Aoki, Lill, Chenna, Zhen y Zhin, Mariko. Incluso Blue, quien, a pesar de todo, solo hacía lo que podía para sobrevivir, simplemente actuaba del modo que le parecía mejor dentro de los límites que el mundo le había impuesto. Y, por supuesto, pienso en *mi* chica. Wren.

—Me llamo Lei —le digo a Lady Dunya, antes de que la comandante Teoh me haga darme la vuelta con un movimiento de su brazo emplumado.

Wren camina a mi lado mientras marchamos por el salón con suelo de cristal.

—Nos has salvado —dice. Pero, al igual que el mío, su alivio está contaminado. Desliza su mano en la mía y todo el resentimiento de nuestra discusión previa desaparece mientras la comprensión se apodera de las dos, fría y determinante. La afrontamos en silencio, necesitando el tacto de la mano de la otra para evitar caer al suelo debido al peso insoportable de la horrorosa verdad.

El rey aún vive.

Nos has salvado.

Mis entrañas se retuercen por lo erróneas que son las palabras de Wren. Porque si el rey vive, entonces, es lo opuesto: he fallado. Nos he condenado a un viaje más difícil y oscuro. Todo —y todos— lo que perdimos en el palacio esa noche fue en vano. Y significa que todo este tiempo que he sentido algo siguiendo mis pasos, tenía razón. Y no eran solo sueños aterradores o la sombra de un recuerdo nefasto.

No puede atormentarte el fantasma de alguien que no ha muerto.

Llevan a nuestro grupo a unas habitaciones en los niveles medios del palacio. Wren pregunta si podemos compartir una y los guardias nos dirigen a una suite preciosa con cuartos interconectados de techos altos y suelos de mármol pulido. La luz del sol poniente entra a través de las ventanas talladas y tiñe el suelo de bronce rosado. Las cortinas de gasa cuelgan entre cada cuarto. Ondeán cuando las atravesamos, dos criadas nos acompañan para encender los faroles colgados de las paredes. Las habitaciones son pacíficas, pero el silencio me aplasta, espeso y enfermizo, casi sofocante. El horror de lo que acabamos de descubrir recorre mis venas; mi sangre está embebida en él.

—Wren —grazno—. Tenemos que hablar.

—Aún no. —Evita mi mirada cuando llegamos al dormitorio, el cuarto posee en el centro una cama hundida y elegante con sábanas color crema—. Necesitamos descansar antes de la cena. Puede esperar unas horas.

—Pero el *rey*...

Ella me suelta la mano como si quemara.

—Lo sé, Lei —sisea y en la severidad de su voz hay un zumbido de pánico. Presiona los labios y luego inclina la cabeza sobre el hombro para mirar a las criadas que encienden incienso cerca—. Gracias. ¿Podrías volver en una hora para llevarnos al baño?

Las criadas hacen una reverencia.

—Por supuesto, Lady Wren.

Cuando nos quedamos a solas, Wren se detiene incómoda junto a la cortina que pende del arco. Yo tomo asiento en la cama, me quito mi banda dorada y maltrecha para soltar mi pelo enmarañado y lo sacudo. El viento sopla a través de las ventanas y mueve las cortinas y los dedos de incienso suben desde los quemadores en el rincón del cuarto. Wren endereza la espalda y mueve los hombros hacia atrás. Si no la conoces tan bien como yo, creerías que está tranquila y confiada como siempre. Pero yo veo la tensión en la línea de sus labios, en el modo en que su pecho sube y baja una fracción más rápido de lo habitual.

Quiero rodearla con mis brazos, decirle que todo irá bien. Pero sé que vendrá conmigo cuando esté lista. Además, si le digo que todo irá bien, al final sería una mentira.

El rey está vivo.

Mi corazón se entumece ante las palabras. Son afiladas como una espada.

Después de un rato, Wren inclina la cabeza hacia mí.

—Ensucias las sábanas —dice.

La miro con horror fingido.

—¿Sí? ¡No me he dado cuenta! Será mejor entonces no hacer esto. —Con una sonrisa traviesa, me tiendo por completo sobre la cama, con botas embarradas y todo.

Ella resopla.

—No puedo llevarte a ningún lado.

—Pero sabes que quieres hacerlo. —Ahora mismo, necesita mi comprensión y sigo el juego extendiendo las extremidades sobre las sábanas con un suspiro. Después de semanas durmiendo en el suelo helado del bosque, el colchón mullido es un cambio agradable—. Ven aquí —gruño—. Nunca has sentido nada tan suave.

Ignorándome, Wren atraviesa el arco a la derecha de la cama, que lleva a un vestidor.

—Esto me recuerda a la tradición de papel que hacen los recién casados en Ang-Khen —susurra.

Ruedo a un lado para mirar. Ella desliza la cortina que cuelga en el arco.

—¿Qué tradición?

—Cuelgan una cortina en la entrada de la casa de la pareja el día de la boda para que ellos la atraviesen. Es un símbolo de purificación para ellos en su vida matrimonial, a la cual entran de la mano.

—¿Funciona con dos mujeres?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

Curvo los labios en una sonrisa.

—Entonces, ¿lo intentamos?

Wren me mira de modo extraño.

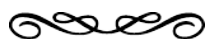
—Ahora no.

Asiento y cierro los ojos. De pronto, a pesar de todo, percibo que el sueño se aproxima al límite de mi consciencia. No he dormido bien desde que huimos del Palacio Escondido y Caen y yo nos hemos despertado temprano cada mañana para entrenar desde que comenzamos nuestro viaje. Hundo la mejilla en la almohada de seda.

—No hay problema —baluceo—. De todos modos, estoy demasiado cansada para ponerme de pie.

Oigo el movimiento de la ropa. El colchón se hunde cuando Wren se recuesta a mi lado y rodea mi columna. Coloca un brazo sobre mí. Entrelaza sus dedos con los míos.

—No es por eso —dice en voz baja y triste, mientras el agotamiento se apodera de mí y me sumerjo en la inconsciencia, registrando a medias sus palabras—. Sino porque da mala suerte burlarse de un ritual del que esperas participar algún día.



Después de una siesta breve, pero tan profunda que ni siquiera la pesadilla que me ha atormentado durante las últimas semanas la interrumpe (mi subconsciente quizás sabe que ahora tengo que enfrentarme a algo más aterrador en la vida real), Wren y yo despertamos por la llamada de las criadas. Ha anochecido. Las lámparas iluminan los pasillos mientras nos llevan al cuarto de baño de la suite, y el palacio está aún más silencioso que antes. En la antesala, la criada nos quita la ropa sucia antes de llevarnos por una sala grande dominada por una tina hundida. El perfumado aire caliente invade mi nariz. Inclino la cabeza hacia atrás para admirar el techo abovedado que brilla con gemas iridiscentes imitando a las miles de estrellas dispersas fuera.

—Solo unos minutos más, os lo suplico.

—Lord Bo, no es saludable estar aquí tanto tiempo.

—No es saludable estar en guerra, pero aquí estamos.

La silueta desgarrada de Bo aparece entre el vapor. Una joven demonio aviforme de acero está agazapada a su lado, sus rodillas cerca de la cabeza de Bo, quien se relaja contra el lateral de la tina hundida con la cabeza inclinada sobre el borde.

Durante las semanas de convivencia y viajes juntos, me he acostumbrado a compartir habitaciones íntimas con los demás. Sin embargo, aún no hemos estado completamente desnudos delante de los demás. Cubro mi cuerpo con las manos, aunque las nubes de vapor me ocultan bastante.

—Lord Bo, *por favor...*

—¡Wren! —Bo sonrío al vernos—. ¡Lei!

Mientras nuestras criadas nos ofrecen sus brazos emplumados y nos ayudan a entrar en el agua, no puedo evitar pensar que Bo tiene razón. El agua tiene la temperatura perfecta, cálida y fragante con aroma a bergamota y algo similar al pino, un toque de frescura de las montañas boscosas que rodean el palacio. La niebla brota de la superficie y se mueve cuando Wren y yo nos acomodamos en el asiento dentro de la tina hundida y el agua nos cubre hasta la clavícula.

Los ojos del chico leopardo brillan.

—Me preguntaba cuándo vendrías aquí vosotras dos. Estábais demasiado ocupadas disfrutando tener de nuevo un cuarto privado, ¿no?

Hay un segundo de silencio incómodo.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Wren tensa, ignorando la pregunta.

—Oh, se han ido hace siglos. *Principiantes.*

—¿Merrin ha estado aquí? —pregunto.

Bo mueve la mano sin importancia.

—Sí. Y no te preocupes, Plumitas no está herido. Aunque me sorprende que no haya tenido un ataque cardíaco al ver *esta* obra de arte. —El agua se mueve cuando él extiende

los brazos para señalarse a sí mismo y dibuja una sonrisa de dientes afilados. Al ver la preocupación en nuestro rostro, añade—: El Ala Blanca lo encerró en un cuarto y le hizo preguntas. Sin torturas ni nada parecido. Básicamente, charlaron.

—No torturamos a nuestros prisioneros —dice a secas la criada arrodillada junto a la cabeza de Bo.

Él la mira, molesto.

—¿Aún estás aquí?

Ella se pone de pie y resopla.

—De acuerdo. Lo dejaré aquí dentro para que se arrugue y hierva, milord, dado que parece que eso es lo que desea. Esperaré en la antesala a que esté listo para marcharse. Por favor, recuerde que la cena es en una hora.

—Ah —responde Bo con alegría—. Entonces tengo una hora más para sumergirme.

Las plumas que motean los brazos de la chica de acero se erizan.

—Creía que los felinos odiaban el agua —gruñe ella mientras se marcha en medio del vapor.

Las otras criadas hacen una reverencia.

—Nosotras también las esperaremos allí —dicen antes de seguir a la otra.

Bo suspira, hundiendo más el cuerpo en el agua.

—Por fin, paz. Me encanta que atiendan todas mis necesidades pero a veces un gato quiere su espacio personal.

No solo los gatos, pienso, mientras bajo la cubierta del agua me acerco más a Wren. Mi brazo izquierdo rodea su cintura. Ha pasado tanto tiempo desde que estuvimos así, piel con piel, que hacerlo calma algo profundo en mi alma. Apoyo la cabeza en el hueco de su cuello. Ella mueve su rostro para besar mi pelo, su aliento es cálido y dulce.

Bo tose.

—*Cof cof*. ¿Queréis privacidad?

—Sí, gracias —digo—. Sería genial.

El chico leopardo se pone de pie con pereza. Mis mejillas se sonrojan al verlo desnudo y aparto los ojos hacia un lugar a su derecha.

—Entiendo. —Sacude la cabeza, las gotas de agua caen de su pelaje—. Viajar con tu amante mientras estás constantemente en nuestra compañía no debe de ser fácil. Consideradlo una muestra de cuánto me importa la salud de vuestra relación que abandone temprano el paraíso por vosotras dos. Solo para asegurarme de que recordéis esto si alguna vez necesito el mismo trato. —Hunde el dedo en su oreja y saca unas gotas de agua—. Tal vez encuentre alguna compañía en este viaje.

Alzo una ceja.

—Tal vez ya has encontrado a alguien, ¿eh?

Bo parpadea. Por un momento ínfimo, parece casi avergonzado. Luego, mueve la muñeca.

—Si te refieres a Plumas, él y yo solo bromeamos. Nunca ocurrirá nada entre los dos. — La punta de su cola tiembla—. ¿Un pájaro y un gato juntos? El Reino Celestial se colapsaría por el peso de todos sus dioses y diosas al desmayarse.

—Han sido testigos de parejas mucho peores con el paso de los años —dice Wren sombríamente.

De inmediato, el ánimo se vuelve más serio. Pronto, siento que el rey está allí en el cuarto con nosotros, escondido en un rincón, una silueta con cuernos y ojos cortantes que brillan bajo el vapor.

Te he encontrado.

—Bueno —dice Bo para romper la tensión—, iré a molestar un poco más a mi pobre criada. Será mejor que moleste a tantos demonios aviformes como sea posible mientras estoy aquí. —Guiña un ojo—. No hagáis nada que yo no haría. Y si descubris qué sería eso... contádmelo después. —Su silueta desgarbada se marcha en medio del vapor.

Me giro y miro a Wren, con la frente fruncida de preocupación. Alzo una mano para suavizar la maraña de cabello húmedo en su sien.

—Creo que es hora de hablar sobre ello, Wren —digo con cautela.

—Él aún está vivo —responde ella cortante—. ¿De qué hay que hablar? Continuamos con la misión como habíamos planeado.

—Me refiero a lo que ocurrió en el palacio. A lo que él nos hizo.

Las palabras —y los recuerdos que traen— se retuercen y se marchitan en mis entrañas. Pero me obligo a afrontarlas con calma. Es más fácil ser fuerte cuando lo haces por el bien de otra persona. El vapor perfumado flota a nuestro alrededor, un velo protector. Bajo el agua, busco las manos de Wren y las encuentro cerradas en forma de puño. Las abro a la fuerza y ella las cierra de nuevo sobre las mías, de modo casi doloroso.

Cuando rompe el silencio, su voz es tensa, apenas un eco de su tono ronco y confiado.

—¿Cómo es siquiera posible *hablar* de algo semejante? —Exhala. Su mandíbula suena mientras la mueve, intentando hallar las palabras—. Creo que ese fue otro motivo por el que construí muros a mi alrededor en el palacio. La frialdad me evitaba sentir. Estaba muy centrada en mi objetivo. Lo envolví a mi alrededor como un escudo. Y ahora, ha desaparecido.

Le aprieto las manos.

—Ahora tenemos un nuevo objetivo, Wren. Uno cuyo peso podemos compartir juntas.

Por un instante, guarda silencio. Luego, sus ojos se iluminan y, como muchas veces antes, quedo atrapada por su mirada. En el palacio, nuestros ojos se encontraban así en una sala o en la mesa del comedor, y ella me paralizaba en mi sitio con su mirada. Puede ser tan feroz

que parece que me hubiera golpeado con la fuerza de un rayo. Pero esta vez, me paralizo no por su poder, sino por la *falta* de él.

Las lágrimas inundan los hermosos ojos castaños de Wren. Brillan un segundo antes de comenzar a caer como una cascada sobre sus mejillas. Arruga el rostro. Emite un grito ahogado desgarrador que suena como si hubiera nacido de lo profundo de su estómago.

—Oh, mi amor —susurro y la rodeo con mis brazos.

Sostengo a Wren durante lo que parecen horas, permitiendo que libere, quizás por primera vez desde que nos conocimos, la tensión que siente. La abrazo sin hablar, aunque me hace daño oír su llanto crudo similar al de un bebé. Aunque me rompe el corazón sentir los temblores violentos de su cuerpo sobre el mío. Aunque sé lo que significa cada lágrima que llora, lo que declara ante el mundo cada uno de sus llantos.

Este es un idioma que comprendo. Un idioma de dolor y horror que yo también he aprendido.

Que demasiadas chicas han tenido que aprender.

Cuando Wren por fin se queda quieta, no nos movemos, aún nos abrazamos en el agua, rodeadas del vapor aterciopelado.

—Está vivo —susurra ella.

Y no es como las otras veces en las que ha dicho esas palabras hoy. Esta vez, están llenas de todo lo que significa esa simple frase. El horror y la realidad de lo que hemos vivido. El hecho de que probablemente tendremos que enfrentarnos de nuevo al demonio que nos hizo esto. Sus palabras están atormentadas y las siento en mis huesos.

Una mezcla nauseabunda de odio, terror y vergüenza recorre mis venas. Por un instante, una vez más soy esa niña asustada en la habitación de él, intentando separar mi alma del cuerpo para poder fingir que el dolor no es real. Que lo que sucede le sucede a otra persona, en otra vida, en otro mundo. No aquí, no ahora, no esto, no *a mí*.

Pero *era* yo.

Era yo y era Wren y eran las otras chicas, mis amigas, y tantas más antes de nosotras y sin duda más por venir.

—Está vivo —repite Wren y suena tan vacía y perdida que me rompe el corazón.

La abrazo más fuerte. Algo oscuro florece en lo profundo de mi estómago.

—Solo significa que tenemos una segunda oportunidad —le digo con frialdad.

—¿Para qué?

Susurro las palabras en su oído.

—Para vengarnos.

Como el resto del Palacio de las Nubes, el comedor es una maravilla. Desde la cima de la elegante escalera central, cruzamos un puente delicado hecho completamente de cristal, las nubes nocturnas giran contra las ventanas, antes de llegar a una sala en una torre circular de diseño magnífico. Los muros de mármol son tan altos que podrían atravesar el centro del Reino Celestial. Los árboles y las flores tallados en metal y en piedra blanca crean el efecto de un bosque brillante congelado, desparramado entre las mesas llenas de demonios aviformes vestidos con elegancia.

Una sirvienta de acero vestida con una túnica color crema nos lleva a Wren y a mí hacia una mesa en el centro de la sala, sobre una tarima plateada circular. Por encima, las ramas de los árboles de metal y piedra se alzan en lo alto, brillando con ópalos, perlas y luces de filigrana, colgando como frutas enjovadas. El sonido de las conversaciones susurradas y el roce de las plumas invaden la sala.

Vivir en el palacio me habituó a estar entre demonios. Pero el haber pasado las últimas semanas solo con nuestro grupo como compañía ha hecho que olvide lo perturbador que puede ser entrar en un cuarto entero lleno de ellos. Enderezo la espalda con los ojos clavados al frente. Resisto la necesidad de toquetear mi hanfu blanco. La falda es demasiado larga y amenaza con hacerme tropezar con cada paso y, después de haber estado cubierta de telas pesadas y funcionales durante tanto tiempo, el desliz suave de las sedas sobre mi piel parece extraño. Me recuerda a las noches en el palacio, vestida para el rey y la corte con vestidos y túnicas livianas. Noches que creí haber dejado atrás.

Solo ha pasado una hora desde que Wren lloraba entre mis brazos en la sala de baño; sin embargo, a juzgar por el modo en que camina, nadie lo adivinaría. Las criadas la han vestido con un hanfu similar al mío, pero con su complexión alta y atlética, parece de la realeza, una princesa de hielo perdida que vuelve a reclamar su palacio. Camina con confianza a mi lado. Su cabello grueso cae en ondas refulgentes hasta su cintura. Mientras que yo me he negado a usar las pinturas y el maquillaje que las criadas me han ofrecido, Wren les ha indicado que los usaran en ella del modo que le gusta. La luz de las lámparas colgantes cubre su piel y capturan el polvo resplandeciente que cubre su ceño y sus mejillas y el pintalabios oscuro color ciruela de su boca.

—¿Qué? —pregunta al notar mi mirada.

—Pareces la dueña de este lugar —respondo.

—Bien. El modo en que hemos llegado aquí no era la primera impresión que esperaba dar en el Ala Blanca. Quiero asegurarme de que al menos esta noche tengo un aspecto apropiado para la hija del Lord de un Clan.

—¿Para intimidar a Lady Dunya?

—No para intimidarla. Para impresionarla. Las apariencias son importantes para el Ala Blanca.

Alzo una ceja mirando alrededor de la sala elegante.

—¿Quién lo hubiera dicho?

Aún sería, Wren añade en voz baja:

—Las apariencias también son importantes para la guerra.

—Lady Wren y Lady Lei —anuncia el demonio aviforme con una reverencia en dirección a Lady Dunya—. Alas abiertas.

Lady Dunya inclina la cabeza.

—Cielo abierto.

Está imponente en la cabecera de la mesa, vestida con una túnica blanca y plateada opalescente bordada con diamantes diminutos. El resto de la familia del clan está distribuido por la mesa, cada uno intercalado con alguien de nuestro grupo. Una sonrisa aparece en mi rostro cuando veo a Merrin.

Cuando Wren y yo pasamos a su lado, él inclina su cabeza emplumada.

—¿Me habéis echado de menos, encantos?

—No tanto como Bo —respondo con un guiño y aunque él pone los ojos en blanco, parece satisfecho.

La sirvienta nos muestra nuestros asientos y Nitta y Bo nos silban estrepitosamente, lo que hace que Caen ponga mala cara como si se preguntara cómo asesinar a alguien desde su asiento.

A Wren la sientan junto a Lady Dunya. A mí me ubican a unas sillas de distancia, entre el Lord y las dos hijas adolescentes de la pareja. La que está a mi derecha me mira aburrida.

—Papeles en el palacio —dice arrastrando las palabras—. ¿De verdad mamá ha caído tan bajo? —Centra de nuevo la atención en el conjunto de pergaminos ocultos penosamente en su regazo. Logro leer algunas frases: algo sobre un demonio águila de complexión ancha como una montaña cargando a una princesa en sus brazos, sus cuerpos emplumados apretados mientras comienzan a besarse.

—Eolah siempre lee esas cosas.

La chica cisne a mi izquierda no sonrío, su voz es aguda y calmada. Es la que he reconocido, la que ha hablado antes en el auditorio sobre el ataque del rey contra un clan de lobos. Es más que nada gracias a ella que estamos sentados aquí con libertad, en vez de encadenados en lo profundo de la prisión del Ala Blanca. Sin embargo, el mal modo en que

me mira deja claro que cualquier declaración de gratitud será recibida con un ceño fruncido.

—¿A ti también te gustan? —pregunto, solo por decir algo.

Frunce su rostro adorable con repulsión.

—No tengo tiempo para el romance o para leer —se mofa—. Son pasatiempos antiguos diseñados para mantener reprimidas a las mujeres. En especial a las hijas de las ladies del Clan.

Por mi propia experiencia, sé que el romance y la lectura hacen lo contrario. Pueden encender una llama en ti, hacer que tu alma arda de deseo, consciencia y fuerza. En cambio, solo digo:

—Tu madre no parece la clase de mujer que quiera mantenerte reprimida.

—Ah, ¿esto? —Mueve su mano esbelta con punta de garras, el perfume cubre sus plumas empolvadas—. *Esto* es todo parte de ello. Aquí podemos hacer lo que nos plazca, gobernar como queramos. Pero solo aquí. El Palacio de las Nubes y estas montañas son todo lo que conocemos. Al final, es lo mismo que vivir con las alas cortadas. El desinterés de mi madre por involucrarnos en la política ikhariana está presente en todo lo que hacemos. Nos cría para la pasividad. Y odio la pasividad. Sabes —añade abruptamente alzando el mentón—, estoy entrenando para ocupar el puesto de la comandante Teoh cuando ella se retire.

Le ofrezco una sonrisa.

—Felicidades.

—Ah, presta atención —resopla—. Es genial si quieres estar a cargo de un ejército diminuto que nunca verá acción alguna. Si disfrutas de ser nada más que un guardaespaldas inflado. Pero ¿qué sentido tiene poseer alas si no nos permiten volar? —Suaviza la voz por primera vez—. Me refiero a *volar* de verdad, como corresponde, ¿sabes?

Sus palabras me recuerdan al carácter contenido en mi relicario de bendición natal. Lo atrapada que me sentía en el palacio, al tener que ocultar mi amor por Wren y mi deseo de pelear contra las injusticias del rey y su gobierno. Aun sin el Rey Demonio, aquel lugar habría sido parecido a una tumba.

—Sé a lo que te refieres —respondo, pensativa.

Los ojos oscuros de la chica cisne brillan.

—Eso creía. —Alza el mentón—. Soy Qanna.

—Lei.

Toma la copa de cristal frente a ella y la inclina hacia mí.

—Alas abiertas.

Alzo mi copa.

—Cielo abierto.

Sus ojos redondos y poblados de pestañas no abandonan los míos mientras bebemos un

sorbo de sake cristalino.

—Entonces —dice Qanna mientras los sirvientes comienzan a caminar por el salón balanceando platos de comida con delicioso aroma en sus palmas—, tú eres quien intentó matar al Rey Demonio.

La tensión sube por mi garganta. No estoy acostumbrada a que alguien vaya al grano de ese modo. La frontalidad de la hija del clan me recuerda a Blue... por no mencionar el modo arrogante en que continúa mirándome.

—Sí —respondo.

En cuanto lo digo, Qanna inclina el cuerpo y le dedica una sonrisa a su hermana.

—¿Ves, Eo? Te lo dije. Ya me debes tres días de asistencia civil.

Eolah no alza la vista.

—Me da igual. Me gusta la asistencia civil.

Qanna pone los ojos en blanco y me mira.

—¿Ves con lo que tengo que lidiar?

Un sirviente apoya los últimos de los platos variados que ahora yacen sobre la mesa: pez ángel al vapor nadando en salsa de soja, pastel de nabos en forma de flores, las orejas rizadas de dumplings de cerdo flotando en caldo claro. Qanna toma los cubiertos y sirve de mal humor porciones grandes en nuestros platos.

—Le aposté a mi hermana que tú fuiste quien atacó al rey —explica—. Todos creían que debía de haber sido la hija de Ketai Hanno, pero yo supe que fuiste tú en cuanto hablaste. Y también tienes esos ojos, claro. La verdad es que son especiales, ¿lo sabías? Tal vez seas humana, pero tienes el espíritu de un demonio. —Sin descansar apenas para respirar, añade—: ¿Y bien? ¿Lo intentarás de nuevo?

Tardo un segundo en comprender a qué se refiere. Mi estómago se retuerce mientras pienso en Wren hace un rato, temblando entre mis brazos. Tomo mis palitos y sujeto con ellos una seta shitake al vapor.

—Sí —respondo antes de colocármela en la boca y morderla—. Y esta vez, no fallaré.

—Bien. —Los ojos de Qanna inspeccionan mi rostro—. Los hombres como él no merecen vivir.

La intensidad sombría de su tono hace que los escalofríos recorran mi espalda.

—El mundo sería un lugar mucho mejor si las mujeres lo controláramos, ¿no crees? Y nosotros, nuestro clan, tenemos el poder de lograrlo. Con la corte debilitada como está ahora, sería incluso más fácil. Muchos de nosotros lo pensamos. La comandante Teoh, Shifu Pru, la mitad de los guardias con los que he hablado. Solo *mamá* se opone. —Su voz emana burla.

—Intenta protegerte —digo, pero Qanna solo frunce el ceño.

—Cuando hay peligro, alzas la cabeza y lo afrontas. No te escondes en las montañas para

fingir que no ves su existencia.

Ambas miramos hacia el lugar donde Wren y Lady Dunya están sentadas. Por la velocidad con que se mueven sus labios, noto que su conversación es intensa. El salón vibra de ruido y energía, pero Wren y Lady Dunya parecen separadas de él, completamente concentradas en su propio intercambio.

—¿Crees que tu madre aceptará unirse a nosotros? —le pregunto a Qanna.

—Sí. Por desgracia.

—¿Por desgracia?

La chica cisne apuñala un cubo de tofu con más violencia de la que probablemente merecía.

—De todas las alianzas posibles, ¿depositaremos nuestra fe en un hombre humano?

Me enfado ante sus palabras, aunque más que nada por la parte humana. Por defender a Wren y a su padre, digo:

—¿Sabes siquiera algo sobre Ketai Hanno?

Qanna se encoge de hombros.

—¿Qué necesito saber? Es un papel y un hombre. *Tú* has logrado impresionarme. Quizás seas humana, pero eres mujer y eso te otorga mucha más fuerza de la que él jamás será capaz de poseer. Por no mencionar perspectiva. Solo las mujeres comprendemos realmente las crueldades del mundo. Las profundidades de la codicia y el deseo de la gente, lo que motivan a la gente a hacer. —Echa chispas por los ojos y mira a su madre de nuevo con desdén—. ¿Acaso Hanno piensa que todos los clanes se repartirán en paz Ikhara cuando la guerra termine? ¿Que todos diremos «oh, aquí tienes, te devuelvo tu parte del reino; ahora, por favor, sé amable y deja en paz a los demás»? Todos sabemos cómo terminará esto.

Atraviesa la cola aún movediza de una anguila con sus palillos y la engulle con su pico pintado. Una línea de sangre cae sobre su mentón.

—Será otra Guerra Nocturna —concluye, y se limpia la mancha con su servilleta, con expresión amargada—. Otra devastadora guerra sin sentido. Y al final de ella, Ikhara estará aún más fragmentada y muerta que antes y tendremos un nuevo dictador gobernándonos a todos: solo que esta vez, será uno de papel.

En ese instante, percibo a alguien mirándome. Alzo la vista y encuentro la mirada de Wren al otro lado de la mesa. Su rostro brilla. Esboza una sonrisita victoriosa. Las luces del techo la bañan de luz dorada pálida y dibuja mechones de luz de estrellas en su cabello, y su fulgor me causa dolor en una parte profunda de mi ser. Se parece mucho más a la Elegida de la Luna de Ketai de lo que yo jamás lo haré.

Wren me dice algo moviendo los labios cuando Lady Dunya habla y ella centra la atención de nuevo en la Lady del Clan. Pero no necesito oír sus palabras. Su apariencia ya me lo ha dicho todo.

Lady Dunya ha accedido a aliarse con nosotros.

Miro mi plato de nuevo, las palabras de Qanna resuenan en mis oídos. Y, en vez de la felicidad que creía que sentiría ante esa noticia, algo incómodo cobra vida en mi estómago. Apoyo los palillos en la mesa, me trago las náuseas repentinas y me bebo el resto de mi sake.

Después de cenar, Lady Dunya nos invita a un balcón privado no muy lejos del comedor, donde ella y Wren anuncian su alianza ante el grupo. Los demás reaccionan a la información mucho mejor que yo, aunque Nitta y Bo solo logran mostrar una aceptación reticente mientras alzamos las copas para brindar por nuestros camaradas emplumados. Sin embargo, solo Qanna es quien parece abiertamente fastidiada ante la noticia.

—Que viva el Rey de Papel —me dice en un susurro.

Ketai pidió que los clanes enviaran al menos un tercio de sus ejércitos al palacio de Hanno la primera semana después de haber aceptado aliarse con nosotros como un gesto de compañerismo. Lady Dunya comienza a negociar con Wren y Caen, y el resto nos dispersamos por el balcón. Merrin entabla una conversación con Lord Hidei. Hiro camina hasta el borde del balcón, coloca sus dedos delgados sobre la barandilla con diseños de hierro delicados, apenas tiene la altura suficiente para mirar por encima de la barandilla. Mientras Qanna y yo atravesamos el balcón hacia un sector con asientos mullidos, maldigo el amor que siente el clan aviforme por los suelos de cristal. Mi cabeza ya da vueltas por el sake de la cena. No ayuda cuando el cielo gira a pocos centímetros debajo de tus botas, las nubes oscuras se abren por momentos y exhiben una caída que me da náuseas.

Suspiro de alivio cuando nos sentamos en los cojines. Eolah se ovilla detrás de nosotras, sin soltar aún su novela romántica. Al otro lado de la barandilla, el cielo nocturno es una extensión impenetrable y nublada.

—¿Ves lo fácil que es olvidar que hay un mundo entero ahí afuera? —dice Qanna, mirando el horizonte.

Un aullido terriblemente desafinado nos obliga a darnos la vuelta. Nitta y Bo avanzan balanceándose hacia nosotros, cada uno con un brazo rodeando los hombros del otro. No sé bien qué canción entonan... o si el ruido que hacen puede considerarse siquiera cantar. Se ha acabado el juego de ficción o realidad de Bo.

—Hay tantas princesas —ronronea el chico leopardo, golpeándonos a las dos cuando él y su hermana aterrizan sobre los cojines—. Es difícil seguir el ritmo.

Qanna se pone de pie de un salto.

—Cuidado dónde te sientas, *gato*. Y no soy una princesa.

Bo entrecierra los ojos.

—Sin duda tienes el aspecto de una.

—¿Acaso los felinos no tienen una vista terrible? —replica la chica cisne.

—De todos modos es mejor que el olfato de las aves —señala Nitta con una risita.

Como un eco perfecto de la broma de Merrin en el templo, Qanna alza la cabeza autoritariamente y dice:

—Entonces vosotros dos sin duda apestaís si *yo* puedo oleros.

Nitta y Bo emiten un grito ahogado de indignación —y francamente de *admiración*— mientras Qanna parte hecha una furia. Ambos tienden el cuerpo sobre los cojines y posan la atención en una muy disgustada Eolah.

Me pongo de pie, mareada. Hiro aún está solo junto a la barandilla. El hierro intrincado y delgado tiene entrelazado en él unas bonitas flores frescas: todas blancas, por supuesto. Cuando me aproximo, él está inspeccionando una flor, la sostiene con sus dedos amables. Luego, rápidamente, la arranca y la guarda en su túnica.

—¿Un souvenir? —pregunto cuando llego a su lado.

Evita mis ojos.

—Me... gustan las flores.

—A mí también. Solía trabajar en una herboristería, ¿sabes? —Él me mira sorprendido y yo continúo, apoyada contra el balcón—: Una de mis épocas del año favoritas era la cosecha de flores primaverales. Me pasaba horas en los prados alrededor de nuestra aldea escogiendo los pimpollos más frescos de camelias y prímulas. —Suspiro—. Los colores. Los aromas.

—Suenan a una vida agradable —dice Hiro en voz baja.

—Lo era. Espero recuperarla algún día.

El niño hechicero mira el cielo nocturno. Aunque permanece inexpresivo, percibo el cambio de emociones debajo y, de pronto, siento culpa por hablar de este modo. Porque mientras que es posible reconstruir mi vida en Xienzo después de la guerra, Hiro perdió a toda su familia. A todo su clan.

—¿Eres feliz con los Hanno? —pregunto.

Él se mueve, endereza la espalda, parece alejar una parte de su melancolía cuando responde abruptamente.

—No es asunto de un hechicero buscar la felicidad.

—Lo siento —digo, pero él ya está alejándose.

Shifu Caen aparece a mi lado. Mira por encima del hombro hacia la espalda de Hiro marchándose.

—¿Todo bien por aquí? —Cuando no respondo, él suspira y apoya los codos sobre la barandilla y se toca la barba sin pensar—. No todos parecen contentos con los sucesos de esta noche.

—¿Qanna? —Me encojo de hombros—. No le gusta la idea de que su clan apoye a un

hombre de papel que no conoce.

—Me refería a ti, Lei.

Los ojos oscuros y con motas amatistas de Caen me observan con sabiduría. Me froto los brazos con las manos. La noche está fría, el viento invernal pasa entre los quemadores y las lámparas distribuidos por la terraza para otorgar calidez. Los demás han colocado chales pesados o capas sobre sus hombros. Al notar que tiemblo, Caen se quita su capa y me cubre con ella.

Me acurruco en la tela, agradecida.

—Es solo que... No conozco a Ketai como todos vosotros —admito—. Y he visto lo que el poder les hace a las personas. No quiero...

—¿Que Ketai termine como el rey? —Caen tiene una expresión amable—. Tienes razón, Lei. No conoces a Ketai como nosotros. Así que tendrás que confiar cuando decimos que *nosotros* confiamos en él. Que es un hombre brillante, compasivo y dedicado que quiere reparar Ikhara de nuevo haciendo lo correcto.

—Pero ¿es posible reparar las cosas? A veces, todo permanece cambiado para siempre por lo que ha ocurrido. Uno puede intentar arreglar las cosas. Reconstruir. Reaprender. Curarse. Pero hay ciertas heridas que no sanan. Sin importar cuánto quiera uno que lo hagan.

Hay una larga pausa. Luego, Shifu Caen pregunta con dulzura:

—¿Todavía hablamos sobre Ketai Hanno?

Aparto la vista y exhalo una nube de aire.

—Pronto emprenderemos el viaje de nuevo, ¿no? —digo, cambiando de tema—. ¿Mañana?

—Lady Dunya ha sugerido que partamos pasado mañana, para poder tener un día más para charlar sobre nuestros planes. —Caen mira por la terraza hacia donde Nitta y Bo intentan enseñarle a Lord Hidei una danza tradicional janesa; Merrin observa con altanería hasta que Bo toma su mano y lo obliga a unirse a ellos—. Y algo me dice que algunos de nosotros no seremos capaces de salir de la *cama* mañana, ni hablar de la montaña. —Curva los labios en una sonrisa, pero yo frunzo los míos.

—Oh, no —digo.

—¿Qué sucede?

—Voy a vomitar.

Con un movimiento ágil, Caen me alza y me sostiene sobre la barandilla del balcón. Vomito haciendo ruido. Las lágrimas caen de mis ojos, siento la lengua agria mientras tengo arcadas hasta que no sale nada más que aire ácido. Con cuidado, Caen me coloca de nuevo en el suelo. Gracias al ruido del viento y a que no hay nadie más cerca, los otros no notan lo sucedido. Aun así, las mejillas me arden.

—Lo siento mucho —balbuceo, deslizando la mano sobre la boca. Él me acaricia la espalda.

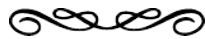
—No te preocupes en absoluto. Pero deberías tumbarte. ¿Busco a Wren?

Sacudo la cabeza de lado a lado. Ese movimiento hace que mi mundo dé vueltas otra vez y me detengo, sosteniendo la cabeza entre mis palmas.

—Está hablando con Lady Dunya.

—Si estás segura.

Con el cuidado absoluto de no mirar hacia abajo a través del suelo de cristal, avanzo por la terraza. Un guardia me lleva de vuelta a la suite y atravieso los cuartos con torpeza, aparto las cortinas de gasa y encaje hasta llegar al dormitorio. Luego, me quito la ropa y la dejo caer mientras permanezco de pie hasta que solo estoy vestida con mi pequeña enagua de seda. En cuanto apoyo el rostro sobre el colchón, me sumerjo en la oscuridad.



El movimiento me despierta junto a la calidez confusa del cuerpo de Wren. Su aroma a océano invade mis pulmones. Me sacudo, en medio del delirio, mis sueños se pegan a mí mientras me acurruco contra ella y le devuelvo somnolienta sus besos suaves y dulces. Me abraza contra su pecho con un suspiro.

—Hemos conseguido un aliado, Lei —susurra ella. Su voz tiembla de entusiasmo—. ¿Puedes creerlo? Y tal vez la alianza más importante de todas. Los demonios aviformes son guerreros implacables, pero también tienen una inmensa ventaja táctica. Según mi padre, el Clan Oshai y las Plumas Ardientes de Jana ya han jurado lealtad al Rey Demonio, pero el Ala Blanca tiene el triple de soldados que ambos clanes juntos. Necesitamos esto, Lei. —Siento el alivio recorrer su cuerpo por el modo en que se relaja mientras deposita más besos en mi pelo—. Lo estamos logrando. Estamos construyendo el ejército que derrotará de una vez por todas a la corte del rey.

Me pongo tensa.

—¿Y qué corte ocupará ese lugar después? —susurro—. ¿La de tu padre? ¿Nuestro nuevo Rey de Papel?

Wren retrocede, su tono se vuelve brusco como el mío.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero.

Tengo la vista nublada por el sueño, aún estoy sumida en un estado parecido a la ebriedad. Deslizo una mano sobre mi rostro, intentando centrarme, mientras ella se aleja más y se incorpora en la cama sobre un codo.

—No —dice—. No lo sé.

—Me preocupa, Wren. Tu padre, sus intenciones. La hija de Lady Dunya me ha dicho...

—¿La hija de Lady Dunya?

—Sí, la mayor. —Busco las palabras adecuadas—. Me ha dicho que no deberíamos poner nuestra fe en Ketai. Que él no era la persona correcta para liderar esta guerra.

—¿La chica ha dicho eso?

Aparto un rizo de cabello de mi rostro.

—De un modo menos amable. Está en contra de la alianza entre el Ala Blanca y los Hanno. Deberías tener cuidado. Si ella posee tanta influencia como su madre, tal vez incluso hará que anulen la alianza... —Me interrumpe el hipo.

—Estás ebria.

Las palabras me golpean como una bofetada a pesar de que Wren las dice sin amargura o burla. Lo que duele es la verdad que contienen. Aunque ella no se ha movido, algo en su interior parece haber retrocedido, como si se apartara de mí, alejándose de mi presencia.

—Tal vez —digo, incorporándome con torpeza. Intento humedecerme los labios, pero tengo la boca seca—. Pero sé lo que digo. He estado preocupada al respecto desde que conocí a tu padre. Él me recuerda a...

—No lo digas. —El hermoso rostro de Wren se convierte en hielo. Con un movimiento elegante, sale de la cama, su silueta sombría en la oscuridad de la habitación parece el fantasma de un amante al borde de la cama—. Sé que no lo dices en serio. Sé que es el alcohol hablando por ti. Pero no quiero que lo digas, porque si lo haces, no estoy segura de poder perdonarte y no quiero hacernos eso. —Desliza una mano sobre su garganta—. Te quiero, Lei.

Avanzo de un salto, inmediatamente arrepentida.

—Yo también te quiero...

Pero Wren retrocede

—Ahora no. —Se gira en dirección a la puerta que lleva a las otras habitaciones de la suite.

—¿A dónde vas? —pregunto.

—Al balcón. Necesito un poco de aire. —Hace una pausa breve, luego inclina la cabeza de un modo extraño. En la habitación cubierta por la noche, sus ojos son lunas crecientes blancas y brillantes—. Debes recordar por lo que luchamos, Lei. Contra quién luchamos. Mi padre no es perfecto. Lo admito. Pero es mucho mejor que el demonio al que intenta derrocar.

La cortina de gasa se mueve cuando ella sale de la habitación antes de que yo tenga oportunidad de responder.



El resto de la noche, mis sueños son oscuros y retorcidos. Veo a demonios aviformes

volando sobre las montañas que rodean el castillo del Ala Blanca, cargando los cuerpos rotos de mis amigas del Palacio Escondido. Veo a Wren deslizándose debajo de las sábanas a mi lado, con sangre en el rostro y las manos, el olor metálico es prácticamente insoportable. Sueño con Baba, Tien y Ketai Hanno, vestido con una armadura sobre un caballo de guerra, cabalgando a través de un paisaje ardiente plagado de cadáveres y riendo, riendo, riendo.

Cuando despierto a la mañana siguiente, la luz del sol me sorprende. Coloco las sábanas sobre mi cabeza con un gruñido. Todo está borroso, la noche previa es un desastre incoherente. Los momentos caen de los dedos de mi mente cuando intento sujetarlos. Lo único que recuerdo con certeza es mi discusión con Wren.

La siento moverse del otro lado de la cama donde ha estado durmiendo. Se acerca a mí, primero de modo tentativo. Cuando no me alejo, me abraza y yo sujeto su espalda de prisa, girando y hundiendo mi rostro en el hueco de su cuello.

—Lo siento mucho —susurro.

Enreda sus dedos en mi cabello.

—Yo lo siento. Si tienes preocupaciones, debemos hablar al respecto. Si tienes dudas sobre mi padre, o sobre lo que sea en realidad, solo pregúntame. Me esforzaré por...

Una alarma ensordecedora ahoga el resto de la frase.

Nos separamos y nos ponemos de pie de inmediato. El sonido es prácticamente igual a las campanas ceremoniales: un repiqueteo agudo. Pero hay algo estridente en el sonido que deja claro que es una advertencia.

Wren se viste con una túnica. Yo me aparto el pelo de la cara, con el corazón latiendo a un ritmo frenético mientras introduzco mis brazos a través de las mangas de mi túnica con mucha menos delicadeza que Wren. Cuando corremos hasta el vestíbulo de nuestra suite, abren la puerta de par en par.

La comandante Teoh irrumpe dentro, su rostro es la imagen vívida de la furia.

—¡Comandante! —grita Wren por encima de la alarma estridente—. ¿Qué ocurre?

La mujer halcón está acompañada de dos de sus guardias. Ellos avanzan y nos rodean mientras la comandante clava en nosotras su mirada oscura y penetrante. La luz matutina brilla en sus plumas pintadas, en la punta plateada de su lanza colgada de su espalda.

—Las criadas han encontrado muerta a Lady Eolah —nos informa, su voz cortante no iguala la angustia y la furia que atraviesan sus facciones—. Lady Dunya requiere de inmediato vuestra presencia en el auditorio.

Mi estómago da un vuelco. Me giro para intercambiar una mirada horrorizada con Wren, pero ella clava la vista al frente, con la boca tensa.

—Lamento oír eso —comienza a decir despacio.

La comandante Teoh grita por encima de su voz.

—¡Ahórrate tus disculpas!

Abro la boca sorprendida.

—No... ¡No puede pensar que nosotras hemos tenido algo que ver con lo sucedido!

Pero la mujer pájaro nos da la espalda, indicándoles a los guardias que la sigan y los tres nos escoltan fuera del cuarto al ritmo horroroso de la alarma del palacio.

El suelo de cristal del auditorio es transparente bajo nuestros pies mientras lo atravesamos en medio del silencio tenso, solo una bruma leve rodea las agrietadas cimas de la montaña debajo. El resto de nuestro grupo ya está delante, en fila ante los tronos de la familia del clan. Están de rodillas, un guardia aviforme detrás de cada uno de ellos presiona una lanza contra sus nuca. Mi corazón se detiene: se parece demasiado a una ejecución. Las voces suenan en la sala bañada de luz: las afirmaciones frenéticas de Bo y Nitta, las súplicas firmes de Caen y Merrin. Solo Hiro está callado, con su cabeza calva inclinada.

Excepto por Lady Dunya, los tronos están vacíos. Detengo la vista en el trono de Eolah. De algún modo, parece más grande que los otros, prácticamente resplandece por su ausencia. La recuerdo leyendo anoche. ¿Logró terminar su historia antes de que la asesinaran? Es un pensamiento ridículo, pero me resulta importante.

Los guardias nos lanzan a Wren y a mí frente a Lady Dunya. Ella está sentada con autoridad, como una estatua; sin embargo, la angustia y la furia la invaden en oleadas tan intensas que son físicamente tangibles. Sus plumas perladas brillan bajo el sol, pero sus ojos son pozos negros infinitos y profundos mientras nos fulmina con la mirada.

—L-Lady Dunya —comienzo a decir, ignorando la mirada de advertencia que Wren me lanza—. Debe creernos. No hemos tenido *nada* que ver con la muerte de Eolah...

—*Basta.*

La orden es baja, apenas más alta que un susurro. Sin embargo, de inmediato, todo el ruido en el salón se detiene.

Lady Dunya se pone de pie. Avanza con lentitud. Con decisión. El aire que la rodea parece vibrar con el poder increíble de su energía contenida, el alarido de emociones que está reprimiendo. Nos mira desde lo alto mientras avanza, horrorosamente despacio, el sonido de sus garras repiqueteando sobre el suelo de mármol es fuerte como unos latigazos, intenso como la rotura de la columna de un gran dios.

—Mi hija está muerta. —La voz de la Lady del Clan carece de emoción; podría estar hablando sobre el clima. Pero al igual que el trono de Eolah, su ausencia hace que se perciba con más intensidad—. No ha muerto por causas naturales o en paz. Sus criadas la han hallado fría en la cama, con la boca abierta en un grito y los ojos abiertos de par en par. Tenía una marca en el pecho.

—¿Una marca? —Un escalofrío recorre nuestro grupo al oírlo.

—Tenía el corazón congelado en su cuerpo —prosigue Lady Dunya—. No había otros indicios físicos de lo que podría haberla matado. Debido a la marca (que no parece teñida o impresa en sus plumas de ningún modo) podemos suponer que a mi hija la mataron con magia.

Algunos demonios a nuestro alrededor se persignan, murmuran plegarias en voz baja.

Lady Dunya nos observa con ojos oscuros peligrosos.

—La práctica de la hechicería está prohibida en nuestro clan y solo la utilizan unos pocos seleccionados únicamente cuando es necesario. Pero no importa. Confío en nuestro pueblo. Ninguno haría daño a Lady Eolah. Así que me pregunto, sois los primeros invitados que os habéis hospedado con nosotros en más de un año y entre los cuales al menos uno de ellos es capaz de hacer hechicería: ¿es una coincidencia que anoche una de mis hijas inocentes haya sido asesinada con magia? Wren Hanno —concluye con frialdad y la ausencia de título es notable—, puedes responder.

Poso la vista en Wren. Aun cuando la apuntan con un arma, permanece sentada con confianza, con el mentón en alto y el pecho hacia adelante. Sus rizos oscuros caen sobre su espalda, unos mechones sueltos flotan por el viento que entra a través de la gran ventana detrás de los tronos. Al mirarla, sé con certeza absoluta que será capaz de convencer a Lady Dunya de que no tenemos nada que ver con la muerte de Eolah.

Luego, Wren dice:

—Tiene razón. No es una coincidencia.

El salón estalla. Nitta, Bo y Merrin se sacuden contra quienes los agarran, gritando con incredulidad. Caen gira la cabeza y ladra el nombre de Wren. Incluso Hiro se vuelve hacia ella, con los ojos grises y pálidos abiertos de par en par, en alerta. Los guardias los obligan a volver a sus sitios, pero el ruido no cesa, todos discuten.

Wren parece ajena a la conmoción que ha creado, aún mira a Lady Dunya con absoluta concentración.

—Explícate —ordena la mujer cisne por encima del caos.

—Piénselo, Lady Dunya —dice Wren, tranquila y fría—. Vinimos a su palacio a buscar su apoyo en una guerra contra la corte del Rey Demonio. La misma noche que obtenemos su alianza, asesinan a una de sus hijas. ¿No sería un autosabotaje inmenso por no decir completamente ilógico por nuestra parte haber hecho eso? Acabábamos de obtener lo que habíamos venido a buscar. ¿Por qué arruinaríamos de inmediato vuestra confianza en nosotros?

La expresión de Lady Dunya no cambia, pero algunos de los otros demonios aviformes guardan silencio.

—Lamento mucho la muerte de su hija —prosigue Wren—. Lo lamento particularmente porque a mi madre la mataron del mismo modo, justo antes de Año Nuevo.

—Oí... hablar de la muerte de Lady Bhali —reconoce Lady Dunya después de una pausa larga. Wren asiente.

—Mi padre ha mantenido ocultos los detalles de su muerte. Pero compartiré con usted ese secreto ahora mismo. Al igual que su hija, a mi madre la encontraron por la mañana sus criadas en la cama, intacta salvo por una marca en su pecho.

Ahora, el salón está completamente en silencio.

—¿Cómo sé que no te estás inventando esto para evitar que sospeche de tu grupo? —le pregunta con cautela Lady Dunya a Wren.

—El cuarto de Lady Eolah. ¿No le han permitido a nadie entrar allí desde que la encontraron?

—Solo han entrado nuestros médicos, una sacerdotisa y nuestra familia.

—¿Aún están con ella?

—Sí.

—¿Y las criadas que la han encontrado?

—Las hemos encerrado para interrogarlas.

—Entonces nadie más en el palacio sabe qué aspecto tiene la marca en su pecho.

—No.

—Entonces —prosigue Wren, con voz firme—, ¿cómo sabría que la marca es la insignia del Rey Toro?

Una vez más, los gritos furiosos rebotan en las paredes de mármol.

—¡Lo sabrías si fueras la asesina! —exclama la comandante Teoh, empujando su lanza con más fuerza sobre la nuca de Wren.

—Basta.

Esta vez, la orden de Lady Dunya no está dirigida a nosotros, sino a la comandante.

El clamor en la sala muere. Vacilante, la comandante Teoh baja el arma.

—¿Miladi?

Lady Dunya mira a Wren, sus ojos oscuros brillan.

—Le creo. Los Hanno no tienen ventaja táctica que ganar asesinando a una de mis hijas. En especial no la misma noche en que accedimos a aliarnos con ellos. También hemos tenido guardias custodiando las puertas de sus habitaciones toda la noche y ninguno ha informado de que uno de ellos haya salido. Bajad las armas —ordena.

El alivio me invade mientras la punta fría de la lanza en mi nuca retrocede. Dejo caer los hombros con un grito ahogado, mientras los demás se relajan frotándose las nuca o, en el caso de Nitta y Bo, fulminando con la mirada a los guardias aviformes detrás de ellos. Pero ninguno de nosotros habla. Nuestra victoria aún es demasiado delicada.

Lady Dunya y Wren continúan observándose. Aunque podría, Wren no se pone de pie, y comprendo el mensaje que transmite: *me someto a ti. Yo no soy la que tiene el poder en este lugar*

y lo comprendo. Lo respeto.

—Asumo que también confías en que ninguno de tus compañeros tiene un plan oculto que se beneficiaría con la muerte de mi hija, ¿verdad? —pregunta Lady Dunya.

—Confío completamente en todos ellos —responde Wren, con un orgullo que infla mi corazón.

—Entonces, crees que ha sido el rey.

La boca de Wren es una línea delgada.

—No solo debido a la marca. Tenía razón en desconfiar, Lady Dunya. Coincidió en que alguien podría haber hecho parecer que el rey ha enviado a un asesino para ponerla en su contra. Pero parece demasiada coincidencia que esto sucediera la noche de nuestra llegada. Alguien debe de estar rastreándonos.

Un escalofrío lame mi columna al recordar todas esas veces que sentí ojos sobre mí en el bosque.

—Los súbditos del rey saben lo que hacemos —prosigue Wren—. Si bien no conocen nuestros planes exactos, saben que mi padre hará campaña para que clanes poderosos como el suyo se unan a nuestro bando.

—Entonces ¿el rey quería que sospecháramos de vosotros para que anuláramos nuestra alianza?

—Es una posibilidad.

—¿Cuál es la otra?

—Que el rey *quisiera* que usted supiera que el asesinato ha sido obra suya.

Oigo algunos gritos ahogados ante sus palabras. Los ojos de Lady Dunya centellean sombríamente.

—Él sabe que la guerra se avecina —explica Wren—. También ahora estará haciendo campaña para conseguir la mayor cantidad de clanes posibles para que peleen de su lado.

—Matar a nuestros hijos no es el mejor modo de conseguir una alianza con los Líderes de los Clanes —responde Lady Dunya y por primera vez, hay un temblor en la voz de la mujer pájaro. Tensa los hombros. Aparta el cuerpo un instante, sus facciones están bañadas por el sol matutino. Cuando se gira de nuevo, su rostro está compuesto otra vez.

—La mayoría pensaría eso —coincide Wren con sobriedad—. Pero el rey no es como la mayoría. Él gobierna Ikhara con poder y fuerza bruta. A través del miedo y la crueldad. Todos lo hemos visto. Algunos incluso lo hemos experimentado. —Me sorprende cuando toma mi mano—. Como Chicas de Papel, Lei y yo sabemos más que nadie cómo obtiene el rey lo que quiere. No es a través de la amabilidad, o decisiones políticas inteligentes, o justicia. El rey *toma* lo que quiere y no pide permiso primero. Ese es el mensaje que os envía con la muerte de Lady Eolah: que él puede arruinar todo lo que queréis si no accedéis a cumplir sus deseos. —Sus palabras caen rígidas como piedras—. Contra esto luchamos. Por

este motivo necesitamos que os unáis a nosotros. Porque no podemos permitir que él gane.

El silencio es ensordecedor. Wren sostiene mis dedos con tanta fuerza que no sé si intenta tranquilizarme a mí o a ella. La luz del sol brilla sobre el suelo de cristal y los muros pulidos, pero cuando Lady Dunya habla después de un rato, sus palabras son más radiantes incluso que la luz que entra por las ventanas; hacen que una luz dorada brille por mis venas.

—No permitiremos que él gane, Lady Wren. Lucharemos junto a ti y a los Hanno. Y reduciremos a cenizas todo lo que el rey ha construido.

Cuando Lady Dunya se pone de pie, oigo el susurro de las plumas mientras los demonios aviformes en la sala se ponen de rodillas. Los que tienen armas toman sus lanzas y picos de sus espadas y las alzan frente a ellos en lo que debe de ser un gesto de lealtad del clan. Pero cuando Lady Dunya inclina el torso extendiendo la mano, no lo hace para tomar un arma, sino para ayudar a Wren a ponerse de pie.

Wren parpadea un instante ante las garras con una bonita manicura de la Lady del Clan. Luego, acepta su mano y se pone de pie. Lady Dunya junta ambas manos sobre su frente y hace una pequeña reverencia que Wren devuelve.

Luego, la mujer cisne se gira hacia mí. Su mano es más cálida de lo que esperaba.

—Gracias, Lady Lei. Por convencerme para escuchar a Lady Wren. —Cuando nos mira a Wren y a mí, la frialdad en su rostro por fin se rompe. Un músculo en su mejilla tiembla mientras las lágrimas invaden sus ojos y hunde sus hombros—. Sois bienvenidos a permanecer en el palacio hasta mañana temprano para preparar vuestra partida. Sin embargo, creo que lo mejor es que permanezcáis en vuestras habitaciones. Espero que lo comprendáis. Nos aseguraremos de que tengáis todo lo que necesitéis, y puedo ofreceros dos carruajes para viajar a vuestro próximo destino. Como hablamos, enviaremos un mensaje a Ketai Hanno cuando estéis a una distancia segura diciendo que puede esperar la llegada de nuestros soldados en una semana. ¿Eso es todo?

—Es más que suficiente —responde Wren—. Gracias por su generosidad, Lady Dunya.

Ella asiente distraída.

—Ahora debo ir a acompañar a mi familia. —Sus palabras suenan a rotas, pero ella mantiene el mentón en alto, las lágrimas de sus ojos oscuros se niegan a caer—. Es hora de hacer lo peor que una madre puede imaginar.

No es necesario que termine la frase. Aunque no soy madre, comprendo —si bien no puedo entenderlo completamente— la agonía de llorar a tu hijo.

Aoki

El aliento de Aoki se materializaba en el aire frío mientras cruzaba el patio de baño. Medio enterradas en la nieve, las tinas de madera yacían vacías y sin usar, parecían los caparazones vacíos de extrañas criaturas marinas. El golpeteo suave de los copos de nieve y sus pasos veloces eran los únicos sonidos que rompían el silencio; el patio —al igual que el resto de la Casa de Papel—, estaba espeluznantemente silencioso a una hora tan avanzada de la mañana. No había viento que balanceara las cañas de bambú. Ningún pájaro volaba en círculos haciendo ruido en el cielo. No había risas, conversaciones en medio de las salpicaduras de agua o pasos húmedos sobre los tablones del suelo, el sonido ambiente matutino del que se había encariñado tanto.

Al principio, la calma la había puesto nerviosa. Se había sobresaltado ante cada ruidito, había permanecido cerca de las demás todo el tiempo, por miedo a estar sola. Pero al igual que con la mayoría de los cambios después del Baile de la Luna, se había acostumbrado durante las semanas posteriores. Ahora, sus ojos apenas se posaban brevemente en las tinas. La punzada familiar de pérdida la atravesó antes de que pudiera apartarla con un escalofrío y un llanto. Sin molestarse en retirar la nieve de sus zapatos, sujetó con más fuerza el bulto de prendas entre sus brazos y entró en la casa.

Dentro había poca luz, los pasillos angostos estaban iluminados solo por la luz débil del invierno que entraba a través de las ventanas angostas. El silencio era aún más pesado allí, el edificio carecía de su actividad habitual. Pero cuando dobló en el pasillo donde estaban sus habitaciones, oyó voces en el extremo más alejado: la habitación de Chenna. Atravesó el pasillo. Solo había una puerta abierta. Cuando pasó junto a ella, se esforzó por ignorarla junto al cuarto abierto que había al otro lado, aunque latía en su consciencia como un diente dolorido.

Aquella era una ausencia a la que no había podido habituarse.

Aoki dibujó una gran sonrisa forzada en el rostro antes de abrir la puerta de Chenna.

—¡Entrega para la habitación uno! —cantó mientras entraba con el paquete en alto con orgullo.

Dos de las chicas dentro rieron mientras la tercera puso mala cara.

—¡Tienes que dejar de hacer eso, Aoki! Me darás un ataque al corazón.

Aoki la miró arrepentida.

—Lo siento, Chenna.

Sin embargo, el rostro de la chica de piel oscura era cálido mientras se ponía de pie junto a las otras dos para ver lo que Aoki había traído.

—Por favor, dime que es fruta fresca —susurró Zhen mientras Aoki se ponía de rodillas y comenzaba a extender la tela—. A estas alturas, aceptaría un plátano podrido; ha pasado demasiado tiempo desde que comimos uno. —Miró a la chica a su lado, que compartía casi la misma expresión, sus facciones diminutas tenían la simetría de las muñecas: narices pequeñas y rectas; labios rosados con el arco de Cupido pronunciado; piel de porcelana tan delicada que era casi transparente. Tenían el cabello largo y negro recogido hacia atrás—. He soñado con el árbol jambu de mamá otra vez, Zhin. ¿Recuerdas cómo solíamos evitar el patio en el que estaba porque nuestro hermano dijo que sus frutas eran en realidad las cabezas reducidas de niños que enfurecían a sus padres?

Su hermana gemela se rio.

—No comimos de nuevo fruta jambu hasta los quince años.

Zhen suspiró.

—Con gusto me comería ahora el árbol entero.

—Aunque *fuera*n cabezas de niños encogidas —coincidió Zhin.

Chenna las miró con el ceño fruncido.

—Sois un par de raras.

Aoki, feliz de ser la portadora de buenas noticias, alzó una fruta verde con púas que Zhin sujetó con entusiasmo.

—¡Yaca! —anunció feliz—. Kami dice que un agradable demonio león de la casa de té de al lado se la dio. Y que encontró mangostinos tirados por la calle. Están pasados, pero...

—¡Cuidado! —chilló Chenna.

Zhen había encontrado la fruta violeta en la bolsa y ya estaba abriéndola entre las manos, el jugo —famoso por dejar las manchas más reticentes— le goteaba por la muñeca. Se lo limpió en la ropa y continuó comiendo.

—¿Qué importa? —dijo entre mordiscos—. No hay nadie cerca para notarlo.

En un instante, el ánimo se volvió serio.

—Dama Eira y Madam Himura podrían volver en cualquier momento —dijo Chenna después de una pausa, frunciendo sus cejas pobladas.

Las chicas miraron instintivamente la puerta. Pero no había sombras altas detrás del panel de papel de arroz, o el sonido de las garras sobre la teca. El pasillo estaba en silencio. La habitación de Blue estaba silenciosa como siempre y las otras únicas personas que aún estaban en la Casa de Papel eran sus criadas, cuyos cuartos estaban a pocos pasillos de distancia y cuya cantidad había disminuido a tres. Las demás habían huido de vuelta con sus familias la noche del Baile de la Luna, incluida la criada de Aoki. A la criada de Lei, Lill,

se la habían llevado los guardias esa misma noche.

Nadie sabía qué le había ocurrido. Aoki esperaba que estuviera a salvo.

Esperaba que *todos* los que habían desaparecido esa noche estuvieran a salvo.

—Eso dijimos los primeros días —les recordó Zhin—. ¿Cuántas semanas han pasado ya?

Aoki se tragó el pánico creciente que acompañaba cualquier conversación sobre su situación actual.

—Aún podrían volver —susurró ella, las lágrimas ardían en sus ojos. Luego, resopló y miró desafiante a las mellizas—. La criada de Chenna no ha arriesgado su vida para robar esas frutas solo para vosotras dos, sabéis.

Con aspecto culpable, Zhen y Zhin les entregaron a Aoki y Chenna lo que quedaba de las frutas.

Dividieron el resto de las cosas que Aoki había llevado de las cocinas: vegetales en conserva, carne seca salada, té de crisantemo frío preparado antes de que el personal partiera. La comida fresca hacía tiempo que escaseaba y solo Chenna y su criada Kami sabían cocinar, así que la mayoría de sus almuerzos y cenas comían platos de arroz juntas en una de las salas de estar abandonadas.

Mientras comían lo que Aoki había llevado, el ánimo mejoró. Tenían cuidado de que la conversación no tocara ningún tema peligroso. Era *casi* normal. Pero sus sonrisas desaparecieron demasiado pronto, sus risas eran un poco demasiado agudas.

Cuando terminaron, Aoki alzó la porción de comida que había separado y se puso de pie.

Zhen la miró de reojo.

—No sé por qué aún te tomas molestias con ella. Nunca te lo agradece siquiera, lo mismo que a las criadas.

Aoki frunció el labio inferior, preocupada.

—Alguien tiene que ayudarla.

—Sabes que nos dejaría morir de hambre si dependiera de ella —dijo Zhin.

—Entonces es una suerte que no dependa de ella —respondió Chenna, su voz cortante hizo callar a las mellizas. Se puso de pie y depositó algo en la mano libre de Aoki—. Dile que lo racione. Es lo último que queda.

—Kami me ha dicho que también buscará en el resto de los jardines —informó Aoki, con esperanza—. Solo en caso de que el viento haya transportado las semillas...

Chenna sacude la cabeza de lado a lado.

—La ayudé a buscar ayer. No encontramos nada. Por supuesto, ninguna de las dos es precisamente una experta en el tema. No como... —Dejó de hablar, la preocupación atravesó sus facciones cuando notó lo que decía; el nombre que había estado a punto de mencionar.

Aoki sintió que se le estrujaba el corazón. Pero asintió, obligando a su respiración a

permanecer constante.

—Está bien. Sé que L-Lei —se forzó a decirlo— solo te enseñó algunas cosas con hierbas.

Con apariencia aliviada, Chenna sonrió.

—Les preguntará a las mujeres que nos han ayudado. Apuesto a que alguna de ella será capaz de encontrar más. —Tocó el brazo de Aoki—. No te preocupes. Blue pronto volverá a la normalidad.

—A juzgar por lo mucho que frunce el ceño —protestó Zhin—, uno creería que ya lo ha hecho.

Aoki salió de la habitación de Chenna y cruzó a la puerta frente a ella. Golpeó el marco. Después de unos segundos, llamó de nuevo.

—No tengo hambre —dijo una voz cortante desde el interior.

Era igual que cualquier otra bienvenida que pudiera obtener.

—¡Buenos días para ti también! —canturreó, abriendo la puerta.

Una chica pálida la miraba mal desde el extremo de la habitación, donde estaba sentada en el suelo bajo la ventana, sus rodillas huesudas contra el pecho, un abrigo de piel sobre ella como una manta. El cabello largo y negro azulado que Aoki solía envidiar tanto se había vuelto una maraña sin brillo.

—Dioses —protestó Blue poniendo los ojos en blanco—, ¿por qué no me dejáis morir en paz?

Aoki no pudo evitar reírse.

—No seas tan dramática. —Apoyó la comida y le ofreció la medicina que Chenna y Kami habían preparado—. Hemos usado todas las hierbas, así que tómate tu tiempo con esta dosis. —Su voz era sincera—. Pero haremos lo posible para conseguir más. Lo prometo.

Blue tomó el paquete. Aoki no pasó por alto cómo incluso aquel movimiento pequeño parecía causarle dolor, la mueca mientras movía la pierna un poco más de lo necesario. La chica reclinó la espalda hacia atrás con cuidado, sus ojos oscuros brillaban en sus cuencas ojerasas.

—¿Todavía te duele? —pregunta Aoki tentativamente.

—Estoy bien. Es solo un corte.

—Un corte de *espada* que recibiste hace cuatro semanas.

Blue frunció más el ceño.

—Qué amable eres al recordármelo.

Aoki se aproximó a ella.

—Necesitas... Puedo ayudarte a limpiarlo, tal vez...

—¡He dicho que estoy *bien*! —exclamó Blue, ahora con más severidad. Entrecerró los ojos de modo peligroso.

Aoki conocía esa mirada. La había recibido muchas veces en su vida en el palacio, antes y después del Año Nuevo. Antes, solía venir acompañada de algún comentario mordaz, probablemente sobre la ropa de Aoki o sobre un error que había cometido en la cena con los oficiales de la corte. Pero ahora, era casi como si Blue estuviera perdida sin sus modos de ataque habituales. Aún ponía mala cara, hablaba de mal modo y fruncía el ceño hacia ella en cada interacción, pero había algo irregular, su conducta era menos controlada. Algo se había roto en ella, como si en cualquier momento fuera a derrumbrarse gritando o llorando, o ambas.

Cuando los guardias habían llevado a todas las Chicas de Papel (bueno, a la mayoría) de vuelta al Sector de las Mujeres durante el ataque en el Salón Flotante, les habían ordenado que permanecieran dentro hasta nuevo aviso. Aoki, Chenna, Zhen y Zhin habían estado demasiado preocupadas para notar que Blue había resultado herida en la lucha. Ella se había encerrado en su cuarto las siguientes dos noches mientras las chicas esperaban y esperaban noticias que nunca llegarían. Solo después de que el pánico disminuyera y dejara lugar a la clase de pavor resignado latente con el que era posible actuar, Aoki y las chicas por fin fueron a verla. De inmediato, Aoki había sentido culpa por dejarla sola tanto tiempo. Los tablones de su habitación estaban oscuros por la sangre seca y Blue estaba pálida y temblorosa, la profunda herida en su pantorrilla izquierda emanaba pus.

Ahora, Aoki posó los ojos sobre los tablones del suelo. Habían hecho un gran esfuerzo por limpiarlas, pero las manchas eran parches grisáceos visibles sobre la madera. La culpa la invadió de nuevo.

—Por favor, Blue —dijo ella—. Dinos si necesitas algo. Estamos juntas en esto, sabes...

Los pasos corriendo por el pasillo la interrumpieron.

—¡Damas! —exclama una voz en pánico—. ¡Damas, de prisa!

Al otro lado del pasillo, Chenna y las mellizas corrían. Después de parpadear mirando a Blue unas cuantas veces, Aoki salió al pasillo y se encontró a Kami.

La chica de acero jadeaba, los copos de nieve cubrían su cabello y sus cuernos rizados de carnero.

—¿Qué sucede, Kami? —preguntó Chenna, la única del grupo que parecía en calma.

La chica recobró el aliento.

—El general Ndeze está aquí con un mensaje del rey —anunció.

Fue como si la hubieran sumergido a la fuerza en las profundidades del agua en una fracción de segundo. Aoki tenía los oídos tapados por un zumbido latente, y todo parecía mecarse al ritmo lento del océano. Oyó la voz de Kami como si estuviera lejos, aunque la chica estaba frente a ella.

Frente a ella... y *mirándola con fijeza*.

—El rey quiere *verla a usted*, Dama Aoki.

Hubo un pulso silencioso. Aoki percibió, en vez de ver, que las otras chicas se giraban hacia ella. Su visión se había centrado en un punto tambaleante en alguna parte por encima de la cabeza de Kami.

Sintió una mano sobre el hombro.

—Aoki. —La voz de Chenna era cortante—. ¿Quieres ir?

Era una pregunta sin sentido. Como si alguna de ellas pudiera ignorar alguna vez las peticiones del rey.

Habían visto lo que ocurría con aquellos que lo intentaron.

Aoki deslizó la lengua sobre sus labios. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Y notó, por primera vez en mucho tiempo desde que había creado su hogar allí en el Palacio Escondido, que genuinamente no sabía cuál era la respuesta a esa pregunta.

El rey quería verla. *A ella.*

Antes, eso habría sido una buena noticia. La *mejor* noticia. Incluso ahora, su corazón latía con terror y una alegría intensa y culpable.

Había pasado un mes desde el Baile de la Luna y en ese tiempo el rey no había convocado a ninguna de sus Chicas de Papel. Ni siquiera había enviado noticias o indicaciones de que estuviera vivo. La poca información que tenían provenía de las criadas, quienes habían recibido informes actualizados del estado del palacio y del reino por parte de los demonios amables del Sector de las Mujeres que les traían comida y otras cosas necesarias de contrabando, o de algún que otro guardia compasivo. Se habían enterado de que el Rey Demonio estaba vivo, pero herido de gravedad. Que Lei y Wren, junto al general Ryu, habían planeado el ataque. Que el rey pronto iría a la guerra contra los Hanno. Pero no tenían modo de saber si esa información era siquiera verdad.

Aoki estaba a punto de descubrirlo.

—El general Ndeze está esperando —la instó Kami—. ¡Debemos irnos!

Aoki asintió, aún mareada. Sintió la mano reafirmante de Channa, el abrazo fuerte de las mellizas, oyó sus palabras de aliento. Pero era como si hubieran cerrado una tapa a su alrededor que le impedía que esas cosas la alcanzaran por completo. Mientras comenzaba a seguir a Kami por el pasillo, Aoki miró hacia atrás, hacia la habitación que acababa de abandonar.

Blue aún estaba sentada bajo la ventana. Su postura era la misma que antes, piernas arriba y brazos alrededor de ellas. Sin embargo, en vez del ceño fruncido que había exhibido minutos atrás, su expresión había cambiado por una que Aoki nunca había visto en ella, aunque la había visto en las demás lo suficiente (ella misma la había adoptado muchas veces) para reconocerla de inmediato.

Miedo.



El general Ndeze y un grupo de guardias llevaron a Aoki al Sector Real en silencio. Al igual que la Casa de Papel, Aoki se sorprendió al ver lo silencioso que estaba el resto del palacio. Las calles estaban prácticamente vacías, solo pasaban algunas criadas veloces o algunos oficiales de la corte, con la cabeza baja, mientras los guardias marchaban en una formación precisa. En la fortaleza del rey, sus pasos resonaban sobre el suelo de piedra oscura. El edificio siempre había tenido una vibración autoritaria y fría, pero sin su actividad habitual, la atmósfera hostil era opresiva.

El corazón de Aoki latía al ritmo de la caída pesada de los pies en forma de garra del general Ndeze mientras avanzaba por los pasillos resonantes. La incomodidad de la chica aumentaba a cada segundo. Las puertas que llevaban a los preciosos jardines del patio y a los salones de baile brillantes estaban cerradas. Oía susurros en las esquinas, pertenecientes solo a los sirvientes que habían estado chismorreando y que se apartaban al oír que ellos se aproximaban.

Estaban en medio de la larga escalera de mármol que llevaba a los aposentos privados del rey cuando oyeron ruido abajo. Alguien abrió de par en par una puerta en el piso inferior. Dos guardias demonios salieron, cargando a un hombre combativo con forma de león entre ellos.

—¡Por favor! —gritaba el hombre león, la voz rebotaba en los muros de piedra. Los guardias lo arrastraban con tanta brusquedad que él cayó de rodillas. Tenía su ropa amarillo canario retorcida, las cuentas en su melena trenzada caían y rebotaban sobre el suelo en medio de su resistencia—. Llévenme con quien sea que me acusa de estos crímenes. ¡Quiero saber quién es el que quiere dañarme con acusaciones tan falsas!

—El rey ha autorizado tu detención —gruñó uno de los guardias.

El hombre león parecía horrorizado.

—Pero... pero ¡es una locura! ¡Como mínimo tengo derecho a un juicio justo! ¡Les aseguro que no tengo conexión alguna con los Amala!

El segundo guardia, un demonio fornido con forma de simio, hundió la rodilla en el costado del cuerpo del león.

—Entonces, quizás deberías evitar vestir esos colores en el futuro —dijo con desprecio, sonriendo de modo desagradable—. Aunque no tendrás uno.

—¿Mi ropa? ¡No significa nada! El amarillo es el color favorito de mi esposo, ese es el único motivo por el que visto así. Por favor, ¡debéis creerme! —Abrió de par en par sus ojos llenos de pánico, alzó la vista y encontró al general de pie junto a Aoki en la escalera—. ¡General Ndeze! Gracias a los dioses. Por favor, detenga esta locura. Usted y yo hemos trabajado juntos muchos años. Sabe que soy leal al rey. ¡Debe decir algo! Él no puede detenerme así sin pruebas. Soy consejero de la corte de la Luna, por los dioses, ¡no un esclavo de papel común!

El rostro del general Ndeze permaneció inexpresivo. Posó sus ojos de cocodrilo similares a un hueso de aceituna en el hombre león un instante más antes de darse la vuelta.

—Yo no tengo que hacer nada, consejero Chun. Y el Amo Celestial puede hacer lo que él considere adecuado. —Con un giro de muñeca, le indicó a Aoki y a los guardias que continuaran subiendo la escalera.

Las manos de Aoki temblaban mientras subían los últimos escalones. Los gritos desesperados del hombre león no cesaron, solo se desvanecieron cuando se apartaron del rango auditivo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aoki asustada en un susurro, girando la cabeza para mirar al general Ndeze.

El hombre cocodrilo miraba al frente.

—La corte ha estado descartando a aquellos desleales al rey —respondió él inexpresivo—. Después del incidente en la víspera de Año Nuevo, el rey emitió un decreto para permitir que arrestaran y sentenciaran a los acusados sin un juicio.

—Pero el hombre ha dicho que no había pruebas contra él. Y el castigo por la traición es... —Aoki hizo silencio, su estómago dio un vuelco.

El general no respondió. Habían llegado a los aposentos del rey. Aoki miró el techo abovedado y las pesadas puertas de madera erguidas en el descanso de la escalera. Durante los meses que había sido una Chica de Papel, la madera oscura de esas puertas había llegado a significar muchas cosas para ella. Al principio, había significado miedo, la presión inmensa y la ansiedad que acompañaban a reunirse con el rey en privado. Pero esa presión había mutado, había cambiado lentamente en algo más serpentino y resbaladizo, mezclado ahora con el deseo de complacer al demonio sentado detrás de esas puertas altas y una nueva esperanza de que él esperaba con ansias su llegada tanto como ella.

La última vez que ella había estado allí, ver las puertas había hecho *brillar* su corazón. Ahora, aquel terror antiguo había regresado. Pero la alegría, la esperanza y el deseo aún estaban presentes y daban vueltas nerviosas en su estómago, compañeros incómodos.

El general Ndeze señaló la puerta con su dedo en punta de garra.

—Aoki-zhi —anunció.

Habían pasado semanas desde que alguien la había llamado así. Parpadeó, perpleja, y avanzó con torpeza. Las puertas se abrieron con un gruñido.

El túnel estaba completamente oscuro. Aoki hizo una mueca ante el sonido de las puertas al cerrarse a sus espaldas, pero emitió una exhalación temblorosa y continuó caminando. Sus pasos livianos apenas interrumpían el silencio. La luz rubí brillaba delante, el aroma dulce y edulcorado de las velas que invadían la habitación del rey flotaba en el aire cálido. La fragancia siempre la había hecho sentir bienvenida, una chica que adoraba los postres casi tanto como adoraba al rey. Pero aquel día, ese aroma era abrumador y le dificultaba la

respiración.

Él te quiere, se recordó a sí misma. *Él dijo que te quiere. Que piensa convertirte en su reina. Que no te hará daño. Que no te culpará por lo que L...*

Por lo que ellas hicieron.

Como siempre, otra pregunta apareció a continuación.

¿Lo culpas a él por lo que ellas hicieron?

Luego, la voz del rey sonó en medio del rojo centelleante y todo lo demás desapareció de su mente.

—Aoki-zhi.

La voz estaba mal, era ronca, irregular y gutural. Pero era la suya.

Algo cobró vida en el alma de la chica.

—Mi... mi rey —dijo sin aliento, las lágrimas ahora ardían en sus ojos y ella avanzó más rápido, salió del túnel y entró en la habitación llena de velas, donde el rey estaba sentado en su trono dorado.

Él sonrió al verla.

—Mi amor. Te he echado tanto de menos.

Aoki cayó al suelo en una reverencia profunda, con el pulso acelerado. Presionó los dedos sobre la piedra fría mientras luchaba por quitar la perplejidad de su rostro. Pero no había nada que ella pudiera hacer respecto a las lágrimas que rodaban sobre sus mejillas, finalmente sueltas al verlo a él.

Su *rostro*. Su precioso *rostro*.

A Kami y a las otras criadas les habían contado lo de las heridas del rey y luego ellas habían compartido los rumores con las Chicas de Papel. Pero eso era todo lo que habían sido: rumores. Alguien había dicho que el rey había perdido ambas piernas a la altura de las rodillas. Otro, el brazo. Otro, sus ojos. Una mujer incluso había dicho que le habían arrancado el corazón y que un hechicero lo había trasplantado de nuevo en su sitio, mientras continuaba latiendo gracias a la magia de otros hechiceros contrarreloj.

«Si ha perdido alguna parte más, será solo un codo flotante», había bromeado una de las mellizas, lo cual había hecho que Aoki rompiera a llorar y saliera corriendo de la habitación.

Chenna había ido a buscarla y la había abrazado.

«Shh, él está bien, estoy segura de que está bien», había dicho, acariciándole el cabello, aunque su voz tenía cierta tensión, como si le fuera difícil decir aquellas palabras.

Aoki lloraba, histérica.

«Entonces, ¿por qué no quiere verme?».

Ahora sabía por qué.

Enderezó la espalda y abandonó la reverencia. Esta vez, cuando alzó los ojos hacia el

rostro del rey, sonreía, aunque las lágrimas aún caían sobre sus mejillas.

—Yo ta-también —le respondió, sin aliento—. Lo he echado de menos cada día, mi rey. Cada segundo. Desearía que me hubiera permitido verlo antes.

Su mirada azul glacial era penetrante.

—Bueno, ahora me ves. —Su voz rota era una caricia baja y áspera sobre su piel—. Dime, mi dulce Aoki. ¿Aún te gusta lo que ves?

Aunque dolía, ella se obligó a mirarlo. Parpadeó para apartar las lágrimas mientras su mirada inspeccionaba con cariño la piel tensa y dañada que se extendía sobre la incisión irregular sobre la cuenca vacía de su ojo derecho, los bordes fruncidos sobre su garganta, donde debían de haber hundido algo afilado. La ausencia de su ojo derecho era una presencia en sí misma, y tuvo que obligarse a mirar al ojo que aún tenía mientras le hablaba.

—Sí —susurró ella—. Amaría su rostro sin importar su apariencia, porque le pertenece a usted.

Extendió la sonrisa, mostrando los dientes. Él abrió los brazos.

—Ven aquí.

Ella corrió a él y se fundió en su abrazo.



Una hora después, Aoki aún estaba en los brazos del rey, aunque ahora estaban en su cama inmensa, con las sábanas desordenadas a su alrededor. El sudor cubría la piel desnuda de la chica. Su corazón latía con alegría, como alas diminutas de un colibrí en su pecho. El rey la abrazaba como siempre lo hacía cuando estaban solos de ese modo, un brazo en su espalda donde ella se acurrucaba contra él, con el mentón bajo, la mejilla contra su pecho. Ella sonreía.

—Echaba de menos esto —susurró él. Presionó los dedos donde los desplegaba sobre el hombro de Aoki.

Su voz rota aún era chirriante y hacía que ella quisiera llorar cuando pensaba en la agonía que él había soportado, el dolor que aún debía de sentir. Él le había hablado sobre las visitas diarias de los hechiceros. Las sesiones largas e incómodas mientras reconstruían su piel, sus huesos y sus tejidos lo mejor posible. Ninguno de los dos había mencionado quién le había hecho aquel daño. También había habido rumores al respecto, claro, y a diferencia de otros, Aoki tenía un poco de información en la que basar sus propias sospechas. Pero estaba demasiado asustada para hacer la pregunta.

Si *había* sido ella —Lei— entonces eso significaba que su mejor amiga había intentado matar al hombre que ella amaba.

Si *no había* sido ella, entonces no podía soportar pensar en qué le había ocurrido a Lei.

¿Por qué no la habían llevado de vuelta a la Casa de Papel con el resto de las chicas si ella no había tenido nada que ver con la traición de Wren y los Hanno?

Sus dedos jugaron con el cabello corto castaño que cubría el cuerpo de él, la luz de las velas resaltaba los tonos dorados.

—¿Puedo verlo de nuevo pronto? —preguntó ella en voz baja—. ¿Por favor?

Él chasqueó la lengua.

—Estoy ocupado, Aoki. Más ocupado aún que antes.

—Por... Por supuesto —respondió ella—. No era mi intención sugerir que no lo está. Es solo que... no puedo soportar estar lejos suyo tanto tiempo. Y las cosas son difíciles en la Casa de Papel. Estamos solas allí y Blue está herida, necesita medicina...

—¿Eso es lo que esto es? —El rey se apartó de ella tan rápido que sintió de nuevo el aire frío sobre la piel. Ahora él la fulminaba con la mirada, el tejido dañado alrededor de su ojo derecho estaba fruncido—. ¿Has venido a quejarte sobre lo difíciles que son las cosas para vosotras *las chicas*?

Aoki se incorporó sobre las manos.

—¡No! —gritó, intentando alcanzarlo—. Mi rey, yo...

Él apartó el brazo de Aoki.

—Os lo he dado todo. Y ¿cómo me lo habéis pagado? —Su voz se convirtió en un estallido que resonó en la habitación espejada—. ¡Una de vosotras se acostó con uno de mis soldados! Dos de vosotras se acostaron *entre sí*. Y esas mismas dos...

El rey fue interrumpido por una tos seca. El dolor atravesó su rostro. Se puso la mano en el cuello, sujetándolo mientras sus pulmones temblaban.

Aoki quería abrazarlo. Besarlo para que olvidara su dolor. Pero notaba que él no estaría receptivo en aquel momento, así que esperó, cubriéndose el pecho con la sábana, observándolo a través de sus ojos llorosos.

Cuando la tos remitió, su voz era aún más irregular que antes.

—Me habéis traicionado demasiadas de vosotras. Creía que eras diferente, Aoki.

El corazón de la chica se detuvo.

—¡Lo soy!

El único ojo del rey la miró, brillando sombríamente. Unos instantes después, la furia desapareció de su rostro. Se relajó sobre las almohadas, extendió una mano para que ella se acurrucara en el hueco de su brazo. La abrazó contra su cuerpo, con un pelín de exceso de fuerza. Pero a ella no le importó. Ella cerró los ojos y se aferró a él, mareada de alivio.

—Lo siento —susurró ella.

—No —dijo él, un ronroneo familiar en su voz se filtró a través del tono ronco y quebradizo—. Tenías razón. *Eres* diferente, mi dulce Aoki. Siempre lo has sido. De hecho, debería darte las gracias.

—¿Darme las gracias?

—Sí. Después de todo, tú fuiste la que me contó que esas dos chicas eran amantes. Si no lo hubieras hecho, no habría estado preparado para su segunda traición. Quizás hubiera terminado incluso *más* herido. —Ahora, su brazo la apretaba con fuerza—. Tú me ayudaste, cielo. Gracias.

El cuerpo de Aoki se había entumecido. Intentó alzar la vista, pero el rey había movido la mano sobre su nuca y la sostenía contra su pecho de modo que ella solo veía su torso y sus piernas, los atisbos de sus cuerpos desnudos entrelazados en la variedad de espejos que rodeaban la habitación como la cáscara rota de un escarabajo gigante.

El silencio latía.

Ella inhaló temblorosamente.

—No... No sabía nada sobre ellas —mintió Aoki. El rey chasqueó la lengua.

—Mi dulce Aoki, no es necesario sentir vergüenza. Sé que ella era tu amiga. Quizás incluso la querías. Pero sé que me quieres más a mí. —Hablaba del modo más suave y dulce que su voz dañada le permitía—. Lo recuerdas. Fue una de las noches que compartimos algunas semanas antes del Baile de la Luna. Te pregunté cómo estaban las otras chicas. Me dijiste que estabas preocupada por... —Se ahogó. La mano en la nuca de Aoki tembló—. Por tu amiga —prosiguió después de unos segundos, aunque el nombre de Lei era evidente para ambos aun en su ausencia—. Que ella había estado cansada últimamente, que parecía distante. Dijiste que echabas de menos hablar con ella, y cuando te pregunté por qué no hablabais tanto recientemente, guardaste silencio y tus mejillas se sonrojaron. Del mismo tono que lo hacen cuando yo te beso... o cuando dices algo que no debías decir.

Ahora, oleadas de hielo golpeaban a Aoki. Intentó alzar de nuevo la cabeza y esta vez el rey la ayudó, retorciendo su cuello de modo casi doloroso y acercando su cabeza a él. Él sonreía, pero su único ojo era frío. Él deslizó un dedo áspero sobre la mejilla de la chica con ternura.

Las lágrimas invadieron los ojos de Aoki.

—No quise decir nada con eso...

—¿Recuerdas lo que me dijiste a continuación? —prosiguió él—. Cuando te presioné para saber de quién más era amiga, me dijiste el nombre de Wren. Y una vez más, te sonrojaste de modo adorable. —Deslizó una mano para sujetar la mejilla de la chica y enredó los dedos en su cabello—. También fueron otras cosas, claro. Pequeñeces que me habías dicho y cosas que noté por mi cuenta o supe por las demás. Pero ahí fue cuando realmente comprendí qué sucedía. Al día siguiente, envíe soldados a Xienzo para que trajeran a su familia al Baile de la Luna.

Aoki sentía náuseas. Su corazón latía descontrolado, las lágrimas rodaban sobre sus

mejillas mientras miraba al rey que quería tanto. Al igual que su voz, su rostro había sido dañado por lo que había ocurrido la noche de Año Nuevo. Aún más que eso, él parecía dañado. Ahora lo veía. Algo era distinto en él. Una oscuridad que ella no había visto antes se había liberado dentro de él, como si un hechicero hubiera maldecido su alma con un espíritu oscuro.

La culpa la atravesó incluso mientras lo pensaba. Pero no podía negarlo.

—Lo-Lo siento —dijo ella con voz ronca—. No quería hacerle daño.

—Shh. —El rey la acercó a él y secó sus lágrimas con la punta de los dedos—. Lo sé, cielo. Intentabas protegerme. Eso es por lo mucho que me quieres. Y eso es lo que hago por ti, porque yo también te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —susurró ella, aferrándose a él con dedos temblorosos.

—Por eso debo mantener a las chicas en la Casa de Papel. Hay personas crueles fuera. Personas que os harían daño para llegar a mí. No podría soportar que eso sucediera. No permitirás que ocurra, ¿verdad, mi dulce Aoki? ¿Permanecerás con el resto de las chicas en la casa para que pueda mantenerte a salvo?

—Cla... Claro —dijo ella sin aliento—. Lo siento tanto, lo siento tanto...

—Shh —respondió él de nuevo—. Mi dulce, dulce Aoki. Todo esto terminará pronto. Tengo un plan. Aquellos que se vuelvan en mi contra serán castigados y aquellos como tú que han sido leales serán recompensados. Así que no tienes nada por lo que preocuparte, ¿verdad? Siempre me has sido leal.

Las lágrimas cayeron sobre sus mejillas y mojaron el pelaje del rey.

—S-Sí —tartamudeó.

Si bien no era mentira, tampoco era del todo verdad.

Porque sus lágrimas no eran solo por ella o por el rey. Aoki también pensaba en Lei. En su amiga guapa y valiente que la había hecho sentir segura y querida en el palacio aun antes que el rey, con su amabilidad, su risa y sus cuidados. Quien había confiado en ella sus secretos, solo para que Aoki la traicionara y compartiera el más poderoso de ellos con el rey.

Una vez más, se preguntó qué le había sucedido a su amiga... y una vez más, el miedo evitó que preguntara. No solo por lo terrible que podría ser la respuesta, sino porque el conocimiento que ella tenía, si bien de modo inconsciente, había cumplido un rol en hacer que aquello ocurriera.

Ningún miembro del Ala Blanca viene a despedirnos la mañana siguiente. Aunque no esperaba que lo hicieran. El palacio estaba espeluznantemente silencioso después de la muerte de Eolah y pasamos horas calladas escondiéndonos del clan en duelo, Caen y Merrin repasaban la logística de nuestro próximo movimiento mientras que Nitta y Bo hacían un gran esfuerzo por entretenernos con conversaciones sin sentido y juegos y Hiro se mantenía callado como siempre. Con la excusa de estar cansada, Wren pasó la mayor parte del día durmiendo... o al menos intentando dormir. La mayoría de las veces que fui a verla a nuestro cuarto estaba despierta, mirando el techo con ojos inexpresivos, las ojeras bajo sus ojos eran un poco más oscuras que antes.

Me hacía sentir mal estar en el palacio mientras los miembros del clan estaban de duelo. El aire sabía mal. Amargo. Los muros de mármol pulido que una vez le habían dado al palacio elegancia y dignidad, ahora le daban la sensación fría y vacía de un mausoleo.

Después de desayunar en nuestras habitaciones, la comandante Teoh y cinco de sus guardias nos escoltan por el palacio.

—Tenemos un par de carruajes en una caseta de centinela en la base de las montañas — explica mientras nos guía a través de los pisos inferiores—. Os llevaremos volando.

Ninguno de nosotros parece entusiasmado por estar en el aire otra vez.

—¿No hay una escalera? —pregunta esperanzada Nitta—. ¿Algún sistema de poleas?

—¿Un tobogán quizás? —sugiere Bo.

—Hay escaleras —responde con frialdad la comandante Teoh—. Sentíos libres de usarlas: son quince mil escalones.

Por un instante, los leopardos parecen considerar la opción con seriedad.

El aire frío me golpea cuando salimos a una de las galerías en la base del palacio. Es similar a la cual llegamos, una plataforma de piedra amplia abierta al frente y a los lados con columnas sosteniéndola del piso superior. Un grupo de criadas se apiñan juntas, resistiendo contra el viento que entra por las aberturas.

—Nuestras mochilas —dice Wren, sorprendida mientras mira cómo las criadas nos las dan—. ¿Las trajisteis desde la cima de la montaña?

—Volvimos allí para buscarlas en cuanto Lady Dunya os invitó a quedaros —confirma la comandante.

Lucho por colgarme mi mochila de los hombros. Parece aún más pesada ahora mientras

se hunde en mi cintura. Caen, Merrin y Hiro cargan las suyas sin quejas mientras que Bo finge que se cae exageradamente y su hermana reprime la risa.

—Hemos rellenado las cantimploras con agua fresca de nuestro manantial central —dice la comandante Teoh, mirando con desaprobación a los hermanos—. Y hay suficiente comida para una semana.

A cada uno de nosotros, excepto a Merrin, nos asignan un guardia. Me sorprende cuando la comandante Teoh se acerca a mí y me sorprende aún más cuando me ofrece mi daga: la que usé para apuñalarla hace dos días.

La acepto avergonzada y la guardo en mi cinturón.

—Lamento haberlo hecho —susurro.

Ella se encoge de hombros.

—Te atacaron y respondiste como corresponde. Cualquier guerrero habría hecho lo mismo.

Me lleva al borde de la terraza y luego se agazapa para que suba a su espalda. Es solo una fracción menos intimidante que la idea de colgar de nuevo de sus garras. Sus plumas son ásperas y es más baja y delgada que Merrin, así que siento su cuerpo con más claridad debajo de mí, la flexión ágil de sus músculos mientras se prepara para despegar.

El resto del grupo monta a los otros guardias. Solo Merrin va por su propia cuenta. Cuando cruzo la mirada con él, le sonrío. Él devuelve el gesto antes de apartar la vista y hago una nota mental de preguntarle cómo se siente cuando acampemos en la noche. Tal vez el Ala Blanca no es su clan, pero al ser demonios aviformes, *son* de su misma clase. La muerte de Eolah quizás también le haya afectado.

El cañón se extiende frente a nosotros, el cielo abierto a pocos centímetros del lugar donde estamos posados al borde de la galería. El viento frío mueve mechones de cabello de mi coleta. Los aparto sacudiendo la cabeza.

—¡Alas abiertas! —grita la comandante Teoh. Me sobresalto cuando avanza.

—¡Cielo abierto! —responden los otros guardias.

Con un salto de sus piernas poderosas, alzamos el vuelo. Una ráfaga de viento congelado me golpea y me quita el aliento. Aunque estoy envuelta en mi abrigo de piel y en mi túnica de viaje gruesa, el frío es tan atroz que siento que las garras de un demonio me cortan. El cielo se extiende a mi alrededor, es de un color turquesa cristalino increíble mezclado con marfil y oro. Me aferro con firmeza mientras planeamos sobre la montaña.

Siento la necesidad extraña de ver el palacio por última vez y giro la cabeza hacia atrás. El Palacio de las Nubes es magnífico. Sobresale entre las cimas montañosas como un dedo dorado que atraviesa la roca, sus muros blancos pulidos están encendidos, incandescentes bajo el sol matutino. Noto una silueta en uno de los balcones superiores.

Qanna. Aunque estamos demasiado lejos para distinguir su expresión, siento que nos

mira directamente y su rostro adorable y definido aparece en mi mente: ojos de ave negros penetrantes, redondos como lunas eclipsadas y llenos de furia.

En ese instante, la comandante Teoh ladea el cuerpo abruptamente y miro al frente de nuevo, aplastándome contra sus plumas. Los otros guardias la siguen mientras ella baja a la izquierda de modo repentino. Me aferro a sus plumas y sujeto sus laterales con mis muslos, apretando los dientes con fuerza. La mochila en mi espalda cambia mi punto de equilibrio. Es lo único que puedo hacer para permanecer sobre la comandante. Caemos en espirales tensas, a través de las nubes, luego junto a los picos amenazantes de la cima de las montañas, cubiertos de nieve y de árboles retorcidos.

Nos inclinamos a la derecha, luego nos nivelamos y volamos bajo entre las montañas. Los músculos de la comandante se mueven bajo mi cuerpo mientras extiende las alas hacia atrás para reducir la velocidad. Descendemos en picado entre dos cimas, la cara oscura de la montaña pasa a toda velocidad como un manchón. El suelo del valle aparece, cada vez más alto, hasta que con un gran salto, nos hace aterrizar. Me resbalo, apenas logro detenerme antes de deslizarme sobre la cabeza de la comandante.

Bajo por su espalda y relajo mis dedos tensos. Oigo ruido y gruñidos mientras el resto del grupo aterriza. Me coloco bien la mochila y veo a Wren desmontar de su guardia, mientras parece nacida para esto, es en todo sentido la guerrera noble y controlada, con su cabello enmarañado sobre las mejillas rosadas. Wren ayuda a Hiro a desmontar mientras Bo, contrastando evidentemente con Wren, baja de su guardia de un modo nada elegante.

Bo se pone de pie.

—Nunca. Más —gruñe apretando los dientes.

El demonio sacude sus plumas.

—El sentimiento es mutuo.

Hemos aterrizado en un valle profundo cubierto de nieve. Un acantilado altísimo se alza a cada lado y, aunque nos protegen del viento invernal, aún hace un frío terrible. Uno las manos para generar algo de calidez y, a medida que mis ojos se adaptan a la luz tenue, distingo postes de madera y equipamiento para refuerzos en una cueva a nuestra izquierda: el puesto de un centinela.

Una voz ronca suena entre las sombras.

—Alas abiertas.

—Cielo abierto —responde la comandante Teoh, avanzando.

Un demonio cernícalo bajo sale de su lugar bajo el alero de la caseta.

—He preparado dos carruajes medianos como pidió, comandante —dice él con una reverencia.

—Gracias, Jie. —Ella voltea hacia nosotros—. ¿Alguno de vosotros sabe cómo cuidar caballos de tiro?

—Mi padre me enseñó —responde Wren—. ¿Cómo de rápido pueden andar?

—Nuestros caballos son unos de los más veloces del reino. Se usan en distancias largas. Mientras estéis en Shomu, los carruajes os asegurarán un viaje seguro. Todos los reconocerán como nuestros. Lady Dunya me ha informado de que iréis directo al mar, ¿verdad? Tenemos emisarios en toda la costa, ellos traerán de vuelta los caballos y los carruajes. —Nos hace una reverencia leve—. Muy bien. La próxima vez que nos veamos, tal vez estaremos luchando lado a lado en una guerra. Será un honor pelear junto a vosotros.

Bo rodea los hombros de su hermana con un brazo.

—¿Incluso junto a nosotros?

La comandante Teoh posa sus ojos brillantes y negros en ellos.

—Incluso junto a vosotros, felinos. Ahora tenemos un enemigo en común. —Le da unas últimas indicaciones al demonio cernícalo antes de agazaparse, extender los brazos alados y desplegar sus plumas pintadas de blanco—. Alas abiertas —recita.

—Cielo abierto —responden los demás guardias y, al unísono, alzan vuelo.

Nitta suspira, su abrigo ondea bajo el aire generado por el batir de las alas de los demonios.

—Gracias a Samsi que hemos terminado ya con eso. Si tengo que oírlo *una vez más*...

El demonio de la caseta de centinela nos trae los carruajes y nos ayuda a prepararlos. Merrin quiere que lleguemos a las Llanuras de Fukho antes del atardecer para tener tiempo de comer y montar el campamento mientras aún haya luz. No nos detendremos a menos que haya una emergencia. Decidimos que Wren irá con Merrin y Caen, mientras los hermanos, Hiro y yo los seguiremos en el segundo carruaje. Preferiría no separarme de Wren, pero ella dice que se siente más segura si hay alguien que puede hacer magia en cada carruaje.

—Además —añade en voz baja—, me gustaría que vigiles a Hiro. Asegúrate de que intente dormir un poco. Este viaje ha sido difícil para él.

Con un beso, ella sube al otro carruaje, donde Merrin está sentado al frente en el asiento del cochero detrás de un gran caballo blanco que el demonio cernícalo nos ha dicho que se llama Flecha. Le doy a nuestra yegua, Luna, una palmadita en su nariz suave. Como Flecha, Luna tiene una crin preciosa, larga y gruesa. Un diamante gris marca su hocico. La yegua relincha y empuja mi palma.

Al frente del carruaje, Flecha pisotea el suelo con impaciencia.

—Descansa un poco, bonita —dice Merrin—. Tenemos un largo viaje por delante.

Alzo una ceja.

—Comparto carruaje con los leopardos. ¿Qué tan probable crees que será descansar?

Él se ríe por la nariz, hace sonar su cuello mientras alza las riendas de Flecha. Con una

caricia final al hocico de Luna, subo al carruaje y me acomodo en el asiento delantero frente a los hermanos leopardo. A mi lado, Hiro está apoyado contra la pared, con la nariz contra la ventana. Se coloca una de las mantas de seda que está sobre el asiento sobre el regazo.

—¿Hiro? —digo con dulzura—. ¿Cómo te sientes? —Mis ojos recorren su rostro serio y sus ojos hundidos. Wren tiene razón. Tiene aún peor aspecto que cuando llegamos al Palacio de las Nubes.

—Estoy bien —responde.

Bo sacude su mano delante de mí.

—Yo también lo estoy, gracias por preguntar. —Con un suspiro, él se estira y por poco golpea a Nitta en la cabeza con el codo—. Por fin soy libre de aquella jaula remilgada del palacio. Parecía que nadie jamás ha hecho una broma entre aquellos muros. O que ni siquiera saben lo que es.

—Pero echo de menos la comida —admite su hermana—. Tienes que admitir que sus cocineros son excelentes.

—Podría haberme quedado a vivir en aquella sala de baño —coincide con cariño Bo.

—Ese era el plan probablemente —comento—. Demonio leopardo hervido para la cena.

Los guijarros crujen bajo las ruedas cuando comenzamos a movernos, Luna mueve despacio el carruaje hacia adelante. Bo se recuesta y coloca una mano detrás de la cabeza mientras alza los pies sobre el borde de la ventana.

Sus botas están a pocos centímetros de mi rostro. Las fulmino con la mirada.

—¿Disculpa?

Nitta hunde el codo en su hermano. Le sonrío agradecida cuando los pies del muchacho caen al suelo.

—¡Oye! —protesta. Ella sonrío.

—Hora de ver quién ganó nuestro juego, hermanito. ¿O lo has olvidado?

El rostro de Bo se ilumina.

—¡Claro que no!

—Esperad —digo despacio—. ¿Qué juego?

—Por cada clan pretencioso que visitemos —explica Bo, sonriéndome—, debemos robar el objeto más costoso que podamos hallar. El que robe el objeto de mayor valor, gana.

Abro la boca, sorprendida.

—No es cierto.

Nitta y Bo solo sonrío con picardía.

Los miro, perpleja.

—Caen os matará. *Wren* os matará.

Ignorándome, levantan sus mochilas y comienzan a hurgar en ellas con entusiasmo.

—¿Cuándo habéis tenido siquiera la oportunidad de hacer esto? —pregunto, sacudiendo la mano—. Ni siquiera teníais vuestras mochilas hasta hace, ¿qué? ¿Media hora? ¡Y hemos pasado todo nuestro tiempo con el Ala Blanca o encerrados en los cuartos!

—¡Aún hay muchas oportunidades de robar! —La voz de Bo suena amortiguada, tiene la cabeza dentro de su mochila—. Y yo guardé mi botín en mi ropa interior. Junto a otras cosas valiosas.

Gruño.

Nitta sale a la superficie un segundo después, con algo dentro de su puño.

—Conseguí el mío la primera noche, justo delante de las narices de Lady Dunya.

La miro boquiabierta.

—Oh, por todos los dioses.

—Sabes —dice Bo, enderezando la espalda, con un brazo aún hundido en su mochila—, alguien suena celosa. Puedes jugar con nosotros la próxima vez, si quieres. Los Czo son famosos por coleccionar cosas caras. Será muy divertido.

—Em... No, gracias.

—Lo entiendo. Te asusta competir contra dos de los ladrones más talentosos de Ikhara. Es comprensible.

Nitta empuja el hombro de Bo.

—Vamos. Los menores primero.

Con una sonrisa pícaro, el chico leopardo extrae una caja rectangular de su mochila. A pesar de su tamaño, parece pesada, está hecha de ágatas iridiscentes y piedras de la luna y tiene en el centro perlas incrustadas en forma del símbolo del Ala Blanca: un ala extendida en pleno vuelo. Con expresión engreída, abre la tapa.

—¿Qué es eso? —pregunta Nitta, mirando de cerca el polvo ocre oscuro que contiene.

—Pene de bisonte molido. El mejor del reino.

Ella retrocede rápido, frunciendo la nariz. Hago una mueca.

—¿El qué de un bisonte molido? —Sacudiendo la cabeza, digo—: Olvídalo. Y por favor no nos digas para qué se usa...

—Para la disfunción eréctil —afirma Bo con orgullo. Suspiro.

—Como sea. —Me giro para intercambiar una mirada cansada con Hiro y lo encuentro mirando todavía a través de la ventana, ignorando por completo nuestra conversación.

—Supongo que es de Lord Hidei, ¿no? —Nitta se balancea con el movimiento del carruaje mientras inspecciona la caja con más atención, aunque también con más cuidado esta vez. Hemos aumentado la velocidad. Los guijarros golpean los laterales del carruaje, vuelan por las ruedas giratorias y el golpeteo de las pezuñas de los caballos. Después de viajar en el silencio amortiguado de las montañas durante tanto tiempo y tras la calma sombría del palacio del Ala Blanca, es un alivio tener de nuevo ruido alrededor.

—Lo robé de una de las túnicas de su criada la primera noche —responde Bo.

—¿De la túnica de su criada?

—Bueno, él no puede andar por ahí cargando la caja. ¿Y si alguien lo encontrara con el polvo encima?

Nitta sonríe.

—Imagínate.

—Así que... —dice Bo, regodeándose—. ¿De verdad crees que puedes superar esto, hermana mayor?

Las puntas de los caninos de Nitta asoman bajo sus labios cuando tensa la boca.

—Ah, hermanito. No tienes idea. —Extiende la mano con una floritura—. Deleita tus ojos con esta belleza.

Incluso en la luz tenue del carruaje, el objeto brilla. Es un diamante resplandeciente con forma de corazón que centellea sobre su pelaje café. Los eslabones delgados de la cadena yacen en círculo alrededor de la joya, como una serpiente plateada.

Bo mira el collar con los ojos abiertos de par en par.

—Es... Te refieres a...

—Te dije que lo robé delante de las narices de Lady Dunya.

—¡No me di cuenta de que lo decías *literalmente!*

Nitta se coloca el collar alrededor del cuello, con arrogancia.

—De todos modos, me queda mejor a mí.

—¿No crees que Lady Dunya notará que le falta algo semejante? —pregunto, con cierta frialdad.

Ella sacude la mano, aplastando el pelaje caramelo de su cuerpo para admirar mejor el collar.

—Bueno, tiene joyas mucho más caras que esta. Apuesto a que ni siquiera notará su ausencia.

—Nitta. La hija de esa mujer acaba de *morir*.

La chica leopardo suaviza la expresión.

—Entonces, sin duda no notará la falta —responde ella con tristeza. un segundo después, sus ojos adoptan de nuevo el brillo intenso y juguetón—. Bueno, vamos. —Empuja a Bo con el codo—. Dámela.

Su hermano le entrega la caja de Lord Hidei con una expresión amarga como leche rancia. Nitta se la apoya en el regazo y luego extrae de su mochila un recipiente pequeño de metal, como los que se usan para guardar especias. Luna ahora debe de estar cabalgando a su máxima velocidad. La montaña rocosa que pasa es irregular, todos saltamos de los asientos cada vez que golpeamos una roca o un hueco. Enderezándose, Nitta vacía el contenido del recipiente por la ventana antes de reemplazarlo con cuidado

por el polvo de la caja de Lord Hidei.

—No sé si esto me será útil —dice ella, entregándole el recipiente a Bo—, pero tal vez en algún momento te vendrá bien a ti. ¿Por qué no te lo quedas?

No puedo evitarlo: la risa brota de mí mientras Nitta reclina el torso hacia atrás, riendo a carcajadas y las mejillas de Bo arden.

Finalmente, Hiro se gira ante el barullo. Nos mira a todos con desagrado silencioso.

—La disfunción eréctil es un problema grave —dice con seriedad—. Muchos hombres acuden a los hechiceros en busca de una cura.

Eso solo hace que Nitta y yo nos riamos más fuerte.

—Recordaré esto —gruñe Bo enfurecido, fulminándonos a las dos con la mirada como si lo que más quisiera fuera empujarnos del carruaje. Sostiene el recipiente ofensivo con el brazo extendido, quizás considerando el mismo destino. Al final, él lo guarda en las profundidades de la mochila—. ¡Lo venderé! —Prácticamente grita cuando Nitta y yo continuamos riendo a carcajadas.

Nitta le da a su hermano una palmadita en la espalda, las lágrimas caen de sus ojos.

—Claro, hermanito —se ahoga de risa—. Lo que tú digas.

Luna y Flecha cabalgan incansablemente durante el día. En el transcurso de las primeras dos horas, avanzamos de modo ruidoso por el paso de montaña, los caballos se mueven por el sendero angosto con velocidad profesional. Las próximas horas son más suaves mientras alcanzamos la pendiente baja de la cadena montañosa, las cumbres nevadas son menos pronunciadas y estériles, hay arbustos rígidos y árboles sin hojas colgando del acantilado. Sin embargo, las pezuñas de Luna patinan algunas veces sobre las rocas sueltas, lo que causa que nos balanceemos un par de veces de modo peligroso. Cuando almorzamos, ya hemos llegado a las llanuras que se extienden sobre la mayor parte del norte de Shomu. El día está despojado de nubes y soleado. El aire fresco entra a través de las ventanas mientras Luna galopa por el sendero de tierra.

Fuera, aparecen las granjas y los campos de arroz. Aunque aún es invierno, ya no hay más nieve fresca allí, la tierra es de un tono café verdoso en crecimiento que acaba de empezar a abandonar el frío. Miro hacia afuera, inhalo el aroma a tierra y césped nuevo, tan fresco después de lo que parecen meses de solo hielo como compañía, y echo de menos mi hogar (el terreno aquí es muy similar a Xienzo) cuando el carruaje comienza a bajar la velocidad.

En el otro extremo del asiento, Hiro endereza un poco la espalda. Intercambiamos una mirada nerviosa. Se suponía que no reduciríamos la velocidad a menos que hubiera una emergencia.

Enfrente, Nitta y Bo están desplomados sobre su asiento, con la boca abierta mientras duermen una siesta después del almuerzo. Los ronquidos de Bo llenan el carruaje. Mi pulso se acelera mientras Hiro y yo esperamos a ver si Luna retoma la velocidad. En cambio, la yegua pasa de un medio galope a un trote.

La cabeza de Nitta cae del hombro de Bo ante el cambio de ritmo repentino.

—¿Hemos llegado? —pregunta ella dormida, frotando sus ojos.

—No lo creo —respondo—. Aún es de día.

Ella frunce el ceño. Luego, la alerta cobra vida en sus ojos; frunce al nariz.

—¿Huelo humo?

Una ola de pavor recorre mi cuerpo. Aún no lo huelo, pero confío en los instintos demoníacos de Nitta. Me giro para mirar por la ventana en la dirección en que viajamos. Los campos de arroz se extienden hacia el horizonte llano donde el cerúleo se encuentra

con el verde esmeralda suavizado, con la misma pulcritud que un pliegue en una hoja de origami. Giro más el cuello y veo una columna de humo alzándose a lo lejos.

Alguien bosteza ruidosamente.

—¿Por qué nos detenemos? —balbucea Bo.

Ninguno de nosotros responde. El silencio tenso se hace más profundo los próximos minutos mientras nos aproximamos con paso firme. Las volutas de humo oscurecen el cielo y ahora saboreo las cenizas amargas que flotan en el viento. Bajo ellas yacen las cáscaras derrumbadas de las casas de madera. Si el estilo de cabañas arroceras en Shomu es el mismo que las que he visto en Xienzo, entonces antes del fuego habrían estado posadas sobre la línea de agua fangosa sobre soportes.

Ahora no son más que restos humeantes.

—Un ataque —susurra Nitta.

Me trago las náuseas repentinas, mi estómago da un vuelco. Porque si ella tiene razón, entonces esto es culpa *mía*. Si hubiera logrado matar al rey y Kenzo hubiera sobrevivido para guiar a la corte en la dirección correcta, las redadas se habrían detenido. En cambio, mi ataque solo ha avivado la furia del rey. Quizás incluso él ordenara que hicieran *más* redadas.

El pensamiento me apuñala. Intentaba proteger a mi pueblo. Pero mis acciones tal vez los han puesto aún en más peligro.

Antes de que el carruaje se detenga del todo, abro la puerta y bajo de un salto. Mis botas golpean la tierra con un ruido sordo. Luna relincha cuando paso corriendo. Oigo gritos, más ruidos sordos mientras los otros me siguen.

Merrin se inclina desde su asiento sobre el otro carruaje para sujetarme cuando paso.

—Lei —me advierte—. No.

—Entonces, ¿por qué has parado? —respondo con brusquedad.

—Caen me ha pedido que lo haga.

—Así es.

Me giro al oír la voz de Shifu Caen. Está de pie junto a Wren, con los demás detrás de ellos. Wren avanza, Merrin me suelta para que ella tome mi mano. Pero me aparto. Tener consuelo, tener amor, a metros de casas reducidas a cenizas junto a su contenido, junto a lo que tal vez *yo* he ayudado a generar...

Wren abre la boca para hablar, pero Caen lo hace primero.

—Ketai me pidió detenerme en cualquier lugar que pareciera haber sufrido un ataque para buscar supervivientes —explica. Su voz es inexpresiva, resignada—. Pero esto no parece esperanzador. —Señala los carruajes con la cabeza—. Todos vosotros deberíais esperar dentro.

Suelto una risa desagradable.

—No puedes hablar en serio. —Luego, comienzo a correr antes de que cualquiera de ellos pueda detenerme.

Mis pasos suenan fuertes en medio de la calma espeluznante del campo de arroz abandonado. La ceniza flota en el aire, una imitación fea de la nevada, sus copos cálidos rozan mi piel mientras me acerco a las casas. Lo que parecen haber sido tres o cuatro edificaciones altas ahora solo son pequeñas chozas cuadradas. Los tocones de unos árboles sobresalen entre la tierra quemada y las pilas de madera ennegrecida. Me acerco a la primera casa y entro con cuidado entre los escombros. Vagamente soy consciente de mis puños apretados, de mis uñas clavadas en mis palmas.

Este era el hogar de alguien. Alguna persona vivía aquí.

Vivía.

—¿Hola? —digo.

Solo el silencio responde. El calor sube de los restos quemados, las gotas de sudor aparecen en mi ceño y bajo mis brazos. Deslizo el dorso de mi mano sobre la frente.

Oigo pasos detrás de mí.

—Lei —dice Wren con dulzura—, no creo que haya nadie aquí.

Las lágrimas mojan mis ojos.

—Podrían estar atrapados —replico, con un veneno en la voz que no está dirigido a ella—. Podrían... Podrían necesitar nuestra ayuda. —Tomo el trozo de madera más cercano entre las ruinas: un poste tubular, posiblemente una de las vigas que sostenía la casa. Aún está caliente. La piel de mis manos grita de dolor, pero aprieto los dientes y me obligo a sostenerlo, lo alzo y lo aparto. Entumecida, miro las ampollas que cubren mis palmas. Las ignoro y me agazapo para apartar acumulaciones de cenizas.

Wren coloca una mano sobre mi nuca. Luego, sin decir una palabra, se agazapa a mi lado y comienza a ayudarme a apartar los escombros.

Trabajamos en silencio. Los demás se mueven con cautela entre los otros restos, haciendo lo mismo. La luz de la tarde brilla sobre nuestras espaldas, apartando el frío invernal y el calor de las ruinas aún ardientes abrasa mi piel. Pero dejo caer el sudor, dejo que mis manos tengan ampollas.

—Los he encontrado.

Tardo un instante en registrar las palabras de Hiro. Su voz suave se ha vuelto rígida; no suena como él mismo. Alzo la vista justo a tiempo para verlo retroceder unos pasos y luego plegar el torso y vomitar.

Nitta salta sobre un trozo de madera caída para ayudarlo.

—Tranquilo —dice ella mientras Hiro vomita. Acaricia la espalda del niño—. Sácalo todo fuera.

Avanzamos hasta ellos. Wren se aparta de mi lado para colocar un brazo alrededor de

Hiro.

—Busquemos un poco de agua. —Me mira de modo extraño e intenso antes de llevárselo hacia los carruajes.

Los demás me observan. Enderezo el mentón y avanzo.

—Lei —dice Caen—, no deberías...

Continúo caminando.

Los cadáveres son un bulto, como si hubieran muerto abrazados. Es imposible distinguir sus formas individuales. El calor los ha fundido juntos, los ha chamuscado hasta dejarlos irreconocibles. A través de la negrura ardiente, asoman sectores de carne rosada, de apariencia tan cruda que me hace daño en los ojos.

Miro hacia abajo, con el corazón desbocado. El silencio pasa despacio, marcando cada segundo. Tardo un rato en notar que tiemblo. Mucho más en notar que no he respirado desde que he visto los cadáveres. Con un grito ahogado, inhalo de modo inestable, solo para que me invada el olor a carne chamuscada. Tengo arcadas, mis ojos se humedecen. Hago el saludo de los dioses del cielo con manos temblorosas.

—Lei. Es hora de irnos.

Al oír la voz amable de Nitta, me giro, mostrando los dientes. Ella retrocede.

—Quizás algunos intentaron huir —digo. Mi voz se quiebra y toso, pero obligo a las palabras a salir con más fuerza—. ¡Necesitamos registrar toda la zona!

Apartándome del camino, recorro las trincheras llenas de lodo del campo de arroz. Tropiezo y caigo sobre la tierra dura. Con un gruñido, las lágrimas caen libres sobre mis mejillas, pero me pongo de pie. Trozos de tierra y cañas de arroz se han pegado a mis palmas, y me limpio las manos sobre mi abrigo antes de soltar un siseo irregular que acentúa las quemaduras.

—Lei.

Esta vez, la voz pertenece a Merrin y llega desde arriba. Su forma voladora me cubre con su sombra. Planea hacia delante y mueve sus brazos alados para mantenerse quieto.

—No me iré —gruño.

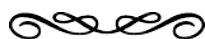
—Lo sé. He venido a ayudar.

Sollozo.

—De acuerdo.

—Busca por las casas —sugiere—. Yo buscaré más adelante, por el campo.

Con un movimiento de las alas, vuela de lado y se alza alto en el aire. Entrecierro los ojos mientras el sol invernal me cubre de nuevo. Luego, deslizo una mano sobre mi ceño sudoroso y continuó ardua y sombríamente.



Después de dos horas, vuelvo a las ruinas, exhausta, helada por el viento... y sola. Los demás me esperan. Noto por la expresión en el rostro de Merrin que él tampoco ha encontrado supervivientes.

Lo único que queda por hacer es ocuparse de los cadáveres. En las provincias norteñas, la mayoría de las castas creman a sus muertos para liberar sus almas al cielo. Por el mismo motivo, los ikharianos del sur entierran a sus muertos, alimentan la tierra con sus almas, la tierra reclama el qi que les prestó. Dado que estos cuerpos ya han sido quemados, solo podemos limpiar el espacio a su alrededor para darle a su restos un poco más de dignidad. Nitta y Bo tienen la idea de colocar hojas frescas sobre los cuerpos. Hiro les ofrece una plegaria, un toque de magia que acompaña sus palabras hace brillar el aire, el humo se mueve para permitir que la luz dorada del sol baje del cielo para bañar con su luz la casa en ruinas.

No es hasta que partimos cuando noto la bandera erigida detrás de las ruinas, flotando en el viento. El cráneo de un toro negro está estampado en la seda escarlata.

No me sorprende. Lo he sabido desde el minuto en que Nitta ha dicho que olía humo, en cuanto he visto las volutas negras flotando en la distancia. Sin embargo, la furia aparece, un golpe sólido en lo profundo de mis entrañas mientras pienso en todas las vidas que el rey ha arruinado, la destrucción imprudente de su gobierno cruel.

Y cuando regresamos al carruaje (Wren insiste en que yo viaje con ella esta vez y envía a Caen con Nitta y Bo para que podamos estar a solas mientras ella me cura las ampollas de las manos) hago otra conexión.

Campos de arroz. El norte de Shomu.

Su nombre aparece en mi mente con tanta fuerza que doy un grito ahogado, y pliego el cuerpo hacia adelante.

Aoki.

La familia de Aoki son granjeros de arroz. La familia de Aoki vive al norte de Shomu. Aoki, mi amiga, mi dulce y preciosa amiga... a quien dejé en el palacio con un rey que sabía que *su* amiga lo había traicionado.

—¡Esperad! —grito y golpeo la pared del carruaje detrás de mí.

Flecha se detiene de golpe.

—¿Lei? —pregunta Wren—. ¿Qué sucede?

Bajo del carruaje sin responder. Lo rodeo hasta el frente, donde Flecha relincha sacudiendo su crin con impaciencia. Confundido, Merrin toma asiento en el lugar del cochero, con las riendas entre sus garras.

—Cuando volabas —pregunto—, cuando estabas en el cielo, ¿has visto un lago al este de aquí? ¿Con forma de corazón?

Él asiente.

—¿Por qué?

Un aullido atraviesa mi cuerpo. Al menos, eso siento: como si el ruido proviniera directamente de mi centro y saliera por la fuerza, brotando de mis labios con todo el dolor y el horror que su respuesta causa.

Caigo de rodillas.

En el palacio, durante una de las preciosas noches en que charlábamos en nuestros cuartos, escondiendo dulces que Lill robaba de la cocina para nosotras, Aoki me habló sobre su hogar en los campos de arroz. Cómo en verano ella y sus tres hermanas nadaban desnudas en el lago con forma de corazón al este de sus campos, creyendo que les traería suerte en el amor. A menos que haya otro campo de arroz exactamente como *este*, entonces *este* es su hogar.

Su hogar destrozado.

Su *familia* destrozada.

Mi respiración entrecortada me quema la garganta. Hay movimiento a mi alrededor: el cierre de las puertas del carruaje, los susurros preocupados de los otros. Alguien se agazapa a mi lado. Me pongo tensa cuando Wren coloca una mano sobre mi espalda.

Tardo unos minutos en calmar mis lágrimas. En ser capaz de enderezarme y recobrar el aliento.

Con cuidado, Wren se acerca más.

—¿Qué pasa, Lei? —pregunta en voz baja.

—A-Aoki —digo sin poder hablar.

Ella abre los ojos de par en par. Mira hacia atrás, hacia las ruinas humeantes.

—¡No aquí! —digo, comprendiendo lo que debe de haber pensado—. Pero... este es su hogar. De aquí... de aquí viene.

Los ojos de Wren brillan. Luego, se derriten, sus iris castaños cálidos parecen fluir fuera de los límites cuando sus ojos se humedecen.

—Lo siento tanto —susurra.

Tomo sus manos. Ella las aprieta, me sostiene, un calor feroz crece en mi pecho mientras, con la mirada entrelazada, le digo con cuidado:

—Haremos que pague por esto, Wren. Por Aoki.

Ella endurece la mirada. Aparta la vista, un espasmo de algo doloroso atraviesa su rostro.

Despacio, me ayuda a ponerme de pie. Ninguno de los demás cuestiona lo que acaba de ocurrir o pide más detalles. Volvemos a los carruajes en silencio. Cuando sigo a Wren dentro, oigo que Bo le susurra a Nitta:

—¿Quién es Aoki?

La furia recorre mis venas. *¿Quién es?* El *mundo* entero debería saber quién es. Mi amiga valiente y preciosa, la que me ayudó a sobrevivir a la época más oscura de mi vida con su

amabilidad y su alegría. La que brillaba como una antorcha en la noche.

Miro a Bo, el viento plagado de ceniza mueve mi cabello sobre mis mejillas.

—Aoki es mi mejor amiga —le digo—. Es una de las chicas más amables, más valientes y generosas que conozco. —Poso los ojos en Wren y añado con ferocidad—: Y conozco muchas.



El sol se pone cuando llegamos a las Llanuras de Fukho. La luz dorada cubre las planicies onduladas. Con razón a esta región la llaman el Mar Ámbar: el viento mueve el césped e invade el aire con un sonido similar al correr del agua, y las caídas y subidas de las colinas imitan el movimiento de las olas, todas teñidas de oro. Pero mis ojos están vacíos cuando miro por la ventana, mis recuerdos reemplazan el bonito paisaje por uno lleno de ceniza y destrucción. El sabor a césped fresco con humo y carne quemada.

Nos detenemos para acampar media hora después. El sol ahora está casi detrás del horizonte, su luz difusa cubre nuestras siluetas cada vez más oscuras mientras salimos de los carruajes. El grupo se pone a trabajar en silencio. Merrin monta la carpa con Bo mientras Caen se marcha a patrullar, para asegurarse de que el perímetro esté vacío antes de que Hiro y Wren hagan su magia. Hiro ayuda a Nitta con el fuego. El crepitar reconfortante del fuego se suma al sonido sibilante del viento a través del prado.

—¿Me ayudas a ocuparme de los caballos? —pregunta Wren, tomándome de la mano.

Asiento distraída y ella me guía al lugar donde hemos atado a Flecha y a Luna. Tienen la cabeza inclinada mientras mordisquean el césped y hacen sus sonidos dulces de caballo, resoplidos leves y relinchos. Ella me entrega un puñado de golosinas duras del tamaño de una moneda. Cuando se las ofrece a Flecha, él las engulle de inmediato.

—El centinela del Ala Blanca me los dio —explica Wren—. Son dátiles y maní tostado, y un polvo vitamínico para ayudarlos a recuperarse después de tanta cabalgata.

Le ofrezco mi mano a Luna. Ella devora las golosinas con un par de movimientos de su hocico cálido. Emite una bocanada de aire húmedo y alza su nariz hacia mi rostro como si hubiera escondido más dulces ahí. Le sonrío mientras deslizo la manga sobre mi rostro.

—Gracias por eso, Luna.

—Lei, lo siento —dice de pronto Wren, lo que hace que alce la vista.

—¿Por qué?

Tiene los hombros tensos.

—Por esto. Por todo esto. Solo quiero que sepas que lo lamento. Lo único que quiero es que seas feliz y, en cambio... ves cosas como esas. —Se mueve abruptamente en la oscuridad, sus manos frías hallan las mías, tengo su rostro tan cerca que huelo su aroma a océano, esa fragancia que he llegado a conocer tan bien que puedo invocarla de memoria,

como un color o un sueño infantil, que me rodea como mi manta favorita—. Te quiero tanto, Lei —susurra—, y después de todo esto, prometo que pasaré el resto de nuestra vida juntas intentando llenarla de motivos para hacerte feliz. Todos los días.

Las lágrimas humedecen mis ojos.

—Siento que esos días están muy lejos todavía.

Wren aprieta mis dedos, la rigidez reaparece en su voz.

—Ya hemos conseguido un clan. Nos quedan dos más y luego tendremos el poder necesario para derrocar a la corte. Todo terminará pronto.

Pienso en Aoki. En su familia.

En *mi* familia.

—Algunas cosas nunca terminan —respondo.

Y sin decir nada (porque comprende que no hay palabras para reparar esto, porque comprende que lo que yo digo es verdad, que algunas heridas son demasiado profundas y no sanan nunca y uno solo debe sobrevivir con ellas, *alrededor* de ellas: aceptas su dolor cuando te chocas contra sus bordes y luego simplemente *sigues adelante*) Wren me abraza. Sus brazos son cálidos y fuertes. Apoyo la mejilla y ella posa su cabeza sobre la mía, con los labios sobre mi cabello.

Permanecemos así hasta que cae la noche por completo y oímos la voz de Nitta.

—¡La cena está lista!

Nos unimos al resto del grupo alrededor del fuego. Merrin distribuye tazas de té negro con miel y yo contemplo las llamas, la luz bronce brilla sobre mi rostro mientras el té me calienta las manos. Aunque el invierno ha cesado su ataque feroz sobre la tierra aquí, tan al sur de Shomu, el aire aún lleva el recuerdo del hielo y mordisquea mi piel a través de los bordes de mi abrigo.

Shifu Caen es el último en llegar.

—Todo está despejado —anuncia, aceptando agradecido la taza que Merrin le entrega—. Solo es necesario hacer el daos y estaremos listos. —Hiro se pone de pie ante eso, pero Caen le indica que tome asiento—. Puede esperar, Hiro. No hay asentamientos en kilómetros. Primero, come un poco.

—Y bebe más té. —Nitta toma la tetera de donde cuelga sobre el fuego y rellena la taza de Hiro—. El azúcar te vendrá bien.

—No sé si... eso es verdad —dice Caen. Bo alza un dedo.

—Piensas en la salud, Shifu. Son dos cosas distintas. La mayor parte del tiempo, cuando algo te viene bien, no es saludable. Y de todos modos, ¿a quién le importa la salud? Iremos a la guerra. Lo saludable no nos ayudará mucho al enfrentarnos a dientes y espadas.

Nitta sonrío con dulzura.

—Exacto. Así que... ¿más té?

Con un suspiro de derrota, Caen alza su taza.

Merrin adopta una expresión seria.

—Oh, no —dice él. Bo lo mira, cansado.

—¿Qué sucede ahora, Plumas?

—Creo que... —Merrin tiembla—. Creo que, de hecho, estoy *de acuerdo* con vosotros dos en esto.

Los hermanos leopardo se ríen a carcajadas. Bo le da una palmadita al brazo de Merrin.

—Sienta bien, ¿no? —bromea—. ¿Ceder por fin al modo felino de ver las cosas?

El demonio lechuza sacude la cabeza hacia atrás y se peina las plumas.

—Yo no iría tan *lejos*, gato —resopla. Pero utiliza el apodo con afecto y cuando Bo centra la atención en lo que cenaremos, noto el modo en que los ojos de Merrin permanecen sobre él, con algo ardiente y curioso en su mirada.

Cuando terminamos de comer, Bo trae una botella de sake que robó en el palacio del Ala Blanca. La pasamos mientras la noche se hace más profunda, la oscuridad está llena del crujir del fuego y el cantar de las cigarras entre el césped. Es nuestra primera noche de vuelta en la naturaleza y aunque los demás se relajan en la calidez de la fogata, yo no puedo evitar sobresaltarme ante cada sonido animal distante. Incluso la voz del viento parece cobrar forma. No había notado cuánto me había relajado en la seguridad del Palacio de las Nubes. Sin ninguna pared, percibo la extensión vasta a nuestro alrededor. Mi mente gira con todos los demonios —literal o figurativamente— que pueden estar ocultos entre las sombras. Mientras el resto del grupo charla sobre los planes de mañana, yo me abrazo las rodillas contra el pecho y juego nerviosa con la banda para el pelo que tengo en la muñeca.

Te he encontrado.

Susurran las palabras directamente en mi oído.

Me giro con el corazón acelerado. Las llanuras se extienden, las colinas iluminadas por las llamas desaparecen en un negro espeso e impenetrable.

Él no está aquí, me digo. Pero...

Pero podría estarlo. Está vivo.

—¿Va todo bien? —Wren rodea mi cintura con un brazo y me acerca a ella—. Lei, estás temblando. ¿Quieres entrar en la carpa?

—Estoy bien. Solo necesito un trago. —Me extiendo sobre su regazo y tomo la botella que Bo sostiene sin fuerza en la mano.

—¡Oye! —protesta.

Bebo un sorbo largo. Me sienta bien, el calor del alcohol quema mi interior, un brillo desdibujado comienza a entumecer los límites de mi estado de alerta. Bebo más, incluso mientras mis ojos arden y mi garganta quema.

La expresión de Bo cambia. Noto que pasa de la molestia a la preocupación. Luego, grito cuando alguien me quita de un golpe la botella de la mano.

Shifu Caen me fulmina con la mirada, con la mano medio alzada.

Los demás han hecho silencio.

Es mi turno de indignarme.

—¡Me lo estaba bebiendo! —protesto. La mandíbula de Caen late.

—Lo he visto. ¿No crees que ya has bebido suficiente?

Antes de que pueda discutir, Wren se pone de pie.

—Creo que es hora de que todos descansemos un poco. Estamos cansados y aún estamos reaccionando a lo que ha sucedido antes. —Mira a Hiro—. Deberíamos invocar el daos ahora, para que todos puedan irse a la cama. —Extiende una mano para ayudarme a ponerme de pie—. Iré contigo en cuanto termine.

Por un instante, considero negarme. Luego, el susurro que dice *te he encontrado* aparece de nuevo en mi mente y me eriza el vello de la nuca. Con una última mirada furiosa en dirección a Caen, me marchó con torpeza hacia la tienda. Me desvisto en la oscuridad, mantengo la mayoría de mis prendas puestas, pero me quito las botas y el abrigo. Después de un minuto acurrucada bajo las sábanas, cierro los ojos. Ya sea por el alcohol o por el peso de los sucesos del día, el sueño me lleva con tanta agilidad y entereza que siento que han pasado solo segundos cuando abro los ojos de nuevo.

Me sobresalto en estado de alerta con un grito ahogado.

Estoy recostada de espaldas, con la boca seca. La tienda está oscura. Los ronquidos de Bo llenan el aire. El rostro de Wren está cerca del mío, respira profundamente. El rastro final de mi sueño permanece y, al principio, creo que eso es lo que me ha despertado, un grito o pánico en mi pesadilla que ha alcanzado mi consciencia.

Luego, noto que solo necesito orinar. Con cuidado de no despertar a Wren, me levanto y me pongo las botas y el abrigo.

En el exterior, la noche es espesa y profunda. Las estrellas cubren el cielo. El sonido suave del viento rozando el césped invade mis oídos, los destellos de la luna se reflejan en sus briznas movedizas, como el resplandor de los ojos diminutos de un animal. Me estremezco. Hace mucho más frío sin la calidez del fuego. Encuentro un lugar a una distancia segura de la carpa y me agazapo antes de apartar mi abrigo y mis pantalones a un lado. Cuando termino, enderezo la espalda, incapaz de reprimir un bostezo inmenso. Aún estoy bostezando cuando me subo los pantalones... y la oscuridad se mueve a mi lado.

Mi bostezo se interrumpe abruptamente cuando una espada brilla entre las sombras. Su borde frío me toca la garganta.

—Esto —susurra una voz familiar en mi oído— es por el rey.

La voz de Naja es exactamente como la recuerdo: fría, aguda, llena de repulsión. Como si fuera una respuesta, las viejas heridas de mis hombros arden de dolor. El miedo me recorre las venas. Sin embargo, algo más también responde en mi interior: la furia. Furia por todo lo que la demonio zorra me hizo y me dijo en el palacio. Porque la última vez que la vi, tenía las garras manchadas de sangre. Por Zelle. Por Kenzo. Y más que nada, por lo que he visto hoy en los campos de arroz.

Lo haya ordenado ella o no, Naja es parte del sistema que permite que familias como la mía y como la de Aoki sean destruidas sin ni siquiera pensarlo dos veces.

El odio de Naja por los de mi clase siempre ha sido un reflejo de mi temor hacia los de su clase. Pero durante los últimos meses, he aprendido a transformar ese miedo en furia —en acción— y ahora, mis nuevos instintos avanzan, brillantes y ardientes.

El fuego dentro, el miedo fuera.

—*Suéltame* —gruño mientras retrocedo y la empujo.

Ella tropieza. No mucho, pero lo suficiente para darme tiempo a sujetarle el brazo y retorcérselo. Suelta la espada con un siseo. Me agazapo para tomarla, pero mis dedos apenas rozan la empuñadura cuando Naja me derriba.

Rodamos sobre la tierra fría, luchando en una maraña, las manos sujetan las solapas de los abrigos y tiran del pelo. Si bien ella es más musculosa que los hermanos leopardo y su forma de zorra es más amenazante que las facciones de lechuza de Merrin, he estado ya bastante tiempo con demonios y la apariencia de Naja no me intimida tanto como antes.

Ruge... y yo le devuelvo el rugido.

—Nos has estado siguiendo —le digo, jadeando—. En las montañas. Eras *tú* lo que veía.

Clava a la fuerza mi espalda contra el suelo mientras se sienta a horcajadas sobre mí, con una mano sobre mi garganta. Sus ojos parecen espejos fantasmales en la oscuridad, destellos plateados como peces nadando en un lago.

—Iba a alcanzaros antes de que llegais al Ala Blanca —dice apretando los dientes—, pero que ellos os encontraran primero arruinó mis planes. No importa. Ahora te tengo.

Veo luces ante mis ojos. Intento apartar su mano, mi respiración se convierte en un silbido. Digo las palabras en medio de la asfixia.

—*Terminaré...* lo que... empecé.

Terminar lo que empecé. Sus ojos arden de comprensión.

—Fallaste, niña —gruñe y acerca su nariz húmeda de zorra a la mía—. No me asustas, y al rey tampoco. De hecho, deberíamos darte las gracias. Gracias a ti, hemos detectado más traidores al trono. Ahora lo único que falta es hacer que todos y cada uno de ellos se pongan de rodillas. —Sus incisivos brillan cuando sus labios retroceden—. Los encontraremos, Lei-zhi. No creas que no sabemos dónde se esconden tu padre y tu tía. El ejército del rey obtiene cada día más fuerza y, pronto, iremos a por ellos. Los Hanno no tendrán oportunidad contra el poder absoluto de las fuerzas de la corona. —Su sonrisa burlona se extiende y dice las próximas palabras con un ronroneo bajo—. Pero he hecho una petición especial para que mantengan con vida a tu padre y a tu tía. El rey y yo queremos lidiar con ellos en persona.

El horror me recorre la piel.

—No... ¡No los encontraréis! —Intento quitármela de encima a patadas, pero me sostiene con facilidad.

—¿Cómo lo sabrás? Morirás aquí esta noche. Junto a tu preciosa amante y el resto de tu grupo.

—¡No tienes oportunidad alguna contra ellos! —gruño.

—No es una pelea justa, es cierto. Pero tengo algo para ayudar a igualar las condiciones.

Hasta ahora, mi visión ha estado centrada en la zorra blanca y en mí, en el sector pequeño de césped detrás de mi espalda y en el susurro del cielo estrellado detrás del rostro de Naja donde se cierne sobre mí. Pero ante sus palabras, el mundo se expande con un rugido.

Primero lo huelo. Por segunda vez hoy, la mordedura punzante del humo. Luego, giro la cabeza a un lado y veo las llamas.

Suben por el campo a la derecha de la tienda, anaranjadas y vívidas en la oscuridad. Naja debe de haber comenzado el incendio antes de atacarme. A duras penas pueden haber pasado más de dos minutos, pero el fuego se propaga con facilidad en el césped seco mientras observo cómo duplica su tamaño, cómo pasa de una chispa distante a un zumbido gutural que hace gimotear a los caballos y tirar de sus riendas. Las columnas de humo suben y cubren el cielo.

Veó siluetas salir de la tienda. Empiezo a gritar...

Naja me da una bofetada.

El dolor me recorre la mejilla cuando golpea el suelo. Luego, una nueva oleada de dolor cobra vida cuando Naja me rodea el cuello con ambas manos.

Farfullo. Toso. Intento mover la cadera para hacer caer a Naja mientras ella toma su espada del césped y la apoya sobre mi garganta expuesta.

Sus ojos plateados están desquiciados.

—Por el rey —repite.

En el mismo instante en que hundo mi propia daga en el costado de su cuerpo.

Primero, aparece la sorpresa. Tal como Caen me enseñó, ser pequeña y de apariencia débil tiene sus ventajas. La magia de la daga late en mis dedos y percibo que sujeta mi mano con firmeza, guiándome para hundirse más profundo y con más seguridad en su carne tensa.

Un gruñido escapa de Naja. Con dedos temblorosos y ensangrentados, retuerzo la daga entre las costillas de la zorra y hago que un sonido más grave y áspero brote de su garganta. Luego, retiro la daga de un tirón, muevo mi cuerpo a un lado y me la quito de encima.

Ella extiende una mano. Detiene la caída con un siseo. Se pone de pie en menos de un segundo, pero yo ya he logrado incorporarme. Apenas me he alejado de su alcance cuando lanza una de sus garras hacia mi espalda.

Avanzo hacia el fuego. Un muro de llamas arde entre la carpa y yo, tiñendo todo en tonos bronce oscuro y rojos.

—¡Wren! —grito—. ¡Merrin! ¡Nitta!

Una sombra se mueve rápido por delante. La silueta de Merrin está iluminada bajo el fuego y veo un destello de plumas blancas y grises y alas extendidas sobre el cielo oscuro antes de que baje en picado hacia nosotras, sosteniendo una qiang entre sus manos. La lanza plateada resplandece en la noche. Merrin apunta a Naja...

Luego retrocede en el último segundo.

Estamos demasiado cerca. Por eso no puede atacarla desde ese ángulo. Medio segundo después, compruebo mi teoría cuando la zorra demonio me empuja por la espalda.

Caigo de bruces al suelo. Intentando respirar, encuentro, en vez de aire, humo asfixiante. Ahora ya estamos casi en el incendio y el calor brota en oleadas. El sudor me arde en los ojos. Me sacudo y retuerzo cuando Naja me clava al suelo.

Ella gruñe brutalmente. Veo un destello plateado incendiado.

Me doy la vuelta, girando la cabeza y los hombros en el último segundo cuando su espada pasa a centímetros de mi mejilla y se hunde profundamente en la tierra.

—¡Quédate... quieta! —jadea.

Me pega en la nuca con su mano. Mi mentón choca con el suelo. Grito, saboreando la sangre. La escupo con un gruñido. Cuando Naja mueve su peso para liberar su arma, yo muevo mi mano que sostiene la daga y la apuñalo hacia atrás.

El metal toca el músculo. Naja suelta un grito que es mitad desesperación, mitad incredulidad, completamente animal y crudo. Arranco mi daga de su muslo. Gruñendo, Naja se sujeta la pierna sangrante mientras yo uso el cambio en su peso para escapar y salir de debajo de ella.

La zorra blanca se pone de pie con dificultad, torcida y con expresión de dolor. La luz del fuego tormentoso centellea roja sobre su piel. La saliva gotea de sus labios. Desliza una

mano ensangrentada sobre su mandíbula y desparrama la sangre, de modo que parece como si hubiera comido kilos de carne cruda, y alza su espada larga.

Una sombra voladora...

Un destello de plumas...

Merrin se mueve tan rápido que no tengo tiempo de retroceder. Un segundo, estoy de pie allí, enfrentándome a Naja, su espada plateada brilla mientras atraviesa el aire hacia mí. Un segundo después, su espada cae al suelo cuando la punta afilada del qiang de Merrin, y luego su empuñadura, atraviesan el brazo derecho de Naja con un corte limpio.

La lanza cae al suelo a centímetros de mis botas. Su empuñadura larga tiembla.

El grito de Naja no se parece a nada que haya oído. Pliega el cuerpo hacia adelante, sujetándose el brazo bañado de sangre.

—¡Los caballos! —me grita Merrin desde el aire. Señala hacia donde están atados, relinchando y cabeceando mientras las llamas devoran el césped en un muro escarlata y dorado brillante y movedizo.

Vacilo. Naja está a mi alcance, herida y distraída. Mi daga vibra en mi mano, su magia ansía más. La sangre brota de las heridas de la zorra y me hace recordar una vez más a todas las personas que ella ha herido. Si nuestros roles estuvieran invertidos, ella avanzaría y deslizaría su hoja sobre mi cuello sin dudar un segundo. Parte de mí quiere correr y hacer eso. Correr gritándole y hundir mi hoja en su carne.

La otra mitad de mí hace que quede paralizada en mi sitio.

Luego, escucho de nuevo a Merrin:

—¡Lei! ¡Los caballos!

Con una última mirada llena de sentimientos encontrados hacia Naja, guardo la daga en su funda y corro.

Merrin aterriza al mismo tiempo que yo alcanzo a Flecha y a Luna. De inmediato, él intenta desatar las ataduras de Flecha. Mis dedos tiemblan mientras tiro de los nudos gruesos que mantienen a Luna atada. La sangre dificulta el agarre firme del material y la yegua se sacude, tirando de la sogas y tensándola. Hago más fuerza, ya casi lo he logrado, estoy a punto de hacerlo...

En cuanto el nudo se suelta, Luna comienza a correr.

Merrin atrapa su sogas y la trae de vuelta mientras sujeta a Flecha con la otra mano. Tiene las plumas alborotadas, y bate sus brazos alados para soportar la fuerza de los caballos.

—Los carruajes —digo sin aliento. Él sacude la cabeza.

—Se han quemado. Llévate a Luna y busca a los demás.

—Wren...

—Está trabajando con Hiro para contener el incendio. Iré a buscarlos cuando los demás estén a salvo. ¡Vete!

Tira de la cuerda para mantener a Luna sometida para que yo pueda montar en su lomo. La yegua sale disparada de inmediato y Merrin me lanza la soga justo a tiempo.

Me aferro a Luna mientras cabalga en la oscuridad. Durante unos instantes horribles, el tronar de sus pezuñas es tan fuerte y absorbente mezclado con el rugido del fuego a mis espaldas que vuelvo a mi infancia, a cuando tenía diez años, cuando mi vida se derrumbó ante el canto de las llamas y el tamborileo de los cascos. El modo en que los soldados del rey habían atacado mi aldea, arruinándolo todo y llevándose lo que deseaban a su paso, dejando atrás un desastre de cuerpos y corazones rotos.

Luego, recuerdo dónde estoy. Y quiénes cuentan conmigo.

Sujeto la melena de Luna. Nunca he cabalgado, pero he observado a jinetes en las planicies fuera de nuestra aldea. Golpeo sus flancos con el talón de mi bota. Ella se sacude y alza el césped mientras reduce la velocidad y da vueltas en un círculo suelto y sin sentido.

—¡Por favor, Luna! —lloro.

Ella gimotea fuerte y se aleja de las llamas. Pero un segundo después, da la vuelta y corremos de vuelta a nuestro campamento destrozado.

Me pego a su cuerpo. El aire plagado de humo me da en el pelo, las cenizas bailan libres del fuego y chisporrotean sobre mi piel. En segundos, nos encontramos con otra pared de llamas. Guío a Luna a la izquierda y ella sigue sus instintos para evitar el fuego, moviendo la cabeza de lado a lado mientras buscamos un modo de entrar.

El campamento entero está en llamas. No veo nada, solo tierra quemada y aire chamuscado.

—¡Lei!

Giro la cabeza al oír el grito de Bo. Veo un hueco entre el fuego y llevo a Luna por allí.

Oigo más cascos. Flecha corre hacia nosotras con Merrin en su lomo.

—¡Busca a Nitta y Bo! —grita Merrin mientras se pone a nuestro nivel—. ¡Yo buscaré a los demás!

Caen, Nitta y Bo están apiñados, Wren y Hiro están frente a ellos, enfrentándose a las llamas. Tiro de la crin de Luna y reducimos la velocidad. Los hermanos leopardo suben de un salto antes de que la yegua detenga el paso y se acomodan detrás de mí sobre su lomo.

Nitta me rodea con sus brazos.

—¡Ve! —grita.

Luna gira, pero el muro de llamas se cierra a nuestro alrededor. La yegua relincha de pánico. Retrocede y comienza a caminar en círculos, buscando el modo de atravesar el fuego. Acaricio su cuello, intentando calmarla incluso mientras mi propio pánico arde.

Las llamas se acercan más. A nuestra izquierda, Merrin baja del lomo de Flecha. Caen sube en su lugar y toma habilidosamente las riendas del caballo para guiarlo hacia donde Hiro y Wren se enfrentan al fuego, con los brazos extendidos. El cabello de Wren flota a su

alrededor con un viento etéreo. Bajo el crujido y el zumbido de las llamas, apenas es posible distinguir su canto. Continúan tejiendo su dao hacia arriba hasta el último segundo, hasta que el fuego casi nos ha alcanzado y estamos apiñados en un círculo tenso, nuestros caballos chocando entre sí. Cuando las llamas suben a pocos centímetros de sus rostros, se mueven al unísono y hacen un movimiento repentino hacia adelante con los brazos.

Un velo corredizo de caracteres dorados giratorios sale disparado. Abre un pasaje a través del corazón del fuego.

Desde arriba, Merrin grita:

—¡Ahora!

Sin dudar, Caen guía a Flecha hacia la abertura. Alza a Wren y a Hiro con un brazo musculoso y los sube detrás de él mientras Flecha corre por el pasillo que se encoge.

Golpeo el flanco de Luna y corremos detrás de él y apenas logramos pasar con un segundo de margen.

Cuelgo sobre el cuello de Luna, inhalando hondo el aire bendito libre de humo mientras cabalgamos por las planicies. El rugido de las llamas muere. Pronto, nos envuelve de nuevo el silencio intenso de la noche bajo la luna. Cuando me atrevo a mirar atrás, las llamas son un temblor rojizo en el horizonte.

Merrin vuela bajo a nuestro lado.

—¿Puedes continuar? —grita por encima del ruido de los cascos.

Aún estoy recuperando el aliento.

—¡S-Sí! —me obligo a decir.

—El fuego debe de haber llamado la atención hacia nosotros y por lo que sabemos, Naja ya ha enviado un mensaje a los puestos cercanos de los soldados diciendo que estamos aquí. ¡Necesitamos cubrir la mayor cantidad de terreno posible mientras aún esté oscuro!

—¿Y si no ha escapado? —Me miro las manos, que sostienen la crin de Luna. Están negras por la sangre de Naja. Después de todo, ella estaba malherida y el fuego se propaga rápido.

—¡Puede que no! —responde Merrin con un grito—. Pero debemos ser cautelosos por las dudas. ¡Vigilaré!

Con una sacudida fuerte de sus brazos alados, Merrin alza el vuelo hasta ser una silueta distante contra el ojo amplio de la luna. Por delante, Flecha, cargando a Caen, Wren y Hiro, marca el camino por el paisaje nocturno. Me aferro a mi yegua, intentando moverme al ritmo de Luna mientras galopa, sus poderosas piernas de caballo andan a toda velocidad. Nitta se aferra a mi cintura, Bo está detrás de ella.

Cabalgamos durante horas. Pero a pesar de la distancia, no puedo apartar las palabras que Naja me ha dicho en el campamento en llamas.

Gracias a ti, hemos detectado más traidores al trono. Ahora lo único que falta es hacer que todos y

cada uno de ellos se pongan de rodillas.

Los encontraremos, Lei-zhi.

La culpa sacude mi cuerpo. Como sospechábamos, el rey está preparando un ataque contra el palacio de los Hanno. Donde está el padre de Wren, donde está *mi* padre, y Tien, y el resto de nuestros aliados; donde Lady Dunya se prepara para enviar a sus soldados en este mismo instante.

Y todo es mi culpa.

La noche le abre paso al día mientras los caballos avanzan incansables por las llanuras. En algún momento me duermo, acunada por la monotonía de las pasturas y el ritmo del cuerpo de Luna debajo de mí. Después de lo que parecen solo segundos, me despierto sobresaltada. Parpadeo somnolienta contra la luz matutina. El sol se alza delante, una bola difusa cubierta por un velo de nubes. Su circunferencia abraza el horizonte; apenas ha amanecido. Deslizando la lengua sobre mis labios secos, enderezo la espalda y veo los brazos de Nitta extendidos a mis costados. Sostiene la crin de Luna entre sus dedos. Debo de haberme desplomado hacia atrás sobre ella mientras dormía y sus brazos deben de haberme mantenido en mi sitio.

Giro el cuello para mirarla.

—Gracias, Nitta.

Ella está entre Bo y yo. Los brazos del chico rodean a su hermana desde atrás. Está dormido, su cabeza cae frecuentemente del hombro de su hermana y lo despierta, solo para que vuelva a colocarla en el cuello de Nitta para que suceda lo mismo un segundo después.

Nitta posa sus ojos verdes preocupados sobre mí.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Ah, ya sabes. Como es esperable después de un intento de asesinato. ¿Tú?

—Como es esperable después de haber estado a punto de morir por inhalación de humo. —Emite una risa gutural antes de comenzar a toser.

El canto de un pájaro suena más adelante. Alzamos la vista y vemos a Merrin volando en círculos sobre nosotros, su sombra es larga sobre el suelo.

—¡Hora de detenerse! —grita—. Ya estamos a punto de llegar a la costa.

Nitta asiente y tira de la crin de Luna para que reduzca la velocidad. Merrin vuela hacia delante hacia los otros y pronto ambos caballos se detienen.

Bo desmonta a Luna con un gruñido.

—Dulce Sami. —Estira los brazos sobre la cabeza y retuerce el cuerpo de lado a lado—. Ha sido casi tan malo como volar.

Merrin aterriza a su lado.

—Ahora los demonios aviformes no son tan malos, ¿verdad, cielo? —bromea, mientras aplana las plumas sobre su cuerpo y sus brazos parecen reducirse a la mitad de tamaño.

—Supongo que tienen sus beneficios —admite a regañadientes el chico leopardo.

—Ahora ya te he salvado la vida dos veces, gato. En tu lugar, mostraría un poco más de entusiasmo.

Bo curva la boca en una sonrisa.

—Oh, ya te mostraré entusiasmo.

—Muy bien, niños —suspira Nitta, acariciando el flanco de Luna—. Tranquilos.

Emito un grito ahogado al desmontar, mi muslo y los músculos de mi espalda gritan cuando cambian de posición después de haber estado quietos durante horas. Pliego el cuerpo hacia adelante, frotándome el sacro.

—¡Lei! —Wren baja de un salto del lomo de Flecha y corre hacia mí—. Merrin nos ha contado lo de tu pelea con Naja: ¿estás herida? —Tiene el rostro pálido, las ojeras bajo sus ojos son más pronunciadas que nunca. Extiende las manos hacia mí, buscando heridas, y en vez de su tacto firme habitual, noto que tiembla.

La abrazo.

—No te preocupes —digo en voz baja—. Estoy bien. —Las palabras de Naja flotan en mis oídos y las aparto mentalmente—. Ella es quien no lo está.

Wren se pone tensa.

—¿La has matado?

—No. Pero ha perdido mucha sangre y con el incendio...

Wren suelta un suspiro largo y retrocede para hablar con el grupo.

—Naja debe de habernos seguido hasta el Palacio de las Nubes y esperado a que nos marcháramos.

—Pero ¿cómo les ha seguido el ritmo a los carruajes sin que lo notáramos? —pregunta Nitta, aún acariciando a Luna.

—Y Hiro y tú conjurasteis los daos protectores —añade Bo—. ¿Cómo los ha atravesado?

La comprensión aparece de pronto.

—Ya estaba escondida en uno de los carruajes. Antes de que nos marcháramos.

—Creo que tienes razón —coincide Wren, con expresión sombría—. Por algún motivo, no tuvo la oportunidad de atacarnos antes de nuestra llegada al Palacio de las Nubes, así que permaneció allí, escondida. Debe de haber visitado antes el palacio por asuntos de la corte y sabía que nos iríamos por el puesto del centinela. Podría haberse escondido debajo de los carruajes o dentro, en uno de los asientos quizás.

—Entonces, ya estaba dentro de la protección del dao anoche —dice Shifu Caen—. Lo único que debía hacer era esperar a que nos fuéramos a dormir...

—Para salir de su escondite y matarnos —concluyo.

Wren y yo compartimos una mirada ansiosa.

—Pero ¿por qué esperaría para atacarnos en secreto? —pregunta Nitta—. Podría haber

entrado al Palacio de las Nubes para arrestarnos a todos por traición en ese mismo instante. ¿Por qué ocultarse? ¿Por qué esperar?

—Quiere venganza —respondo con frialdad—. Naja es la clase de persona que lidia con las cosas personalmente. Si nos hubiera arrestado, nos habría juzgado la corte. Ella solo es una líder interina. El rey pronto regresará al poder y luego será capaz de lidiar con nosotros como quiera. Naja *quería* enfrentarse a nosotras a solas.

Caen cruza los brazos.

—Además, la corte real ahora sospecha de todos. Dudo de que la general Naja esté completamente segura de la alianza con el Ala Blanca. Es probable que no quisiera correr el riesgo de entrar al palacio solo para que la arrestaran a ella.

—Hablando de arrestos —añade Merrin inclinando la cabeza—, he visto soldados dirigiéndose hacia aquí desde el norte y el sudeste. O Naja ha logrado alertar a los puestos fronterizos cercanos o tenemos mucha mala suerte para llegar en el momento indicado.

Bo suelta un insulto.

Wren intercambia una mirada lúgubre con Caen.

—Si hay soldados o representantes reales en la aldea pesquera —le recuerda ella—, entonces tal vez ya sepan que estamos de camino.

—Entonces tendremos que atravesar la aldea sin que nadie lo note.

Nitta frunce el ceño.

—Entonces, ¿continuamos con el plan original? Caen, hemos perdido todo nuestro equipamiento en el incendio: mapas, comida, medicina. Gracias a Samsi nos hemos llevado nuestras armas antes de que la carpa se quemara. Sería una buena idea buscar provisiones en la aldea.

Caen sacude la cabeza de lado a lado.

—Demasiado peligroso. Podemos preocuparnos después por las provisiones. Por ahora, solo necesitamos centrarnos en evitar la captura. —Se mueve en su lugar y la espada en su espalda tintinea—. Todos debéis permanecer alerta. Lei, Hiro, ocupaos de llevar a los caballos con nosotros. Los cuidarán en la aldea hasta que el Ala Blanca pueda ir a buscarlos.

Mientras acaricio el cuello de Luna, lamentando tener que hacerla moverse otra vez después de haber cabalgado toda la noche, un gimoteo de dolor suena detrás de mí. Miro por encima del hombro... y luego avanzo a toda prisa.

—¡Wren!

Ella se ha caído sobre una rodilla y apoya todo su peso sobre el codo. Sus manos cuelgan bajas. Aparto el cabello de su rostro y empalidezco al ver lo enferma que parece, tiene la frente brillante de sudor.

—Wren, ¿qué sucede? —pregunto, mi pulso está descontrolado mientras los demás nos

rodean.

Shifu Caen se agazapa a su lado.

—¿Ha sido la magia?

Wren respira con dificultad, balanceándose un poco. Luego, presiona los labios en una línea delgada y, con mi ayuda y la de Caen, se pone de pie. Siento cuánto se apoya en mí, pero mantiene en alto su mentón.

—Es solo lo que hablábamos el otro día —dice—. Cada vez es más difícil acceder a la magia, así que tardo más en recuperarme. Pero estoy bien.

La miro frunciendo el ceño. Los demás parecen desconfiados... ninguno ha pasado por alto el temblor en su voz.

—Hiro —dice Nitta, acercándose al hechicero. Se agazapa y rodea los hombros del niño con su brazo—. ¿Estás seguro de poder caminar? Tú tampoco tienes buen aspecto...

Antes de que Hiro pueda responder, Caen extiende el brazo.

—Montad los caballos —les ordena a Wren y a Hiro—. Descansad lo que podáis antes de llegar a la aldea. —Cuando Wren comienza a discutir, él alza una mano—. Sin protestar.

Empezamos a caminar hacia la aldea a través de las llanuras acariciadas por el viento. El humor del grupo es sombrío y, en su línea habitual, Bo intenta aliviar la tensión.

—¡Iremos a robar un barco! —Aplaude y nos sonrío—. Tenéis que admitir que es un poco emocionante. Será un nuevo logro para mí. Un nuevo registro maravilloso para la hoja de mi vida.

Ninguno de nosotros comparte su entusiasmo. Merrin suspira.

—Comprendes que estamos hablando de un navío marítimo real, ¿cierto? No he pasado mucho tiempo en altamar, pero aun con mi limitada experiencia, he notado que suelen ser... pesados. Bastante más que lo que sueles robar.

Desde su lugar al frente de Flecha y Hiro, Nitta responde:

—¿Estás seguro de eso, Plumas? Yo diría que los secretos son de las cosas más pesadas del mundo. —Su voz se vuelve sombría—. Al igual que de las más peligrosas.



Tardamos menos de una hora en llegar al bosque que sube por la costa de Shomu como una columna verde. El olor a tierra húmeda invade mis pulmones mientras avanzamos debajo de la arboleda espesa entretejida por cedros mohosos y pinos. La luz motea el suelo arenoso. Por un rato, solo oímos el crujido de nuestras botas y los relinchos y resoplidos de los caballos. Y de pronto: olas.

El entusiasmo recorre al grupo. Aceleramos la velocidad, el rugir de las olas aumenta y el aroma inconfundible a sal invade el aire. Nos acercamos al pueblo, usando el bosque como cubierta. Detrás de los árboles, el suelo baja ondulado hacia el mar y hay filas de casas de

madera pintadas en tonos pasteles: coral, rosa, azul pálido. A pesar de sus colores bonitos, las edificaciones parecen cansadas y tristes, encorvadas como si estuvieran resistiendo el fuerte viento costero.

No hay rastros de actividad, al menos desde nuestra ubicación. A lo lejos, una puerta se cierra. Oímos el grito agudo de un niño.

Nitta frunce el ceño y avanza hacia el límite de la aldea.

—¿Dónde están todos?

Antes de que alguno pueda responder, vemos un destello de movimiento.

Merrin se esconde con torpeza detrás de un grupo de árboles con tronco grueso, con los brazos pegados al cuerpo, mientras los demás nos agazapamos. Esperamos, escuchando a los pasos desaparecer detrás de una de las casas más cercanas al bosque. Salimos una vez que el silencio ha durado un rato.

—Continuamos con el plan original —indica Caen, con cuidado de mantener la voz baja—. Merrin esperará por la costa con Hiro mientras nosotros vamos al muelle. Recordad, solo nos defenderemos si es necesario.

Todos asentimos. Los nervios me recorren el cuello mientras nos aproximamos al perímetro del bosque. Instintivamente, mi mano toca la empuñadura de la daga en su lugar en mi cinturón. La magia late bajo mis dedos y, por un segundo, casi es como si el cuchillo me instara a usarlo.

Aparto la mano.

—¿Todos preparados? —pregunta Wren, apretando mi brazo con suavidad.

—Preciosa —dice Bo—, *nací* preparado.

Caen lo mira con fastidio.

—Si resultas herido, te dejaremos atrás.

Mientras Nitta ayuda a Hiro a montar a Merrin, el demonio lechuza observa a Wren.

—Tengo sitio para uno más, ya lo sabes —dice él. La mandíbula de Wren late.

—Estaré bien —responde, tensa. Merrin me mira.

—¿Lei?

Sacudo la cabeza de lado a lado.

—Shifu Caen no me ha estado entrenando en vano. —No añado que también me quedará porque Wren me preocupa y preferiría estar cerca para vigilarla.

Merrin asiente.

—Bueno, preciosidades. Nos vemos pronto. —Su mirada pasa sobre nosotras. Permanece en Bo un segundo más y luego se gira y se dirige hacia la costa para encontrar un punto de despegue menos expuesto, mientras mantiene un brazo hacia atrás para ayudar a Hiro, que cuelga de su espalda.

Le doy un beso de despedida al hocico de Luna. Los demás la acarician junto a los

flancos de Flecha con cariño antes de salir de la arboleda uno por uno.

Hileras de techos llanos se extienden hacia el mar brillante. Avanzamos agazapados entre las casas en una fila, Caen nos guía mientras Wren y yo vamos al final del grupo.

La aldea parece extrañamente desierta. El zumbido rítmico de las olas oculta nuestros pasos mientras avanzamos despacio sobre los adoquines y el césped costero. Miro a izquierda y derecha mientras nos movemos por el sendero angosto y serpenteante, con el corazón latiendo en mis oídos, esperando que alguien nos ataque en cualquier momento. Pero nadie lo hace, y avanzamos con velocidad.

—Parece que hemos tenido suerte —dice Bo frente a mí—. La fiesta de anoche debió de ser intensa si todos duermen aún. Qué pena que nos la perdiéramos.

Lo ignoro.

—No me gusta esto —le digo a Wren por encima del hombro en un susurro. Está pálida.

—A mí tampoco.

Después de menos de un minuto, llegamos a las casas frente al mar, agrupadas a lo largo de la cima del acantilado bajo como moluscos gigantes. El agua índigo resplandeciente se extiende hacia el horizonte. Las nubes bajas flotan sobre la superficie. Veo a Merrin sobre el mar, volando en círculos a una distancia segura mientras él y Hiro esperan a que nosotros consigamos el barco; los dos parecen tan solo una silueta oscura sobre el cielo gris.

—Allí. —Caen señala más abajo en la aldea, donde un grupo colorido de botes se mece sobre el agua. Hay más edificios de colores primaverales frente al puerto, que se abren en mitad de lo que parece un mercado parcialmente oculto por las casas.

Corremos a lo largo del acantilado, las olas rompen ruidosas contra el risco. Filas de redes de pesca enmarañadas cuelgan entre las casas y bandejas con pescado salado están fuera para secarse bajo el sol. El silencio me pone nerviosa. Debería haber personas cerca: pescadores preparándose para emprender un día en el mar, niños jugando en la plaza, perros ladrando en busca de sobras.

Cuando pasamos junto a la única casa que tiene las ventanas abiertas, miro dentro... y reprimo un grito.

Un par de ojos me miran y parpadean. Ojos humanos.

—¡Wren! —siseo, alzando un brazo para detenerla, cuando un grito suena a lo lejos.

En un instante, el rostro detrás de las persianas desaparece. Caen extiende la mano para indicar que frenemos y nos acercamos más a la casa antes de apiñarnos bajo su porche.

—¿Qué está pasando aquí? —susurra Nitta, entrelazando su brazo con el de su hermano.

Me estremezco cuando oigo un segundo grito. Me atraviesa abruptamente y el silencio que le sigue es aún más violento, más amenazante en su vacío.

—Viene de la plaza —dice Wren. Apartándose de nosotros, avanza y espía oculta detrás de la casa. Tensa los hombros. Cuando me uno a ella, Wren me mantiene detrás—.

Tenemos que irnos de aquí. *Ahora*.

—Wren —digo, con voz temblorosa—, ¿qué pasa?

Ignorándome, centra su atención en los botes que se mecen sobre el agua.

—¿Cuál? —le pregunta a Shifu Caen.

Él señala uno de los botes más grandes, un bote viejo descartado con el casco rojo desgastado. Tiene las velas en forma de aleta bajas.

—Nitta me ayudará a soltar el amarre del barco —dice él—. Bo, Lei, estáis a cargo de las velas. Wren, muévenos. Hagamos que esos veranos en el lago Nsukka valgan la pena.

Los demás asienten. Caen está a punto de moverse cuando siseo:

—¡Esperad!

Wren voltea la cabeza.

—Lei...

—Hay personas *gritando* ahí. Tenemos que ayudarlas. —Wren intenta retenerme, pero la aparto con el codo. Espío detrás de la casa y veo claramente la plaza a la izquierda del muelle.

La escena me golpea con tanta fuerza que estoy a punto de vomitar.

Horcas de madera se alzan en la plaza. Cinco humanos cuelgan de ellas por las muñecas, con los brazos extendidos. Tres hombres, una mujer, un niño. Todos desnudos. El viento transporta su olor: intenso y metálico, manchado del hedor ácido a fruta podrida. Latigazos rojos cubren sus cuerpos. Por el modo inerte en el que cuelgan, queda claro que están muertos.

Ondeando triunfante sobre la cima de cada poste está el estandarte del rey.

El horror cobra vida en mi pecho. Esas personas han cruzado la línea de algún modo, han incumplido la ley o han provocado de alguna manera a los soldados demonios, y están colgados allí como recordatorio de lo que les sucede a los papeles que desobedecen al rey.

O quizás ni siquiera hicieron algo mal. Quizás los soldados solo atacaron para recordarles a los papeles cuál es su lugar.

En ese momento, dos demonios entran en la plaza. Visten el uniforme de los soldados, sus conjuntos bajo están manchados con sangre. Ambos pertenecen a la casta de acero: un hombre tigre con una gorguera de pelaje naranja y negro y un demonio perro de apariencia casi completamente humana, excepto por sus piernas peludas y su cola. Cargan entre los dos otro cuerpo golpeado. Mientras suben las escaleras para colgar el cuerpo, yo avanzo tomando mi daga.

Wren me empuja contra la pared.

—¡Lei, basta! No pueden saber que estamos aquí.

—¡Necesitan nuestra ayuda! —grito—. ¡No puedes simplemente dejarlos ahí!

—Están muertos, Lei —susurra Nitta, con lágrimas en sus ojos verdes pálidos—. No

podemos hacer nada para ayudar.

—Entonces... entonces al menos bajemos sus cuerpos de los postes. Es inhumano dejarlos ahí.

Pero Shifu Caen solo me fulmina con la mirada.

—Continuamos con el plan. Esperaremos a que los demonios se marchen y luego iremos al bote. Sin importar qué veáis en la plaza, *no* interfiráis.

Antes de que pueda protestar, él sale del alero y avanza con la misma delicadeza de un lince para espiar detrás de la casa. Oímos un ladrido risueño en la plaza. La voz ronca de un demonio dice algo. Más risas cobran vida, luego oímos pasos alejándose. Después de unos minutos, Caen hace señas de que es seguro.

Él sale primero, la espada en su espalda se balancea mientras corre por la pendiente hacia el puerto. Con una mirada arrepentida hacia mí, Nitta lo sigue con Bo de cerca.

Wren me suelta.

—No puedes hacer esas cosas, Lei —gruñe ella, el viento del océano le remueve el pelo—. Tenemos que pensar en la misión.

Me cruzo de brazos.

—Creí que la misión era poner fin a las injusticias contra los papeles —respondo con frialdad.

—Sabes a lo que me refiero.

—Al menos deberíamos bajar los cuerpos.

—Sus familias lo harán cuando los soldados se marchen. Lei, no hay nada más que podamos hacer por ellos...

Algo vuela junto a mi cabeza.

Wren retrocede, sujetándose la frente. La sangre brota entre sus dedos. Una roca del tamaño de un puño cae al suelo.

Me muevo para ayudar cuando alguien me sujeta desde atrás.

Caigo de rodillas. Una mano tira de mi cinturón y me arrebató la daga. Me giro con torpeza y veo a una mujer de papel alta de pie sobre mí. Un pañuelo estampado rodea su cabeza y sostiene su cabello rizado negro hacia atrás. Viste un bekaya amarillo, el dobladillo amplio flota al viento. Es hermosa y aterradora, el cielo peltre brilla detrás de ella y ella me mira con odio en su expresión.

—¡Dejadnos a mi hijo y a mí en paz! —grita.

Detrás de ella, un niño se asoma por la puerta principal. A él le pertenecen los ojos oscuros que nos observaban a través de la persiana.

—¡No queremos haceros daño! —digo, con voz aguda—. Solo...

Ella me ataca con mi daga.

Salto a un lado y el cuchillo me roza la oreja. Siento una gota cálida de sangre cayendo

sobre mi cuello.

—¡No queremos haceros daño! —repito, pero la mujer o no me escucha o no me cree. Quizás, no le importa.

Intenta cortarme de nuevo. Esta vez, retrocedo. Adoptando la postura defensiva que Caen me ha enseñado, estoy lista cuando me ataca por tercera vez. Clavo mi peso en el suelo a través de las piernas y lanzo la mano al frente para bloquear su ataque.

Ella gruñe y mi daga se le cae de entre los dedos. La recojo y retrocedo.

Los ojos oscuros de la mujer arden de furia. Abre la boca y me dice una sola palabra de mala manera.

—*Dzarja.*

Traidora.

Me impacta más fuerte que cualquier golpe porque conozco esa palabra. Estoy más que familiarizada con su etiqueta. La llevo desde hace ya más de medio año y ha penetrado en mi piel, donde permanece como un veneno invisible. Aunque ella la usa por otras razones —porque lucho contra ella, porque nos ha visto robando un bote de su gente cuando, a juzgar por el estado de su aldea, no pueden permitirse perder uno, y porque me ha visto con mis amigos demonios, cuando los demonios son quienes han atacado y matado a seis de sus vecinos— me impacta con todo lo que la palabra significa para mí. Todo por lo que me he culpado todos estos meses.

Quiero decirle que comprendo su dolor. Explicarle lo que nuestro grupo intenta hacer. Pero no hay tiempo, así que, en cambio, solo digo:

—Lo siento.

Luego, giro la daga y avanzo para golpear el esternón de la mujer con la empuñadura sin filo.

Ella gruñe y pliega el cuerpo hacia delante, sin aire.

Su hijo corre hacia ella gritando.

—¡Mamá!

Wren me obliga a darme la vuelta. La sangre cubre su rostro y su cuello debido al corte en su frente, pero ella se la limpia con la manga y me lleva por la pendiente hacia el puerto.

Corremos rápido y en silencio. Las ráfagas de aire salado nos golpean en la cara. Las botas patinan sobre el césped. El mundo da vueltas, una mezcla de sol nublado y el azul movedizo del océano a nuestra derecha. Los demás ya han llegado al bote. Sus velas amplias y con forma de aleta ya están abiertas, Bo y Caen tiran de las poleas. En la proa, Nitta nos indica con señas que apresuremos el paso. El agua golpea nuestras botas mientras corremos sobre los tablones de madera de las plataformas en la orilla.

Ya casi hemos llegado al bote cuando recuerdo los patíbulos.

Intento mirar atrás, pero Wren tira de mí de un modo tan obstinado que solo puedo

seguirla. El barco rojo y desgastado se hace más grande cuando nos aproximamos. Subimos al bote por la diminuta pasarela de madera y ella me suelta lo suficiente para que yo pueda liberar mi mano.

Me giro. Mi corazón late desbocado mientras asimilo la escena de los patíbulos de nuevo. Seis cuerpos cuelgan sin vida de las sogas. Una ráfaga me golpea, llena del hedor a sangre y a carne muerta.

—¡Los soldados están aquí! —sisea Wren, hundiendo sus dedos en mi brazo—. ¡Debemos irnos!

Al principio, no lo entiendo. No hay rastro de los dos demonios que hemos visto antes. Luego, lo escucho: la estampida de cascos y los pasos pesados. Distantes, pero crecientes. Muevo los ojos hacia la calle principal que atraviesa la aldea y bordea la costa boscosa, y veo un río rojo y negro.

Mi corazón vuela hasta mi boca. Soldados del rey, en dirección a nosotros.

Naja debe de haber sobrevivido: debe de haber alertado al batallón más cercano de nuestra ubicación. Los soldados marchan en formación cercana, los estandartes con el escudo del rey flotan en el viento.

—¡Lei! —suplica Wren de nuevo, tirando de mi brazo.

Estoy a punto de ir con ella cuando uno de los hombres que cuelga en los patíbulos —el que he visto que los demonios cargaban— alza la cabeza.

Los escalofríos recorren mi columna. Está *vivo*.

Sin pensar, me libero de la mano de Wren.

Corro lo más rápido que puedo a través del puerto y hacia la plaza, ignorando sus gritos. Subo a toda prisa los escalones del patíbulo, saltándolos de dos en dos. En el poste más cercano, el hombre que aún vive me mira boquiabierto, con la piel pálida y las mejillas llenas de golpes. Cintas de sangre pintan su cuerpo desnudo. Los otros cuerpos se mueven con el viento y las sogas crujen. El hedor a muerte me invade como si fuera corpóreo. Apretando la mandíbula para resistirlo, sujeto el poste y subo a él. Llego a la cima y me aferro allí, extendiendo el brazo y golpeo con la daga las cuerdas que sujetan las muñecas del hombre.

La cuerda es gruesa. Al principio, mi esfuerzo no hace nada. Luego, dejo de apuñalar la cuerda y comienzo a serrucharla de lado a lado. Las fibras gruesas se sueltan. Frenética, corto más fuerte, más rápido.

Nitta aparece en la base del poste.

—¡Están aquí! —grita.

Justo cuando mi daga corta el último hilo de la cuerda.

El hombre cae y aterriza con fuerza. Por un instante, permanece quieto, doblado por la mitad. Luego extiende un brazo. Hunde los dedos en el suelo mientras se pone

temblorosamente de rodillas.

El alivio recorre mi cuerpo. Al menos si muere ahora, será de pie, mirando a su enemigo a los ojos. Al menos será rápido.

Algo suave acaricia mi rostro. Alzo la vista. Es el estandarte del Rey Toro que está en la cima del poste. Rojo y obsidiana, los mismos colores de los soldados que se aproximan con sus cascos y su odio. El cráneo bovino en el centro de la bandera me sonrío.

Un odio diferente a todo lo que he sentido antes me recorre las venas, con tanta ferocidad que me quita el aliento.

—Iremos a por ti —gruño con voz grave y feroz antes de tomar el estandarte y arrancarlo del poste.

Cae al suelo justo cuando Nitta me sujeta por el tobillo.

Me arrastra abajo y me sujeta entre los brazos para evitar que caiga del patíbulo. Y luego, comenzamos a correr, atravesamos la plaza a toda velocidad y llegamos al puerto, las botas resuenan sobre los tablones de madera mientras las flechas vuelan hacia nosotros y los rugidos de los demonios y los pasos estrepitosos laten en mis oídos, mi vista está fija en el casco rojo de nuestro bote mientras se aleja del puerto, Wren, Bo y Caen gritan desde la cubierta, extendiendo los brazos, instándonos a continuar...

Llegamos al borde y saltamos.

Por un segundo en el que mi corazón se detiene, estoy volando. El aire corre a mi alrededor. Las olas rugen bajo mis pies. Extiendo los dedos a centímetros de Wren, quien se extiende sobre la barandilla del barco.

Sujeto su mano.

Golpeo el lateral del bote con tanta fuerza que el aire abandona mis pulmones. Intentando respirar, me aferro mientras Wren, Bo y Caen me suben a rastras. Nos caemos sobre la cubierta. Ella se coloca bien para mirarme, me aparta el pelo de la cara con las manos. Deposita un beso fuerte en mis labios.

—¡Hermana!

Nos separamos ante el grito angustiada de Bo. El chico leopardo se ha subido al otro lado de la barandilla y parece a punto de sumergirse en el agua si Shifu Caen no lo detuviera.

Mi estómago da un vuelco. Nitta debe de haberse caído.

—¡No puedes nadar! —grita Caen. Bo se sacude.

—¡Ella... tampoco!

Antes de que podamos hacer algo, sentimos una ráfaga de aire detrás. Me giro y veo a Merrin planeando hacia nosotros con Hiro en su espalda.

Wren y yo saltamos para atrapar al hechicero mientras el niño salta a cubierta. Los tres caemos al suelo, mi coxis golpea la madera. El dolor me atraviesa. Suelto a Hiro, ruedo y me sujeto la cintura, gruñendo. Con ojos húmedos, me pongo de rodillas. Wren y yo

estamos demasiado ocupadas con Hiro cuando Merrin golpea la cubierta.

Patina sobre las tablas antes de detenerse en un montículo blanco grisáceo. Tiene las plumas empapadas. Las gotas grandes caen al suelo mientras se recuesta con un gemido y suelta a la silueta que sostiene.

—¡Hermana! —grita Bo corriendo hacia Nitta.

Él la ayuda a incorporarse mientras ella dobla el cuerpo y vomita. Su pelaje y su ropa están empapados. Está enredada en su abrigo, que lleva medio salido, y él se lo quita. Frotándole la espalda, Bo la mira con ojos llorosos.

Nitta alza la cabeza.

—Cre-Creí que era un bonito día para una zambullida —dice con una sonrisa temblorosa, antes de toser más.

La mirada intensa de Merrin se posa en Bo.

—Ya... te he salvado la vida dos veces. —Jadea, su pecho sube y baja mientras recupera el aliento—. Y... la de tu hermana... una vez. Hora de demostrar un poco más de entusiasmo, ¿no crees?

Bo alza la vista. Mira a Merrin, con algo rígido poco propio de él en su expresión. Parece casi furioso cuando se incorpora y avanza hacia el demonio lechuza, sus ojos verdes arden. Parece a punto de pegarle.

En cambio, lanza los brazos alrededor del cuello de Merrin.

—Gracias, Plumas —susurra—. Gracias.

Al principio, Merrin parece completamente divertido. Luego, alza un brazo y rodea la espalda de Bo con él, cerrando los ojos.

Mi corazón aún está acelerado horas después. Incluso tras haber navegado durante todo el día y estar a salvo en la extensión amplia de mar abierto iluminado por la luna. El mundo es tierno y silencioso, el único sonido es el romper calmado del agua mientras la proa del barco atraviesa limpiamente la superficie. Los demás han ido a dormir a la cabina en la parte posterior del bote. Las velas están puestas para aprovechar el viento; el timón ha sido colocado para mantenernos en curso. Estoy sola en la cubierta como vigilante sin nada más que el vigorizante viento oceánico y mis pensamientos como compañía.

Quizás esa última parte es el *motivo* por el que mi corazón aún está acelerado.

Dzarja.

Me sobresalto, el pulso salta cuando el viento transporta las palabras en la espiral de mis oídos, dos sílabas duras y frías como el hielo y tan implacables como un bloque de roca congelada. Respirando con dificultad, giro la cabeza a la izquierda. A la derecha. Hacia atrás.

No hay nada.

Por supuesto que no hay nada, Lei, me digo con tono de reprimenda. *Estás imaginando cosas.*

Solo que no es así. Miro las olas con espuma blanca que se balancean con el movimiento del barco y suspiro. Aún veo el rostro de la mujer sirviente que me llamó igual hace más de medio año. Al igual que la aldeana de hoy, su rostro también había estado cargado de furia. El mismo disgusto amargaba su voz mientras pronunciaba con desprecio la palabra en sus labios. Nada de eso es imaginario. Es todo demasiado real.

Apoyo los codos sobre la barandilla que rodea la cubierta, me ajusto más fuerte el chal de piel alrededor de mi cuello y me hundo más en mi abrigo. El barco se mece bajo mis pies. Mi estómago se mueve a su ritmo, pero a diferencia de la última vez que estuve en un bote, soy capaz de controlar mis náuseas. Sin la ayuda de la magia, no parece que naveguemos tan rápido y el agua aquí es tranquila.

—En tres semanas llegaremos a Kitori si el clima nos acompaña —ha dicho Caen cuando por fin se ha cansado de gritarme por lo que hice en la aldea pesquera y estábamos a una distancia lo bastante segura de la costa de Shomu para relajarnos. Su voz era áspera y cansada. No había en ella ni rastro de la celebración que deberíamos estar teniendo por haber tenido éxito en robar el barco y escapar de los soldados reales—. Nitta y Bo, buscad provisiones. Si no estás demasiado cansado, Merrin, me gustaría que vuelas y te asegures

de que no hay barcos siguiéndonos. Wren, Hiro, necesitáis descansar. Veremos qué podemos encontrar para montar una cama en la cabina.

—Puedo ayudar —he dicho. Tenía el brazo alrededor de la cintura de Wren. Ella hacía un gran esfuerzo por parecer fuerte, pero un temblor que solo yo he podido sentir ha recorrido su cuerpo y su piel estaba gris. Después de una huida tan frenética del puerto, el agotamiento del uso de toda su magia durante el incendio de Naja ha regresado y la ha golpeado como una ola. Por ese motivo había sido Nitta quien había ido a buscarme en la aldea, en vez de Wren. Por lo visto, Wren ha intentado seguirme, pero se ha caído al suelo y Nitta bajó de un salto del barco y comenzó a correr antes de que Wren pudiera detenerla.

Frente a nosotras, la chica leopardo estaba agazapada de modo protector junto al niño hechicero, con un brazo sobre sus hombros pequeños. Al igual que Wren, él parecía agotado, se balanceaba en el lugar donde estaba de pie.

Caen solo me ha fulminado con la mirada.

—Has hecho suficiente. Puedes hacer la primera guardia de vigilancia.

—Caen —dijo Nitta—, dale un respiro. Ha actuado por compasión...

—¡Algo que no tiene lugar en una guerra! De hecho, es una de las cualidades que hará que te maten con mayor facilidad. —Alzó una mano—. No quiero oír nada más. Id a hacer vuestras tareas. Lei, vigila hasta que uno de nosotros venga a relevarte.

—Genial —mentí—. De todos modos, no estoy cansada.

Ahora, todavía en el mismo lugar en el que he estado de pie durante horas, me froto los ojos llorosos. A mi alrededor, las profundidades oscuras del océano y el cielo cantan con la luz de las estrellas. Las nubes se amontonan delante. Suelto una exhalación larga, mi aliento se vuelve blanco antes de que el viento oceánico cargado de sal se lo lleve.

Debemos priorizar la misión.

Nos has puesto a todos en peligro.

Por todos los dioses, ¿en qué pensabas?

Las reprimendas de Shifu Caen resuenan en mis oídos.

Aprieto los puños.

—*Pensaba* —gruño ahora en la noche— que no podía soportar dejarlo para que muriera así. Que tenía que hacer *algo*.

—¿Con quién hablas?

Me giro de repente. Tardo un segundo en distinguir a Hiro flotando en las sombras alrededor de la cabina. Atraviesa la cubierta hasta llegar a mi lado y me giro de nuevo hacia el mar, el rubor aparece en mis mejillas.

—Practico mis respuestas —balbuceo—. Ya sabes, en caso de que inventen una máquina del tiempo, para poder volver y ser más descarada. —Lo miro de reojo—. Si has venido a darme un sermón por ser imprudente, llegas tarde.

—Has hecho algo bueno, Lei.

Guardo silencio, parpadeando sorprendida.

En la oscuridad, el rostro de Hiro es una máscara fantasmal. Las estrellas brillan sobre su calva, pintan un grupo de puntos en cada uno de sus iris grises. Sin embargo, sus ojeras son piscinas profundas, más negras que el agua que se extiende a nuestro alrededor. Parece como si lo hubieran vaciado desde dentro, pero su voz es clara.

—El hombre sufría. Debemos ayudar a los que sufren.

—¿Por eso eres hechicero? —pregunto con dulzura.

Él mira el mar.

—Nací en un clan de hechiceros —responde después de un segundo—. No tuve opción. Pero cuando destruyeron a mi clan, pude elegir. Si continuar o no con su trabajo.

—¿Qué te hizo decidir continuar con él?

—Mi relicario de bendición natal. —El viento sacude la túnica negra de Hiro—. El carácter de dentro es un recordatorio de mi familia y mi clan. De lo que significa su trabajo y de cómo debo honrarlo continuando con él. Cuando me siento perdido, me mantiene centrado.

—Pero aún no tienes dieciocho años. ¿Cómo sabes...?

—Para la mayoría de los clanes de hechiceros, nuestros relicarios se abren el día en que nacemos. Depende de nosotros decidir cuándo mirar qué hay dentro. —Los ojos de Hiro se nublan un momento y rodea la barandilla con sus dedos delgados, apretándola fuerte—. Abrí el mío la mañana siguiente a perder a mi clan.

Resisto la necesidad de preguntarle qué palabra es. Él ya ha compartido conmigo mucho más de lo que la mayoría de los ikharianos se atrevería sobre el contenido de su relicario de bendición natal. Poso la mano izquierda en mi cuello, donde cuelga mi propio relicario.

Vuelo. Una palabra que una vez me llenó de mucha esperanza y seguridad. Ahora parece que eso es lo único que he estado haciendo las últimas semanas: corriendo. Huyendo. Avanzando a la fuerza contra el aire turbulento e intentando resistir para no caer en picada.

—Tengo miedo, Hiro. —Mi confesión sale en un susurro.

El hechicero no responde durante un largo rato. Cuando me giro para comprobar que no se haya dormido de pie o que quizás haya entrado en uno de sus trances meditativos, él responde en voz baja:

—El miedo es bueno. Significa que te importa. Y que te importe tiene su propia magia. Una tan poderosa como cualquier dao que yo pueda crear.

Siento la garganta tensa. Antes de que pueda agradecerse, él regresa por la cubierta oscura y desaparece dentro de la cabina.



Nitta viene a relevarme de mi tarea de vigilancia poco después del amanecer. Me entrega una cantimplora de agua y un trozo de roti duro, con expresión arrepentida.

—Toma. Debes de estar famélica. Pero debería advertirte: sabe a pescado.

Muerdo un trozo y hago una mueca ante el sabor intenso a sal.

—Puaj. —Bebo un sorbo de agua para quitar la sensación—. No mentías.

Resopla.

—Ni siquiera llevamos un día entero y ya estoy lista para bajar de este barco. —Con un gran bostezo, estira el cuerpo y hace crujir sus articulaciones—. Lamento cómo te ha tratado Caen. Es bastante gruñón, ¿no?

—Él tenía razón —respondo encogiéndome de hombros—. Nos he puesto a todos en peligro.

Nitta me mira un instante. Luego, gira la muñeca.

—Personalmente, me gusta un poco de peligro en mi día a día. Le aporta cierta emoción. —Después de una pausa, añade en voz baja—: No está bien lo que algunos demonios les hacen a los de tu clase. Lo siento.

—Tú no has hecho nada.

—Tal vez no personalmente. Pero aún siento culpa en representación de mi clase.

—¿Por eso Bo y tú accedisteis a ayudar a Ketai Hanno?

Nitta se pone tensa, una sombra aparece en su rostro redondo y dulce.

—En parte —responde con seriedad. Pero después de unos segundos, sus ojos verdes brillan de nuevo y me guiña un ojo extendiendo los brazos—. ¿Y cómo podríamos resistirnos a todo esto?

Sostengo mi trozo de roti duro.

—Oh, sí. Es tan glamoroso.

Ella me besa en la mejilla.

—Caen dice que descanses. Intenta no despertar a Wren y a Hiro; aún duermen.

Me meto el resto del roti en la boca y me dirijo a la cabina. El olor a pescado es aún más fuerte dentro. Merrin, Bo y Shifu Caen se mueven en silencio. La cabina es sorprendentemente espaciosa, una habitación cuadrada rodeada de ventanas angostas en la parte superior. Han empujado los muebles de madera simple contra las paredes para hacer espacio para las camas improvisadas, que no son mucho más que una pila de telas que los demás han encontrado: velas rotas, mantas apolilladas, un abrigo viejo. Entre el material dispar, Wren y Hiro duermen de lado, la curvatura de sus cuerpos forma dos paréntesis en el espacio vacío entre ellos.

Merrin termina de colocarse el cuello de su hanfu azul pálido en su sitio mientras avanza hacia mí con Caen.

—Los últimos días los han agotado —comenta, mirándolos con cariño. Luego, inclina la

cabeza, sus ojos anaranjados de lechuga son del mismo color que la luz que entra por las ventanas con las persianas bajas—. Parece que también han sido agotadores para ti, bonita.

—Gracias por el cumplido —gruño. Pero tiene razón. Ahora por fin estoy en un lugar donde puedo sentirme en cierto modo relajada, y es una lucha mantenerme en pie. Desde que abandonamos el Palacio de las Nubes, hemos viajado sin parar y las únicas horas de sueño que he tenido han sido en intervalos interrumpidos.

Shifu Caen mantiene la expresión pétrea.

—Retomaremos el entrenamiento mañana temprano —me dice—. Después de tus acciones en la aldea, es importante que aprendas a controlarte. Tienes demasiado yang en tu sistema. Este tiempo en el mar te vendrá bien.

Se marchan, Merrin acaricia con cariño mi brazo al pasar.

Al otro lado de la cabina, Bo me hace señas para que me acerque al lugar donde él está agazapado cerca de la pared.

—Iba a curar el corte de Wren mientras duerme —dice cuando llego a su lado, señalando los objetos entre los que hurgo, que ahora veo que son suministros médicos—. Pero ¿quizás prefieres hacerlo tú?

—Gracias. Sí.

Él me observa un instante, sus ojos verdes felinos, del mismo tono que los de su hermana, están extrañamente serios. Golpea su hombro con el mío.

—Lo que hiciste en la aldea fue...

—Estúpido. Peligroso. Lo sé.

—Pensaba decir *valiente* —me corrige con dulzura y me toca la espalda con la mano antes de dejarme sola con Wren y Hiro dormidos.

Me quito el abrigo y las botas. Luego tomo los suplementos médicos y me arrodillo junto a Wren. Su cabello negro cubre su rostro y aparto los mechones con cuidado. El corte en su frente está cubierto de sangre seca y gran parte del líquido ha goteado por su rostro, pero ahora está seco. Usando un cubo y una esponja, le limpio la piel antes de colocarle un vendaje en la cabeza. Aunque se mueve, no se despierta. Me alivia ver que el corte parece peor de lo que es. Pero es grande y bastante profundo, una abertura irregular cerca del nacimiento de su pelo en mitad de su ceño en su sien izquierda. Sin duda dejará marca. Pero mientras observo el rostro de Wren, lo único que veo es lo preciosa que es. El modo en que sus pestañas se despliegan sobre los pómulos rosados de sus mejillas hace que mi corazón rebose de amor. El arco de Cupido en el centro de sus labios cálidos es tan dulce que las lágrimas invaden mis ojos.

Me pregunto qué mundos explora detrás de sus párpados movedizos; si encuentra algún alivio después del viaje. Por su expresión pacífica, espero que sí.

Acomodándome despacio a su lado, me acurruco contra ella y me subo la manta

apolillada hasta el mentón. Aunque tengo esperanzas de sumirme también en un sueño calmado, no soy tan afortunada. Mis sueños son oscuros y violentos, llenos de gritos, tormentas de flechas y estandartes estampados con la insignia del Rey Toro, un cielo lleno de dioses crueles que se burlan mientras apuestan sobre quién de nosotros morirá primero.

Ninguno apuesta por mí y, por algún motivo, eso me hace sentir peor.

La vida en el barco adopta un ritmo constante, certero como el balanceo de las olas debajo de nosotros y la expansión infinita de mar brillante: brillante de día bajo los fragmentos de sol o la luz tenue que se filtra entre las nubes, brillante de noche bajo el techo de estrellas iridiscentes.

Retomo el entrenamiento con energías renovadas. Con nada más que tiempo, entrenamos casi todo el día todos los días. Algunas horas de práctica meditativa por la mañana y el arte sutil del control del qi y las técnicas de respiración, antes de parar a comer. Por la tarde, Caen me pone a prueba, me bombardea con técnicas de espadas y modos de sorprender a los enemigos en un combate sin armas, construyendo resistencia y fuerza con ejercicio riguroso que me deja cubierta en sudor y jadeando, en especial mientras el viento se hace más cálido a medida que viajamos más al sur. Los demás permanecen en las barandillas de la cubierta para darnos espacio para entrenar mientras comprueban nuestro rumbo y se aseguran de que las velas estén colocadas como corresponde, o juegan al *mahjong* con un tablero viejo que hemos encontrado en la cabina. Para la frustración de todos, Bo gana siempre. Cada comida y cena, Nitta y Hiro, quienes han mostrado un interés y un talento creciente en cocinar desde el comienzo de nuestro viaje, preparan nuestras comidas usando la estufa pequeña del pescador, una provisión afortunada de arroz y un sistema de agua filtrada que nos ha salvado de necesitar arriesgarnos a ir a la costa en busca de provisiones, junto a la habilidad de Merrin como pescador.

Después de la primera noche, Caen no me pide que monte guardia de nuevo. Ninguno de los otros se queja. En cambio, me miran con lástima cuando me visto por la mañana, moviéndome con cautela, haciendo gestos de dolor por alguna herida nueva que obtuve en el entrenamiento del día anterior. Algunas veces, me quedo dormida sobre mi cuenco de arroz blanco durante la cena y despierto cuando Wren me carga hasta la cabina, sus brazos son fuertes y reconfortantes.

Después de dos semanas, Caen anuncia que es hora de probar mis habilidades contra alguien del grupo.

Todos estamos en la cabina, escondiéndonos de la lluvia que ha caído sin cesar durante los últimos días. De inmediato, Bo alza la mano, a pesar de que unos segundos antes estaba recostado sobre el costado de Merrin, sujetándose el estómago y afirmando que el calamar

frito con pimienta que hemos tomado para comer le ha causado dolor de estómago.

—Como soy el guerrero más habilidoso presente —afirma—, me ofrezco como voluntario.

Merrin resopla.

—¿Y quién te ha dado ese título?

—*Tú* me lo darás cuando me veas en acción.

Con una sonrisa arrogante, Merrin rodea la cintura de Bo con un brazo y lo acerca contra su pecho emplumado. Los dos intercambian la misma mirada embobada que llevan luciendo desde lo sucedido en la aldea pesquera.

—Siglos de conflictos entre los demonios aviformes y los felinos —susurra Caen, agitando una muñeca hacia ellos—. Y aún así, va y pasa esto.

Bo le guiña un ojo.

—Es increíble lo que un chico guapo te hace olvidar. —Bromeando, añade—: Tú sabes algo sobre el tema, ¿no es así, Shifu?

Mientras los demás se ríen, Caen adopta de inmediato una expresión asesina. Noto que mira con preocupación a Wren, pero es una mirada demasiado rápida para analizarla.

Nitta sacude las manos.

—De acuerdo, volvamos a la conversación original. Creo que deberíamos permitir que el *verdadero* guerrero más fuerte de nosotros combata contra Lei. —Mira a Wren—. ¿Qué dices, princesa Xia? ¿Puedes luchar contra la persona que más quieres en el mundo?

Wren me desafía con la mirada.

—No es nada que no haya hecho antes.

Curvo la boca en una sonrisa.

—Oh, desde esa vez he entrenado mucho más. No querría hacerte daño.

Ella responde liberando un zumbido de magia. En un instante, sus ojos se cubren con una capa de hielo. Una oleada fría sacude el dobladillo de su ropa y su cabello ondulado, como si estuviera atrapada en una corriente submarina.

—*Creo que puedo soportarlo* —dice ella, su voz resuena de modo espeluznante.

Nitta y Bo gritan con admiración mientras Merrin emite un silbido grave.

Pero Shifu Caen adopta una expresión seria en un instante.

—¡Detente ahora mismo! —ordena, poniéndose de pie, su cuerpo musculoso parece duplicar su tamaño y la furia que brota de él parece una nube tormentosa—. ¿Has olvidado lo que tu padre te enseñó, Wren? Solo debes usar magia cuando es absolutamente necesario.

—Aguafiestas —protesta Bo con un mohín y Merrin lo hace callar, ahora con seriedad.

Los iris de Wren vuelven a su color chocolate habitual. Baja las pestañas.

—Lo lamento, Shifu —susurra.

—Ven, Lei. —Caen toma su espada, que estaba en la esquina del cuarto—. Después de todo, yo seré quien entrene contigo esta tarde.

Intento intercambiar una mirada con Wren antes de marcharme, pero ella mantiene la vista clavada en el suelo.



En nuestro último día de la tercera semana en el barco, Nitta nos llama a cenar en la cubierta. Ha encendido algunas lámparas sobre cajas dadas la vuelta y nos reunimos alrededor de ellas, charlando con facilidad. El ánimo del grupo es relajado. Tres semanas de paz nos han calmado a todos. Ha sido fácil olvidar todo lo que sucede en tierra cuando estamos tan lejos de todo y nuestra única preocupación es quién se quedará la mejor manta para dormir esa noche o si Bo nos ganará de nuevo al *mahjong*.

Es una noche nublada, el aire está extrañamente silencioso. Nuestro barco avanza lento sobre el mar. Ha llovido antes y el aire cálido huele al almizcle de la madera mojada. La temperatura ha estado subiendo durante días ahora que estamos cerca de la costa sur, donde incluso en invierno hace calor, motivo por el cual las provincias de Kitori y Jana se ganaron su apodo de los Estados Veraniegos.

Wren me da un beso cuando se pone de rodillas a mi lado sobre la cubierta, su rostro brilla bajo la luz de la lámpara. Hiro reparte tazas de té violáceo de algas. Acepto la mía y le sonrío en agradecimiento. Al igual que en el caso de Wren, las semanas pacíficas en el barco parecen haberlo curado; los moretones bajo sus ojos apenas son visibles y ahora tiene color en las mejillas, ya no están tan hundidas.

—¿Con qué nos deleitaremos esta noche? —pregunta Bo mientras se sienta junto a Merrin, estirando sus piernas largas y flacas—. Sé que la pesca de hoy es una exquisitez. Estabas tan entusiasmado cuando has vuelto que has tenido que tumbarte para... calmarte. —Su voz se convierte en un ronroneo y adopta una sonrisa arrogante—. Incluso has necesitado mi ayuda, ¿no?

Me rio encima de mi té. Nitta no intenta ocultar su gruñido mientras Caen parece que intenta arrancar con furia las imágenes que las palabras de Bo han invocado en su mente.

Merrin inclina el pico, mirando a Bo con altanería, aunque sus ojos brillan.

—Creo que no eres de gran ayuda para nada, dulzura —bromea. Luego añade—: Pero Bo tiene razón. Dado que es nuestro último día completo en el mar, me he tomado el tiempo de encontrar algo especial.

—¡Atún! —adivina con entusiasmo el chico leopardo—. No, espera, ¡tiburón!

Nitta suspira.

—¿Por qué te iba a entusiasmar eso? ¿No recuerdas aquel banquete en el palacio del Clan Gensharu? Dijiste que el guiso de tiburón era la cosa más desagradable que habías

probado.

—Espera —digo cuando Bo abre la boca para responder. Miro a Merrin—. ¿Has dicho...? Él sonrío.

—He aprovechado mi viaje de pesca para hacer un reconocimiento de la zona. Estamos de camino al archipiélago Mersing y llegaremos mañana al atardecer.

Los susurros de entusiasmo recorren el grupo. Me humedezco los labios cuando mi estómago se revuelve con ansiedad. Nuestro tiempo en el barco ha sido tal descanso que a veces imagino que si pudiéramos continuar navegando en el azul infinito entonces siempre estaríamos así de cómodos, felices y seguros.

Y luego, recuerdo la amenaza de Naja. Lo sucedido en la aldea pesquera. Todo por lo que luchamos. Y el fuego arde de nuevo en mi interior.

—¡Mañana! —Bo alza un puño al aire con un grito de alegría, lo cual hace reír a Merrin, quien lo cubre de besos.

—Esto significa que la parte más peligrosa de nuestra misión está a punto de empezar —señala Caen, serio. Pero hacemos oídos sordos ante advertencia.

—¡Que empiece! —canturrea Nitta. Se pone de pie con elegancia de un salto—. Esto ha estado demasiado aburrido últimamente... No hemos tenido una experiencia cercana a la muerte en semanas. Estamos perdiendo el toque.

Ella entra bailando en la cabina y sale un instante después con un plato grande en sus manos lleno de una pila de filetes de pescado gruesos. Su fragancia dulce hace que salive al instante.

—¡Pez espada asado! —anuncia ella con orgullo y apoya el plato en una caja. Bo se acerca a ofrecer su plato. Ella coloca dos filetes en él con sus palillos... luego, los clava en las mejillas de su hermano—. Atrás, que vas a babear la comida.

Él retira el plato haciendo un mohín.

—Al menos podrías haber guardado la espada.

—No te preocupes, hermanito. La he limpiado. Puedes jugar con ella después.

Wren y yo nos reímos ante la alegría que eso le genera a Bo. Merrin alza una ceja.

—¿Cuántos años tienes? —balbucea.

—No te preocupes, Plumas —canturrea Bo—. Nadie te arrestará por lo que hemos hecho hace un rato.

Bo sonrío con arrogancia y le hace cosquillas a Merrin en la mejilla, aunque el demonio lechuza parece molesto, también parece satisfecho consigo mismo.

—Supongo que entonces no necesitas usar el remedio de Lord Hidei —dice Hiro con seriedad, hablando por primera vez en la noche.

Por un instante, no caigo en a qué se refiere. Luego, gruño.

—Oh, dioses. El pene de bisonte molido.

—¿El *qué* de bisonte molido? —pregunta Wren mientras Nitta, Bo y yo estallamos en carcajadas y los demás parecen confundidos.

Sacudo una mano hacia ella, intentando recobrar el aliento.

—Créeme, mi amor. *No* quieres saberlo.



El ánimo durante el resto de la noche es festivo. Hemos pasado bastante tiempo hablando sobre nuestro siguiente curso de acción durante las últimas semanas, así que aunque es la noche previa a nuestra esperada llegada al palacio de Czos, nadie menciona el tema. En cambio, intercambiamos bromas e historias sobre nuestros hogares, debatimos sobre cosas frívolas sin importancia. Después de la cena, Shifu Caen hace aparecer mágicamente dos botellas del mismo licor oscuro que descubrió la primera noche mientras inspeccionaba el barco en busca de provisiones que escondió del resto de nosotros, lo cual hace que Nitta y Bo estallen de indignación.

Después de una mirada menos furtiva en mi dirección, Caen quita el corcho de una de las botellas.

—Las tenía separadas para esta noche.

—Ahora permíteme separarlas *de ti* —replica Bo con una mirada fulminante y le arrebató la botella. Bebe un trago largo y solo lo deja cuando su hermana le quita la botella. Mueve los labios disfrutando del líquido después de beberlo y luego me ofrece la botella.

Caen la intercepta antes de que yo pueda hacerlo.

—Lei tiene que entrenar mañana temprano —dice con brusquedad—. Es importante que tenga la mente despejada.

Lo fulmino con la mirada mientras una oleada de tensión recorre al grupo.

—Caen —le advierte Merrin en voz baja.

—No —digo, alzando una mano. Miro al shifu—. Tienes razón. Necesito mantener la cabeza despejada y precisamente beber un trago o dos me ayuda a hacerlo.

—Solo debería ayudarte a sentir calor. Cualquier cosa más, es un problema.

Wren posa una mano sobre mi brazo.

—Lei... —susurra.

Sacudo la cabeza. Aunque mi voz suena aguda por la furia y al mismo tiempo las lágrimas brillan en mis ojos, de pronto me siento ridícula, avergonzada por estar enfadada y no sé con certeza por qué *estoy* siquiera enfadada en primer lugar.

—Bueno, me gusta el modo en que me tranquiliza, ¿sí? —replico—. ¿Es eso tan malo? ¿Es tan malo que me haga olvidarlo todo? ¿Todos esos pensamientos y recuerdos horribles...?

Dejo de hablar abruptamente, me arden las mejillas por haber dicho tanto. Los demás me

miran con la misma tristeza en sus rostros. El agua golpea despacio los laterales del barco. Las lámparas chisporrotean en el silencio.

—Lo entendemos, Lei —dice Nitta con dulzura—. Nadie te juzga.

Wren me aprieta el brazo.

—Vamos, mi amor. —Deposita un beso en el hueco de mi oído y me ayuda a ponerme de pie para llevarme detrás de la cabina hacia la parte posterior del barco. Las voces de los demás se alzan a nuestras espaldas como un zumbido sin palabras. Lejos de la luz de las lámparas, el mar se extiende como una alfombra oscura cobalto y negra brillante. Todo está extrañamente quieto: el agua, el aire, incluso las nubes parecen suspendidas en el cielo. Sin estrellas, la superficie del océano parece dura y llana, como un cristal grueso sobre el que uno podría patinar.

Wren me lleva bajo el alero de la cabina. Espera un rato antes de romper el silencio.

—Lo que has dicho antes...

Asiento, evitando su mirada.

—A mí también me atormentan —admite—. Todas esas veces. Con él. —Exhala un suspiro largo—. Pero debemos hallar modos más saludables de lidiar con eso.

Deslizo una mano detrás de su cabeza, enredo mis dedos en su pelo.

—Se me ocurren algunas —digo. Y cuando veo que sus ojos de terciopelo color café suavizan la mirada con una comprensión bienvenida, me inclino hacia delante y rozo sus labios con los míos.

Wren y yo nos disolvemos en los brazos de la otra, nos fundimos en las sombras detrás del alero y, despacio, todos los otros pensamientos desaparecen. No solo los pensamientos; el pensamiento *en sí mismo*. La memoria y el miedo. Cada momento perturbador de nuestro pasado. Nos besamos y tocamos y respiramos al unísono y me vuelvo algo completamente sensorial mientras habito cada centímetro de mi cuerpo. Soy placer y amor. Soy deseo y necesidad. Soy Lei y Wren es Wren, ninguna de las dos somos ni Chicas de Papel ni guerreras que se atraen en los últimos momentos de paz previos a la guerra, sino que somos simplemente dos chicas enamoradas y lujuriosas.

Somos piel y fuego. Somos latidos acelerados y placer líquido.

Y al menos por un rato, somos libres.

Después, nos sentamos lado a lado, con la espalda apoyada en el muro de la cabina. Miramos hacia la oscuridad aterciopelada. Como aquella primera noche en el barco, mi pulso está acelerado, pero esta vez por un buen motivo —el mejor motivo— y lo disfruto. Después de todo este tiempo, hacer el amor con Wren aún me hace sentir como si me curara, como si renaciera.

Un destello repentino de un recuerdo me saca de mi comodidad.

El rey. Esa noche con él, el opuesto absoluto a hacer el amor, a renacer. Era como si me

robaba el amor. Como si me lo arrancara directo del alma.

Era como si me hiciera trizas.

Cierro los ojos y exhalo un suspiro largo, imaginándome que el recuerdo se aleja junto a mi exhalación. *Luz dentro, oscuridad fuera.*

Cuando abro los ojos de nuevo, Wren ha colocado una mano sobre su frente. Se toca la línea irregular de su cicatriz y la recorre, está casi oculta por el nacimiento del pelo.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Tensa —responde—. Un poco sensible. Como si hubiera estado demasiado bajo el sol. —Deja caer la cabeza—. Nunca había tenido una cicatriz.

—¿Cómo es posible? Llevo cinco semanas de entrenamiento y estoy cubierta de ellas.

Wren me mira de reojo.

—Magia.

—¿Usas magia para curarte las cicatrices?

Tuerce la boca.

—Cuando lo dices así, suena muy arrogante.

—Es decir, lo entiendo. —Deslizo una mano sobre su cintura y beso el hueco de su cuello—. Si tuviera tu aspecto, nunca querría cambiar.

—No es por eso —responde tensa Wren.

Retrocedo, esperando a que continúe.

—En el palacio —comienza a decir—, no podía permitir que nadie sospechara quién era yo o de qué era capaz. Pero supongo que también he sido siempre consciente de que tengo que parecer invencible. De que no puedo mostrar debilidad alguna. Las cicatrices son una representación física de nuestra vulnerabilidad. Cuando te han entrenado desde tu nacimiento para convertirte en la asesina más letal del reino, ¿cómo puedes revelarles a todos que eres igual que ellos? ¿Que también *puedes* resultar herida?

—Wren —digo con cautela—, ser vulnerable no es una debilidad. Es la cosa más bonita del mundo. Si fueras invencible, ser valiente sería fácil. El hecho de que *no sea* fácil, de tener que trabajar constantemente en ello, de obligarnos a creer en nuestra propia fuerza incluso cuando parece que no valemos nada de nada, que no tenemos nada, que no podemos hacer nada... *eso* es poder. Eso es resiliencia. —Le doy un apretón en el brazo—. No hay nada más fuerte que las personas que afrontan las peores dificultades del mundo y aún así alzan sus puños al comienzo de un nuevo día para luchar otra vez.

Wren inclina la cabeza hacia mí. Sonríe.

—¿Eres consciente de que acabas de describir por qué *te* quiero?

Las lágrimas humedecen mis ojos. Apoyo la cabeza sobre su hombro y ella me rodea con su brazo, sosteniéndome mientras nos balanceamos en silencio con el movimiento suave del barco. Las voces fuertes de los demás nos alcanzan como si estuvieran detrás de un

velo. Porque en este mismo instante, durante estos momentos breves y dulces, parece que no hay nada en el mundo que pueda tocarnos. Aunque el resto del mundo se derrumbara a nuestro alrededor, Wren y yo seguiríamos aquí, protegidas por nuestro amor, por nuestra esperanza y nuestra determinación absoluta de sobrevivir ante lo que sea que el universo nos depare.

Kenzo

Lo buscaban en la oscuridad. Cada día, la misma rutina. Pasos pesados, ruido metálico, el deslizar sonoro de la puerta. Luego, la luz de la lámpara, con su resplandor cálido y líquido. El olor a invierno que impregnaba a sus visitantes desde el exterior y algo más, algo ácido y especiado y punzante que él sabía que era un hedor que su mente había invocado, similar a volutas rizadas de humo que no provenían de algo físicamente presente, sino de los horrores que habitaban en su mente, el laberinto de dolor en el que ahora se había convertido su vida.

Ese día —o esa noche, quién sabía cuál de los dos era en aquel reino subterráneo— las cosas no eran distintas. Kenzo se sacudió, agudizó sus orejas de lobo. Los pasos sobre la piedra del exterior eran irregulares, livianos y con punta de garra, un sonido rastrero junto a ellos difuminaba los detalles habituales que él podría utilizar para detectar quién sería su visitante aquel día. Una oleada de ansiedad recorrió su cuerpo antes de que apartara la sensación.

Entonces, aquel día sería distinto. Podía adaptarse. Era fuerte. Cualquier infierno que aquel visitante le trajera, él podía soportarlo: al igual que lo había hecho todas las veces anteriores.

Tenía que soportarlo. Otros contaban con él.

Cuando abrieron la puerta metálica de su celda, Kenzo ya estaba de rodillas, que era lo mejor que podía hacer contra el peso de las cadenas hechizadas que rodeaban sus brazos y piernas.

—Lobo.

La voz de Naja atravesó el aire cargado de la celda como un cuchillo. La luz dorada brotaba de la lámpara que sostenía una silueta pequeña junto a la general. Después de horas de oscuridad, la luz medio cegó a Kenzo. Parpadeó, esperando que el resplandor feroz de la lámpara retrocediera. Cuando la luz retrocedió, se sorprendió al ver lo que tenía enfrente.

La zorra blanca tenía un aspecto pésimo. El cabello generalmente sedoso de Naja estaba enmarañado y sin brillo. La profundidad de sus mejillas y sus ojos era más pronunciada de lo habitual y su piel tenía un tono enfermizo. Aunque vestía un abrigo pesado, los copos de nieve sobre la prenda justo empezaban a derretirse, y notó que ella había perdido peso. Su

complexión ya delgada parecía encogerse debajo de todas esas capas invernales. Tenía los hombros caídos y se mantenía en pie con la ayuda la chica reptiliana de la casta de la Luna que estaba a su lado —a quien Kenzo reconoció como la criada de Naja— y parecía tan furiosa al respecto como él hubiera esperado.

Por todos los dioses, ¿qué le había ocurrido?

Kenzo mantuvo a la fuerza una expresión de calma.

—General Naja. ¿Debería desearte buenos días o buenas noches? —Kenzo movió la muñeca y luego hizo una mueca ante el dolor fresco que recorrió su cuerpo. Sus brazos cayeron a los costados de su cuerpo, balanceándose por sus pesadas esposas—. Discúlpame por no saberlo. Es... un poco difícil notarlo aquí abajo.

A pesar de su apariencia, el gruñido de Naja no había perdido ni un poco de su agresividad.

—Cállate, amante de los keeda. No estoy de humor para charlar. Las últimas semanas han sido... —Guardó silencio con una mueca. Tenía uno de sus brazos doblado bajo su abrigo. Lo movió con incomodidad antes de centrar de nuevo su furia en Kenzo, de algún modo con más intensidad que antes—. Hemos estado haciendo esto suficiente tiempo ya. Hora de hablar.

Aunque el aire estaba helado, el sudor cubrió la frente de Kenzo por el esfuerzo que hacía por evitar exponer el dolor en su rostro.

—¿De qué quieres hablar? —respondió él con serenidad.

Con un gruñido, Naja avanzó como si fuera a pegarle. Pero se detuvo en seco, haciendo otra mueca de dolor, retorciendo el cuerpo hacia su criada mientras doblaba el torso hacia adelante, jadeando. El brazo debajo de su abrigo se movió de nuevo. Parecía que no podía soltar a la chica o usar su otro brazo correctamente.

El alivio recorrió a Kenzo con una oleada vertiginosa. Ella no podía hacerle daño. Al menos, no ese día.

—¿Qué te ha sucedido, Naja? —preguntó él.

La furia cubrió las facciones de ella.

—¡Yo hago las preguntas, no tú! ¡Kiroku! —ordenó ella—. ¡La mochila!

La chica lagartija apoyó la lámpara. Con cuidado, ayudó a Naja a ir hacia el muro de la celda, donde podía sostenerse sola, antes de quitarse la mochila de la espalda y arrodillarse ante Kenzo.

—Enséñale el prendedor —ordenó Naja.

Kenzo esperó, alerta. Aunque su cabeza daba vueltas por el mareo y jadeaba por el esfuerzo de permanecer erguido contra las ataduras mientras el dolor ardía y zumbaba por todo su cuerpo, ahora también sentía curiosidad.

Kiroku hurgó dentro de la mochila, sus escamas rojizas brillaban bajo la luz de la

lámpara. Extrajo un objeto y lo exhibió ante Kenzo.

Era un broche de plata pequeño, de los que a los sureños les gustaba colocar en sus saris y sarongs. Él había visto a muchos delegados de Kitori y Jana luciéndolos y sabía que los diseños eran únicos para cada clan. Ese broche tenía la forma de un diente de león, con zarcillos puntiagudos que se arremolinaban alrededor del tallo.

El corazón de Kenzo latió con fuerza. Pero mantuvo el rostro inexpresivo mientras alzaba la vista.

—¿Y bien? —dijo Naja—. ¿Lo reconoces? ¿A quién pertenece?

Kenzo posó los ojos de nuevo en el prendedor. Había visto antes ese diseño, pero no en forma de broche, sino estampado en un trozo de tela. En general, así se comunicaba con los Hanno y sus aliados: a través de mensajes envueltos en tela, para que fuera fácil esconderlos entre la ropa, pasarlos de mano a mano sin que nadie lo notara y quemarlos como correspondía después de leerlos. Ese diseño había provenido de un mensaje del Clan de los Gatos que hablaba de los disturbios que planeaban causar en las rutas comerciales que llegaban al palacio. El diente de león era su símbolo no oficial: la flor del desierto tenaz que podía sobrevivir incluso en las arenas más arduas.

Kenzo fingió inspeccionar el broche con atención antes de responder:

—Nunca lo he visto.

Naja frunció los labios.

—El mapa —dijo ella después de un segundo.

Tras guardar el broche en el bolso, Kiroku extrajo un pergamino. Estaba desgastado, el papel estaba arrugado y roto en algunas zonas. Lo extendió.

Apenas había luz suficiente de la lámpara para distinguir qué había en el papel. Los ojos de Kenzo recorrieron el pergamino. El mapa estaba borroso y muy quemado en algunas partes, pero vio un grupo que, al principio, parecían colinas abstractas y asentamientos en medio de unas pinceladas más gruesas. ¿Cumbres? ¿Alguna clase de montaña? Luego, lo comprendió. Eran islas.

El archipiélago de los Czo al noroeste de Kitori.

No había nada marcado, pero reconoció la forma de la isla de los Czo en el centro del grupo. Y además, no había otro archipiélago igual en toda la costa ikhariana. Permaneció muy quieto, consciente de no revelar su curiosidad creciente (y su preocupación) por saber de dónde habían obtenido los objetos que había dentro de la mochila.

—El archipiélago Mersing —dijo Kenzo. No tenía sentido negarlo. Estaba seguro de que Naja también había notado lo que el mapa mostraba—. ¿Planeáis viajar a ver a los Czo?

La zorra blanca lo miró.

—Alguien planea ir.

Kenzo enderezó las orejas. ¿Había percibido un temblor en la voz de la mujer?

Contempló de nuevo la forma debilitada de Naja, ahora con más atención. ¿Por qué se sostenía el brazo de ese modo y por qué formaba una silueta tan rara bajo su abrigo?

Pero al igual que él, Naja hacía un gran esfuerzo por no exhibir su incomodidad. Ella mantuvo el mentón en alto y prosiguió:

—Los interceptamos en la costa de Shomu, robando un barco. Sabemos que se dirigen al sur, Lobo. Nuestros espías en la costa lo han confirmado y este mapa deja claro cuál es su destino. Un buque de guerra ya los está siguiendo, así que dudo de que lleguen allí siquiera, pero por si acaso, hemos pensado en pedirte que nos lo explicaras. ¿Qué quieren Hanno y sus aliados del Clan Czo?

Kenzo sentía que la tranquilidad en su expresión estaba pegada a su rostro como una máscara asfixiante.

—No tengo ni idea. Como os he dicho antes, Ketai Hanno nunca compartió conmigo sus planes posteriores al asesinato del rey...

—¡Mentiroso!

Naja se movió instintivamente, su furia sofocó sus nuevas limitaciones, sin importar cuáles eran. Cuando reaccionó, el abrigo pesado resbaló a medias por su cuerpo. Con dificultad, se lo subió de nuevo a su sitio mientras Kiroku saltaba para evitar que ella cayera al suelo al retorcerse contra la pared. Naja jadeaba intensamente mientras se enderezaba con ayuda de Kiroku, y su furia y dolor estaban acompañados de algo más, algo mucho peor: vergüenza.

Todo había pasado muy rápido. Pero Kenzo había visto lo que la zorra blanca había estado ocultando: su brazo derecho. O mejor dicho, la falta de su brazo derecho.

Ahora no era más que un muñón, cortado a mitad del hombro y el codo y envuelto en vendas. Más vendas lo sostenían sobre su pecho, pero se habían soltado cuando Naja había reaccionado con brusquedad.

Envuelta de nuevo en su abrigo pesado, Naja estaba enfurecida, parecía deseosa de poder cortarle la garganta con sus garras en ese mismo momento. Si bien ella ya había borrado su mirada desgraciada ante su nueva debilidad, la lástima continuó atravesando a Kenzo.

No era un gran simpatizante de la zorra blanca. Sin embargo, no disfrutaba de verla afectada de ese modo. No le deseaba a nadie dolor, ni siquiera a aquellos que lo merecían. Pero más que eso, él sabía que esa herida solo incrementaría la furia y el odio que Naja consumía con cada aliento, vital como el oxígeno para ella. Eso era lo que realmente le daba lástima. No que hubiera perdido un brazo. Él conocía muchos demonios y humanos con discapacidades que eran habilidosos, felices y fuertes. Pero no estaban guiados por emociones tan caníbales, emociones que envenenaban a todos los que tocaban... más que nada a sí misma.

No era modo de vivir.

—Te daré una oportunidad más de responder, Lobo —dijo Naja, apretando los dientes—. ¿Qué quieren los Hanno de los Czo?

—No lo sé —repitió Kenzo.

Ella lo fulminó con la mirada con sus ojos plateados cortantes.

—De acuerdo. De todos modos, lo descubriremos pronto. Eso es si tu preciosa keeda y sus amigos logran llegar a la isla en primer lugar. —Una vena latía en su sien peluda—. Kiroku. Dale al Lobo su último regalo para que podamos irnos. Había olvidado cuánto apesta este lugar.

De todos los objetos que Kiroku había sacado de la mochila, para Kenzo este fue el más difícil ante el que fingir indiferencia.

Era solo un trozo de tela, delgado y deshilachado porque había sido arrancado del vestido al que había pertenecido. La luz de la lámpara hacía brillar sus hilos dorados. Tenía manchas: gotas oscuras sobre más de la mitad del material. La tela rota podría haber sido cualquier cosa, pero la memoria de Kenzo era eidética y aquel recuerdo en particular (la imagen de la última vez que había visto a la chica que llevaba aquel vestido hecho con esa misma tela) era particularmente fuerte.

Lei había parecido muy pequeña junto a Wren, las dos se enfrentaban a Naja en los jardines que rodeaban el Salón Flotante. El cuerpo descartado del rey yacía cerca de un lago con nenúfares al límite del bosque, su sangre ya manchaba el césped e incluso se expandía en volutas rizadas sobre el agua. Pero a pesar del tamaño de Lei, Kenzo había quedado impactado por la determinación feroz y ardiente que emanaba de la chica. Había sido eléctrica y cargaba el aire como el instante previo a la caída de un rayo.

Era una Chica de Papel en llamas. Nunca había estado más orgulloso de ella.

Ahora, sus ojos asimilaban el trozo roto del vestido que Lei había usado en el Baile de la Luna como si fuera a revelar sus secretos si lo inspeccionaba el tiempo suficiente. ¿Cómo obtuvo eso Naja? ¿Eran manchas de heridas que Lei se había hecho la noche del baile o de otro momento?

—Será mejor que no le hayas hecho daño —gruñó él antes de poder evitarlo.

—¿Qué te hace creer que aún está viva?

Esta vez, fue Kenzo quien avanzó por instinto hacia adelante. El dolor recorrió su cuerpo con fuerza insoportable ante el movimiento y los grilletos embebidos en dao lo retuvieron. Luchó contra ellos, frunciendo el ceño.

—¡Será mejor que no les hayas echo daño a ninguna de las dos! —rugió él. Naja sonrió.

—Ahí estás. Estábamos esperando tu vuelta, amante de los keeda. —Ella inclinó la cabeza—. ¡Kiroku! Llévate la mochila. Te veré de nuevo pronto, Lobo.

La chica lagartija permitió que el trozo dorado del vestido de Lei cayera al suelo. Luego,

levantó la mochila y alzó la lámpara. Entrelazó su brazo con la cintura de Naja y, con el paso extraño y ladeado que él había oído antes en el pasillo, las dos salieron de la celda.

El corazón de Kenzo tamborileaba cuando cerraron la puerta de metal. El sonido de las llaves al girar; la oscuridad lo tragó de nuevo. Cayó al suelo, el agotamiento por fin lo abrumaba, y escuchó los pasos de Naja y Kiroku alejándose hasta desaparecer.

La prisión del Lago Lunar había sido construida en las profundidades subterráneas por seguridad extra. Solo había una entrada, custodiada por guardias y hechiceros, y también estaba el lago, que tenía más de trescientos sesenta y cinco metros de diámetro y más de noventa de profundidad. En la celda de Kenzo había rastros del inmenso cuerpo de agua que yacía solo a pocos metros del techo: el moho que cubría la piedra, el goteo constante que perforaba el silencio, el sabor húmedo en el aire glacial. Pero había algunos momentos más que otros en los que Kenzo realmente *sentía* el peso aplastante del lago. Aquel era uno de esos momentos. Sentado con los hombros caídos y las palmas sobre la piedra áspera, sentía que el techo por fin había cedido bajo todos esos años de presión y había caído sobre sus hombros.

Respiró con dificultad y dolor. El modo en que la luz de la lámpara había hecho brillar el trozo dorado del vestido de Lei aparecía una y otra vez en su cabeza.

Así que Naja los había alcanzado. Pero el grupo había logrado dejarla atrás y subir a un barco.

Si ella había tardado todo ese tiempo en volver al palacio y curarse lo suficiente para visitarlo, incluso en el estado en el que estaba, entonces ellos aún debían de estar en el océano. Probablemente, estarían a pocos días de distancia del archipiélago Mersing. Lei y Naja debían de haber tenido alguna clase de combate si es que la zorra blanca había conseguido un retazo de su ropa (aunque Kenzo no entendía por qué Lei aún llevaría ese vestido manchado de sangre) y esa pelea u otra con algún otro miembro del grupo había mutilado a Naja.

Era un alivio tener noticias del grupo. Pero el alivio estaba manchado con la satisfacción engreída de Naja. Sus indicios de que tal vez pronto interceptaría al grupo de nuevo.

Despacio, con cautela, aplastado por el peso de todo —el dolor, la preocupación, los grilletes y el lago flotando, flotando por encima— Kenzo se deslizó sobre el suelo. Extendió una mano, en busca del trozo del vestido de Lei que habían dejado junto a él, deseando su consuelo. Después de unos instantes, sus dedos peludos rozaron la tela rota... junto a algo pequeño y duro que Kiroku había ocultado debajo de la tela.

El objeto zumbaba, cálido al tacto. Él lo alzó, apenas se atrevía a creerlo. Aunque no podía ver mucho en la oscuridad, era evidente lo que era por su tacto.

Una daga.

Delgada, pequeña, con punta afilada. Una punta afilada perfecta para forzar cerraduras:

como las de sus grilletes, por ejemplo, o la de la puerta de la celda. Su zumbido eléctrico provenía de la magia.

Entonces, era una daga hechizada, para abrir cerrojos hechizados.

En ese instante, un susurro brotó de la daga. Debía de estar oculto con magia y su tacto lo había liberado. Las palabras suaves hablaron directamente en sus oídos.

Era uno de los susurros más gloriosos que Kenzo había oído. Un susurro que inmediatamente alzó el peso aplastante de sus hombros, como si las manos de un dios gigante hubieran bajado y retirado el techo de la prisión. Respiró hondo durante lo que pareció la primera vez en años.

La ayuda llegará pronto, dijo la voz encantada. Sabrás cuándo.

Prepárate.

—¡Más rápido! ¡Más fuerte! ¡Ataca con convicción!

Los gritos de Shifu Caen suenan con cada uno de mis golpes. Él se mueve casi con pereza, fluyendo fácilmente con mis ataques, bloqueando cada uno de mis golpes con su espada, cuyo filo está a salvo dentro de su funda lacada. Mi propia arma no es nada más que un trozo de barandilla del barco que hemos arrancado para que yo entrenara, un bastón improvisado. La pintura cereza está descascarillada, trozos de ella cubren la cubierta a nuestro alrededor como fragmentos de sangre seca. En mi cintura, mi daga parece vibrar, llamándome para aferrar su empuñadura con mis dedos y liberarla. Pero Caen me prohíbe usarla hoy en el entrenamiento.

«¿Y si se pierde o alguien te la quita?», había dicho antes de empezar. «¿Y si Hiro y Wren no estuvieran cerca para realizar de nuevo el encantamiento?».

«Espero que lo estén», respondí. «Y no solo por mi daga».

«Lo único que no podemos saber con certeza en la vida es cuánta vida les queda a los demás. En especial a aquellos que más queremos proteger», contestó, y me entregó el bastón con una expresión que indicaba que la discusión había terminado.

Ahora, aprieto la mandíbula y muevo todo mi peso en un ataque a su estómago.

Caen lo desbarata con un movimiento de su espada.

—¡Perezosa! —protesta—. ¡Tienes que golpear con intención! Tal vez estemos entrenando, pero esto es real, Lei. Debes tratar cada batalla como si tu vida estuviera en riesgo para que cuando te enfrentes a una en la que el riesgo sea real, estés preparada. ¡Débil otra vez! —ladra, empujando con intensidad su mano izquierda para romper mi último golpe, como si el esfuerzo de usar su espada fuera un desperdicio.

El sudor me gotea por la frente.

—Lo *intento* —gruño apretando los dientes.

—¡Esfuézate más!

Me obligo a respirar para recobrar la compostura y adopto de nuevo mi postura ofensiva. El aire oceánico húmedo no me da un respiro de mi camisa y mis pantalones empapados de sudor que se me pegan a la piel mojada. Caen y yo hemos estado luchando durante más de media hora. Antes de eso, hemos practicado secuencias de qi-gong y ataques y contraataques durante dos horas. Cada músculo de mi cuerpo tiembla, pero me niego a parar.

—¡Vamos, Lei! —grita Nitta.

—¡Sí! —Bo alza sus puños—. ¡Pégale al Viejo Gruñón por nosotros!

El grupo entero se ha reunido a ver los resultados de mi entrenamiento. Observan desde la barandilla mientras Caen y yo nos movemos despacio en círculo. Mis piernas gritan de cansancio, los hombros me duelen. Me centro, flexionando las manos sobre el bastón.

—Tú puedes, Lei.

Su voz es ronca, grave. Alzo los ojos y miro detrás de Caen para encontrarme con la mirada de Wren. Sus ojos arden de orgullo. Curva las comisuras de la boca...

La espada de Caen atraviesa el aire.

Alzo mi bastón en el último segundo. El choque de nuestras armas hace temblar mis dientes. Hasta ahora, Shifu Caen ha usado una estrategia defensiva, solo contrarrestaba mis golpes.

—¡Nunca te permitas perder la concentración! —me reprende.

Se agazapa y lanza su espada hacia mis tobillos. Salto a tiempo. Esquivo otro golpe, esta vez dirigido a mi torso y luego avanzo para devolvérselo.

Los últimos restos de la pintura de mi bastón improvisado caen cuando nuestras armas chocan. Luchamos furiosamente durante diez largos minutos. Jadeo mucho y es lo único que puedo hacer para mantener el bastón equilibrado en mis manos, pero no retrocedo. Caen y yo bailamos sobre la cubierta. Mi coleta vuela detrás de mí; su pelo largo se le pega al cuello y al mentón con sudor, aprieta su mandíbula barbuda. Los gritos de los demás giran a nuestro alrededor, alentándome.

Caen avanza en una secuencia de ataques fuertes que me llevan contra la pared de la cabina. Reúno mi energía y lo hago retroceder, moviéndome bajo y rápido, sin miedo de acercarme a él donde su espada tiene menos alcance y yo puedo sacarle provecho a mi estatura baja para atacar la parte inferior de su cuerpo. Sin la magia de mi daga, mis ataques son menos poderosos, pero mi precisión ha mejorado incluso sin ella y la determinación de demostrar mi valía me otorga más fuerza de la que me creía capaz de poseer.

Pasan otros cinco minutos. Diez. Quince. Por fin, siento que ha terminado. Ahora estoy agotada, inhalo intermitentemente, los pulmones me arden. Sin embargo, el dolor agudiza mi vista. Centro la concentración en el shifu, reduzco el mundo a un punto sobre su cuerpo y los movimientos feroces de su espada enfundada. Luego, lo veo. Nos separamos en un momento particularmente crucial, cuando la espada de Shifu Caen está a punto de golpear mi mano derecha donde sostengo el bastón, lo que bien podría haberme aplastado los dedos. Caen mueve su pierna hacia atrás.

Está preparándose para un ataque alto. Cuando lo haga, dejará un espacio abierto a su derecha.

El conocimiento llega a mí con tanta claridad que es como si el shifu mismo me hubiera

dicho cuál era su propia debilidad. Que en cierto modo lo ha hecho, a través de semanas de entrenamiento, de horas de exhibir sus hábitos de combate ante mi inconsciente.

—Gracias, inconsciente —susurro cuando Caen alza la espada con ambas manos.

Me muevo a la izquierda. Enderezo el bastón y ataco.

Mi bastón colisiona con el lateral de su cuerpo con un ruido sordo.

Caen emite un gruñido, el brazo que sostiene su espada tiembla. Jadeando fuerte, retrocede, observándome con sus ojos oscuros con destellos amatistas. Su expresión seria no revela nada al principio. Luego, esboza una sonrisa pequeña.

—Bien hecho, Lei.

Oigo gritos y vítores. Suelto el bastón, caigo de rodillas mientras Nitta y Bo corren hacia mí y me aplastan con tanta fuerza que caigo al suelo. Me río, permitiendo que me ahoguen. Un instante después, las plumas puntiagudas de Merrin nos rodean a los tres.

—Un desempeño brillante, querida —me felicita.

Cuando retroceden, comparto una mirada con Wren, quien sonrío también, observando a lo lejos, su rostro brilla de orgullo. Luego, miro a Shifu Caen a los ojos. Me paso una mano por la frente sudorosa.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Después de todas estas semanas, ¿solo eso? ¿«Bien hecho»?

Él alza un hombro.

—Solo ha sido un golpe.

—Contra uno de los mejores guerreros de Ikhara.

Bo alza una mano.

—Em, ¿dónde está esa lista? ¿Puede alguien verificar que mi nombre esté en ella? Con mis reflejos veloces y mi talento incomparable con el bastón, realmente debería ser el número uno.

Merrin lo golpea despacio en la nuca.

—¡Oye! —protesta Bo. El demonio aviforme sonrío con picardía.

—Pues no tienes reflejos tan veloces. Sin embargo, yo puedo confirmar sin duda alguna tu talento con un bastón.

Nitta y yo nos reímos mientras Caen y Hiro parecen considerar seriamente saltar por la borda solo para apartarse de nosotros.

Con su andar provocador, Bo avanza y exhibe su sonrisa burlona con dientes irregulares ante Caen.

—Oh, Shifu —bromea—, acaso te *has sonrojado*...

Deja de hablar con un borboteo extraño. Algo afilado y angular sobresale de su pecho. Tardo un segundo en notar lo que es.

Una flecha.

Brilla bajo la luz nublada, cubierta de sangre. Más rojo se expande sobre la camisa de Bo, rápido, con violencia, como una rosa desagradable que abre sus pétalos.

El chico leopardo parpadea. Luego, sus ojos se ponen en blanco.

Nitta grita.

Merrin sujeta a Bo y lo apoya en el suelo, extendiendo sus brazos alados para cubrirlos a ambos, mientras más flechas atraviesan el aire y se clavan en la cubierta del barco. Una aterriza a centímetros de mis pies.

En el extremo opuesto del bote, Wren se agazapa hacia adelante.

—¡Lei! —grita—. ¡Abajo!

Quizás aún estoy en modo combativo por el entrenamiento. Quizás solo estoy harta de esconderme. En vez de seguir sus órdenes, me giro y salto de la cubierta sobre la barandilla. Shifu Caen tiene la misma idea. Los dos llegamos al lado derecho del barco al mismo tiempo.

La perplejidad recorre mi cuerpo. Acercándose a nosotros, atravesando el agua con su proa reforzada en acero con un mascarón en forma de toro al ataque, hay un barco de guerra inmenso. El navío es al menos seis veces más grande que nuestro barco. Su casco de madera negra atraviesa con poder el agua. Las velas rojas estampadas con el símbolo del rey ondean en sus mástiles altos. Debajo de la telaraña de cuerdas, sobre la cubierta de proa a popa: filas de soldados reales. Mantienen su formación rígida, con las piernas trabadas contra la velocidad atronadora de su barco, cargando armas de todo tipo. Cada clase de demonio de la Luna o de acero está presente: lobo, jabalí, zorro, león, alce, mono. Son demasiados para asimilarlo.

—Hechiceros —susurra Hiro, materializándose a mi lado.

Con el corazón acelerado, observo la cubierta y los veo de pie bajo las velas, sus túnicas color obsidiana flotan con el viento mágico que brota de sus manos extendidas; tienen la piel cubierta de tatuajes.

Por eso el barco avanza con tanta agilidad mientras que el nuestro lucha contra el aire quieto. Quizás por eso el aire *está* tan quieto en primer lugar.

Cuando el barco se aproxima, el nuestro comienza a balancearse por las olas generadas por el barco de guerra. Las oleadas eléctricas de magia me golpean cuando las ráfagas poderosas de viento encantado nos alcanzan y sacuden nuestra ropa. Esta vez, estamos lo bastante cerca para poder oír las órdenes bruscas de un general con voz grave.

—¡Fuego!

Nos agazapamos. Aprieto el cuerpo contra la borda cuando las flechas cubren la cubierta.

Wren mira al grupo y nos habla por encima del rugido de las olas que golpean el casco.

—No usan sus cañones, lo que significa que tienen órdenes de no matarnos. O al menos, de no matar a algunos de nosotros. ¡Solo tenemos que dejarlos atrás! Merrin, ¿crees poder

acercarte lo suficiente para cortar sus velas?

Él no parece escucharla. El demonio lechuza contempla su regazo, donde Bo está recostado, acurrucado en el hueco de su brazo alado. La sangre de Bo mancha las plumas de Merrin, un rojo vívido sobre blanco.

El chico leopardo no se mueve.

—Todo va bien, cariño —susurra Merrin, abrazándolo—. Estás bien. Te tengo. Estoy aquí.

—Merrin —dice Caen con dulzura—, necesitamos tu ayuda.

Él no alza la vista.

Nitta avanza.

—Déjame que lo sostenga. —Después de un segundo, Merrin ayuda a colocar a Bo en brazos de su hermana. Ella coloca una mano sobre el pecho del chico, sobre el área que rodea la punta de la flecha para contener parte de la sangre. El rostro de Nitta está cubierto de lágrimas, pero su mirada es feroz—. ¡Me ocuparé de él! —dice—. ¡Ve!

Merrin parpadea. Sus ojos anaranjados están vacíos, desenfocados.

—Él... Él necesita que lo curen...

Hiro avanza y se agazapa junto a Nitta.

—Yo lo haré.

—¡Merrin, por favor! —grita Wren—. ¡Las velas!

—Tenéis que salvarlo —grazna Merrin, pálido. Parece perdido sin el cuerpo de Bo entre sus brazos. Manchas rojas cubren sus plumas y su hanfu celeste habitualmente impoluto.

—Lo haremos —promete Wren—. ¡Ahora, ve!

Con una última mirada larga hacia el cuerpo inerte de Bo, Merrin despliega las alas y alza el vuelo.

Los soldados gritan al verlo. Ladran órdenes de disparar y, esta vez, las flechas no nos apuntan a nosotros.

Wren ya está de pie.

—¡Caen! —grita ella mientras corre hacia una de las tres velas de nuestro barco.

Él se incorpora de un salto, comprendiendo de inmediato.

Él va a mover el timón mientras Wren tira de las cuerdas para desplegar las velas por completo y exclama por encima del hombro:

—¡Hiro! ¡Necesitamos viento!

El hechicero acaba de posar las manos sobre el pecho de Bo. Vacila, alzando la vista.

—¡Está ocupándose de Bo! —grito.

Wren se gira para mirarnos, su rostro arde, mientras ya trabaja en la próxima vela.

—¡Si no nos movemos ahora mismo, moriremos todos!

—Lo siento —le susurra Hiro a Nitta.

El rostro de la chica leopardo se destensa.

—*Por favor...*

Pero él ya se ha apartado. Baja de un salto a la cubierta. Hiro abre las piernas ampliamente para mantener el equilibrio con el movimiento del barco y alza los brazos. Sus labios entretejen el inicio de un dao mientras Wren termina con las velas y se coloca a su lado. Ella adopta una postura similar con las manos extendidas. Veo un atisbo de sus ojos —vidriosos, blanco ártico— antes de que su cabello abandone la cinta que lo sostiene y flote alrededor de su rostro en una maraña oscura mientras un viento fuerte cobra vida.

Nuestro barco avanza abruptamente. Nitta se prepara y curva su cuerpo sobre Bo de modo protector. A medida que alcanzamos más velocidad y atravesamos el agua con el viento mágico, me atrevo a mirar por encima de la barandilla.

El barco real está prácticamente sobre nosotros.

Aunque ahora avanzamos más rápido, el buque ha acelerado de modo impresionante, por no mencionar que tiene su propio viento mágico generado no por dos, sino por al menos *veinte* hechiceros de túnica negra. Las nubes giran en el cielo mientras el barco se aproxima. Están lo bastante cerca para distinguir el rostro individual de cada soldado demonio, y la tormenta de flechas mientras Merrin vuela en círculos pequeños alrededor de los mástiles del buque.

En cuanto hay una abertura, Merrin se zambulle contra una de las velas negras con las garras extendidas. Un soldado en el puesto del vigía salta hacia él agitando su espada en el aire.

Merrin ladea su ala en el último segundo. El soldado cae a cubierta con un grito mientras Merrin hace una rasgadura larga en una de las velas. El tajo de nubes blancas que asoman a través de la tela crea una sonrisa horrible e irregular.

—¡Wren!

Me giro ante el grito de Caen. Él corre sobre la cubierta hacia donde Wren ha caído de rodillas.

Me pongo de pie de inmediato. El viento mágico de Hiro nos golpea mientras intenta con esfuerzo compensar que Wren se ha detenido; tiene una máscara seria y decidida en el rostro, y sus ojos vacíos brillan.

Caen sujeta a Wren, le aparta el pelo mientras yo corro y me uno a ellos. Tiene de nuevo los ojos castaños. En general, es un alivio verla así, pero no ahora. No cuando necesitamos con desesperación su poder.

Coloco la mano sobre su mejilla.

—¿Amor? ¿Qué ocurre?

Está pálida. Inhala con dificultad.

—Sangre —susurra.

Frunzo el ceño, observando su cuerpo.

—No veo nada de...

Con un gruñido furioso, nos aparta con un empujón a Shifu Caen y a mí. Aunque ambos mantenemos los brazos extendidos en caso de que se caiga, Wren parece bastante estable cuando se pone de pie.

—Wren —le advierte Caen—, aún no te has recuperado lo suficiente.

—Hiro ha hecho sus pagos de sangre la última semana —replica ella—. Por eso él tiene la fuerza suficiente. Necesitamos esto, Caen.

Sin otra explicación más, sujeta mi cinturón, toma mi daga de su funda con la mano derecha...

... y cierra la mano izquierda sobre el filo del cuchillo.

No tengo tiempo de reaccionar. La sangre cae sobre su brazo en segundos, pintando ríos rojos sobre su piel bronceada. Wren pone los ojos en blanco. La escarcha cubre sus iris. Cuando se gira para encarar las velas y su pelo y su ropa comienzan a flotar a su alrededor, suelta mi daga y alza las manos, la izquierda está bañada en sangre.

Las palabras brotan de su boca, aquel extraño idioma ikhariano que solo los hechiceros comprenden. Habla en voz grave y rápida. Los estremecimientos ondulantes de la magia comienzan a flotar. El viento que se ha desvanecido al tener solo a Hiro generándolo resucita con repentino vigor vengativo, más fuerte esta vez, tan frío que corta helado mi piel. De inmediato, nuestro barco avanza a toda velocidad, atravesando las olas con un rugido.

Oímos truenos por delante. Lo que habían sido nubes blancas suaves ahora se convierten en una masa ondulante de nubes tormentosas oscuras. Las gotas gruesas de lluvia me golpean la cara alzada hacia el cielo, al principio solo algunas. Luego, el cielo se cae.

El agua inunda la cubierta y me empapa en segundos. Miro desesperada a Shifu Caen, apenas capaz de distinguirlo a través del diluvio. Su expresión es seria como siempre, aunque debajo de esa máscara inexpresiva, hay algo suelto: miedo.

Mis palabras salen en un siseo.

—Por los *dioses*, qué ha sido eso.

Un grito agudo atraviesa el aire antes de que él pueda responder. *Nitta*.

Nos giramos. A través de la lluvia y el viento, veo las siluetas oscuras de Nitta y dos —no, tres— soldados luchando, el cuerpo desplomado de Bo ha quedado expuesto sobre la cubierta detrás de ella.

Los soldados deben de habernos abordado cuando nuestros barcos han estado al mismo nivel o quizás han usado un gancho y una cuerda para cruzar a bordo.

En el tiempo que tardo en comprender eso, Caen ya ha desenfundado su espada. Apartándome el pelo húmedo de la cara, tomo mi daga de los pies de Wren, sintiendo escalofríos al ver la sangre —*su* sangre— medio lavada por la lluvia. La miro una última

vez: cabello negro flotante; palmas extendidas, una blanca, una roja; ojos congelados, ciegos. Luego, patino sobre la cubierta mojada hacia donde escucho el choque metálico de las espadas y las siluetas oscuras se mueven en la borda.

Nitta lucha contra uno de los soldados. Caen pelea espada contra espada con los otros dos. Sus armas brillan a través de la cortina de lluvia, el canto del metal rechina en mis dientes.

Me obligo a participar de la pelea. Uno de los soldados que había estado atacando a Caen centra su atención en mí. El demonio es pesado, puro músculo. Parece alto como una torre. Sus ojos oscuros brillantes centellean en su rostro de hocico peludo y negro. Un demonio con forma de oso.

La sangre me ruge en los oídos. Todo en mí grita que huya. Pero no me muevo, *no lo haré*.

El demonio alza sus ji. Las cuchillas mellizas en forma de medialuna en la parte superior de la lanza brillan bajo el diluvio.

Apaciguo mi mente. En el palacio, Zelle me enseñó una vez que el sexo es un caso simple de acción y reacción. De tacto y respuesta. He aprendido que la base del combate es la misma... como si me moviera en un sueño, adopto la postura defensiva que Caen me ha enseñado a usar al enfrentarme a un oponente de este tamaño y preparo mi daga.

Y gruño.

Con un rugido, el soldado oso lanza la punta afilada de su ji hacia mí... tal como esperaba. Me deslizo hacia la derecha cuando su lanza cae con fuerza hacia abajo. La cubierta de madera se astilla ante el peso estrepitoso del golpe. Mientras él gruñe y libera su arma, extendiendo hacia atrás un pie y salto hacia delante, apuntando mi arma hacia el punto débil debajo de su axila izquierda.

La daga se hunde en su carne.

Shifu Caen me mostró cómo el ángulo correcto de esa zona permite que una daga de este largo alcance el corazón. Pero justo antes de que mi ataque impactara en él, el oso demonio se ha movido. Ha cambiado mi ángulo por pocos grados. Aunque gruñe de dolor, se recupera pronto. La lluvia cae de sus prendas oscuras y de su pelaje. Sujeta con un puño mi camisa y me alza en el aire. Los destellos de los relámpagos se reflejan en las cuchillas curvas de su ji.

¡Muévete!, me grito. ¡Haz algo!

Pero la posición me resulta demasiado familiar y los recuerdos me paralizan. Recuerdos de un jardín bajo la luna, y el rey. El crujido de mi cráneo contra un árbol.

Así suena cada trueno: como si el mundo se derrumbara en mis oídos.

Observo horrorizada cómo el oso demonio blande su arma. Pero justo cuando está a punto de atravesarme con ella, otro de los soldados grita.

—Iyano, ¡detente! ¡Es ella! ¡Es la chica!

El oso demonio vacila. Me baja una fracción y observa forzando la vista a través de la lluvia en busca de lo que no ha visto antes: *mis* ojos. Tan dorados como los rayos que centellean a nuestro alrededor.

El cuanto el reconocimiento aparece en su mirada, retuerzo el cuerpo y muevo mi daga.

La sangre brota del antebrazo del soldado. Me suelta con un gruñido. En cuanto aterrizo, avanzo con brusquedad y hundo mi cuchillo en lo profundo de sus entrañas.

El demonio da un grito ahogado.

Retiro mi daga. Se coloca las manos en el estómago, sosteniendo la herida con una expresión incrédula en el rostro. La sangre mancha sus dedos, cubriendo su pelaje oscuro. Caen de rodillas, aún boquiabierto por la sorpresa.

Sobre su cabeza, el soldado que lucha contra Caen ve lo que ha ocurrido. Ruge, un sonido grave y profundo de tigre, y salta hacia mí.

Un destello plateado atraviesa el aire.

La espada de Caen corta al tigre soldado. Él cae sobre su camarada oso, formando una pila.

Retrocedo tambaleándome, buscando aire. La lluvia cubre cada centímetro de mi cuerpo. Resuena estrepitosamente sobre cubierta, tan fuerte que tardo un tiempo en notar que el choque de espadas ha terminado. Miro a mi alrededor confundida. Nitta se ha agazapado sobre Bo, susurrando en voz baja palabras rápidas que se pierden en la tormenta. Detrás de la pila que forman los cadáveres del oso demonio y del tigre, otro soldado real está tendido boca abajo sobre la barandilla con Caen sobre él. El shifu baja la espada y la guarda en la funda que lleva en la espalda. Luego, se agazapa junto a los cuerpos de los soldados con la cabeza inclinada y hace el saludo de los dioses celestiales.

Un grito gutural nos obliga a alzar la vista.

Merrin cae sobre la cubierta en un aterrizaje desastroso y por poco empuja a Wren y a Hiro, quienes aún están en su posición haciendo magia. Mientras Caen se apresura a ayudarlo, yo corro hacia la barandilla y me aferro a ella para resistir el cabeceo violento del barco.

El mar está completamente transformado. Las olas relajantes de los últimos días, o incluso de hace diez minutos, han desaparecido. Este océano nuevo tiene vida propia. Se sacude y sube, una masa de olas movedizas y nubes tormentosas negras como el carbón. El día se ha vuelto noche. El destello de un rayo ilumina lo que se ve y a través de las cortinas de lluvia diviso la masa abultada del buque de guerra real.

Está lejos, casi demasiado para distinguirlo con claridad. Con el próximo destello de luz, ya lo pierdo completamente de vista.

Suspirando aliviada, guardo mi daga... justo a tiempo para sujetar la barandilla cuando la proa del bote se alza alta en el aire.

Segundos después, cae. El agua me golpea. Mis brazos gritan cuando casi se dislocan de sus articulaciones, pero mantengo el agarre, temblando, mientras chocamos contra otra ola. Nos alzamos altos antes de caer con violencia. El casco del barco gruñe, casi parece un sonido humano. Oigo un ruido a madera rota: el mástil.

Como si fuera a cámara lenta, su vela roja con forma de aleta se infla cuando el mástil cae y su parte superior aplasta la cubierta con un estruendo.

Justo al lado del sitio donde Wren y Hiro están de pie.

Me muevo por instinto. Un segundo, estoy en la borda. Al siguiente, he saltado a cubierta y he pasado debajo de la tela pesada y mojada de la vela, donde Wren y Hiro *aún* están de pie, mientras la magia brota de sus brazos extendidos. El mástil no les ha dado por menos de un metro.

Una vez más, el alivio es momentáneo. El barco se sacude de nuevo peligrosamente. El agua cubre la cubierta. Hago un esfuerzo por permanecer junto a Wren, mis botas resbalan sobre los tablones húmedos. La sostengo, pero ella está clavada en su sitio, con el cuerpo rígido de modo antinatural. La sensación cosquilleante de la magia brota de ella en oleadas.

—¡Por favor, Wren! —lloro—. ¡Tienes que parar! ¡La tormenta es demasiado poderosa! ¡Nos hundirá!

No me escucha, perdida en las profundidades del dao. La sangre aún cae sobre su brazo izquierdo donde se ha cortado a sí misma. Me estremezco al ver lo rojo que está. Pero me da una idea.

Sostengo su mano herida.

—Lo siento —digo... y luego aprieto lo más fuerte que puedo.

Wren suelta un grito ahogado, una respiración repentina que sacude todo su cuerpo. Y luego, la magia emana de ella, más feroz, brillante y poderosa que antes.

Salgo disparada hacia atrás. Mi cabeza golpea el mástil caído. Los relámpagos cubren el cielo, blanco neón y cian, enviando el mensaje furioso de los dioses.

El dolor, comprendo despacio. Fortalece su magia. Había querido sacar a Wren del trance del dao haciéndole daño. En cambio, la he conectado más, le he dado aún más poder.

Antes de poder pensar más, el barco salta de un modo increíble. El mundo estalla en un grito de ruido, de viento, de pánico y de agua. Lo último que siento es un brazo que sujeta mi cintura antes de que el mundo se dé la vuelta y la oscuridad me invada.

Lei.

Lei.

¡Lei!

Una voz llega a mí a través de la negrura.

Alcanza despacio mi consciencia, la despierta poco a poco. Uno a uno, como si fueran cerillas encendidas, recobro los sentidos. Olfato: sal y humedad, algo como madera. Gusto: metálico y más salado. Oído: el golpeteo constante de la lluvia, el ritmo onírico de las olas, el viento acariciando hojas. Tacto: manos, frías y fuertes en mi cara y la frescura de la brisa oceánica en mi piel. Y dolor, dolor en *todas partes*.

La vista es el último. Al principio, solo veo un atisbo de movimiento detrás de mis párpados. Cuando reúno la energía para abrir los ojos, veo el precioso rostro de Wren sobre mí y, detrás, un cielo oscuro lleno de nubes.

—Oh, gracias a los *dioses* —susurra Wren. Me abraza, su cabello húmedo cae sobre mi rostro.

—¿Ay? —balbuceo.

Retrocede, abriendo los ojos de par en par con preocupación.

—¿Qué ha pasado? —Inclino la cabeza, hago una mueca por el dolor que causa incluso ese pequeño movimiento. A nuestra izquierda, las olas golpean la costa. Un bosque se extiende a nuestra derecha. Es espeso y está plagado de vegetación, las hojas brillan bajo la lluvia.

—Hemos chocado —responde Wren, en voz baja—. Nuestra magia ha sido más poderosa de lo que esperábamos. Viajamos tan rápido que hemos llegado al archipiélago Mersing en cuestión de minutos. Caen ha intentado equilibrarnos, pero esa velocidad en medio de los arrecifes y las islas submarinas ha hecho que fuera imposible.

—¿Ya estamos en el palacio de los Czo? —Hundo las manos en la arena húmeda mientras me incorporo para sentarme erguida, el dolor recorre mi cuerpo ante el esfuerzo.

—Aún no lo sabemos. Al menos estamos en una de las islas del archipiélago. No hay señales de que el buque nos haya seguido hasta aquí, pero aún deberíamos tener la guardia alta. ¿Estás herida?

Deposito un beso salado en sus labios.

—Estoy bien.

Por unos instantes, nos sentamos en silencio, escuchando la lluvia. El viento aquí es agradable aunque es de noche, pero mi piel empapada parece hielo. Me abrazo el torso. Al notarlo, Wren me frota los brazos. Por encima del hombro de Wren, veo escombros de nuestro naufragio desparramados por la playa.

—¿Cómo están los demás? —pregunto—. ¿Cómo está...? —Suelto un grito ahogado al recordar—. Bo estaba herido... ¿No deberías ayudarlo a curarse? Necesita tu magia, Wren.

Pero ella solo me observa con tristeza, las gotas de lluvia caen sobre su rostro como si fueran lágrimas.

—¿Wren? —repito, susurrando esta vez.

Baja sus pestañas húmedas. Cuando alza la vista de nuevo, la expresión en sus ojos me atraviesa. Es poderosa y furiosa y triste y avergonzada y horrorizada y temerosa a la vez, como si la cáscara de cristal duro donde suele guardar sus emociones se hubiera hecho añicos, y el contenido hubiera caído como canicas oscuras y desagradables. Y entre ellas: la verdad.

Me pongo de pie con torpeza, tropezando en la arena mojada mientras mis músculos vapuleados gritan a modo de protesta.

—Pero... pero y... Oh, dioses, *Nitta* —digo con un grito ahogado, cubriéndome la boca con las manos.

Wren se pone de pie de un salto y me derrumbo sobre ella llorando. Las lágrimas caen sobre mis mejillas, calientes y furiosas. Frunzo el rostro sobre su pecho. Una imagen tras otra cruza mis ojos.

Bo en las noches del campamento, calentándose los pies peludos junto al fuego.

Bo, en las montañas del norte, mirando boquiabierto al leopardo de las nieves, su animal espiritual.

Bo, guiñándole el ojo a Merrin mientras una broma lasciva escapa de su boca.

Bo, tropezando con una roca en el sendero montañoso y asestándole una patada con furia, logrando solo hacerse más daño.

Bo, abrazando a su hermana mientras comparten una broma, con la cabeza hacia atrás riéndose de alegría.

Bo, quejándose.

Comiendo.

Hablando.

Caminando.

Coqueteando.

Y riéndose. Riéndose y riéndose y riéndose. El mero hecho de pensar que nunca oiré ese rugido estrepitoso y grave rompe algo en lo profundo de mi ser. No parece correcto que él ya no exista. ¿Cómo podremos continuar sin su risa alrededor? ¿Cómo podrá sobrevivir el

mundo sin ella? Sin importar lo terribles que fueran las cosas, sin importar lo desesperanzadas o graves, la risa de Bo estaba allí para protegernos. Para protegernos de la oscuridad, aunque fuera solo un instante.

Eso era su risa: un arma.

Su propio estilo de magia.

Una última imagen aparece: Bo en el barco, con la boca abierta por la sorpresa, una flecha sobresaliendo de su pecho mientras las primeras gotas de sangre florecen en su camisa.

—¿Quieres verlo? —pregunta Wren.

Inhalo con un temblor antes de asentir.



Encontramos al resto del grupo más lejos en la playa, dentro de una extensión de tierra curva que ha creado una bahía protegida. Está rodeada de manglares y palmeras. El mar es más tranquilo allí; las olas se mueven con serenidad sobre la superficie. Está anocheciendo, y bajo la luz menguante, los demás solo son siluetas agazapadas bajo los brazos sombríos de las ramas llenas de lianas; la lluvia golpea las hojas.

Ninguno dice nada cuando nos acercamos. Shifu Caen y Hiro están sentados un poco separados de los otros. En la parte trasera del grupo, Merrin está de pie tan quieto que podría fundirse con la oscuridad del bosque y convertirse en otro árbol isleño, sus plumas como hojas que un día caerán al suelo para unirse a las que mis talones aplastan mientras camino sobre la playa mojada hacia donde Nitta está de rodillas junto a Bo.

Ella acuna a su hermano sobre el regazo, igual que lo ha hecho en el barco. Tiene la frente apoyada sobre la de él. Se balancea, del mismo modo que uno lo haría para calmar a un bebé antes de dormir. Pero esto no es una canción de cuna. No hay palabras de aliento que ofrecer, porque Bo no duerme.

Está muerto.

Su brazo izquierdo cae sobre los muslos de Nitta y yace inerte en el sueño, su pelaje abultado está cubierto de arena. Tiene las palmas hacia el cielo. Quiero sostenerlo, deslizar mis dedos entre los suyos. En cambio, Wren me da la mano. Las dos nos ponemos de rodillas. Al igual que lo hicimos durante una ejecución en el Palacio Escondido, hacemos juntas el saludo de los dioses celestiales con las manos libres, aunque esta vez, mis dedos tiemblan, pero no de furia, sino de angustia.

—Lo... Lo siento tanto, Nitta. —Mi voz es ronca, la garganta me arde por la sal y el dolor.

Ella no muestra indicios de haberme oído. Su rostro cubre el de Bo, pero mis ojos recorren sus dulces orejas redondeadas de leopardo y el modo en que las gotas se aferran a

los aretes plateados que las decoran. La cola moteada de Nitta se riza en un semicírculo sobre la arena detrás de ella, con la punta curvada para sostener la cola de Bo.

En ese instante, mis lágrimas se convierten en sollozos intensos.

Nitta alza la cabeza ante el sonido. Tiene el rostro en blanco, una máscara extraña e inexpresiva, como si sus facciones estuvieran meramente pintadas. Tiene una costra de sangre seca sobre el corte de su sien derecha. Un bulto magullado amortigua su pómulo. Nos mira a Wren y a mí, luego se gira para observar al resto como si justo en ese instante notara nuestra presencia y es evidente que le han arrancado algo de su interior. Sus habituales ojos brillantes son dos lagunas verdes vacías que resplandecen solo por las lágrimas.

Bo tiene los ojos cerrados. Nitta acaricia la nuca de su hermano con ambas manos y sumo cuidado, mientras con los pulgares acaricia sus mejillas.

—Necesitamos hojas de plátano —dice débilmente. Solloza, y deja de mirar a su hermano. Frunce los labios; tiene los hombros caídos—. Algo azul, para unir su alma con nuestro ling-ye. Flores, un trozo de tela, cualquiera servirá. Y una piedra para marcar el lugar. Y el sitio debería estar seco, pero no demasiado cubierto sin vistas al cielo. Me... me he hecho daño en el hombro. Necesitaré ayuda para cavar.

Una tumba. Habla de la tumba de Bo.

—Por supuesto —dice Wren.

Caen avanza.

—Cualquier cosa que necesites.

—Hay lugares sagrados en el desierto donde los Amala entierran a sus miembros — prosigue Nitta. Es la primera vez que la he oído decir el nombre de su anterior clan sin burla—. Aquí hay arena, pero no es de la clase correcta. Está demasiado cerca del agua. Sería mejor un lugar en el bosque.

—Encontraremos el lugar perfecto —digo. Le toco el hombro. Mis dedos recorren su brazo y me detengo un instante cuando llego a la mano con la que sostiene a Bo, el pelaje del chico roza mi muñeca. Aparto la mano, reprimiendo las lágrimas.

Cuando Wren y yo nos ponemos de pie, miro hacia donde Merrin está parado, semioculto entre las sombras del bosque. Su rostro exhibe un horror silencioso y tiene la vista clavada en el cuerpo de Bo. Parece destrozado, tiene el pico retorcido de dolor, las lágrimas caen sobre sus mejillas emplumadas.

Shifu Caen se acerca a nosotras.

—Encontraré los materiales que necesita. Vosotras buscad un sitio adecuado. Hiro debería permanecer aquí, necesita descansar. Se ha pasado la última hora curando el brazo roto de Merrin lo mejor posible, pero después de toda la magia que ha usado en el barco, está completamente drenado.

Poso los ojos en el niño hechicero. Está apoyado contra el tronco de una palmera, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. La túnica negra mojada se pega a su complexión pequeña.

—Hablando de eso —añade Caen—, ¿cómo te sientes *tú*, Wren?

—Un poco cansada, pero eso es todo. —Oigo la mentira en el temblor de su voz, la veo en el aspecto hundido de sus pómulos—. De todos modos, Hiro y yo ahora mismo no somos una prioridad.

Nos giramos cuando Caen dice:

—Tened cuidado. Por lo que veo, esta isla está al sudoeste del archipiélago. La isla de los Czo debería estar cerca. Tened cuidado con los guardias.

Antes de marcharnos, voy a ver a Merrin. Las gotas de las hojas de los árboles caen sobre sus plumas y se aferran a sus puntas color peltre. Sostiene su brazo herido sobre el otro. Posa los ojos en mí cuando me acerco y luego aparta la vista. Algo en la crudeza y la locura de su expresión me asusta. No hay angustia, sino *furia*.

Intento tocarlo y luego cambio de opinión.

—Lo siento mucho, Merrin. Sé cuánto te importaba Bo.

Su silencio brota en oleadas frías.

—A *todos* nos importaba —añado en voz baja.

Estoy alejándome cuando él responde, un graznido bajo que genera escalofríos en mis brazos:

—¿Estás segura de eso?



Aún llueve cuando Wren y yo llevamos a los demás a la arboleda que hemos encontrado para Bo. Caminamos juntos a la parte sudoeste de la isla, nadie habla. Aunque los músculos me pesan, cada centímetro me duele por los golpes recibidos con el naufragio del barco, y mi ropa empapada se aferra pesada a mis extremidades, parte de mí se siente desconectada de mi cuerpo, como si mi alma estuviera fuera de mí misma, flotando.

Observo con ojos inexpresivos mientras cavamos una tumba poco profunda. El cuerpo de Bo espera cerca. Ya está poniéndose rígido, ya se está convirtiendo en una cosa en vez de un ser. Nada de esto parece real. ¿Cómo es posible que alguien tan lleno de vida esté tan *vacío* de ella en tan pocas horas? Pienso en Zelle. Al igual que Bo, ella era vibrante y rebosaba vida. Que le rompieran el cuello le arrebató todo eso.

Mis pensamientos se dirigen a Lill, Aoki, las otras Chicas de Papel, mi padre y Tien, y todas las personas que me importan, todos aquellos que dejé atrás cuando escapé del palacio la noche de Año Nuevo. Ha sido una batalla constante no pensar en ellos cada minuto de cada día, mantener la concentración en el aquí y el ahora, en las cosas bajo mi

control inmediato. Porque si me permito sucumbir a ellos, esto es lo que imaginaría: la facilidad con que pueden quitarles la vida. Y si pienso demasiado en eso, mi ya frágil compostura se haría trizas.

Nitta hace los preparativos del cuerpo de Bo para el entierro en el silencio cubierto de lluvia. Primero, se cuelga el relicario de bendición natal de él sobre su propio cuello junto al de ella. Luego, coloca una mano de Bo sobre su propio pecho y deposita en la palma de su hermano la diminuta orquídea nocturna azul que Caen ha encontrado, de modo que parece que Bo mismo ha arrancado la flor como un regalo para un amante o un amigo. Finalmente, pliega las grandes hojas de plátano alrededor del cuerpo de Bo hasta envolverlo por completo antes de alzarlo (sin señales de cuánto debe dolerle su hombro herido y sin permitir que ninguno de nosotros la ayudemos) y colocarlo en el agujero excavado en la tierra.

Lo coloca en el centro. Su silueta brilla bajo la luz de la antorcha improvisada que Caen sostiene para que ella vea mientras se pone de rodillas junto al cuerpo de su hermano. Ella exhala temblando.

—Desde ahora —le dice Nitta a Bo en voz tan baja que casi no la escucho—, solo seré la mitad de mí misma para siempre.

Sus palabras me apuñalan el corazón. Sujeto más fuerte la mano de Wren.

Nitta está a punto de salir del agujero cuando Merrin habla.

—Espera. —Avanza, ofreciéndole algo—. Es... Esperaba dejar también esto con él. Es... azul.

Nitta mira lo que él sostiene entre las manos. Luego, lo acepta y se agazapa para colocarlo entre los pliegues de hojas de plátano que cubren el cuerpo de Bo. Cuando Nitta retrocede, veo qué es: un trozo del hanfu favorito de Merrin. Azul aciano pálido.

Siento un nudo en la garganta.

Hiro recita una plegaria, ofreciendo un dao de buena suerte reservado solo para los muertos. Los caracteres brillantes de su hechizo caen sobre la tumba de Bo como estrellas diminutas, chispas doradas en la lluvia. Luego, trabajamos juntos en silencio para mover la tierra mojada sobre el cadáver de Bo. Todo el tiempo, Nitta ha conservado la compostura. Pero cuando termina la ceremonia colocando sobre la tumba el precioso ágata del tamaño de un puño que Caen ha encontrado, ella se derrumba.

Cae de rodillas, hunde los dedos en la tierra húmeda y grita.

Wren y yo corremos hacia ella. Su respiración temblorosa y sus gritos irregulares son tan violentos que nos sacuden, pero la abrazamos fuerte como si pudiéramos de algún modo mantenerla entera solo con nuestra voluntad.

—Alejaos de ella.

La voz es inesperada y severa y atraviesa el silencio.

Wren y yo nos giramos, todavía sosteniendo a Nitta, con las rodillas hundidas en el fango. Merrin está de pie sobre nosotras. Sostiene su brazo herido sobre el pecho. Tiene la otra garra cerrada, apretando el puño. La luz del fuego baila en las esferas húmedas de sus ojos.

Wren se pone de pie.

—¿Merrin? ¿Qué ocu...?

Crac. El sonido del impacto resuena en la arboleda.

Tardo un segundo en comprender que le ha pegado a Wren. Ni siquiera fue una bofetada; le ha dado un puñetazo limpio en la cara.

—¡Wren! —Me pongo de pie de un salto. Ella se ha girado con una mano sobre la cara, más sorprendida que dolorida.

—¡Cómo te atreves! —ruge Shifu Caen. Avanza hacia Merrin, con el rostro ardiendo de furia.

Una expresión casi de alivio atraviesa el rostro de Merrin cuando se gira para mirar a Caen.

—Eso mismo iba a *decirte* —responde con una serenidad espeluznante antes de lanzar otro puñetazo en dirección a Caen esta vez.

Hiro salta hacia él al mismo tiempo que Wren y yo. Los tres luchamos por separar a Caen y a Merrin.

—¡Podrías haberlo salvado! —chilla Merrin, en un tono desquiciado que nunca había oído en su voz. Toda compostura ha desaparecido con la misma velocidad terminante con la que cae un telón en un escenario. La saliva brota de su boca en forma de pico. Tiene las plumas erizadas de furia—. ¡Wren y Hiro estaban allí! ¡Ella prometió que Hiro lo salvaría! En cambio, ¡tú lo diste por muerto!

—¿Qué otra opción teníamos? —replica Caen—. El buque de guerra estaba casi sobre nosotros. Si no usábamos la magia para huir, ¡*todos* habríamos muerto!

—¡No era necesario que los dos se ocuparan del viento! La especialidad de Hiro es la sanación y la protección: ¿por qué no hizo eso? ¡Todos vosotros prometisteis cuidarlo!

—Bo ya estaba muerto.

La voz de Hiro es suave, pero sus palabras recorren la arboleda con un poder profundo y tranquilizante.

Merrin permanece quieto, parpadeando.

—Ya estaba muerto —repite el niño hechicero—. La magia no puede revivir una cáscara vacía. Una vez que el alma se ha desconectado, es imposible reconectarla.

—No... No te creo —balbucea Merrin—. No estaba muerto. Lo vi. Lo *sostuve* entre mis brazos. Aún respiraba. —El veneno regresa a su voz—. Estaba vivo y lo *dejasteis morir*.

Ahora las lágrimas caen sobre mis mejillas, mezclándose con la lluvia.

—¡Mira a quiénes acusas! —grito, hundiendo los dedos en su brazo—. Todos queríamos

a Bo. ¿No crees que Wren y Hiro habrían hecho todo lo posible por salvarlo?

Pero incluso cuando lo digo, siento un atisbo de duda. Porque Wren le había *ordenado* a Hiro que dejara a Bo. ¿Había sabido ella que Bo estaba prácticamente perdido?

No puedes hacer esas cosas. Debemos pensar en la misión.

Eso me había dicho Wren cuando había querido ayudar a los papeles en la aldea pesquera. Eso es lo que he temido desde que conocí a Ketai y vi el mismo resplandor febril que tenía el rey en sus ojos.

La misión por encima de todo. Sin importar el *coste*.

¿Acaso Wren había heredado la creencia absorbente de su padre?

Merrin se aparta de mí.

—Lo único que sé —grazna, apuntando una garra acusadora hacia mí—, es que después de que *tú* resultaras herida en el Baile de la Luna, Hiro trabajó para curarte todos los días. Aunque eso lo drenaba. Aunque seguía haciendo los daos protectores cada noche. En ese momento, todos hallaron un modo de distribuir la magia a dos cosas que la necesitaban. Esta vez, también había un modo de hacerlo. Solo que no se molestaron en intentarlo. —Retrocede, su pecho sube y baja—. Dime —dice él, ahora dirigiéndose a Wren—. Si Lei hubiera sido la herida, habrías hecho todo lo posible para salvarla, ¿no?

Ella lo mira con la mirada baja.

—No era posible, Merrin.

—¡Dímelo! —ruge. Cuando ella sigue sin responder, él se ríe. El sonido es horrible, roto, áspero, carece por completo de humor y calidez, del Merrin que había llegado a conocer y a querer en los últimos meses. Mira a Wren y a Shifu Caen—. Ella no lo admitirá, pero sabemos la verdad. Todos los demás somos descartables para vosotros. A Ketai Hanno no le importa nadie más que sus valiosas princesas y su amante.

Al principio, creo haber oído mal. ¿Su amante?

Luego, sigo la mirada de Merrin.

Caen está en silencio absoluto. Algo oscuro yace en sus ojos. Parece crecer en una furia silenciosa, su sombra iluminada por el fuego se alarga.

Ahora, todos lo miramos. La lluvia cae y parpadeo para alejar las gotas, sin respirar apenas.

—Todos lo sabemos, Caen —dice Merrin—. ¿Cuánto tiempo he trabajado para ti y para Ketai? He visto el modo en que os miráis. El modo en que os tocáis cuando creéis que nadie os ve.

A mi lado, Wren está quieta como un bloque de hielo.

Un sonido de frustración brota de mi garganta.

—¡Bueno, a quién le importa! Nada de esto tiene que ver con la muerte de Bo. Fue un accidente. Un accidente horrible y desearía que no hubiera sucedido jamás, pero sucedió.

Todos sabíamos al meternos en esto que la muerte era una posibilidad. ¡Sabíamos lo peligrosa que sería esta misión!

—¡Más peligrosa para algunos de nosotros que para otros! —replica Merrin.

—Basta.

La voz de Nitta es baja y fría. Me trago mi réplica con las mejillas ardiendo.

La chica leopardo no se ha movido de la tumba de Bo. La luz del fuego resplandece en las gotas de lluvia que caen sobre su pelaje voluptuoso. Tiene una mano apoyada en la tierra. La otra sobre el pecho. Es un eco de la postura en que ha colocado a Bo antes de enterrarlo y mi corazón se estruja de nuevo, algo se rompe en mi interior con la fuerza y la velocidad de una espada.

—Basta —repite—. Acabo... acabo de enterrar a mi hermano. Por favor, dejadme llorarle en paz.

Los hombros de Merrin se hunden.

—Yo también lo quería —dice, ronco. Clava los ojos en nosotros, con mirada severa—. Por eso nunca os perdonaré por haber permitido que muriera.

Se gira y se aleja en el bosque.

—¡Merrin! —grito. Pero él no mira atrás.

Después de una pausa, Nitta dice en voz baja:

—Si a vosotros también os importaba Bo, entonces ya sabéis lo que tenemos que hacer.

—Tenemos que continuar —responde Wren. Nitta asiente.

—Basta ya de perder tiempo. Obtendremos la alianza con los Czo y luego encontraremos al Clan de los Gatos. Después de todo, por ese motivo Ketai nos contrató a Bo y a mí. Al menos uno de los dos terminará el trabajo. Lei tiene razón. Sabemos que podemos perder la vida en el proceso. Pero vale la pena para nosotros correr el riesgo. Debemos respetar los deseos de Bo.

—Nitta —dice Caen—, si necesitas dejarnos aquí, lo entenderemos.

—Bo no lo haría. —Se coloca las manos en el hueco del cuello, donde cuelga el relicario de bendición natal de su hermano junto al de ella—. ¿Sabéis qué diría él si pudiera vernos ahora? —Su voz adopta el tono burlón de Bo—. *Mirad cómo lloriqueáis sobre mi tumba bajo la lluvia como si fuera una escena de las óperas que las tías viejas y tristes adoran tanto. Qué perdedores.*

Una risa ronca brota de mis labios.

—Él nos diría que siguiéramos adelante. Que es imposible que su alma llegue al Reino Celestial con todos nosotros apiñados sobre él.

—Y él quiere llegar allí rápido, porque hay un banquete de postres infinito con su nombre escrito. —Nitta adopta una expresión seria. Emite algo que es medio suspiro, medio llanto.

Esta vez, Hiro es quien se acerca a su lado. El hechicero sujeta el codo de Nitta, un gesto extrañamente cariñoso dada su aversión habitual al contacto físico.

—Permíteme curarte el hombro —dice él—. Cuanto antes se trata una herida, mejor se cura.

Nitta lo mira parpadeando.

—De... De acuerdo.

—Quedaos aquí —les dice Shifu Caen, y se coloca la espada en su espalda—. Iré con Wren y Lei a hacer un reconocimiento de nuestros alrededores. —Señala hacia donde la mitad de la isla se alza en un grupo de colinas altas—. Deberíamos poder ver la isla de los Czo desde allí...

¡Bum!

El estruendo lo interrumpe.

—¿Qué ha sido eso? —digo con un grito ahogado.

Wren y Caen ya han desenfundado las espadas. Nitta se agazapa sobre la tumba de Bo, como si él aún necesitara su protección.

Una segunda explosión resuena en la noche. Luego, una tercera, una cuarta, una quinta. Tomo mi daga y miro en todas direcciones, esperando en parte ver soldados del rey o a la guardia de los Czo saliendo del matorral en cualquier instante.

—¡Viene de allí! —grita Wren y comienza a subir la ladera corriendo.

La persigo, mis pies resbalan en el lodo.

Cuando Caen nos sigue, Wren se gira hacia él y extiende un brazo.

—¡Quédate aquí con Hiro y Nitta!

Las dos corremos hacia arriba a través de la jungla empinada. Wren aparta las lianas colgantes que parecen cuerdas y la vegetación enmarañada con movimientos fáciles de sus espadas. El estallido suena más fuerte, ahora acompañado de pequeñas explosiones que me hacen pensar en flechas de fuego, en explosiones mágicas. La ladera por la que subimos se hace más angosta y rocosa y de pronto nos detenemos abruptamente cuando los árboles se abren y la jungla revela la vista embriagadora del archipiélago Mersing.

La oscuridad plateada cubre el mar amplio que se extiende en todas direcciones. Islas de diversas formas y tamaños yacen desparramadas en él, parecen los lomos de monstruos marinos. A lo lejos, el horizonte desdibujado de la costa de Kitori apenas es visible.

Por unos instantes, todo está oscuro. Luego, la noche explota de color.

Oro, esmeraldas y rubíes ardientes explotan en el cielo. Flotan en el aire, un estallido caleidoscópico sobre las nubes oscuras, antes de desaparecer en una lluvia de fragmentos brillantes.

—¡Fuegos artificiales! —exclamo.

Wren baja las espadas. Ella también observa con los ojos abiertos de par en par cómo los colores estallan en sus ojos.

Cada explosión brillante ilumina el cielo nocturno, sus reflejos resplandecen sobre el

agua. Apenas noto la lluvia que me moja la piel, la pesadez de mis extremidades. Mientras los fuegos artificiales explotan en la oscuridad, la observo maravillada, y entonces una alegría triste y dolorosa brota en lo profundo de mi ser para bailar enredada con mi angustia.

Esperamos en silencio después de que los últimos asombrosos fuegos artificiales desaparezcan.

Wren guarda sus espadas. Se gira hacia mí, con los ojos ardientes.

—¿Crees que él los ha visto? —pregunta.

Se refiere a Bo.

Sonríó, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Sí.

Después de un instante, señala una isla que está a unos kilómetros. Es pequeña y llana, casi un círculo perfecto, y está sobre el agua en su base rocosa. Tenue por la lluvia, grupos de luces brillan entre las formas oscuras de las edificaciones y los árboles. Más luces brillan sobre la costa irregular. Botes.

—El palacio de los Czo —dice Wren.

Fuerzo la vista para ver más detalles.

—¿Por qué crees que han lanzado fuegos artificiales? No se me ocurren festivales que sucedan ahora, aunque quizás tengan otros en Kitori.

—Sea lo que sea, están celebrando algo. —Abruptamente, Wren se gira y camina en la dirección de la que hemos venido—. ¡Podría ser la tapadera perfecta para que entremos y hablemos directamente con Lord Mvula! —dice por encima del hombro—. Pero debemos apresurarnos. No sabemos cuánto tiempo durará la fiesta.

Corro detrás de ella.

—Quizás aún no lo has notado —digo, agitada mientras bajamos por la ladera empinada de la montaña—, pero no vamos precisamente vestidos para un baile. Tal vez sí para un baile de disfraces. Supongo que podemos fingir que somos piratas que casi han muerto en un naufragio después de ser perseguidos por medio mar por soldados reales. Pero pareceremos un *poco* sospechosos si todos los demás visten hanfus y vestidos.

—Entonces, tomaremos algunas prendas prestadas de algunos invitados.

—Claro. Porque será fácil encontrar a dos personas que acepten felizmente pasar el resto de la fiesta en ropa interior.

—¿Aún no has aprendido, Lei? —responde Wren sin girarse, con algo más que impaciencia en sus palabras—. A veces debes tomar las cosas por la fuerza. A veces es la única manera de conseguir lo que necesitas.

El recuerdo de ella cortándose la mano en el barco aparece en mi mente. Hiro debía de haberle curado la herida después del naufragio o quizás ella misma lo había hecho. Pero no

puedo apartar la imagen de su sangre dibujando ríos en su antebrazo. Cómo el rojo intenso se volvía rosa al mezclarse con la lluvia.

Wren necesitaba magia, así que la tomó por la fuerza: *de sí misma*.

Incluso con mi escaso conocimiento de magia, sé que no es el pago habitual de un hechicero, los pequeños regalos que le ofrecen a la tierra a cambio de usar el qi.

El horror aparece despacio en mis entrañas. Recuerdo todas las veces que Wren y Hiro han usado magia. Cómo ambos han comenzado a parecer un poco más agotados cada vez que usaban su poder. Cómo los hechizos más grandes casi los destrazan. Aunque ninguno de nosotros comprende exactamente el por qué, sabemos que ha sido más y más difícil para los hechiceros obtener qi debido a la Enfermedad. ¿Esto es lo que Wren y Hiro han estado haciendo todo este tiempo? En vez de obtener qi de la tierra, ¿se han visto obligados a comenzar a extraerlo de *sí mismos*?

¿Las marcas que vi en los brazos de Hiro podrían ser eso? ¿El pago de sangre que Wren mencionó en el barco cuando le contó a Shifu Caen que por ese motivo la magia de Hiro aún era poderosa?

Un escalofrío me recorre la columna. Porque he visto lo que sucede cuando tomas más de lo que la tierra quiere dar. Cuando no respetas el equilibrio del universo. Y eso era magia frívola; daos tonto y vanidoso de poca importancia.

Las palabras de Wren dan vueltas en mi cabeza. Quiero decirle que está equivocada. Que si el coste de ganar algo es demasiado alto, no estaba destinado a ser tuyo en primer lugar. En especial si pagas con tu sangre. Porque la sangre —al igual que el qi y la magia y casi todo en la vida— no es infinita.

Pero sí hay algo que es infinito: la codicia. La habilidad de los humanos y los demonios de querer. De desear. De perseguir cosas que no les pertenecen.

A veces debes tomar las cosas por la fuerza. A veces es la única manera de conseguir lo que necesitas.

Las palabras de Wren me golpean de nuevo. Porque he oído antes algo similar: dicho por el Rey Demonio. Oírlo ahora, de los labios de la persona que más quiero, está terriblemente mal. He experimentado en carne propia cómo el deseo puede cambiar y corromper a una persona. Qué sucede cuando vive descontrolado.

Como el fuego, lo destruye todo a su paso.

Como el fuego, arde, hasta que no queda nada.

Decidimos que lo más fácil será infiltrarnos en la fiesta si solo enviamos a dos miembros del grupo. Como representante de su padre, Wren estará a cargo de convencer a Lord Mvula de aliarse con los Hanno, pero Shifu Caen cree que él debería ser quien la acompañe.

—Por muy orgulloso que esté de la evolución de Lei en las últimas semanas, ella no podrá lidiar con un ataque completo de guardias Czo si las cosas se ponen feas.

Después de un rato, Nitta señala con cansancio:

—No importará quién vaya si la fiesta termina antes de que decidáis.

Al final, Caen cede ante Wren cuando ella le recuerda que mi rol como Elegida de la Luna pesa para la naturaleza supersticiosa de los Czo.

—Mi padre insistía en esto, Shifu. Y sé que respetas sus opiniones. —Él intenta interceder, pero ella prosigue con firmeza—: Y no, no me importa que seáis amantes. Mi padre y tú me criaron casi sin ayuda de nadie. Si hay alguien que forme parte de mi familia —ante esto, roza su mano con la mía— ese eres tú. Pero desearía que no lo hubierais hecho a espaldas de mi madre. —Mueve los hombros—. Pero da igual, tenemos cosas más importantes en las que centrarnos. ¿Cómo llegaremos a la isla?

Antes de marcharnos, voy a ver cómo está Nitta. Aún está sentada a la cabeza de la tumba de Bo. Hiro se aleja para darnos un momento de privacidad.

—Sé que lo harás genial —dice ella, intentando sonreír mientras me agazapo a su lado.

Le rodeo los hombros con un brazo.

—Gracias.

Su sonrisa tiembla.

—Él esperaba con ansias llegar aquí, ¿sabes? Los Czo tienen muchas cosas extravagantes. Sin duda me ganaría esta vez.

Su juego. Lo había olvidado por completo.

—¿Quieres que lo intente? —pregunto—. Nunca he intentado realmente robar nada, pero es probable que pueda llevarme algo pequeño...

Nitta sacude la cabeza. Cuando alza la vista, su expresión es severa.

—Solo consigue lo que hemos venido a buscar. Ese es el único juego que necesitamos ganar ahora.

Dejamos a Nitta y a Hiro y nos dirigimos a una de las playas hacia el norte, donde por un golpe de suerte, alguien ha dejado un pequeño bote de remos en la arena. Caen lo ha

encontrado mientras buscaba a Merrin. Lo empujamos al mar. El agua está oscura y movediza. Cruzamos el océano, al amparo de la lluvia y la oscuridad. Caen rema mientras yo estoy al frente del bote, Wren me abraza desde detrás, con la cabeza sobre mi hombro. Nos sacudimos con el barco, el silencio tenso se expande entre los tres.

Veinte minutos después, las luces de la isla de los Czo aparecen en medio de la lluvia. El ruido de la fiesta flota en el aire: música alegre, el zumbido de voces y movimiento se funden. Se hace más fuerte a medida que nos aproximamos a la costa irregular. La isla de los Czo está en lo alto del océano, las olas rompen contra sus salientes rocosos. Las raíces enredadas de las higueras y los marantis altos como torres caen por el acantilado y desde sus copas altas las aves graznan ruidosamente, compitiendo con el chillido de los monos que se balancean entre las hojas.

Wren señala un lugar en la costa donde hay un saliente profundo. Caen dirige el bote hacia allí, el agua está más agitada a medida que nos acercamos. Extiendo los brazos cuando nos balanceamos de modo peligroso. Después de haber logrado esquivar por los pelos una roca puntiaguda sobresaliente entre las olas, una corriente violenta nos empuja hacia delante. Nos aferramos al lateral del bote mientras el acantilado se alza sobre nosotros. Luego, estamos debajo de él, el sonido de la lluvia y las olas disminuye cuando el mar se calma casi de inmediato.

Nos deslizamos en la oscuridad hasta que el bote golpea la orilla.

Shifu Caen mantiene el bote firme mientras Wren y yo bajamos en la parte poco profunda, el agua nos entra en las botas.

—Esperaré aquí —dice Caen—. Buena suerte. Recordad...

Wren se marcha sin esperar a que él termine.

—Nos vemos pronto —respondo incómoda antes de correr tras ella.

En la parte trasera de la cueva, los guijarros pequeños de la costa cambian y se convierten en rocas más grandes apiladas una sobre otra. Las escalamos en silencio. Una llovizna suave besa mis mejillas cuando alzo el rostro hacia la abertura delante de nosotras.

—Por los planos de la isla de Czo que he estudiado —dice Wren, manteniendo la voz baja—, el complejo central del palacio está al oeste, no demasiado lejos de aquí. De allí provenían los fuegos artificiales.

Se agazapa para permitir que escale sobre su rodilla. Extiendo las manos por la abertura, la lluvia cae sobre mi cara. Encuentro la raíz gruesa de un árbol y la uso para trepar. El sonido de la fiesta atraviesa la jungla oscura, es más fuerte fuera del eco de la cueva marina.

Estoy girándome para mirar a Wren cuando oigo un grito.

El guardia está sobre mí en segundos, salta desde las sombras donde debía de haber estado vigilando. Una espada gira en el aire con un destello plateado. La esquivo justo a

tiempo. La espada golpea el suelo húmedo con un ruido amortiguado. Extraigo la daga, la hoja de bronce brilla.

El guardia titubea, sorprendido.

La magia cosquillea por mi brazo. Percibiendo la seguridad del dao de la daga guiando mi puntería, salto y hundo el cuchillo en un lateral del cuello expuesto del guardia.

Él tiene un espasmo cuando mi cuchillo atraviesa su piel reptiliana parecida al cuero. Se hunde húmeda a través del músculo y del cartílago fibroso. La sangre brota, negra resplandeciente. Con un siseo bajo, el guardia cae hacia delante y se retuerce en el césped hasta adoptar una expresión inerte.

Estoy haciendo el saludo de los dioses celestiales con manos temblorosas cuando Wren me sujeta y me obliga a correr. Atravesamos a toda velocidad el matorral, saltando raíces y rocas, nuestras pisadas amortiguadas por la alfombra de hojas empapadas. A medida que el ruido de la fiesta crece, las luces aparecen entre los árboles. Reducimos la velocidad. Wren desenfunda una espada, con un sonido metálico que hace que me rechinen los dientes.

Miro mi propia arma, la daga manchada de sangre.

Ya he matado a dos demonios.

Lentamente, me pregunto por qué aún no me ha afectado. Gracias a mí, dos vidas, dos pares de pensamientos, miedos, amores, sueños, secretos y esperanzas han desaparecido en cuestión de segundos. Al igual que no puedo comprender cómo nos arrebataron con tanta facilidad a Zelle y a Bo, otros se preguntarán lo mismo sobre estos dos demonios.

—Lei.

Me sobresalto ante el susurro de Wren y me apresuro a ir donde ella está agazapada para espiar por una abertura entre las hojas.

A pocos metros, el terreno del palacio se extiende en un despliegue impactante de color, ruido y movimiento. Las luces me impactan primero: piscinas profundas doradas que brotan de las lámparas que cubren el jardín, altas y amplias como humanos adultos, esferas colgantes que brillan en magenta y zafiro mientras unas luciérnagas extravagantes bailan en su interior, como estrellas atrapadas. Todo está cubierto de color. Entre la teca pulida de los marcos de los pabellones de techos de paja han colgado toldos encerados para mantener a los invitados secos y hay pasarelas que atraviesan el jardín. Demonios de toda clase caminan por ellas. Hay algunos esbeltos con forma de chacal vestidos con bajos negros; también está plagado de inmensos demonios con forma de gorila. En el balcón de una casa, un grupo de mujeres con forma de lobo gris coquetean con un trío apuesto de hombres con forma de león. Un par de demonios de acero con forma de carneros fornidos caminan con los brazos entrelazados, balanceándose un poco por la bebida; tienen forma humana a excepción de los cuernos pintados de colores que se curvan en sus cabezas. Veo un destello de plumas blancas vestidas con seda marfil: un miembro del Ala Blanca. Al igual que en el

Baile de la Luna del Rey Demonio, deben de haber invitado a la fiesta a representantes de todos los clanes de Ikhara.

Luego también están los reptilianos Czo. Hay cientos de ellos, tanto de acero como de la casta de la Luna, envueltos en túnicas lujosas y sampines verde esmeraldas, cobaltos, corales intensos, todos bordados con diseños elaborados. Muchas de las mujeres visten velos sobre sus rostros, la tela es delicada y fina como pinceladas. Sus escamas y su piel parecida al cuero, de todos los matices de ocre, desde café claro a musgo oscuro, brillan con joyas decorativas.

Wren los mira.

—No me gusta esto —susurra.

—¿La fiesta?

—Estamos en un reino al borde de la guerra. Es un momento extraño para hacer fiestas.

—Probablemente intentan ganar aliados —comento.

—Lo cual significa que nuestra misión acaba de volverse mil veces más peligrosa. Será mejor que nos demos prisa.

Aun agazapada, me guía por el perímetro de la jungla a un sector más tranquilo del terreno. Las sombras se extienden entre las luces. Lo que parecen dos cuartos de baño pequeños aparecen a cierta distancia uno de otro, son cabañas simples de un piso rodeadas por un porche cubierto. Los invitados llegan desde el resto del terreno y desaparecen dentro de la casa por unos minutos antes de regresar a la fiesta. Hay un guardia entre ambas cabañas, de espaldas a nosotras. Una cola larga de lagartija asoma por sus pantalones.

—Aquí —dice Wren.

Nos ponemos en posición frente al baño femenino. No estoy muy segura de qué estamos esperando hasta varios minutos más tarde, cuando un trío de mujeres reptilianas risueñas se dirige a la parte posterior de la cabaña. Dos Lunas, ambas con velos, y una de acero. La demonio de acero tropieza. Las mujeres se sujetan entre sí; chillando y riendo mientras intentan no verter el líquido de sus vasos.

—¡Ahora! —ordena Wren.

Sale corriendo de entre los árboles y yo la sigo un segundo después. Llega primero a la galería y la salta con facilidad. Las mujeres reptilianas han tenido poco tiempo para reaccionar antes de que Wren rodee con un brazo a ambas Lunas, extraiga sus espadas y las presione contra sus gargantas.

—Ni una palabra —susurra.

Coloco una mano sobre la boca de la mujer acero justo cuando está a punto de gritar. Es más alta que yo, pero su complexión huesuda es el cuerpo débil de alguien que ha vivido una vida protegida, y como una acero, la única parte de ella que parece un reptil son las

escasas escamas color índigo sobre sus mejillas y su cuello, como una bufanda bordada. Dominándola con facilidad, la arrastro fuera de la galería. Sus tobilleras de cobre tintinean cuando la alzo hacia la jungla. Wren está lista a medio camino del jardín junto a las otras dos demonios.

No me detengo hasta que las hojas húmedas de las palmeras me rozan la cara. Oculta a salvo en las sombras de la jungla, suspiro aliviada porque el guardia no nos ha oído... solo para asustarme cuando veo a Wren acomodando los cuerpos inertes de las dos mujeres reptilianas de la casta de la Luna.

La demonio que cargo llora encima de mi mano al ver a sus amigas. Lloro aún más cuando Wren se gira hacia nosotras con la espada en alto.

Balbuceo las palabras.

—¿Acaso has...? ¿Están...?

Ella sacude la cabeza.

Solo están inconscientes.

Tengo la mano húmeda por las lágrimas de la mujer reptiliana. Ella se sacude, el pánico sube por su garganta cuando Wren avanza hacia nosotras. Con un movimiento practicado, Wren alza la espada, apuntando con la empuñadura y golpea la cabeza de la mujer reptiliana con ella.

En un instante, la mujer se desmaya en mis brazos.

La apoyo en el césped, temblando. Por un instante, había estado segura de que la espada se dirigía a mi cabeza.

Wren se acerca a mí.

—Quítales la ropa a estas dos —dice, señalando—. Iré a buscar algo para atarlas. —Sin esperar respuesta, avanza hacia un árbol cubierto de lianas trepadoras y comienza a cortar las marañas llenas de hojas con agilidad.

Miro a las mujeres reptilianas inconscientes.

—Lo siento —susurro, antes de desvestir a las que Wren me ha indicado lo más rápido posible. Cuando ella vuelve, las dos demonios están desnudas salvo por su ropa interior.

Wren se agazapa y coloca hábilmente las lianas que ha recolectado alrededor de los brazos y las piernas de las tres mujeres. La ayudo a rasgar dos tiras del sari que no usaremos para crear mordazas improvisadas. Me hace sentir horrible ver a las tres demonios así. Aunque sean desconocidas, siguen siendo mujeres, y no nos han hecho nada. Pero me trago las náuseas y ayudo a Wren a terminar el trabajo.

Ella se pone de pie cuando terminamos.

—En general, el efecto del punto de presión desaparece en unas horas —explica—. Y estas ataduras deberían darnos algo más de tiempo.

—Pero estarán bien, ¿no? ¿Serán capaces de liberarse al despertar?

Wren asiente.

—He hecho a propósito nudos fáciles de desatar. —Comienza a quitarse la faja de su cintura—. ¿Sabes envolver un sari? —pregunta, quitándose ya los pantalones.

—No. ¿Tú?

Responde distraídamente.

—Alguien me enseñó una vez.

Cuando nos desnudamos, usamos el resto del sari descartado para limpiarnos la piel lo mejor posible y quitarnos la sangre de la batalla en el barco y el lodo de nuestro viaje por la jungla. Luego, rodea mi cuerpo con el sari de la demonio de acero con fuerza, con la bonita seda rosa y magenta. Se viste con un sari dorado y azul vibrante. Para terminar, nos ponemos los velos de las dos mujeres Luna en el pelo. Me aseguro de que mi daga esté bien oculta en los pliegues de mi sari mientras que Wren se cuelga sus espadas a la espalda. Sus ojos carecen de color detrás de la tela delicada, y hay un chisporroteo en el aire cuando canta un dao. La luz ilumina sus espadas y su arnés. Brillan unos segundos más antes de desaparecer de la vista.

Los ojos de Wren vuelven a la normalidad. Jadea un instante, como si la magia la hubiera cansado, pero se recupera rápido.

—¿Qué aspecto tengo? —me pregunta.

—No pareces tú —respondo en voz baja.

—Bien.

Busca mi mano y nos dirigimos al perímetro de la jungla. Miro por última vez por encima del hombro a las pobres mujeres demonio, atadas y agrupadas sobre el suelo enlodado. Luego, Wren y yo salimos de las sombras y entramos en el terreno del palacio de los Czo, donde la fiesta aún gira en una espiral de color, ruido y luces brillantes bajo el aguacero, con sus invitados y sus guardias ajenos a lo que acaba de ocurrir.

Mantengo el mentón en alto mientras nos movemos por la fiesta, con una expresión calmada en mi rostro. Por dentro, el pánico me sacude. Requiere todo mi esfuerzo no sobresaltarme ante el rugido de la risa de un demonio. Mi respiración ansiosa mueve el velo robado que me cubre el rostro. Como el de Wren, es delgado, apenas es un disfraz. Sin embargo, mientras nadie nos mire con demasiada atención, deberíamos pasar por aceros. Intento reconfortarme con ese pensamiento, pero hay demonios por doquier y mis nervios me marean como si el resto de los invitados, y yo también, hubiéramos estado bebiendo vino dulce toda la noche.

Serpenteamos entre la multitud. El aire es denso y húmedo, de la clase que solo tenemos en Xienzo durante la temporada del monzón. Huele a sudor y lluvia, a sándalo y humo de los espirales antimosquitos que flotan en los aleros de los pabellones. Sudo dentro de mi sari apretado. La mujer reptiliana más pequeña seguía siendo una cabeza más alta que yo y camino con la tela de su vestido sostenida entre mis puños. Ninguna de sus sandalias me quedaba bien, así que ando descalza, moviéndome con cautela para evitar que los pies grandes de los demonios me pisen los dedos expuestos.

—Hola, preciosa.

Un demonio reptiliano alto me detiene, su gran mano cubierta de escamas aterriza en mi brazo. Estamos bajo el techo hundido de uno de los pabellones. Un baile se desarrolla a nuestro alrededor, las guirnaldas de flores coloridas cuelgan de las vigas expuestas sobre las cabezas de los demonios danzantes.

Wren se detiene un poco más adelante.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos conocido antes? —El hombre es un demonio reptiliano de la casta de la Luna. Las escamas ocre oscuro cubren su cuerpo como una armadura. La lengua (rosada y bífida) sobresale cuando se acerca, ampliando su sonrisa—. Eres de una de las familias mineras, ¿verdad? ¿Los Zouar? —Su aliento apesta a alcohol. Sus dedos rozan el bordado delicado de mi sari, donde las flores rosas atraviesan la seda magenta. Debe de ser un diseño particular de la familia de la que cree que soy miembro—. Yo mismo trabajo en Baraghi. Recibimos vuestro cargamento de esclavos de papel hace dos días. Los que reemplazan a los que perdimos en el derrumbe de la mina este. Más de trescientos, el cargamento más grande hasta ahora. Debes permitirme hallar un modo de agradecértelo.

Retiro mi brazo.

—Creo que está confundido, señor —susurro.

Frunce su ceño cubierto de escamas. Me mira a los ojos; su tono dorado similar a los de un demonio.

—Pero...

Inclino la cabeza y paso a su lado para unirme a Wren. Ella entrelaza su brazo con el mío en cuanto llego a su lado. Nos apresuramos a salir del pabellón y a cruzar por una plataforma alta hasta fundirnos con la multitud.

—¿Has oído eso? —susurro.

—¿Lo de los esclavos? Se ha vuelto una práctica común. La esclavitud de cualquier forma es ilegal, claro, pero con los soldados reales y los representantes centrados en la actividad de los rebeldes y en reducir los desacuerdos entre clanes debido a la Enfermedad, han comenzado a mirar para otro lado.

La ira brota en mí.

—Y el rey y sus soldados no han dado un buen ejemplo.

Wren me mira de reojo.

—Eso también.

—Bueno —digo con brusquedad—, si esta son la clase de demonios que Czo invita a sus fiestas, dudo de que estén dispuestos a oír lo que tenemos para decir. No sé ni siquiera si *quiero* que estén de nuestro lado.

Wren está a punto de responder cuando se queda paralizada.

Me quedo quieta y sigo su mirada... y lo veo de inmediato.

Ni siquiera a diez metros de distancia, el general Ndeze está de pie junto a una columna al borde del pabellón frente a nosotras.

El edificio es magnífico, tres pisos brillando con luces y llenos de demonios charlando en grupos entre mesas de comida que huele deliciosa o reclinados en los divanes con dosel, con sombras de parejas entrelazadas detrás de las cortinas de gasa. Pero el frenesí de la fiesta desaparece en el fondo cuando mi visión se centra en el general.

Viste el uniforme real de color escarlata y negro. La luz cubre su piel verde musgo parecida al cuero. Con su inmensa forma de cocodrilo humanoide, es el demonio más grande de todos por lejos (todavía es el demonio más grande que he visto) y apenas logra contener sus músculos bajo su hanfu de seda elegante. Gira el cuello para hablar con un hombre lagartija panzón que viste una túnica mandarina. El vaso que el general sostiene parece ridículo en su puño inmenso, diminuto como un juguete. Reprimo una risa desquiciada.

De pronto, todo rastro de humor desaparece.

El general Ndeze, uno de los guardias personales del rey y uno de sus consejeros más

cercanos. *Aquí.*

A menos de diez metros de distancia de Wren y de mí.

—Lo hemos encontrado —dice Wren, sus ojos oscuros brillan.

Tardo un instante en comprender que se refiere a Lord Mvula, el Lord del Clan de los Czo y a quien hemos venido a buscar en la fiesta. Debe de ser el demonio panzón que habla con el general.

—Wren —digo despacio—, creo que debemos irnos. Esto huele mal.

Mira hacia delante, con la mandíbula tensa.

—Cuando encuentren el cuerpo del guardia y las tres mujeres reptilianas les cuenten lo que hemos hecho, los Czo aumentarán la seguridad al menos durante las próximas semanas. Será imposible acceder a Lord Mvula, incluso si pedimos directamente una audiencia.

—Entonces, dejémoslo. Vamos, ¿de veras crees que los Czo escucharán lo que tenemos que decir? ¡Ya has oído lo que el hombre lagartija ha dicho! No son la clase de demonios que sienten pena por los papeles. Y si el general Ndeze está aquí, eso significa que la relación entre el rey y los Czo aún es fuerte. ¿Y si Lord Mvula nos entrega directamente al general Ndeze? Si él quiere obtener el apoyo del rey, no habrá mejor modo de ganárselo.

Pero la mirada de Wren es decidida.

—Debemos intentarlo. Cortar el acceso del rey a las minas Czo reduciría ocho veces el poder de su ejército, por no mencionar que los Czo tienen alianzas estratégicas propias en los Estados Veraniegos que nos servirían. Le prometí a mi padre que haríamos todo lo posible —añade, casi en un susurro y, sin esperar respuesta, comienza a caminar hacia el general Ndeze y Lord Mvula.

Con un gruñido de frustración, la sigo.

Incluso disfrazada, me siento expuesta cuando nos aproximamos al pabellón. La galería amplia está llena de invitados. Siervos de acero con forma reptiliana avanzan entre la multitud, cargando bandejas plateadas con pilas de cacahuets tostados y cubos azucarados de guayaba, jalebi rizado con almíbar y trozos de coco bañados en melaza derretida. Un sirviente casi me pisa los dedos cuando avanza con una pirámide brillante de gulab jamun bañada de pistacho molido y uso todo mi autocontrol para no tomar un puñado, mientras mi boca saliva de inmediato.

Por supuesto que teníamos que llegar a la hora del postre.

Nos acercamos lo máximo que nos atrevemos al general Ndeze y a Lord Mvula. Wren se apoya despreocupadamente contra la columna de madera detrás de ellos mientras yo permanezco cerca, con las manos entrelazadas. La mitad de la silueta descomunal del general sobresale detrás de la columna. Su tamaño solo hace que sienta miedo. Nunca interactué mucho con él en el Palacio Escondido, pero él siempre tenía una presencia

intimidante, por su tamaño y su cuerpo con escamas oscuras y sus ojos delgados de cocodrilo.

—...Y no podemos permitir el acceso a cualquiera estos días, ya me entiende. —La voz del general Ndeze es grave y baja, las palabras brotan de las profundidades de su garganta. Aunque no veo su cara, imagino la curvatura satisfecha de sus labios oscuros.

La última vez que lo vi, coqueteaba con un grupo de cortesanas de la Casa de Noche en el Baile de la Luna, Zelle incluida. No es una imagen que lo congracie conmigo.

—Entiendo, entiendo. —La voz de Lord Mvula es aguda y aflautada en comparación—. El Palacio Escondido aún está cerrado, ¿eh? Ya ha pasado un tiempo, general. Algunos de nosotros, no yo, sabe, pero otros, están preocupados. De hecho, hace poco he hablado con Lord Dakah de los Shugur. Unos ladrones atacaron un carro en su ruta comercial generalmente protegida desde el Puerto Negro. Perdieron más de doscientas toneladas de azúcar de caña de primera calidad. Imagine que él y su clan estaban bastante enfadados al respecto.

—Y *usted*, Mvula, comprenda que el rey está preocupado en este momento.

—Sí, sí, claro. Pero... los negocios deben continuar.

La respuesta del general es cortante.

—La guerra es un negocio.

—Exactamente mi argumento, general. Por ese motivo me alegra tanto que haya aceptado mi invitación esta noche. ¿Ha podido considerar lo que le he propuesto antes? Espero que hayamos sido capaces de demostrarle que los Estados Veraniegos no son solo el terreno de los rebeldes que otros dicen que son. Jana hace tiempo que es una causa perdida, sí, y con lo ocurrido con los Hanno, Ang-Khen no se queda atrás. Pero aquí en Kitori, siempre hemos tenido un vínculo fuerte con la corte. Imagínelo, general. El sur bajo un único gobernante...

—Haría bien en recordar que *todo Ikhara* está bajo un único gobernante —interrumpe el general Ndeze, su voz es peligrosamente baja.

—Ah, sí, no era mi intención sugerir lo contrario. Le pido ochocientas disculpas, general. A lo que me refiero es a un único gobernante *bajo* la jurisdicción de la corte, por supuesto. Solo sería el humilde siervo del rey. —Su voz se vuelve sedosa—. No asumo saber nada sobre los planes de la corte, pero parece que atacarán a los Hanno en pocas semanas. Permítame ofrecerle mi ayuda. Soldados, armas, lo que sea que necesiten. ¿Por qué no aumentamos los cargamentos de acero y cobre? Las minas acaban de recibir esclavos de papel. Nuestra producción neta nunca ha sido mejor.

Antes de que el general Ndeze pueda responder, un demonio reptiliano de túnica y sampin verde se aproxima a Lord Mvula. Se inclina hacia el líder y le susurra algo.

Lord Mvula tensa su sonrisa.

—Disculpe, general. Debo ocuparme de un asunto. Por favor, disfrute del resto de la fiesta. Espero continuar más tarde con nuestra conversación.

El general Ndeze inclina la cabeza. Se gira, alzando su copa para beber un sorbo.

Y me ve.

La sangre me sube a las mejillas. A pesar del velo, estoy segura de que me reconoce. De que mis ojos dorados parecen un faro en medio de la multitud mientras su silueta imponente se acerca. Pero él solo aparta un mosquito que zumba junto a su oído y se pierde en la fiesta sin mirar atrás.

Suelto el aire que no he notado que contenía.

Wren toma mi mano con la suya.

—Vamos.

Avanzamos a través de la multitud hacia Lord Mvula, siempre con la cautela de mantener algunos invitados entre él y nosotras. Después de oír su conversación con el general Ndeze, mi aprehensión previa ha evolucionado a un pánico visceral, una sensación instintiva que me dice que nunca deberíamos haber venido aquí.

—¡Wren, ya has oído a Mvula! —siseo—. Los Czo son leales al rey. No nos ayudará.

Pero ella continúa avanzando como si no me oyera. Cada pocos minutos, más guardias Czo llegan. Le susurran al oído al Lord del Clan y él responde cortante antes de que se marchen a toda prisa.

Algo está pasando. Algo que los Czo no habían planeado.

Después de aproximadamente quince minutos, hemos atravesado casi todo el terreno de la fiesta. El hogar del Clan Czo está hecho de pabellones interconectados y plataformas elevadas que me recuerdan al Sector de las Mujeres en el Palacio Escondido, aunque en vez de jardines y patios pulcros, aquí la espesura de la jungla parece tragarse las edificaciones. La humedad le otorga peso al aire. El sudor cae por mi espalda y mi frente, mi aliento está contenido por el velo.

Pronto, las pasarelas entre los pabellones se hacen más largas, el terreno es más oscuro y más jungla se los traga. Bajo la lluvia y las llamadas de los pájaros y los monos, oigo las olas; debemos de estar cerca de la costa.

Wren y yo retrocedemos cuando Lord Mvula y su guardia giran en una esquina un poco más adelante. Ahora no hay invitados de la fiesta, solo algún miembro de los Czo pasa rápido por allí. Una pareja joven se besa en las sombras de la pasarela. La lluvia cae sobre sus laterales abiertos como una cortina brillante. Mirando a la pareja para garantizar que no nos ven, Wren me guía hasta el borde de la pasarela.

Atravesamos la cortina de agua y pisamos el suelo de la jungla. Mis pies descalzos se hunden agradecidos en el lodo, un respiro de los tablones de madera rígida. La plataforma elevada sube por encima de nuestros hombros. Nos quitamos los velos y bajamos la tela de

los saris a través de las piernas para crear una suerte de pantalones antes de seguir el camino alto desde la base, ahora avanzamos aún con más cautela.

Después de la curva, la pasarela se abre a un grupo complejo de pabellones de un piso sobre una plataforma circular cubierta. Nos agazapamos en las sombras. Al principio, solo oímos el goteo de la lluvia sobre las palmeras, oscuridad tormentosa y calor eléctrico. Luego, cierran con fuerza una puerta.

Un grupo de siluetas iluminadas por lámparas sale del pabellón más cercano, las voces susurran.

—¿Dónde lo has...?

—Puede haber aún más...

—Tal vez están en la fiesta...

—Hazlos hablar...

La lluvia cubre sus palabras. Aun así, el pánico recorre mi cuerpo, ahora más gélido y certero que antes.

Aún agazapadas, nos acercamos a la plataforma. Hay una lámpara colgada en las esquinas de cada uno de los pabellones interiores. La vista es difusa a través del velo de la lluvia, la luz ambarina revela la silueta borrosa de las figuras movedizas.

Oímos el crujir de los tablones de madera, el tintineo de las garras sobre la teca. La voz serpentina de un demonio reptiliano suena a pocos metros de distancia.

—Milord, ¿deberíamos avisar a los invitados? Podemos despejar la fiesta en menos de media hora.

—No, no. No deben saber lo que está pasando. No queremos generar pánico o darles la oportunidad de quedarse con los cautivos. Esta es una oportunidad enviada por los dioses. Debemos usarla con sabiduría.

—Sí, milord.

—Mantén a los cautivos aquí. Las dos chicas no estarán lejos. Buscad en los terrenos. Debemos encontrarlas antes de que algún invitado lo note.

—Sí, milord.

Pasos pesados: guardias volviendo a la fiesta. Solo algunas figuras permanecen en la galería.

Miro con pánico a Wren. *Los cautivos*, digo sin emitir sonido.

Lo sé.

¡Debemos hacer algo!

Aún no.

De todos modos, ella extiende la mano hacia su espalda donde aún están ocultas sus espadas gracias al dao. Cuando sujeta una, brilla y su hoja plateada es visible de nuevo. Alza su mano libre hacia el borde de la pasarela.

Extraigo mi propia arma, la magia que contiene la daga envía un cosquilleo por mi brazo.
—Sí, sin duda es un regalo de los dioses —susurra Lord Mvula en medio del silencio lluvioso—. Han visto nuestro trabajo. Nuestra paciencia. Y quieren recompensarnos. —Su voz adopta un tono más pesado, caramelizada por la codicia—. Saben que merecemos esto más que cualquier otro clan. El rey no será capaz de negarse a mi oferta cuando sepa que tenemos a la Elegida de la Luna y a sus cómplices. Me nombrará felizmente general y me pondrá a cargo de los Estados Veraniegos. Cuando los tengamos bajo nuestro control, los Czo serán el clan más poderoso de Ikhara.

—Y pronto, tendremos en la mira el trono del rey.

—Exacto. Nuestros planes empiezan a funcionar.

Oigo el tintineo veloz de garras que corren.

—Lord Mvula —jadea un guardia, con dificultad para respirar—, nuestros grilletes no son lo bastante grandes para contener al demonio aviforme. Hay cuatro de nuestros hombres solo sosteniéndolo. Lo hemos atado con cuerdas, pero no durarán mucho. ¿Permiso para cortarle las alas?

Lord Mvula no vacila.

—Permiso concedido.

Sujeto el hombro de Wren. Sus ojos brillan como los míos. Me rodea la cintura con el brazo, sujeta más fuerte el borde de la plataforma y me lanza para que suba.

Atravieso la cortina tupida de lluvia y aterrizo con un gruñido, con las rodillas plegadas y mi palma abierta golpeando los tablones del suelo. Hay tres demonios en la plataforma: Lord Mvula y dos guardias. Giran sus cabezas hacia mí atónitos mientras me pongo de pie de un salto.

Wren sube a mi lado. Aterrizo con elegancia, despampanante con su sari oscuro mojado, el rostro pálido y feroz y sus ojos ya blanquecinos. Un zumbido de frialdad eléctrica sale de ella cuando aferra su segunda espada.

Lord Mvula emite un grito agudo. Retrocede con torpeza mientras sus guardias saltan delante de él y sacan sus propias armas.

Acción. Reacción.

Fuego dentro. Miedo fuera.

Sujeto mi daga. La hoja de bronce brilla. Un grito cobra forma en su garganta mientras, en perfecto unísono, Wren y yo nos lanzamos sobre los guardias.

El aire estalla con el chillido del choque de acero. Hay gritos, alaridos angustiados cuando las armas golpean sus objetivos. Más guardias salen del pabellón. Apenas tengo tiempo de registrarlo todo. Los momentos se reducen a segundos centelleantes, al ritmo del golpeteo de mi corazón y el jadeo de mi aliento.

Un guardia reptiliano alza su espada.

Yo me agazapo y encuentro una abertura en el movimiento de su espada.

Espero a que ataque de nuevo, luego lo golpeo con fuerza en el centro de su estómago.

La sensación ahora familiar de la daga húmeda hundiéndose en la carne suave.

El guardia cae y más me atacan.

Aprieto los dientes contra el sonido de las espadas y las lanzas. Wren baila a mi lado. Se mueve con velocidad antinatural, casi vuela, una mancha de cabello ondulante y túnica flotante. Oigo un grito. Algo caliente me salpica la cara. Un segundo después, más sangre me cubre cuando deslizo mi daga sobre la garganta expuesta de un guardia de acero alto y me aparto antes de que él caiga al suelo.

Desde la pasarela que lleva a la fiesta llegan gritos y el tintineo de garras y pasos. Más guardias.

—¡Yo me ocupo, Lei! —grita Wren—. ¡Vete!

Cuando las espadas de dos guardias colisionan sobre mi cabeza con un ruido estrepitoso, me agazapo bajo ellos y corro hacia el pabellón por donde hemos visto huir a Lord Mvula y a los guardias y subo de un salto la escalera corta que lleva a la galería. El edificio es una cabaña de un piso con paneles de teca. Atravieso las cortinas de algodón que cuelgan de la entrada y entro en el interior oscuro.

Me detengo abruptamente.

El tiempo se paraliza mientras asimilo la escena. Un techo abovedado. Vigas de madera entrelazadas. Colgando de ellas: cuatro cuerpos.

Está demasiado oscuro y no puedo ver sus rostros, pero los reconocería en cualquier parte.

Nitta, Merrin, Hiro y Shifu Caen.

Mis cuatro amigos luchan, con los pies y las manos atados con cuerdas. Las mordazas sofocan sus gritos irregulares... pero están gritando y moviéndose, lo cual significa que *están* vivos. El alivio recorre mi cuerpo.

—Dioses —susurro, mitad suspiro, mitad llanto. Primero, corro hacia Merrin. Sus largos brazos emplumados están retorcidos detrás de él, las cuerdas gruesas rodean su cuerpo desde el hombro a la cadera para mantener sus alas contenidas. Contenidas, pero no cortadas. Cuando comienzo a trabajar en la cuerda, él sacude la cabeza de un lado a otro con vigor, sus ojos anaranjados penetran la oscuridad.

»¿Qué? —gruño, delirando de pánico—. ¿Te preocupa que arruine tu preciosa túnica? —Corto con más fuerza, frenética, y libero las últimas fibras. Avanzo a la próxima atadura—. Bueno, supéralo. Sabes, de todos modos no sé si el azul es tu color...

El aire abandona mis pulmones cuando algo pesado me derriba.

Me caigo. Mi rostro golpea el suelo. Oigo algo que se rompe, fuerte y preciso. El dolor me atraviesa la nariz con un destello cegador. La sangre caliente me cubre las manos y mancha la teca mientras me incorporo, solo para que un brazo rodee mi cuello.

Es musculoso y tiene escamas. Un guardia Czo.

El brazo se tensa. Veo chispas frente a los ojos. Intento respirar. Mi mano izquierda sujeta el brazo del guardia con torpeza. Con la otra, tanteo el suelo en busca de mi daga. Su hoja de bronce brilla en la luz tenue, tentadoramente cerca.

La respiración entrecortada sube por mi garganta, atrapada bajo el brazo aplastante del demonio reptiliano. El hedor metálico de mi propia sangre me invade la nariz y la boca.

Alzo los ojos con la vista borrosa. Ante mí, como dioses reticentes que han venido a presenciar mi ejecución, mis cuatro amigos cuelgan de las vigas del techo, sacudiéndose contra sus ataduras. Sus gritos están amortiguados. Merrin está suspendido sobre mi cabeza. En vez de sacudirse con vigor como los demás, él encoge los hombros de forma rítmica y extraña. Al principio, tengo la idea alocada de que hace alguna clase de ritual fúnebre de demonios aviformes para darle suerte a mi alma cuando muera. Y de pronto, lo entiendo.

Intenta liberar sus alas.

Su determinación enciende de nuevo la mía. Con un último esfuerzo y apretando los dientes, con el rostro fruncido por la fuerza, extendiendo los dedos un poco más lejos...

Y toco la empuñadura de mi daga.

La acerco. En cuanto soy capaz, la rodeo con mis dedos. La daga zumba a modo de respuesta y con un destello de poder, la muevo hacia atrás... y la clavo de lleno en el estómago del guardia demonio.

Él me suelta con un gruñido.

Caigo sobre mis manos, jadeando, y oigo un aleteo sobre mí.

Merrin cae al suelo. Se ciernen sobre mí. Oigo un crujido enfermizo cuando le rompe el cuello al guardia en dos con un movimiento limpio. Luego, me tiende las manos y me ayuda a ponerme de pie.

—Lei...

—Ayuda a los demás —grazno, apartándolo—. Wren está sola fuera.

Apoyando mi manga contra la nariz para absorber parte de la sangre que me cae de ella, avanzo tambaleante. La habitación da vueltas, pero envío aire entrecortado a mis pulmones. Mientras Merrin libera a Nitta y a Shifu Caen, voy hacia Hiro y corto la cuerda que rodea su cuerpo antes de ayudarlo a bajar.

En cuanto retiro el trozo de tela de su boca, él cierra los ojos y pronuncia un canto. Siento la calidez de la magia cuando alza la mano hacia mi nariz rota.

—No —digo, bajándole el brazo—. Conserva tu energía.

Después de saludar brevemente a todos para comprobar que están bien, Nitta, Caen y Merrin toman sus armas, que están agrupadas en un rincón de la habitación, y juntos corremos por la galería como una oleada de espadas tintineantes.

Wren brilla en medio de todo. Se mueve con suavidad asombrosa, se desliza de modo sobrenatural cuando esquiva, salta, ataca y corta, su melena suelta flota como si estuviera bajo el agua. La frialdad invade el aire a su alrededor. La atacan sin cesar y ella contraataca con la gracia de una bailarina, vertiendo sangre como las cintas de seda roja de una bailarina.

Sobre la plataforma, los cuerpos cubren el suelo. Los paneles de madera están manchados de rojo.

Mientras estoy momentáneamente atónita, Caen y Nitta saltan a la lucha sin vacilar. Nitta ni siquiera usa su arco, en cambio lucha como Naja cuando se enfrentó a Wren en el Palacio Escondido, todo garras afiladas y ferocidad visceral. Tropiezo con el cuerpo de un guardia en mi camino a unirme a la lucha. El dolor fresco recorre mi nariz. Escupo un poco de sangre y recobro la estabilidad cuando Merrin me sujeta y me arrastra hacia atrás.

—Debemos irnos —dice mientras más guardias entran por la pasarela.

—Buscaré a Wren.

Lo empujo a un lado y avanzo al corazón de la batalla. El aire zumba con las armas. El choque metálico suena a mi alrededor. Me agazapo y me muevo entre el mar de cuerpos.

—¡Wren! —grito—. ¡Wren, soy yo!

Algo plateado brilla más adelante. Me giro justo a tiempo para esquivar el brazo atacante de un hombre reptiliano que gruñe. Antes de que él pueda recuperarse, hundo mi daga en su muñeca. El líquido rojo brota y nos cubre a los dos en olas brillantes y cálidas. Él suelta su arma, cae de rodillas mientras yo me doy la vuelta a toda prisa.

—¡Wren! —grito de nuevo.

No me escucha. El aire crepita a su alrededor; tiene los ojos blancos como nieve fresca. Mata con mucha facilidad, un movimiento de su espada por allí, un cuello roto de una patada por allá.

El asombro es una sensación común para mí ante Wren. Cada vez que la toco, su belleza me deja sin habla. El modo en que curva su cuerpo y rueda bajo mis dedos me maravilla como si fuera la primera vez, siempre. Cuando la veo guiar al grupo o tomar decisiones difíciles, o simplemente apoyarme día tras día, extrayendo reservas de fuerza renovada cuando creo que ya no me queda más. Wren siempre me ha impresionado, pero esta vez, la fascinación que recorre mi columna es distinta. Como en el barco, cuando creó una tormenta mágica tan fuerte que creí que nos mataría a todos, mi fascinación está mezclada con el miedo.

Con miedo *de* ella... y *por* ella.

Hay pilas de cuerpos a su alrededor en el suelo. No tengo más opción que pisarlos para acercarme. Ella concluye una patada cuyo objetivo era la mandíbula de un guardia reptiliano.

La sujeto por la muñeca, con una mueca cuando el dolor del impacto recorre mi nariz rota.

—Wren.

Mi voz es casi un susurro, demasiado bajo para que me oiga. Pero algo en su interior parece escucharme, una parte instintiva de ella percibe que susurro su nombre a pesar de que hay kilómetros entre las dos, montañas, valles y océanos enteros.

Se detiene. Me mira a los ojos, blanco sobre oro.

Luego, sale de su trance Xia y sus iris retoman el tono castaño.

Sujeta mi mano y sin decir nada, nos damos la vuelta y corremos al borde de la plataforma a través del caos de espadas y garras afiladas.

Los demás nos siguen. Juntos, saltamos de la plataforma elevada hacia la jungla. Las gotas gruesas de lluvia nos golpean mientras corremos por el terreno oscuro. Algunos guardias nos persiguen, pero Nitta los derriba con flechazos rápidos de su arco, apuntando por encima del hombro con reflejos veloces como un rayo. Al principio, Wren y yo guiamos al grupo. Pero en pocos minutos, ella comienza a reducir la velocidad mientras empalidece.

La sostengo justo cuando sus piernas ceden.

—¡Merrin! —grito.

Él me comprende de inmediato, vuelve corriendo y la carga sobre el hombro. Con aleteos poderosos, alza el vuelo y planea bajo para permanecer cerca de nosotros.

Ahora, el suelo cae en pendiente. El rugido de las olas cubre nuestro avance ruidoso a través de la jungla y las órdenes bruscas de los guardias mientras nos persiguen. Minutos después, el destello plateado de la luna sobre el agua aparece en una abertura en la jungla. Aún llueve, pero la tormenta está cesando, las nubes se abren. El arco de la luna creciente y brillante se asoma entre ellas.

Cerca del mar, el suelo es aún más irregular. Mis pies descalzos ya están cortados por las piedras y las hojas puntiagudas y mis ojos se humedecen mientras la tierra pasa de suelo húmedo a roca afilada, cada paso hace que mi nariz lata más.

Merrin llega primero al acantilado. Vuela y observa la costa antes de volver. Wren baja de su espalda, con el rostro ceniciento.

Los demás nos detenemos abruptamente.

—¿No hay algún bote conveniente que robar? —jadeo, doblando el cuerpo mientras sostengo una costura en el lateral de mi cuerpo.

La expresión de Merrin es respuesta suficiente.

—Podemos saltar —sugiere Shifu Caen.

—Demasiadas rocas.

—Entonces, encontremos un modo de bajar hasta el agua.

Nitta desliza una mano sobre su ceño peludo.

—No soy la mejor en el agua, si es que alguno recuerda el incidente en la aldea pesquera.

—No importa —responde Merrin—. La isla más cercana está a dieciséis kilómetros y las corrientes del archipiélago son fuertes. Incluso los nadadores experimentados tendrían problemas.

—¿Quizá puedas llevarnos a todos volando hasta la isla más cercana? —pregunto. Él sacude la cabeza.

—Solo quedaríamos varados en otro lugar y los Czo pronto movilizarían sus barcos.

Nitta frunce su labio inferior con preocupación.

—¿Y el continente...?

—Demasiado lejos.

Mientras los demás continúan debatiendo qué hacer, subo al borde del acantilado y miro la extensión de mar oscuro. Las otras islas del archipiélago yacen a lo lejos, montículos oscuros sobre el océano. La luz de la luna crea un sendero plateado sobre el agua, tan sólido que parece que podríamos bajar y caminar por él. Como si fuera justo lo único que necesitaríamos para escapar de las garras de los Czo.

Siento un nudo en la garganta.

Estábamos tan cerca.

—¿Cuidarías esto por mí, Lei?

Me sobresalto ante la proximidad silenciosa de Hiro. Sus ojos grises y amplios brillan. Tiene una mano extendida, con la palma abierta. La luz de las estrellas cubre el objeto que sostiene, pero aun sin la luz habría sabido lo que era en cuanto mis dedos lo tocan, en cuanto siento el peso familiar en mi mano, el contenedor suave.

—No... No puedo aceptarlo —digo.

Detrás de nosotros, las voces altas de los demás quedan interrumpidas por el sonido de las flechas de Nitta volando. Desde la jungla sale un grito, el sonido de cuerpos chocando entre sí a través de la vegetación.

—¡Ahora sería un buen momento para decidir qué hacer! —grita Nitta. Derriba a los primeros guardias uno por uno a medida que salen de la jungla.

La expresión de Hiro no cambia.

—Por favor —dice él, extrañamente tranquilo—. Dale esto a Wren cuando se recupere. Ella sabe qué hacer con él. El otro es para ti.

Lo miro con fijeza.

—¿A qué te refieres con que cuando se recupere?

Sin responder, él deposita su relicario de bendición natal en mi mano, junto al otro objeto, la pequeña caja lacada que he notado que él lleva encima. Él cierra mis dedos sobre los objetos. Luego, se gira hacia los demás y avanza hacia Wren.

—Úsame —dice él, su voz es clara y firme.

Ella parpadea. Adopta una expresión seria al comprender.

—Hiro, *no*.

—No tienes energía suficiente para hacerlo sin mí —responde él.

—¡Ni siquiera sabemos si funcionará!

—Sí. —El rostro del niño hechicero brilla en la oscuridad—. Lo sabemos.

Oímos la voz de Nitta a nuestras espaldas.

—¡Un poco de ayuda, por favor!

Nos giramos y vemos una oleada de guardias salir del muro de hojas mojadas por la lluvia. Hay más de ellos que los siguen por detrás.

Merrin suelta un insulto. Con un aleteo, avanza, alzándose apenas del suelo para cortar a los guardias con sus garras extendidas.

Hay gritos. Algunos demonios reptilianos caen sosteniendo sus cabezas ensangrentadas.

Caen desenvaina su espada cuando Merrin ataca de nuevo.

—Recuerda lo que tu padre nos dijo —le gruñe a Wren—. ¡Haz lo que debas hacer! —Corre para unirse a la batalla.

Guardo el relicario de bendición natal de Hiro en la cajita antes de introducirla en los

pliegues de mi sari con dedos temblorosos. Desenfundo mi daga, pero permanezco atrás, no quiero dejarlos.

—Sabes qué hacer —le dice en voz baja Hiro a Wren.

El rostro de Wren está pálido, tiene los ojos tristes. Mira a los guardias que se aproximan, luego a mí, y cuando mira de nuevo a Hiro, su expresión es una mezcla de determinación y algo doloroso.

Algo similar al arrepentimiento.

—Retrocede, Lei —ordena.

Hago lo que pide.

El choque de espadas y los gritos de batalla atraviesan la noche. A pesar de las habilidades de Nitta, Caen y Merrin, los superan ampliamente en número y los guardias avanzan sin piedad mientras forman despacio un semicírculo a nuestro alrededor. Pronto, nos obligarán a caer sobre las rocas que se asoman a la superficie por debajo... o sobre las armas de los Czo.

Los ojos de Wren pierden su color. Una oleada gélida fluye de su cuerpo y eriza la piel de mis brazos. Su cabello flota en un viento invisible.

—*Hiro* —dice Wren y sus palabras suenan con un eco espeluznante.

El niño hechicero me dedica la sonrisa más ínfima.

—Buena suerte, Lei. Y gracias.

—Espera... —comienzo a decir.

Él ya está junto a Wren. Busca en la bolsa que cuelga de su cintura y extrae una daga delgada que nunca he visto. Apenas tengo tiempo de sorprenderme antes de que él se haga un corte profundo en su antebrazo derecho, desde su muñeca hasta el pliegue del codo.

La sangre brota en un río espeso.

Él cae de rodillas.

—¡Hiro! —grito avanzando hacia él.

Pero su expresión es serena mientras alza su brazo ensangrentado. Wren lo aferra. Rodea su muñeca con los dedos.

El efecto es instantáneo. El rugido del viento que estalla de Wren es tan fuerte que hace que caiga al suelo. Ráfagas árticas soplan sobre los acantilados y apartan la lluvia. Oigo gritos y alaridos. El choque de espadas se detiene, todos están sorprendidos. Muevo una mano temblorosa hacia mi rostro para apartar el cabello que se pega a la sangre que brota de mi nariz y me duele al tacto, el aire está cargado de estática.

Luchando contra las oleadas poderosas de la magia de Wren, me pongo de pie con dificultad, mi nariz palpita. Wren y Hiro son una silueta sobre la oscuridad. La voz de Wren suena mientras canta. Los caracteres dorados del dao brillan mientras suben en el aire, girando alrededor de ella y de Hiro como una tormenta dorada.

Despacio, noto que el choque de espadas ha vuelto, pero estoy paralizada, mirando con ojos horrorizados la escena frente a mí. Los dedos de Wren están manchados con la sangre de Hiro. Aunque él tiene el brazo en alto, su sangre fluye por su brazo, pero no hacia abajo, sino hacia *arriba*, ríos color escarlata que trepan por el brazo de Wren, entrelazándose en su piel como brazaletes de rubíes, gruesos y brillantes.

Oigo pasos pesados a mis espaldas.

No tengo tiempo de sacar la daga. Muevo el torso hacia delante para alzar mi pierna derecha y darme la vuelta. Mi talón hace contacto con el costado del guardia reptiliano cuando me giro. Él gruñe y pierde el equilibrio. Tomo el bastón que él sostenía, lo sacudo y le golpeo en el mentón con su propia arma. Él se tambalea antes de recobrar la compostura.

Pero yo ya me he hecho con mi daga. Con el corazón acelerado, y la visión teñida de rojo, salto hacia él y le clavo la daga brillante en el pecho.

Emite una exhalación de sorpresa. Caemos juntos de rodillas. Luego, libero mi daga y ruedo a un lado mientras él cae de frente contra la roca.

Jadeando, me pongo de pie. Ahora hay guardias a todo nuestro alrededor. Merrin los corta con caídas giratorias en picado y los obliga a dirigirse hacia Nitta y Caen, que esperan para atacar, pero ambos se ven forzados a retroceder hacia atrás, hacia nosotros. Un reluciente torbellino dorado baila alrededor de Wren y de Hiro, el aire chisporrotea. Los dos son siluetas oscuras en el centro de un círculo mágico: Wren está de pie erguida y aterradora; Hiro está desplomado a su lado, su muñeca cuelga inerte de la mano de Wren.

Arrastro mis ojos hacia los demonios que se acercan. Ya casi están sobre nosotros. Sea cual sea la magia que Wren y Hiro estén construyendo, no está lista.

Mi respiración se acelera. No lo lograremos. Moriremos aquí, la sangre de mis amigos cubrirá las rocas solo para que la lluvia la haga desaparecer...

¡Bum!

Algo surca el aire con un destello y, esta vez, no son fuegos artificiales. El impacto del estallido me obliga a caer al suelo. La respiración abandona de pronto mis pulmones. Estoy de espaldas, mirando el cielo boquiabierto como un pez encallado. Las gotas de lluvia me cubren la cara, ahora mezcladas con los copos grises y extraños de material flotante que luego noto que son ropa.

Ropa y piel.

Mis oídos zumban. El aire sabe a ceniza. Mi nariz rota palpita tan fuerte que veo destellos blancos ante mis ojos. Apretando los dientes contra el dolor, me doy la vuelta sobre mi estómago y me pongo de rodillas.

Oigo otro ruido, más cerca esta vez, y mucho más suave. No lo sigue ninguna explosión. Mientras me pongo de pie, temblorosa, noto que un arpón sobresale a través de una grieta

en las rocas, a centímetros de mis pies. Tiene una cuerda gruesa en un extremo. Se extiende por el acantilado hacia abajo y sobre las rocas, hasta un barco que flota en el agua.

Las velas amarillas con una huella de garras afiladas estampada vuelan de los mástiles gemelos. En la cubierta, dos siluetas se mueven y hacen girar el barco. De pie en la proa, con una pierna sobre la barandilla, está la que parece una chica alta con forma de leona. Los dobladillos amplios de sus pantalones y su camisa cruzada ondean en el viento. Un pañuelo amarillo rodea su cuello. Tiene sobre el hombro algo similar a un cañón.

Me ve y sonrío.

Deja el cañón en el suelo y salta sobre la cuerda tensa entre su barco y el arpón clavado en el acantilado. Con una destreza increíble considerando lo terriblemente peligrosa que es la cuerda, la chica leona trepa por ella corriendo.

Una oleada poderosa sacude el barco. La cuerda se afloja y se mueve. La chica demonio se tambalea, pero mantiene el equilibrio, solo lo pierde pocos segundos antes de atravesar los últimos metros corriendo con facilidad. Salta sobre el acantilado y aterriza con un ruido pesado.

Lanza hacia atrás su pelo rubio al enderezar la espalda y me dedica una sonrisa amplia llena de dientes afilados que arruga sus mejillas peludas color arena. Sus ojos felinos brillan, enmarcados por pestañas gruesas y maquillados con kohl.

—Lo sé —ronronea, su voz es grave y confiada—. Eso *ha sido* impresionante. Pero guárdate los cumplidos para después. Por mucho que me gustaría oírlos, tenemos que hacer una fuga dramática.

Me lanza un par de objetos de acero curvos que tienen un ojal en un extremo.

La miro boquiabierta.

—Em...

—Para la cuerda —dice, señalando a sus espaldas.

Sigo sin moverme.

—Lo siento, ¿quién eres?

Ahora parece completamente ofendida.

—¿Acaso Wren no te ha hablado de mí? —Mira rápidamente hacia donde Wren aún hace magia. Su cabello grueso flota en la ráfaga de viento encantado—. Cariño. Sin duda intentaba ser considerada. —La chica leona me sonrío—. Soy la general Lova, el primer amor de Wren. Tú debes de ser Lei: su segundo amor. Es un placer conocerte.

Mientras aún la miro atónita, ella toma una espada curva inmensa de su espalda.

—¡Caen! —grita ella—. ¡Sube a todos al barco!

Y luego, se zambulle en la batalla, girando su alfanje.

La sorpresa de Shifu Caen ante la aparición de la leona solo dura un segundo. Termina de derribar al demonio reptiliano con el que luchaba rebanándole el cuello y luego retrocede y

corre hacia donde yo aún estoy de pie, sosteniendo los objetos raros que Lova me ha dado.

—¡Nitta! —grita él por encima del hombro—. ¡Hora de irnos!

Hace rato que Nitta se ha quedado sin flechas. Ha estado usando su arco como bastón y sus garras como cuchillas. Espera a que Merrin la cubra volando en picado antes de correr hacia nosotros, jadeando mucho.

—Los Amala están aquí —dice Caen. Toma dos de las piezas metálicas que sostengo.

Nitta se gira. Ve a Lova, se gira de nuevo y entrecierra los ojos.

—¿Y confiamos en ellos?

Él le lanza otro de los objetos metálicos.

—No tenemos otra opción.

—Esperad —digo—. No podemos dejar a Wren y a Hiro...

—No lo haremos. Ahora, Nitta: tú primero.

La chica leopardo avanza hacia el arpón. Coloca el gancho de acero curvo sobre la cuerda y salta. Observamos cómo vuela sobre el agua con rapidez, su cuerpo largo se balancea debajo de la soga hasta llegar al barco.

En cuanto aterriza sobre la cubierta, Caen me obliga a avanzar.

—Tu turno.

Miro a Wren y a Hiro. Un círculo vacío los rodea, la fuerza de su magia aún los protege. Lova está de pie entre ellos y el muro de guardias que avanzan. Lucha con una velocidad y un poder impresionantes, su inmenso sable plateado brilla cuando atraviesa el aire lluvioso, mientras que Merrin continúa atacando desde el aire.

La leona nos mira por encima del hombro.

—¡Idos! —grita.

Con un gruñido de frustración, avanzo con torpeza al borde del acantilado. El pelo me cae sobre la cara cuando engancho el objeto metálico a la cuerda.

Siento que mi estómago da un vuelco cuando salto. Luego, trabo los brazos por encima de la cabeza. Mis hombros se tensan y siento dolor nuevo en mi nariz. Apretando los dientes, mis ojos arden por la ráfaga de aire salado y me aferro al metal mientras la barra se desliza por la cuerda. El mar bosteza bajo mis pies descalzos, la espuma burbujea alrededor de las rocas cubiertas de algas que me romperían el cráneo si me cayera.

Las olas están más cerca; el océano me salpica la piel. El barco está delante. En cuanto lo alcanzo, suelto el gancho de metal. Caigo rodando sobre la cubierta, el cielo y el suelo dan vueltas a mi alrededor, el aire sale de mis pulmones.

Cuando me detengo, permanezco en el suelo temblando. Pasan unos segundos antes de que pueda abrir los dedos de mis puños apretados. Me incorporo sobre los codos y gruño.

—Despacio. —Nitta aparece a mi lado. Me rodea la cintura con un brazo para ayudarme a ponerme de pie.

Oigo sonidos metálicos detrás de nosotras. Nos apartamos de la trayectoria de Caen mientras aterriza y salta sobre cubierta apenas tambaleándose. Unos segundos después, otra figura baja a toda velocidad por la cuerda.

Lova salta sobre la cubierta con una elegancia imposible. Sin esperar un segundo, desenfunda su sable y corta la cuerda.

—¡Qué haces! —grito—. ¡Wren y Hiro todavía están allí arriba!

—El pájaro los traerá —responde cortante. Guarda su arma y pasa a mi lado dando órdenes a los dos demonios gatunos que trabajan en las velas y el timón.

Camino tambaleándome hacia la borda.

La isla Czo parece increíblemente lejana. El agua es oscura, el resplandor plateado de la luna dibuja un sendero sobre las olas. Las nubes pesadas se dispersan sobre el horizonte. El agua me moja las mejillas mientras las olas rompen contra el casco. Incluso desde aquí, el aire cruje levemente por la magia. Y luego, el aire...

Estalla con magia.

Una ola estrepitosa, chisporroteante e iridiscente brota de la isla de Czo. Empuja al barco y me caigo al suelo. Mi nuca golpea la cubierta. La noche se vuelve momentáneamente día mientras los caracteres dorados brillan y chisporrotean en el aire. Los veo caer como lluvia mientras busco aire como un pez fuera del agua, solo escucho el latido de mi corazón y la sangre en mis oídos.

Me pongo de pie despacio, con sabor a sangre. Las chipas doradas todavía caen alrededor, como una lluvia de estrellas diminutas. Sobre la cubierta, los demás también se levantan del suelo.

Al frente, la isla de Czo arde. Toda la isla está en llamas, las lenguas anaranjadas se alzan altas hacia el cielo. Lluvia ceniza que invade el aire con el ahora familiar olor a humo, destrucción y finales.

Contra las llamas, una silueta vuela hacia nosotros, con los brazos alados extendidos.

Merrin aterriza con brusquedad. Corremos hacia él mientras Wren baja de su espalda y se desploma a su lado, con las piernas extendidas sobre la cubierta. Aún no oigo bien, y todo parece extrañamente en silencio mientras abrazo a Wren. Hundo el rostro en su pelo. Nos balanceamos con el movimiento del barco. Su respiración es superficial y difícil.

Cuando retrocedo, Wren tiene el rostro serio, las ojeras rodean sus ojos como lunas eclipsadas. Deslizo una mano suave sobre su sien. Aún es preciosa, por supuesto que lo es. Sería preciosa incluso si tuviera ciento cincuenta y un años. Pero parece haber envejecido diez años en un segundo. Tiembla de pies a cabeza. Tiene las mejillas hundidas, los labios agrietados, la piel carente de color. La cicatriz de su frente parece más profunda ahora, está rosa y parece en carne viva.

—Dioses, Wren —lloro. Me acerco, pero ella aparta la cabeza a un lado antes de que

pueda besarla.

—No —grazna.

Tiene la voz rota. Ronca, asustada y... algo más. Un hilo común que he notado que se extiende bajo sus palabras cada vez más durante las últimas semanas.

Ahora reconozco lo que es.

Culpa.

Una alarma suena en mi interior.

—Wren, ¿dónde está Hiro?

Ella sacude la cabeza de lado a lado, negándose a mirarme a los ojos.

La compresión encaja con un *clic* claro y horrible. Las lágrimas aparecen. Caen sobre mis mejillas como una ola cálida.

—Ese es el secreto, ¿verdad? —susurro con voz grave—. El secreto de tu magia. El dolor. La sangre.

Ella no responde.

Despacio, tomo consciencia de la presencia de los demás.

—Lei. —La voz de Caen es suave, pero firme. Me aparta despacio sujetándome de los hombros y Wren no lo detiene—. Dale espacio. Ha sido magia poderosa. —Hay asombro en su voz... asombro y terror.

El silencio se extiende. El aire es suave con el vaivén de las olas, las gotas de lluvia caen sobre la cubierta. Todo mi rostro late de dolor, pero el modo en que Wren evita mis ojos es cien veces peor.

—Deberíamos acelerar el paso —dice Nitta después de un rato—. Los Czo no tardarán en alcanzarnos.

—Ah, cachorra. ¿De verdad crees que ahora somos su prioridad?

La general Lova está erguida, con la mano en la cadera, sus ojos felinos brillan. Con una punzada, noto que sus ojos son ambarinos... casi del mismo tono que los míos, aunque los suyos son más oscuros y contienen un tinte castaño.

—Los Czo estarán concentrados en evacuar a sus invitados a las islas cercanas. —La leona limpia su sable sobre su ropa, lo que deja marcas rojas oscuras en la tela—. Lord Mvula los invitó a la fiesta para garantizarse su apoyo si estalla la guerra. Si alguno de ellos ha resultado herido, será más difícil para él conservar la alianza de sus clanes. —Enfunda su sable—. Navegaremos a un sector de la costa de Kitori un poco más al sur de aquí. Este barco está hecho para la arena y el agua. Podemos trasladarlo por las dunas hacia el desierto. Deberíamos llegar a Jana mañana por la noche.

La leona se acerca a nosotros, sus caderas generosas se balancean de lado a lado. Se pone de rodillas y sujeta el rostro de Wren entre las manos.

—No te preocupes, cariño —ronronea, deslizando los pulgares sobre las mejillas de Wren

— Ya estoy aquí.

Y delante de todos nosotros, deposita un beso en los labios de Wren.

—Mis espías me han contado toda clase de historias fascinantes sobre vuestras huidas estas últimas semanas —dice la general Lova mientras nos sentamos en la cubierta, sosteniendo tazas de chai caliente—. Todas muy valientes, aunque un poco caóticas. Aunque, sinceramente, me duele que no acudierais primero a nosotros. ¿El Ala Blanca? —Mira a Merrin—. Esos pájaros nunca pueden comprometerse con nada. Ya lo veréis. Perderán interés en esta guerra en diez minutos y se esconderán de nuevo en su precioso reino de las nubes y nos dejarán a los demás defendiendo Ikhara para ellos. —Lanza la cabeza hacia atrás y añade en voz suave—: El aislamiento es solo una estrategia política para los privilegiados.

Merrin cruza los brazos. Tiene la espalda apoyada y está levemente separado del grupo.

—Tienes suerte de que a los pájaros nos enseñen a respetar a los líderes de otros clanes —responde él con frialdad—. De otro modo, usaría otras palabras contigo, *Lady* Lova.

—Qué pena —suspira la leona—. Me encanta un poco de falta de respeto. Me da más oportunidades de practicar réplicas astutas. —Sus ojos ambarinos brillan, su voz es un ronroneo gutural—. Al igual que mi habilidad con la espada. —Bebe un sorbo de té y cruza su mirada con la mía por encima de su taza antes de guiñarme un ojo.

Después de llegar a la costa kitoriana anoche, Lova y los otros dos demonios felinos hicieron hábilmente ajustes para que el barco pasara de las olas oceánicas a las dunas de arena. Desplegaron velas nuevas que salieron de los laterales del barco para capturar el viento bajo del desierto y cambiaron el timón con un movimiento que desafió la gravedad en el que Lova colgó de la popa del barco, con los pies clavados sobre la barandilla.

Ahora, horas después, el sol comienza a subir. El barco se balancea despacio mientras se desliza sobre las dunas, el viento cálido nos da en el pelo. A nuestro alrededor, la arena se extiende, las colinas doradas bañadas de tonos rosas y ambarinos. Estamos apiñados en el centro de la cubierta. Del mástil a la borda, una tela se extiende a modo de techo para resguardarnos del ardor de la arena voladora y el calor del sol del desierto. Al ser demasiado pequeño para contener cabinas bajo cubierta, el barco de los Amala solo tiene un camarote, pequeño y de techo bajo para mantener la velocidad alta del navío. Wren ha estado allí dentro toda la noche, atendida por un miembro de la tripulación de la general con experiencia médica.

—¿Cuánto tiempo nos has seguido? —le pregunta Shifu Caen a la general Lova.

—Desde el minuto en que nuestros espías del Palacio Escondido nos informaron de lo que pasó en el Baile de la Luna. Antes, de hecho: cuando asesinaron a Bhali Hanno. Ahí fue cuando supimos que la guerra era inevitable. Ketai nunca permitiría que el rey quedara impune. Luego, nuestros exploradores nos advirtieron de que habíais llegado al Palacio de las Nubes, y a partir de ahí los próximos pasos de Ketai fueron bastante evidentes. Puse espías en toda la costa sur por si acaso, pero estaba bastante segura de que visitaríais a los Czo, así que me aseguré de permanecer cerca. Por suerte lo hice, ¿no? —Sonríe, pero ninguno le devuelve el gesto.

—Entonces, ¿nos ayudarás? —pregunto cortante—. ¿Eso es lo que dices?

Lova retuerce su pañuelo en un dedo y curva la comisura de su boca.

—¿Eso es lo que digo?

Nitta la fulmina con la mirada.

—Ninguno de nosotros está de humor para juegos, Lova. —Está sentada a mi lado, abrazándose las rodillas, su bonita cara aún está manchada de sangre por la batalla contra los Czo. Aunque es alta como Lova, ahora parece más baja, como si parte de su presencia hubiera desaparecido con la muerte de su hermano.

—Con que ahora solo soy Lova, ¿no? —responde ella, sonando casi entretenida.

—Ya no eres la líder de mi clan. —Aunque las palabras de Nitta son desafiantes, hay vacilación en su tono—. No te debo un título.

Algo se endurece en la expresión de Lova.

—Supongo que tienes razón. De todos modos, es bueno verte, cachorra. Ha pasado bastante tiempo. ¿Dónde está el molesto de tu hermano? Según mis exploradores, estaba con vosotros cuando os embarcasteis en Shomu.

Nitta alza las pestañas.

—Bo está muerto —dice, casi con violencia.

Lova no reacciona... o al menos, no permite que su rostro exponga una reacción. Su oreja derecha tiembla junto a una mosca que vuela demasiado cerca. Después de un segundo, dice:

—Lamento oír eso. Era un buen gato.

—Era más que eso —susurra Nitta.

Sabiendo que quiere que la dejen en paz, atraigo la atención de Lova.

—Dado que nos has seguido todo este tiempo, sabes que no siempre hemos sido bien recibidos por los otros clanes. ¿Podrías dejar claro si nos ayudarás o no?

—Por supuesto que os ayudaré, Lei —responde, sonriendo con calidez—. No es necesario preocuparse. Puede que Ketai Hanno no me importe, pero creo en su causa. Y creo en su hija. Después de todo, ella es la razón por la que todos estamos aquí, ¿verdad, Elegida de la Luna? Ella es el futuro de Ikhara.

Me encojo levemente bajo su mirada intensa. Es imposible no sentirse intimidada por Lova. La luz creciente ilumina el tinte dorado de su pelaje y brilla en sus ojos almendrados y altos. Los pómulos pronunciados llevan a una mandíbula fuerte, mitad humana, mitad leona. Pero es su cuerpo lo que llama más la atención, el modo en que sus curvas generosas parecen escapar prácticamente de sus prendas. Una camisa cruzada de algodón suelta apenas logra contener su impresionante escote. Sus pantalones de pierna ancha se tensan en sus caderas, que ella balancea de modo tan seductor cuando se mueve que es imposible no notarlo.

Siento un dolor en el pecho. La general Lova es tan guapa que duele. Y no es lo mismo que me pasa con la belleza de Wren, pero cada vez que miro a la leona no puedo evitar pensar en Wren disfrutando de la belleza de *Lova*. Imágenes de sus cuerpos apretados invaden mi mente y me generan náuseas.

La leona relaja su sonrisa.

—Pero tienes razón, Lei. Nunca hace daño aclarar las cosas. No quiero malentendidos. —Mira a Shifu Caen, ahora con seriedad absoluta—. Los Amala estamos listos para forjar una alianza con los Hanno. Pero lo haremos bajo nuestros propios términos.

—¿Que son...? —pregunta Caen.

—Nada de perder tiempo —dice otro de los miembros del Clan de los Gatos; Nor, una demonio anciana con forma de tigre con el rostro cubierto de heridas. Su piel cobriza está desgastada y arrugada, pero tiene la misma postura confiada y relajada que su general mucho más joven que ella.

—Todos sabemos cómo es Ketai —coincide Lova—. Discursos, audiencias y una organización insoportable para todo. Apuesto a que el hombre incluso planifica cuándo ir al baño. —Caen tensa la mandíbula ante eso, pero ella sacude una mano y continúa con firmeza—: Ahora no es momento de pretensiones. Mis espías han confirmado que el ataque del rey contra el palacio de los Hanno es inminente. Hablamos de dos semanas y media, tres como máximo.

Las palabras me golpean con violencia. Había esperado que lo que Naja me había dicho en las Llanuras de Fukho —que el palacio atacaría a los Hanno muy pronto— hubiera sido solo para asustarme, para obligarme a someterme a ella.

Nitta posa una mano sobre mi hombro.

—Llegaremos allí primero —me garantiza en voz baja.

—Lo haremos si hacemos exactamente lo que sugiero —la corrige Lova. Apoya su taza vacía y la hace girar sin pensar con sus dedos peludos mientras habla—. Mis gatos y yo conocemos el desierto como la palma de nuestras patas. Debemos continuar al sudeste desde aquí para llegar a Jana. Después de lo ocurrido con los Czo, todo Kitori estará plagado de soldados del rey y hay un puesto de vigilancia al noreste de aquí que quiero

evitar. Tardaremos seis días en llegar a nuestro campamento más cercano. Podemos descansar un poco allí, enviarles mensajes a los tres campamentos para que movilicen a nuestros guerreros. En grupos separados, nos dirigiremos al norte a través del desierto por la Cumbre del Demonio. Hay un pasadizo secreto a través de las montañas para llegar a Ang-Khen que evita pasar por los puestos de vigilancia que están en el Sendero de las Mil Millas. Cuando estemos en Ang-Khen, llegaremos al palacio de los Hanno en tres días a caballo. —Inclina la espalda hacia atrás, frotando su nuca—. Tenemos el tiempo justo, pero podemos lograrlo.

Nor le sonrío con astucia.

—Hemos logrado cosas peores.

—Ooh —responde Lova con alegría, sus ojos brillan—. ¿Recuerdas esa vez en el Valle Kuroz cuando demolimos por accidente la cueva ritual sagrada del Clan Yuri? *No* estaban contentos.

Alzo las cejas.

—¿Cómo demueles por accidente una cueva?

—Soy famosa por a veces... entusiasmare un poco al disparar con mi cañón.

—No solo con tu cañón —le recuerda Nor—. También con las flechas ardientes, las bombas de azufre, las bombas de humo, las lanzas de fuego...

La leona sonrío con picardía.

—¿Qué puedo decir? Las explosiones me hacen feliz.

Shifu Caen se aclara la garganta.

—Creo que nos hemos desviado del tema.

Mientras el grupo vuelve a discutir los planes para las próximas semanas, yo me pongo de pie y voy hacia el camarote pequeño en la parte posterior de la cubierta. Hago una mueca de dolor cuando cada escalón hace que un dolor nuevo recorra mi nariz, pero sigo adelante. Una nariz rota no es nada en comparación con lo que Wren ha vivido.

El rostro delgado y peludo de un demonio pantera de la casta de la Luna aparece después de que llame a la puerta. Se fija en mi rostro ensangrentado.

—¿Necesitas que le eche un vistazo a eso?

—Oh. No, de hecho, he venido a ver cómo está ella.

Los ojos serios y amarillos verdosos del demonio brillan en su pelaje de obsidiana, cuyas puntas comienzan a teñirse de gris en ciertas partes.

—La chica está agotada —responde, su voz es grave, relajada y arrugada, como el roce áspero de una sábana de algodón una noche de invierno—. Pero vivirá.

Intento mirar detrás de él.

—Me encantaría verla —digo.

—Está durmiendo. No es el mejor momento para molestarla.

Retrocedo cuando él sale y cierra la puerta.

—Gracias por cuidarla, em...

—Osa. —Con los brazos cruzados, él se apoya contra el muro del camarote, balanceándose con el barco—. No debería estarlo —dice abruptamente.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No debería estar *viva*. —El demonio pantera aparta el cuerpo del muro y se dirige hacia el resto del grupo con paso bamboleante, su cola se retuerce detrás de él. Alza la voz para hablarles a los demás—. No sé cómo la chica aún vive. Todos lo vimos. La magia que hizo. Incluso el hechicero más talentoso no habría sido capaz de crear semejante dao solo.

—No estaba sola.

La voz de Merrin es amarga. Los demás se giran hacia donde él está en un lateral del barco, sujetándose el brazo herido.

Las imágenes vívidas de los ríos de sangre escarlata brotando de la herida de Hiro me atacan. Cómo el líquido subía por el brazo de Wren como un brazalete. El cuerpo del chico inerte junto a ella.

Úsame.

Eso dijo Hiro segundos antes de cortarse con la daga. Hiro se ofreció como sacrificio para Wren. Su vida, a cambio de un poder tan fuerte que requeriría cientos más.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Lova a Merrin con brusquedad.

—Usó a Hiro. Él entregó su vida para que ella pudiera invocar ese dao. Aun después de lo ocurrido con Bo, ella lo usó. Al igual que nos ha usado a todos todo este tiempo.

Lova se pone de pie al mismo tiempo que yo avanzo hacia Merrin.

—¿Sabes que eso no es justo! —replico, apretando los puños.

—¿Y qué sabrá un pájaro de lealtad? —lo desafía Lova.

Merrin se ríe, un sonido áspero que me eriza la piel. Tiene una expresión desquiciada, su voz es sorprendentemente fría.

—Bo me lo dijo, Gato. Me contó por qué los exiliaste a él y a Nitta de tu clan. No finjas comprender qué es la lealtad.

—Hiro se ofreció —digo antes de que la conversación pueda convertirse en otro debate estúpido entre gatos y pájaros que no tengo interés de presenciar ahora mismo—. Le dije a Wren que lo usara. Lo escuché. Ella no quería, pero él insistió y nos estaban atacando. No había otra opción. Ella hizo lo que debía hacer para salvarnos.

Merrin clava su mirada penetrante en mí.

—¿De verdad crees eso, cariño?

—Sí.

Algo triste cruza sus facciones durante un segundo; una expresión perdida y angustiada.

Luego, la hace desaparecer.

—¿Qué habría hecho Wren si Hiro no hubiera estado allí? —me pregunta él.

—Ella... no podría haber creado un dao tan poderoso sin él...

—Sí, podría haberlo hecho. —Merrin posa los ojos en Caen—. Sabes de qué hablo, ¿no, Shifu?

Caen frunce profundamente el ceño. No dice nada.

Con otra risa áspera, Merrin se mueve y camina por la cubierta con impaciencia repentina, con el cuello torcido en un ángulo antinatural.

—Hay cientos de narraciones a lo largo de la historia sobre hechiceros creando daos que todos creían imposibles. Daos que ni siquiera los hechiceros más fuertes y talentosos podrían ejecutar en circunstancias ordinarias. El clan Xia es el más famoso en estas leyendas. Pero ¿acaso la magia no es solo el intercambio del qi? ¿El intercambio de una fuerza vital entre el hechicero y su tierra? ¿Y cuál es el mejor regalo que puedes ofrecerle a la tierra? ¿El mayor sacrificio?

La respuesta llega a mí en un susurro ronco sobre el viento lleno de arena.

La muerte.

—Hiro quizás ofreciera su vida —prosigue Merrin en medio del silencio incómodo—, pero Wren decidió aceptarla en vez de renunciar a la suya. Sacrificó la vida de otros para lograr sus objetivos personales. —Su voz es mordaz—. De tal padre, tal hija.

Lova salta sobre la cubierta hacia Merrin y presiona la punta de su sable contra la garganta del demonio aviforme.

—A mí tampoco me importa Ketai Hanno —gruñe ella—, pero esa chica humana es lo más importante para mí y he tenido la suerte de conocer su corazón y su mente. Solo porque no teme hacer lo que sea necesario para ganar una guerra no significa que no tenga integridad. Le importan más los demás de lo que podrías imaginar, pájaro. Y si te atreves a decir una palabra más en su contra, te lanzaré yo misma por la borda... después de haberte cortado la garganta.

Merrin parpadea mirando a Lova, una vez más con un destello de tristeza (incluso de *alivio*) en su rostro. Retrocede.

—No es necesario —dice con amargura—. No puedo soportar quedarme aquí ni un segundo más.

—¡Merrin! —Nitta se pone de pie de un salto y corre hacia él—. ¡Por favor, no digas eso! Sé que estás herido, sé que no hablas en serio...

Pero él rechaza su abrazo.

—¡Abre los ojos, Nitta! Deberías venir conmigo.

Ahora todos estamos de pie, el aire está cargado de tensión.

Shifu Caen se aproxima a Merrin con las manos abiertas.

—Comprendo cuánto te duelen las muertes de Bo y de Hiro, Merrin —dice con calma—. He visto cómo la angustia retuerce el corazón de los hombres más fuertes... incluso el mío. En este instante, no eres tú mismo. Quédate para que podamos hablar de todo esto.

Merrin tuerce la boca. Por un segundo, creo que está a punto de llorar. Luego, la furia aparece en su rostro con líneas desagradables.

—Ah, ¿quieres hablar, Shifu? —Es más alto que Caen, sus ojos anaranjados son penetrantes—. De acuerdo, hablemos. Porque hay incluso más que Bo y Hiro, ¿verdad? Esta no es la primera vez que Wren ha matado a una buena persona por tus motivos egoístas.

—Qué... ¿Qué dices? —susurra Nitta entre lágrimas.

—La hija del Ala Blanca, Lady Eolah. No fue obra del rey, ¿cierto? Fue *Wren*.

La quietud se expande. El grupo entero guarda silencio, intercambiando miradas, el único sonido es la ráfaga seca del viento golpeando nuestra ropa con arena y el crujido de las cuerdas en lo alto. Mi pulso late frenético mientras asimilo las palabras de Merrin.

Él me mira.

—Ella abandonó su habitación esa noche, ¿cierto?

Hurgo entre mis recuerdos borrosos. Mi cabeza. Mareada por el sake. Discutí con Wren, ella salió al balcón diciendo que necesitaba aire. Había soñado que volvió a la cama con sangre en las manos. Esa parte no puede ser real: a Eolah la mataron con magia, no tenía ni un rasguño salvo la marca del rey. Pero ¿y si una parte subconsciente de mí percibió que había algo extraño en Wren? ¿La sensación de la muerte plasmada en su cuerpo?

Algo más cobra sentido.

Le había dicho a Wren que la hija mayor del Ala Blanca estaba en contra de los planes de su madre de aliarse con los Hanno. En mi estado de ebriedad, había confundido a Eolah y a Qanna ¿y si Wren actuó en base a la información que yo le había dado? Y si, como Merrin la acusa, ¿ella mató a Eolah por si la chica se interponía luego entre los Hanno y el Ala Blanca?

A veces debes tomar las cosas por la fuerza. A veces es la única manera de conseguir lo que necesitas.

Mi pulso ruge en mis oídos. Porque si Merrin tiene razón y Wren asesinó a Eolah, entonces solo lo hizo por lo que yo dije en primer lugar.

En ese instante, el barco pasa sobre una duna alta. Me tambaleo y pliego el cuerpo hacia adelante; Nitta corre para sujetarme antes de que me caiga.

—¿Lei? —susurra—. ¿Qué pasa?

—Tiene razón. —Digo las palabras con la garganta cerrada—. Creo que Merrin tiene razón.

Merrin nos observa, su rostro aún está desfigurado por la furia, pero también veo tristeza, culpa y dolor, un coctel de emociones conflictivas que es como mirar el espejo de mi propio

corazón.

Mi preciosa y brillante Wren.

Las cosas horribles que ha hecho para mantenernos con vida. Para evitar que perdamos.

Lova rompe el silencio, su voz es severa como un latigazo.

—Deberías irte ahora, pájaro.

Una sonrisa horrible retuerce la boca de Merrin. Hace una reverencia burlona.

—Será un placer. —Despliega las plumas blancas y negras que estaban plegadas sobre sus brazos para formar alas mientras avanza hacia la barandilla—. No fue solo Wren —dice, mirándonos—. Vosotros también los matasteis. Todos vosotros.

Luego, alza el vuelo.

—¡Merrin! —grita Nitta, corriendo.

Corro con ella. Sujeto la barandilla, un dolor intenso recorre mi pecho mientras lo observamos subir más y más en el aire en el cielo claro. Tantas veces en mi vida he deseado tener alas. Ser capaz de despegar hacia el cielo y volar lejos, hacia algo que quería o lejos de algo que me atrapaba. Y luego, mi relicario de bendición natal se abrió y la palabra que contenía —*vuelo*— pareció por fin confirmar que tenía la habilidad de hacer eso, incluso sin alas físicas.

Pero ahora, siento que sean cuales sean, las alas que poseo están rotas. Merrin se aleja más a cada segundo y lo único que puedo hacer es aferrarme a la barandilla y observarlo marcharse.

El silencio tenso es ensordecedor, y solo lo rompe el aleteo de las velas y el susurro del casco del barco sobre la arena.

Después de un rato, oigo que enfundan una espada.

—Gracias a Wren —dice Lova, su voz es baja y amenazante—, muchos de los líderes de nuestros mayores adversarios en esta guerra han sido asesinados. Lo que hizo ha evitado que muchas vidas de nuestro lado se pierdan. Si tenéis un problema con eso, quizás necesitéis familiarizaros de nuevo con lo que implica estar en guerra. Personas de todas las castas morirán. Si queremos ganar, entonces será mejor que seamos el bando que más mate. —Hay una pausa, luego ordena—: Nor, estamos girando demasiado al norte. Dirígenos más al sur.

Oigo el tintineo de las garras sobre los tablones cuando la vieja tigresa demonio se pone de pie.

—Sí, general.

Lova se da la vuelta.

—Osa, ayúdame con el desayuno.

Mientras los demonios felinos se ocupan de sus tareas, contemplo las dunas. La luz del sol brilla sobre el paisaje ondulado, las colinas doradas borrosas por la arena que se mueve

en sus cimas. A lo lejos, el sol se alza sobre el horizonte. Sobre él, la silueta de una figura alada se aleja.

—¿Sabes qué? —dice Nitta seria a mi lado, las lágrimas cubren sus mejillas peludas—. Me alegra que Bo no estuviera aquí para presenciar esto. Se habría sentido muy decepcionado. —Suspira—. Pero no puedo culpar a Merrin. Caen tenía razón. La angustia le hace cosas extrañas a una persona.

Toco su hombro con el mío.

—Nitta, has sido maravillosa.

—¿No lo soy siempre? —Me dedica una sonrisa temblorosa. Luego mira al horizonte, sus ojos húmedos llenos del naranja del sol naciente—. Intento ser fuerte por Bo. Pero sinceramente, Lei... —Su voz se corta—. La mayoría del tiempo, es difícil incluso respirar.

Muevo mi mano sobre la de ella y sujeto sus dedos con los míos.

Cuando Nitta habla de nuevo, su voz se ha endurecido.

—Merrin se equivocaba sobre muchas cosas, Lei, pero tenía razón sobre Ketai. No hay nada que él no vaya a hacer para derrocar al rey. Y Wren creció conociendo solo eso. La obsesión de su padre. Su odio. —Me mira de lado—. Tú no eres igual. Veo el modo en que luchas. El modo en que tratas a los demás. Eres suave donde ellos son rígidos. Tienes amor cuando ellos solo dan odio. —Aprieta mi mano—. Aférrate a eso lo más fuerte que puedas, Lei. Porque la guerra hará todo lo posible por arrebatarle esa bondad. Creo que a veces las personas olvidan que *habrá* un momento de continuar después de todo esto... para los afortunados, al menos. Y cuando llegue ese momento, todos tendremos que vivir con lo que hemos hecho. —Mira al horizonte, donde la silueta de Merrin ya ha desaparecido—. Y con lo que haya quedado de nosotros.

Madam Azami

—¡Rápido, chicas! ¡Es tarde!

La voz ronca de Madam Azami ladró en las Casas de Noche. La mayoría de sus chicas ya estaban fuera, dirigiéndose al atajo que llevaba al Sector de la Ciudad, donde sus carruajes esperaban. Pero siempre había algunas rezagadas. Sus pies con almohadillas perrunas marcharon con rapidez por los pasillos mientras recorría los tres edificios que hospedaban a las concubinas del palacio, abriendo las puertas corredizas para inspeccionar cada habitación con ojo entrenado antes de avanzar a la próxima.

Cuando revisó el cuarto de Darya, encontró a su ocupante a plena vista en la cama, ni siquiera intentando esconderse. Recostada sobre su estómago y apoyada en sus codos, la escultural demonio pantera de la casta de la Luna se pintaba con tranquilidad sus uñas largas con laca dorada. Las motas de polvo flotaban en el aire. Ella tarareaba mientras pintaba, con los tobillos entrelazados detrás.

Madam Azami se detuvo en la entrada, con una mano en la cadera. Esperó hasta que Darya por fin alzó la vista.

La joven pantera sonrió.

—¿Sí, Ama A? —ronroneó con su voz grave, sus ojos amarillos con pestañas tupidas brillaban—. ¿Puedo ayudarla?

—Hora de irnos, Darya.

—¿A dónde? —preguntó inclinando la cabeza.

—No juegues conmigo —replicó Madam Azami—. Hoy no estoy de humor.

—Qué suerte entonces que no sea una de mis clientes.

Madam Azami movió las caderas, entrecerrando los ojos.

—Si crees que disfrutaré esto más que tú, entonces estás equivocada. Pero la asistencia es obligatoria. A menos que tengas deseos de pasar el resto de tu vida encerrada bajo el Lago Lunar, donde sin duda nadie se preocupará por el estado de tus uñas, sobre todo tú, te aconsejo que te levantes ya mismo.

Con un suspiro, Darya bajó sus piernas largas de la cama.

—Ahora se estropearán —protestó, soplando sobre sus uñas felinas y curvas.

La expresión de Madam Azami permaneció inmutable.

—Te las arreglarás. —Esperó en la entrada incluso después de que Darya saliera—. Tú

también, Lill —ordenó ante la habitación vacía.

No hubo respuesta.

—Sé que estás ahí.

A sus espaldas, Darya se acercó y le dijo ahora con seriedad:

—Permítale a la chica quedarse aquí, Ama A. No la verán.

—No me arriesgaré. —Madam Azami alzó la voz, con aspereza canina—. Si no sales en tres segundos, te arrastraré al Sector de Ceremonias de la oreja. Veremos si aún la tienes pegada a la cabeza cuando lleguemos, ¿entendido? Tres... Dos... ¡Uno!

Un par de orejas peludas de cierva aparecieron detrás de la cama. Un segundo después, la pequeña chica a la que le pertenecían salió corriendo, el moño deshecho en su pelo se sacudió mientras corría. Cayó de rodillas ante los pies de Madam Azami, extendiendo las manos sobre la alfombra de bambú.

—¡Lo siento mucho, Madam! —lloró.

—¿Cuántas veces te he dicho que dejes de hacer eso? —Madam Azami la obligó a ponerse de pie de un tirón. Era severa, al igual que lo era con todas sus chicas. Pero no más de lo necesario y algo tierno rozó su rostro cuando miró a la niña de acero, ínfima; sus facciones eran humanas a excepción de sus orejas de cierva delicadas, que temblaban de miedo. Madam Azami suavizó la voz—. Entraremos y saldremos lo más rápido posible. Quédate a mi lado. Te cuidaré.

—Gra-gracias, Madam. —La chica casi hizo otra reverencia pero se detuvo ante la mirada fulminante de la mujer perro.

—Vamos. —Madam Azami colocó su mano detrás de la nuca de Lill para hacerla avanzar por el pasillo—. Las demás ya están en los carruajes.

Darya se agazapó para tomar la mano de Lill.

—Cuando volvamos —dijo con dulzura—, ¿qué te parece si también te pintamos las uñas a ti?

La voz de la niña se volvió aguda por el entusiasmo.

—¿De verdad?

Darya asintió.

—Quedan muy bonitas en dorado.

—¡Es mi color favorito!

—Tu ama tenía unos ojos dorados muy bonitos, ¿verdad?

La voz de Lill brilló de orgullo.

—Los más bonitos de todo el palacio.

Mientras las seguía a las dos por el pasillo, Madam Azami no pudo evitar sentir la ráfaga de furia que recorrió su cuerpo. Ya no era una demonio joven. Estaba lejos de serlo. Había estado allí tiempo suficiente y había dirigido las Casas de Noche durante varios años así

que casi nada la sorprendía. En especial cuando se trataba de la crueldad de los hombres. Pero incluso ella había quedado perpleja cuando, la mañana siguiente al Baile de la Luna, los guardias habían llegado y habían *lanzado* literalmente a Lill ante ella.

«Puede reemplazar a la muerta», había dicho con desdén uno de los guardias.

Reemplazar a la muerta.

Las palabras la habían afectado. Sin embargo, Madam Azami simplemente había abrazado a la niña, cuyo rostro estaba enrojecido por las lágrimas que caían sobre sus mejillas y la había aceptado sin dudarle. Por supuesto, nunca permitiría que un cliente se acercara ni a seis metros de Lill. Si alguno lo intentaba, con gusto les cortaría los genitales ella misma. Pero Madam Azami sabía que la niña estaría en cierto modo a salvo bajo su atención. Las otras chicas estaban felices de tener a una niña tan dulce que mimar y cuidar; no le faltaría amor allí. Y, lo más importante, nadie en la corte parecía sospechar el rol que Madam Azami había tenido en lo que había sucedido la noche de Año Nuevo.

Al menos, aún no.

Posó los dedos sobre el pliegue de su hanfu gris liso de algodón, donde había guardado el objeto importante que debía entregarle a uno de sus aliados en el anuncio del rey. Se aseguró de que estuviera bien oculto antes de acelerar el paso, su voz áspera les ladró a Darya y a Lill:

—¿Qué es esto? ¿Un club de fumadores de ahma? Rápido, o terminará para cuando lleguemos.

La respuesta de Darya estaba impregnada de sarcasmo.

—Sí, ¿no sería una pena?



El Sector de Ceremonias estaba atestado. La última vez que Madam Azami lo había visto así había sido durante las ejecuciones de los tres asesinos que habían fracasado el año anterior. Demonios de toda clase plagaban la plaza inmensa y la convertían en un mar movedizo de cuerpos ansiosos y voces agudas por la excitación y la preocupación. Habían colocado postes de madera en todas partes, con los estandartes rojos y negros con el escudo del rey. Flotaban en el viento helado.

La multitud era demasiado densa para que los carruajes pasaran, así que Madam Azami y sus chicas los dejaron en la entrada y continuaron a pie.

—¡Ay! —gimoteó una de las chicas cuando el codo de un demonio con forma de buey la golpeó en la oreja. Resopló—. ¿Por qué no podemos verlo desde aquí?

—No hay mucho que ver en realidad —protestó otra—. El rey se pondrá de pie y hablará, todos aplaudiremos y fingiremos alegría y luego volveremos a casa e intentaremos olvidar que esto ha pasado.

—¿No tienes curiosidad por saber si alguno de los rumores sobre el rey es cierto? — preguntó la chica a su lado—. Apuesto a que la historia del ojo perdido es real. Me pregunto si usará un parche...

Una chica zorra curvilínea detrás de ella resopló.

—¿Te lo imaginas? Lo llamarían el Rey Pirata.

—¿No llamaron a Darya para servirle la otra noche?

—Esa fue Ki. Pero no nos contó nada, solo dijo que no estaba del mejor humor.

—Entonces esa Chica de Papel sin duda le cortó *algo*.

Una chica se rio con disimulo.

—Apuesto a que lo conservó de recuerdo.

—Quizás se lo comió. El pene de los toros es considerado una exquisitez en algunos lugares, ¿sabes?

—Espero que tenga mejor gusto cocido del que tiene crudo.

Madam Azami las fulminó con la mirada mientras ellas se reían.

—Recordad dónde estáis —ordenó— y con quién habláis.

Miró hacia abajo para comprobar el estado de Lill. La niña cierva caminaba cerca, justo a su otro lado estaba Darya. Tenía los labios fruncidos, apretaba con fuerza su ropa entre las manos. No había dicho ni una palabra desde que habían partido de las Casas de Noche. Envuelta en su abrigo de invierno y entre la presión de cuerpos mucho más altos, la mayoría aceros o Lunas, la niña parecía incluso más pequeña de lo habitual. Caminaba con la cabeza baja, apretando los puños a los laterales del cuerpo.

Madam Azami posó los ojos donde Darya la fulminaba con la mirada por encima de la cabeza de Lill. Luego, alzó aún más la vista, algo que colgaba en el poste con el estandarte más cercano le llamó la atención.

Era un cadáver.

El hombre león colgaba de sus muñecas, atadas sobre su cabeza. Tenía la túnica amarilla ensangrentada. Aunque su cabeza colgaba inerte y su cabello dorado y largo cubría su rostro, Madam Azami lo reconoció de inmediato.

Era parte de su trabajo conocer a cada miembro de la corte. Para su rol oficial de Madam de las Casas de Noche, pero más importante, para su trabajo al ayudar a Ketai Hanno y sus aliados a conspirar contra el rey. Desde que Ketai la había reclutado hacía muchos años, Madam Azami se había vuelto uno de sus contactos más vitales en el palacio, en gran parte debido a que su rol en las Casas de Noche le otorgaba exposición ante muchos oficiales de alto rango de la corte y su confianza... al igual que sus deseos más oscuros. *Los secretos entre amigos crean enemigos, pero los secretos entre enemigos crean amigos*, o algo así decía el proverbio. Sin embargo, el demonio que colgaba del poste a pocos metros de distancia nunca había pisado las Casas de Noche. Madam Azami solo lo había conocido de pasada en los

banquetes y los bailes del palacio. Él había destacado por su risa generosa y grave y por el modo en que siempre miraba al hombre león apuesto a su lado —su marido, un músico de la corte— con ojos embriagados de amor.

Ahora, el cuerpo del consejero Chun colgaba muerto. Apartó la vista de él e inspeccionó la plaza amplia. Más cadáveres colgaban de los postes cercanos al escenario en el centro de la corte. Algunos estaban demasiado lejos para distinguirlos, pero reconoció a los cercanos: el consejero Umi, el general Khotaku, Madam My. Aquel gran demonio con forma de panda que era el comandante Sun. Y, detrás de él, el cuerpo delgado que colgaba de sus muñecas delicadas y envuelta con prendas elegantes...

El estómago de Madam Azami dio un vuelco.

No le sorprendía ver a aquel miembro de la corte en particular. Después de lo que había pasado en el Baile de la Luna, su ejecución había sido una certeza. Pero era particularmente desagradable ver su cuerpo, algo que antes había estado lleno de cariño y elegancia, muerto y atado de ese modo y descartado con tan poco cuidado.

Madam Azami nunca había sido muy simpatizante de la instructora de las Chicas de Papel, Dama Eira. Creía que su suavidad con las chicas no las preparaba para el dolor emocional y físico que enfrentarían como concubinas del rey. Pero nunca le había deseado el mal. La mujer se había ocupado de cuidarlas, a su propio modo. Al igual que Madam Azami lo hacía con sus chicas, la mujer había cuidado a sus Chicas de Papel del mejor modo que sabía.

Con un suspiro bajo, apartó la vista del cuerpo de Dama Eira.

Darya aún la fulminaba con la mirada.

—Un lindo paseo para toda la familia, ¿eh? —susurró, con sorna.

Madam Azami miró hacia abajo. Por suerte, Lill aún miraba al suelo; no había notado aún las decoraciones grotescas de la corte. Cambiando levemente la dirección para evitar pasar debajo del cadáver de Dama Eira, la mujer perro continuó guiando a las chicas a través de la multitud.

Encuétrame junto al general Yu. Trae el objeto.

Ese era el mensaje que había recibido la noche anterior. Había tenido sus sospechas sobre lo que podría significar «junto al general Yu» en su momento, pero ahora era evidente.

Habían hecho más de cien arrestos dentro de la corte en el pánico febril sucesivo al Baile de la Luna. Y con el decreto del rey que establecía que quienes fueran acusados de traición no tendrían un juicio, Madam Azami sospechaba que muchos se aprovecharían de eso para cobrarse resentimientos del pasado, al igual que en beneficio de la futura estrategia política. Sin embargo, algunos de los que habían sido arrestados, como la Dama Eira y el general Yu, estaban siendo castigados solo por sus conexiones con Lei y Wren.

Tal como hacía muchas veces al día, Madam Azami dedicó un pensamiento esperanzado a las dos chicas en fuga. ¿Habrían logrado llegar a salvo con Ketai Hanno y sus aliados? ¿Dónde estaban ahora? Y, como siempre, el corazón le dolió al pensar en la chica que debería haber escapado con ellas.

Zelle.

Inhaló abruptamente para apartar el dolor.

Tardaron cinco minutos más en abrirse paso a codazos y llegar al poste donde colgaba el cadáver del general Yu. Estaba más cerca del escenario principal de lo que a Madam Azami le habría gustado, pero al menos su asistencia sería vista por aquellos que importaban. Una inspección rápida del área cercana no reveló la presencia de ninguno de los aliados de Ketai Hanno, así que ella escogió un lugar para esperar que estaba lo bastante cerca del cuerpo del demonio toro como para oír el crujido de las sogas que rodeaban sus muñecas, pero lo bastante lejos como para no estar de pie debajo de él. La multitud apretada llenaba al aire con el olor intenso a cuerpos de demonios y humanos, y el humo de los braseros salía de la cima de cada poste. Aun así, debajo de todo, Madam Azami podía distinguir el olor particular de la carne podrida.

—¿Por qué rumor apuesta, Ama A? —susurró Danya mientras permanecían de pie con Lill entre ambas, con los ojos sobre el escenario.

No debía de faltar mucho. El Sector de Ceremonias estaba lleno al máximo. Solo el inmenso trono dorado sobre el escenario estaba vacío. Brillaba bajo la luz gris de la tarde.

Madam Azami miró con cansancio a Darya.

—Disfrutas molestándome hoy, ¿verdad?

Danya alzó un hombro.

—Sin Zelle, alguien tiene que hacerlo.

La voz de Darya era relajada, incluso cariñosa, pero Madam Azami la recibió como si fuera una bofetada. Saber que Zelle había muerto aún ardía en ella con ferocidad renovada cada vez que se lo recordaban.

Los tambores cobraron vida con intensidad, resonando en la plaza. De inmediato, la energía eléctrica de la multitud subió aún más. Los aplausos, los pisotones y los gritos de entusiasmo se unieron al son de los tambores.

Lill sujetó las piernas de Madam Azami. La pobrecita temblaba.

Darya se agazapó a la altura de la niña.

—¿De qué color te pintaremos las uñas cuando volvamos? —preguntó, alzando la voz sobre el ruido. Lill parecía confundida.

—¿Do-Dorado?

Darya sonrió.

—El color de los ojos de tu ama. ¿Y cómo era la Dama Lei?

—Pre-preciosa. —La voz de Lill cobró fuerza—. Y amable y graciosa y valiente.

—Exacto, valiente. Lo que tú también eres, Lill. Ahora, todas debemos serlo. —Darya sostuvo la mano de la niña—. ¿Puedes ser valiente para mí, Lill? ¿Como la Dama Lei?

Las orejas aflautadas de la niña cierva temblaban, tenía los ojos abiertos de par en par. Pero asintió y alzó un poco más la cabeza.

Ahora las empujaban con el entusiasmo de la multitud. Los guardias habían mantenido un sendero largo despejado que atravesaba el centro de la plaza, y por encima de las cabezas de los demonios más altos, Madam Azami vio que llegaba el palanquín del rey. Era un asiento ornamentado, cargado sobre la espalda de ocho demonios antílopes.

Bajaron el asiento al pie del escenario y el rey descendió, sus cuernos dorados capturaron la luz. Los músculos de su cuerpo bovino fibroso se flexionaron debajo de las capas del hanfu negro con bordados dorados mientras avanzaba hacia el trono. Los guardias lo rodeaban; más rodeaban el escenario. La multitud estaba tensa, giraban los cuellos para ver mejor. Ni siquiera aquellos de alto rango de la corte habían visto al Rey Toro desde el Baile de la Luna. Solo los hechiceros y sus dos guardias personales, Naja y Ndeze (ambos extrañamente ausentes de su lado hoy) habían tenido permiso para acceder a sus aposentos privados y Madam Azami sabía por las quejas que algunos miembros de la corte habían expresado durante las visitas a sus chicas que esos dos generales prácticamente no habían divulgado información alguna sobre el estado del rey. Apenas habían transmitido sus órdenes con pocos detalles.

Bajo los tambores y el ruido de la multitud, los susurros comenzaron a surgir entre los cuerpos movedizos. Susurros sobre el rey.

De espaldas, parecía normal; así que los rumores sobre la falta de sus extremidades no eran ciertos. Luego, se dio la vuelta, permaneció de pie en vez de tomar asiento en el trono, y muchas de las chicas de Madam Azami soltaron un grito ahogado.

Madam Azami solo se quedó paralizada. Oleadas frías de furia y satisfacción lúgubre y orgullosa fluían por sus venas.

Lei, Wren y Zelle lo habían hecho bien.

—¡Su ojo!

—¡Lo sé!

—Es un poco decepcionante, ¿no?

—No para mí: me debes dos semanas de tareas de limpieza, Prim.

—¿En serio, Hasfah? ¿*Ahora* exiges tu recompensa?

Las chicas guardaron silencio cuando Madam Azami las fulminó con su mirada pétrea. Miró a Lill. La niña cierva aún sujetaba sus piernas, temblando a pesar de la inclinación desafiante de su mandíbula.

Darya se agazapó de nuevo.

—Bueno —dijo ella, rodeando a la niña con un brazo—. La vista es *mucho* mejor desde aquí abajo.

Aquello hizo que Lill soltara una risita nerviosa... que desapareció de inmediato cuando los tambores se detuvieron.

El silencio expectante apareció. Por unos instantes, solo se oyó el roce de las prendas y los susurros bajos, resaltados por el ondear de las banderas al viento. Luego, la voz proyectada del rey sonó en la plaza.

—Miembros de la corte. Mis compañeros demonios y humanos.

Susurros perplejos recorrieron la multitud. Madam Azami frunció el ceño, mirando entre las filas de demonios con túnicas que cubrían su visión del rey. Veía el agujero donde debería haber estado su ojo derecho; aunque la magia de un hechicero lo había suavizado, la herida aún era notoria. Pero más allá de eso, no había indicios de por qué su voz sonaba... *así*. Era áspera e insoportable, ronca y grave, como si la voz se hubiera roto y hubiera sido reparada al azar, un desastre desagradable de piezas afiladas que no encajaban de nuevo juntas.

Las capas del hanfu del rey rodeaban su cuello, pero llegaban más alto de lo habitual. ¿Acaso ocultaban algo?

Madam Azami sintió otro escalofrío de orgullo. Las chicas habían luchado con valor si habían logrado perjudicar tanto sus cuerdas vocales.

—Vengo ante todos hoy para compartir un anuncio importante —prosiguió el Rey Toro con aquella voz horrible y rasposa, su irregularidad amplificadas por el encantamiento mágico que hacía que su voz sonara por todo el Sector de Ceremonias—. Conciérneme a las noticias que sé que muchos de vosotros habéis esperado oír con ansiedad.

Mientras otros miembros de la audiencia miraban a su alrededor, especulando con las personas cercanas, Madam Azami mantuvo la atención en el rey. Todo lo demás desapareció y quedaron solo su latido rápido y constante y la mirada azul gélida del único ojo del rey mientras él miraba a la multitud.

—Primero, permitidme aclarar los rumores. —Hizo una pausa—. Sí, me atacaron la noche del Baile de la Luna.

El sonido de la multitud aumentó, los cuerpos se movían. Había gritos de furia y pisotones, alaridos atónitos.

El rey esperó al silencio.

—Los detalles no son importantes. Lo único que necesitáis saber es que los Hanno organizaron el ataque. —La audiencia estalló al oírlo y él continuó hablando por encima del ruido, alzando las manos—. Por ese motivo, Ketai Hanno y cualquier aliado suyo ahora son considerados traidores de la corte y serán arrestados y castigados por la más alta traición. ¡Mirad a vuestro alrededor! —Abrió los brazos. Su voz se volvió más severa, más rígida—.

Veréis a algunos que hemos descubierto que eran enemigos del trono: ¡*este* es el destino que le espera a todo el que se atreva a conspirar contra el poder de la corte! ¡Contra el poder del *rey*!

Sus palabras golpeaban a la multitud y la sumían en la histeria. Junto a las piernas de Madam Azami, Lill se encogía aún más en el abrazo protector de Darya mientras a su alrededor todos los asistentes pisoteaban y gritaban, con los rostros iluminados por un brillo febril.

—Para aquellos que aún conspiran en nuestra contra, solo tengo un mensaje. —El rey curvó la boca en una sonrisa—. Preparaos para uniros a vuestros amigos.

Aplausos frenéticos, vítores y gritos. El ruido de madera al romperse. Madam Azami giró la cabeza para ver que el poste donde estaba atado el cadáver de Dama Eira comenzaba a caer, un grupo de demonios en la base lo empujaban mientras gritaban con entusiasmo.

Ella apartó la vista, sintiendo náuseas.

La mirada del rey recorrió la multitud, tan fría como el viento invernal que soplaba en la plaza.

—Al resto de vosotros, mis leales súbditos, os traigo el anuncio de hoy sabiendo que tendrá vuestro apoyo absoluto. Esta no es una decisión que haya tomado a la ligera. Pero cuando aquellos más cercanos a ti traicionan tu confianza y conspiran para derrocarte, para quitarte no solo la vida, sino la *obra* de tu vida, el reino que has pasado todos tus años sirviendo con lealtad incansable, esta es la única respuesta que encaja con la gravedad del ataque. ¡Ketai Hanno y sus aliados no nos han dado opción! ¡Ellos mismos generaron esto cuando intentaron atacar el corazón de nuestro reino! ¡Cuando se burlaron de todos los que estamos de pie aquí en nuestro reino bendecido por los dioses! Lo hemos demostrado antes y lo demostraremos de nuevo: ¡nuestro poder es inquebrantable! ¡Nuestras ocho grandiosas provincias están unidas y haremos lo que sea necesario para que siga así!

El rey apretó los puños, su rostro contorsionado en una máscara de furia. Bajó las manos, su voz apenas era audible sobre el rugido frenético de la multitud cuando terminaba de modo simple y devastador:

—¡Estamos en guerra con los Hanno!

La multitud estalló. Darya sostuvo a Lill contra el pecho mientras las empujaban y aplastaban en la marea de cuerpos apretados.

Los tambores sonaron de nuevo. Madam Azami notó que los presentes se giraban hacia el frente de la plaza, señalando, con las bocas abiertas en gritos que el rugido de la multitud ahogaba. En una ola de negro absoluto y rojo feroz, una procesión de soldados reales avanzaba por el sendero en medio de la corte. Algo le pareció extraño sobre los soldados, aunque tardó unos instantes más en comprender por qué.

Los demonios vestidos de rojo eran soldados... pero las figuras de negro eran hechiceros.

Vestían solo túnicas, sin armaduras de cuero o arneses para armas, cada uno marchaba junto a un soldado, creando líneas precisas de color. Rojo, negro, rojo, negro. Los colores de la corte.

—¡Contemplad el mejor escuadrón de nuestro ejército! —exclamó el rey—. ¡La Secta Sombría!

Mientras el resto vitoreaba y aplaudía, Madam Azami se quedó paralizada.

A lo largo de los años, había oído fragmentos de lo que quizás hacía el rey con su ejército. Susurros que hablaban de una oscuridad malvada en el corazón del palacio, de magia que no se debía usar. Pero los rumores habían sido fragmentados, su impacto debilitado con el paso del tiempo. La mayoría de las veces los recibía a través de sus chicas, oraciones descartables susurradas o alardeadas por sus clientes, pensando que las cortesanas eran demasiado tontas o indiferentes para notarlo. Recibía mucha información de ese modo, gran parte era mucho más urgente y sentenciosa, y Madam Azami no podía creer todo lo que los hombres ebrios de lujuria decían cuando intentaban impresionar. Sin embargo, lo que les había dado peso a esos rumores fue que el mismo Kenzo había informado de que había detectado el uso sospechoso del poder de los hechiceros en el palacio. Había expresado su preocupación de que quizás fuera una de las cosas que generaban la Enfermedad.

Eso había sido hacía un año. Hasta aquel momento, Madam Azami no había sabido qué pensar. Pero al ver la procesión de soldados, todo encajó en su lugar.

Cada uno de los hechiceros estaba emparejado con un soldado.

Un escuadrón del ejército que hasta ahora había estado completamente oculto, llamado la Secta Sombría.

Y la Enfermedad: la tierra de todo Ikhara moría debido a lo que la mayoría temía que fuera una clase de corrupción mágica a gran escala.

—¡Ama A!

El grito de Darya rompió la concentración de Madam Azami. Miró por encima del hombro y vio a Darya y a Lill a pocos metros, empujadas por la multitud.

—¡Nos veremos en los carruajes! —exclamó—. ¡Protege a la niña!

Ella misma luchaba por conservar su lugar en el tumulto, miembros de la multitud intentaban ver mejor a los nuevos soldados del rey. La nota había dicho que se reunirían junto al general Yu. No podía alejarse demasiado. Mientras ojeaba la multitud de nuevo en busca del aliado que vería, una mano sujetó la suya en la multitud.

La mano era fría y tenía escamas. Madam Azami se giró y vio a la joven reptiliana de huesos prominentes pestañeando, con el rostro fruncido. Kiroku, la criada de Naja. Era una de sus reclutas más nuevas, pero ya había demostrado ser una de las aliadas más valiosas dentro del palacio.

—El ave pequeña vuela —siseó Kiroku bajo el ruido de la multitud, sus ojos reptilianos expuestos eran feroces.

—Sobre las alas de la chica de ojos dorados —respondió Madam Azami.

La chica reptiliana no dijo nada más, simplemente esperó mientras Madam Azami deslizaba el paquete pequeño de su faja y lo colocaba en las manos de la chica.

Kiroku lo guardó con rapidez.

—Iremos a buscarlo en diez días a partir de hoy —dijo—. Debes estar lista para esconderlo.

Madam Azami abrió los ojos de par en par.

—¿Lo traeréis de vuelta al palacio?

—Es el único modo de sacarlo de allí sin que nos vean. ¿Puedes hacerlo?

Solo había una respuesta posible.

—Por supuesto. Pensaré en algo.

—Bien —asintió Kiroku, ya girándose para irse—. Que los Dioses te bendigan.

—Que los Dioses te bendigan —respondió Madam Azami, aunque su voz se perdió bajo el rugido, los pasos y los pisotones de las pezuñas. Comenzó a luchar por volver junto a Danya, Lill y el resto de sus chicas, su mente daba vueltas.

El rey, como esperaba, iría a la guerra contra los Hanno.

En diez días, sacarían a Kenzo de la prisión del Lago Lunar... y era responsabilidad de Madam Azami esconderlo dentro de las Casas de Noche.

Y, en algún lugar del reino, Lei y Wren corrían contrarreloj para obtener la ayuda que Ketai y sus aliados necesitaban con desesperación para enfrentarse al poder del ejército real, ahora con la potencia añadida del nuevo escuadrón del rey, cuyas implicaciones ella solo comenzaba a comprender.

Las palabras de despedida de Kiroku resonaron en su cabeza. *Que los Dioses te bendigan.*

Madam Azami no era una demonio espiritual. Tampoco la habían criado para serlo. Ahora, por primera vez en su vida, envió una plegaria hacia los dioses que tal vez la escuchaban para pedirles un poco de suerte en las próximas semanas.

Tenía la sensación de que sería lo mínimo que necesitarían si es que pensaban sobrevivir a la tormenta que sin duda se dirigía hacia ellos.

La atmósfera en el barco de los Amala aún está tensa la mañana siguiente a la partida de Merrin, al igual que la siguiente. Los tres miembros del Clan de los Gatos corren por el barco, charlando relajados e intercambiando bromas, pero ni siquiera sus risas ayudan a cambiar la atmósfera lúgubre que flota sobre nuestro grupo. Nitta y yo fingimos que Shifu Caen no está aquí. Aunque él intenta hablar conmigo un par de veces, Nor y Lova me salvan con peticiones de ayuda que estoy segura de que no necesitan. Para apartar de mi mente los pensamientos oscuros que aparecieron con las palabras de despedida de Merrin, paso los días haciéndole compañía a Nitta mientras ella repara nuestras prendas rasgadas, o apiñada en el camarote con Osa, haciendo lo posible por ayudarlo mientras cuida a Wren, los dos estamos cubiertos de sudor en el aire húmedo del espacio cerrado, sus muros de madera ceden bajo el sol feroz del desierto.

Desde que se desmayó después de huir de la isla de los Czo, Wren aún no ha despertado.

—He visto hechiceros drenados por menos —me dice Osa cuando expreso mi preocupación durante otra de nuestras sesiones médicas. Él coloca un paño húmedo sobre la frente de Wren mientras yo hago lo mismo en sus tobillos—. Despertará en algún momento. Pero solo cuando esté lista.

No admito que parte de mí está aliviada de que aún esté inconsciente. Si bien obviamente quiero que Wren esté bien —*siempre* querré que esté bien, sin importar lo que ocurra entre las dos— soy consciente de la conversación grave que nos espera y algo me dice que *yo* soy quien no estará bien cuando termine.

—¿Y tú? —añade Osa, sus ojos felinos se posan en mi rostro magullado—. ¿Te recuperas bien?

Me toco la nariz con cautela.

—Eso creo. —Si bien aún no ha dejado de palpar, el dolor y la hinchazón sin duda han disminuido y Nitta me jura que tiene la misma forma que antes.

Cuando dijo eso, no pude evitar pensar en Bo. En cómo él habría sonreído y añadido algo parecido diciendo que era una pena que mi nariz *no* hubiera cambiado.

Más tarde, después de una cena de guiso de vegetales tan delicioso que Nitta presiona a Osa por la receta, Nor trae algo del compartimento bajo cubierta donde los Amala guardan parte de sus provisiones.

—Acabo de recordar —dice ella, alzando una caja laqueada pequeña— que encontré

esto en la cubierta después de rescataros de los Czo. ¿Es de alguno de vosotros?

Caen entrecierra los ojos.

—Estoy seguro de que la he visto antes.

Por poco me atraganto con mi chai.

—¡Oh, es mía! —digo, apoyando mi taza y poniéndome de pie—. Gracias por encontrarla, Nor.

—La confección es hermosa —dice Nor mientras me la entrega—. Iba a usarla para mis escorpiones si no os pertenecía.

—¿Tus... escorpiones?

—Siempre me gusta tener uno o dos cerca. Te sorprendería cuántas veces son útiles. — Su rostro se frunce con una sonrisa—. ¿Quieres verlos?

—Em, estoy bien, quizás mejor otro día.

Me alejo de los demás para abrir la caja de Hiro sin que me vean. La había olvidado por completo después de la batalla caótica con los guardias Czo; debió de caérseme del sari cuando aterricé en el barco de los Amala.

Una fragancia floral brota cuando alzo la tapa. El huevo dorado de su relicario de bendición natal aún está a salvo dentro, su cadena cae sobre pliegues extraños de... ¿papel con relieve? Levantó el collar y lo poso en mi regazo. Luego, con cuidado, levanto una de las figuras que parecen de origami. El papel violeta está seco y arrugado y tiene la forma perfecta de una flor. Bajo la luz tenue de las lámparas que se mecen en los mástiles, tardo unos instantes en darme cuenta de lo que es exactamente.

Una flor.

Inspecciono algunas otras. Hay pimpollos rosas y camelias con muchos pétalos, veo la forma estrellada y simétrica de un loto blanco y perlas de lavanda delicada, la mitad todavía aferradas a su tallo.

¿Un souvenir?

Me gustan las flores.

Siento un nudo en la garganta. Muchas de las flores aplastadas se han dañado, pero su belleza es innegable, y pienso en el cuidado meticuloso con el que Hiro debió de haberlas recolectado y cuidado.

La furia corre por mis venas en una ráfaga repentina.

Cierro la caja. Sujeto el relicario de bendición natal con mis dedos, guardo la caja de Hiro con el resto de nuestras cosas, en las cajas atadas bajo cubierta para evitar que se caigan o vuelen con el viento y luego voy al camarote.

Dentro, está oscuro y cálido, el calor es menos intenso a estas horas de la tarde. Las sombras se mueven.

—¿Lei? —susurra Wren. Oigo el movimiento de su ropa cuando se incorpora.

—Estás despierta —digo. Su voz es débil.

—Apenas.

Me agazapo y me siento a su lado. La luz tenue entra por las grietas de la puerta. Está pálida, sus ojos son dos destellos blancos alrededor de sus iris oscuros.

Resisto la necesidad de tocarla.

—¿Cómo te sientes?

Se aclara la garganta.

—Siento... Siento que he muerto y que apenas he logrado volver a la vida.

—¿Recuerdas lo que pasó? ¿En la isla?

Una pausa.

—Sí.

Tenso los dedos sobre el relicario de bendición natal de Hiro.

—Lo siento mucho —susurra Wren.

—Todos lo sentimos —respondo con voz ronca. Exhalo fuerte—. Merrin se ha ido —digo de modo abrupto. Siento que Wren tensa el cuerpo—. Discutió con Lova, quien por cierto es adorable. Guapa. Feroz. Completamente intimidante. Es igual que tú.

Wren extiende una mano sobre mi regazo.

—Lei...

Aparto la mía.

—Sin embargo, ella no teme decir lo que piensa. Estoy muy cansada, Wren. Muy cansada de que me escondas cosas.

Las lágrimas aparecen y parpadeo rápido para alejarlas. Aunque está oscuro, no quiero que ella vea mi dolor. Si ve cuánto daño me hace esto, querrá consolarme y no hay nada en este instante que desee más que estar entre los brazos de Wren, para fundirme en su abrazo y olvidar que todo esto ha pasado.

También es lo último que puedo soportar.

—El dolor fortalece la magia hasta cierto punto —digo con voz llana—. Pero *tu* magia... la magia de los Xia, la técnica que tu clan ha mantenido en secreto toda la vida... Hiro te ofreció su vida para que la usaras y tú dijiste que ni siquiera sabías si funcionaría. Pero pensaste que era eso, ¿no? Que no solo el dolor, sino la *muerte* es lo que le otorga a los Xia su fuerza superior.

Wren se ha quedado tan quieta que parece no estar allí.

—Sí.

Giro la cabeza ante su respuesta susurrada.

—La ofrenda de Hiro fue importante, ¿no? Que lo hiciera por voluntad propia.

—Tomar una vida no ayuda a mantener el equilibrio de la tierra —responde Wren, en voz baja—. De hecho, la drena. Algunos dioses valoran que derrames sangre en su honor,

pero nuestras vidas provienen de la tierra, han sido creadas con qi, así que descartar esas vidas y el esfuerzo de su creación va en contra del código de los hechiceros que indica que hay que mantener el equilibrio en la tierra. Pero si alguien le ofrece su vida a otro, si se sacrifica de modo *consciente*...

—Contaría como un intercambio de qi justo por más magia —concluyo.

—Esa era nuestra teoría.

—Y ahora la has comprobado.

Me observa, sus ojos oscuros brillan.

—Aún no sabemos exactamente cómo funciona. Podría haber algo más. Pero sí. Eso parece.

Cierro los ojos, permitiendo que un suspiro largo salga. Luego, un recuerdo olvidado a medias aparece. Abro los ojos de par en par.

—¿Eso es lo que tu padre os dijo a Shifu Caen y a ti la noche antes de que nos fuéramos del templo? ¿Eso te recordó cuando nos fuimos? ¿Que usaras a Hiro de ser necesario? —Mi estómago da un vuelco—. ¿Por eso Hiro vino con nosotros en primer lugar?

—¡Claro que no! Y no, no nos dijo eso.

—Entonces ¿qué dijo?

Wren aparta la vista.

—Que deberíamos hacer lo que fuera necesario para garantizar el éxito de la misión. Incluso si eso significaba perder a algunos de los otros.

Un silencio frío aparece después de sus palabras.

—Entonces Ketai aún no sabe lo de tu poder —digo.

—No.

—¿Planeas contárselo? —Cuando no responde, prosigo—: Sabes lo que hará con la información, Wren. Encontrará a otros que se ofrezcan para tu poder. Otros niños destrozados como Hiro que tienen miles de motivos para odiar al rey y no valoran su vida lo suficiente. Tendrás un ejército entero de sacrificios voluntarios.

Con cautela, con sus ojos tristes y arrepentidos en los míos, Wren busca mi mano y esta vez permito que la sujete, deseando poder hacer retroceder el tiempo, cuando sostener su mano era simple. Cuando no sentía secretos y dolor encerrados entre nuestras palmas.

Las palabras de Merrin suenan en mis oídos.

No fue solo Wren. Vosotros también los habéis matado. Todos vosotros.

Temblando, aparto mis dedos de los suyos. Coloco el relicario de bendición natal de Hiro en su palma.

Ella se queda paralizada, con una comprensión inmediata.

—Hiro me lo dio antes de morir —explico—. Me dijo que tú sabrías qué hacer con él.

Wren traga con dificultad.

—Hay una pequeña ceremonia. ¿La harías conmigo?

—¿Ahora?

—¿En unos días? Requiere magia y ahora mismo aún estoy demasiado drenada.

—Cuando tú quieras —respondo tensa.

Wren se acerca más, la oscuridad es espesa y serpenteante, la calidez sofocante cubre de sudor mi frente.

—¿Te quieres tumbar conmigo, Lei? Solo un rato, por favor...

—Le he prometido a Nitta que la ayudaría con algo —la interrumpo, poniéndome de pie. La culpa recorre mi cuerpo ante la mentira, pero la hago desaparecer—. Tal vez más tarde. Deberías dormir.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, Wren susurra:

—¿Sabes lo difícil que estás haciendo que sea esto para mí?

En un instante, todos los meses y kilómetros entre el presente y la última vez que ella dijo esas palabras desaparecen, hasta que solo estamos las dos en aquel entonces, solas en una habitación oscura llena de sentimientos sin pronunciar. Qué fácil sería para mí ir hacia ella. Olvidar juntas todo lo que ha ocurrido y abrazarnos y el recuerdo reconfortante y bendito de aquel momento, cuando sentí intensamente el delicioso potencial de mi futuro. Mi mundo giraba en el precipicio de algo nuevo, algo precioso.

En cambio, abro la puerta.

—No hagas eso —digo con frialdad, algo puntiagudo me pincha en el pecho—. Ya no somos esas personas, Wren. Te quiero, pero no es tan fácil.

Luego salgo y cierro la puerta, sintiendo que algo más se ha cerrado entre Wren y yo.

Algo que tal vez nunca seremos capaces de volver a abrir.

Al día siguiente, Wren tiene fuerza suficiente para salir del camarote. Osa y yo la ayudamos a caminar por la cubierta. Está un poco inestable al principio, pero Lova lo adjudica a que ella aún no ha desarrollado «sus piernas de arena». Un día después, tiene un poco más de energía, incluso da unos pasos sobre cubierta sin tambalearse. Al siguiente día, parece estar rápidamente camino de recuperar toda su fuerza, ayuda con las tareas del barco y come comidas completas por primera vez desde que nos marchamos de la isla Czo.

Wren cena con nosotros en cubierta esa noche. Es la última noche antes de llegar al campamento de los Amala y el humor es una mezcla extraña de celebración por parte del Clan de los Gatos y algo lúgubre por parte de nuestro grupo. Aunque Wren se sienta a mi lado, estamos un poco más separadas de lo habitual. Pasamos la mayor parte de la comida en silencio, escuchando a Lova, Nor y Osa intercambiar historias de su clan causando desastres en Ikhara mientras comemos una deliciosa ensalada seca de trigo burgol y nueces con ciruelas pasas acurrucadas en la mezcla a modo de joyas.

Al final de la cena, Lova trae una botella de un líquido brillante y oscuro.

—¡Por la recuperación de nuestra chica! —brinda—. ¡Y por dormir en camas dentro de una noche!

Todos beben un trago antes de pasar la botella. Soy la última, y la sostengo un instante, sintiendo los ojos de todos en mí. Sé que recuerdan la última vez que bebí alcohol. Tengo el impulso de lanzar la botella a la cubierta, ver cómo se rompe y vierte su contenido sobre los tablones de madera. En cambio, bebo un sorbo y la paso.

Siento una oleada casi instantánea de alivio cuando el alcohol me calienta el estómago. No había notado cuánto lo echaba de menos, pero resisto las ganas de aferrar la botella y beber más.

Aunque Caen me observa, no dice nada. Casi deseo que lo hiciera. Hay tantas palabras que podría devolverle. Tantos secretos oscuros que se han expuesto para blandirlos como armas.

Después de la cena, Wren y yo nos apartamos de los demás para hacer la ceremonia con el relicario de bendición natal de Hiro.

—¿Estás segura de que te has recuperado lo suficiente? —pregunto mientras me lleva a la parte trasera del barco.

—Para esto, sí.

Nos ponemos de rodillas en la popa. Se balancea levemente, la barandilla es más baja aquí, así que da la sensación de estar patinando directamente sobre las dunas. La arena vuela en aparentes ríos líquidos por donde el barco avanza. El ruido fuerte a nuestro alrededor crea una barrera entre las dos y el resto del grupo que parece adecuada para lo que estamos a punto de hacer. En el cielo, la luna nueva es redonda y llena. Oleadas de luz opalescente caen sobre el desierto y las estrellas bailan en el cielo formando constelaciones caleidoscópicas.

Wren saca el relicario de bendición natal de Hiro de su bolsillo. Lo sostiene con cuidado, como si sostuviera un pichoncito.

—Nunca te he dicho qué palabra contiene mi relicario, ¿verdad?

El aire nocturno es frío y me sujeto el cuello de la túnica para cerrarlo, el pelo me da en las mejillas.

—Wren, no tienes que...

—Mi padre siempre me dijo que traía mala suerte. Sé que eso piensan la mayoría de los ikharianos. Y tal vez sea cierto. Después de todo, Hiro me dijo el suyo y ahora está muerto. —La palabra resulta rígida y fea en su boca. Traga, como si intentara deshacerse de ella. Las estrellas llenan sus ojos mientras me mira con sinceridad—. Lo que dijiste ayer sobre estar cansada de que te oculte cosas... No quiero eso. Quiero que lo sepas todo de mí, Lei, porque mi corazón es todo tuyo.

Sostiene en una mano el relicario de bendición natal y apoya la otra en mi regazo. Entrelazamos los dedos con facilidad, por instinto, tan familiar como el modo en que mis pulmones inhalan. Por ahora, el dolor de la conversación que compartimos ayer está pausado.

Con un suspiro, me relajo contra ella y presiono mi nariz contra el hueco en su cuello.

Me besa el pelo. Luego, inclina el rostro y apoya su mejilla en la mía.

—¿Alguna vez has oído hablar de kinyu? —pregunta.

—¿Kinyu?

—A veces, dos personas tienen la misma palabra en sus relicarios. No es tan poco común. Hay una cantidad limitada de caracteres en nuestro idioma y muchas más personas para compartirlos. Pero es raro conocer de verdad a alguien con la misma palabra que la tuya, en especial porque en general no revelamos nuestros caracteres de bendición natal.

—¿Por qué me cuentas esto?

Wren retrocede. Desliza el pulgar sobre el relicario de Hiro, el pendiente dorado refleja la luna.

—Teníamos la misma palabra. Hiro y yo éramos kinyu.

Un escalofrío me lame la nuca.

Ella baja la vista, mueve el pecho con su respiración lenta y profunda.

—¿Cuál es? —susurro—. ¿Tu palabra?

Pasa un segundo antes de que responda con voz inexpresiva.

—Sacrificio.

La palabra aterriza en el aire con peso. Otro escalofrío recorre mi cuerpo, más gélido esta vez.

—Wren —digo—, eso no significa que tendrás el mismo destino que Hiro...

Alza su mirada hacia mí, con ojos ardientes.

—¿Acaso no significa *exactamente* eso?

Antes de que pueda responder, mueve la muñeca para lanzar el relicario de Hiro al aire. Canta un dao corto. Una ráfaga de viento mágico brota de ella, le levanta la melena y me genera un escalofrío en la piel.

Hay un destello. Un torbellino de caracteres dorados gira y rodea el relicario que flota en el aire. Un aleteo de magia recorre la atmósfera y luego el relicario desaparece con un destello.

Las chispas doradas caen como lluvia antes de desaparecer.

El rostro de Wren carece de expresión, es frío y severo como el día en que la conocí.

—Hay muchas formas de sacrificio —digo, intentando mantener el dolor alejado de mi voz.

Ella no da señales de haberme oído. Después de un largo momento, dice:

—¿Las hay?

Algo se retuerce en mi pecho.

—Cuando mi relicario se abrió en mi cumpleaños número dieciocho —prosigue con voz inexpresiva—, lloré. No por estar triste o asustada. Sino porque estaba *aliviada*. Todo este tiempo, dedicándole mi vida a esta causa. Renunciando a todo lo que podría haber tenido, todas las vidas que podría haber vivido, por cumplir con el objetivo de mi padre. Cuando vi esa palabra, supe que yo tenía razón. Este es mi sacrificio. Mi vida, por la del rey.

Mi corazón se detiene.

—No le des eso, Wren. Él no lo merece. Tu vida es *tuya*. Luchar contra él es solo parte de ella. No debes sacrificarlo todo para derrotarlo. Si lo haces, solo terminarás derrotándote a ti misma también.

Cierra los ojos.

—Cuando descubrimos que aún estaba vivo, parte de mí sintió alivio. ¿Puedes creerlo? Alivio, otra vez, porque significaba que mi vida aún tenía un propósito. Que tenía otra oportunidad de demostrar mi valía.

—Wren, ¡no tienes que demostrarle nada a nadie! Ni a tu padre. Ni al rey. Ni a mí.

Se gira hacia mí, su rostro brilla bajo la luna.

—Esa es una de las cosas que me encantan de ti, Lei. Siempre ves lo mejor de todos.

Sostengo sus mejillas, las lágrimas me cubren los ojos.

—Eso es porque hay mucha bondad que ver. Eres increíble, Wren.

Cuando responde, sus palabras son solo un susurro, un aleteo intermitente que el viento se lleva.

—Increíble no es lo mismo que buena.



Por la noche, por primera vez en lo que parecen meses, Wren y yo hacemos el amor. Aunque la última vez fue hace menos de dos semanas, esa noche en el barco atravesando el océano hacia Kitori, parece haber sido vidas atrás. Como si las personas que éramos en ese entonces fueran desconocidas ahora. El tacto de Wren siempre me ha hecho sentir renovada, su ternura y su deseo extraen reservas renovadas de energía en mi interior, exponen nuevas reservas de amor y fuerza que no sabía que tenía. Pero esta noche, su tacto me vacía. Nos movemos una sobre la otra, fundimos nuestras bocas y cuerpos en uno y cuando nos separamos me siento menos que entera. Menos, incluso, que una mitad. Me siento partida, explorada, rota.

Suelo sentir nuestro amor como un comienzo.

Esta noche, lo siento como un final.

Como una despedida.

Después de hacerlo, mis lágrimas aparecen rápido y con fuerza sorpresiva.

—¿Lei? —susurra Wren, suena preocupada.

—Lo-Lo siento. —Me aparto de ella en la calidez oscura del camarote pequeño, las sábanas de lino caen sobre mi piel expuesta—. No sé qu-qué me pa-pasa.

Wren se endereza y me abraza. Me derrumbo sobre su pecho con sollozos intensos y entrecortados. El peso de todo lo que he cargado estos últimos meses de pronto se ha liberado y me aplasta con tanta fuerza que me comprime los pulmones.

La familia de Aoki.

El ataque de Naja.

Los cuerpos colgados en la aldea pesquera.

Perder a Bo.

Perder a Hiro.

Perder a Merrin, por su angustia y su furia.

Esa misma angustia y furia que se retuercen en mi interior.

La isla de los Czo, destruida por la preciosa chica entre mis brazos.

Y el rey, el demonio que empezó con todo esto. Quien tomó mi vida y las vidas de todos lo que quiero, y las destruyó. Ha vuelto de la muerte.

Lloro tanto que me duele la garganta. Mis lágrimas mojan la camisa de Wren, pero ella o

no lo nota o no le importa, sus manos me sujetan fuerte.

—Oh, mi amor —susurra. Deposita besos en mi pelo, susurra mi nombre una y otra vez, como una plegaria, una llamada para que vuelva a ser yo misma.

Pero me he ido. Estoy desconectada.

Esa puerta que sentí que cerrábamos entre las dos hace pocos días se niega a abrirse. Aunque nuestros cuerpos están apretados juntos, piel contra piel, latido contra latido, nuestras almas permanecen cada una en un extremo de la puerta, cerrada, pero incapaz de entrar en contacto.

Los minutos pasan y, poco a poco, mis lágrimas se calman.

Nos recostamos. Estoy acurrucada dentro del brazo de Wren, con la mejilla sobre su hombro, el brazo izquierdo sobre su estómago. Desliza su dedo sobre mi columna. Un ruido nos obliga a incorporarnos de nuevo. Fuera, el viento lanza arena sobre la cubierta, el barco cruje. Pero estamos a mundos de distancia.

—Lei. —Siento el aliento de Wren en mi pelo. Habla despacio, tensa, con un nerviosismo que no he oído antes en sus palabras—. Te quiero. Lo sabes ¿verdad? ¿Aún lo sabes?

—Lo sé.

—Porque no podría vivir conmigo misma si pensaras lo contrario.

—¿Sabes cuánto *te* quiero yo?

—Creo... que sí.

—Te quiero tanto, Wren. Tanto que a veces duele.

Me acerca más.

—No quiero hacerte sufrir —dice—. Pero hay algo que necesito decirte.

Me quedo paralizada.

—He querido decírtelo todo este tiempo —prosigue, ahora rápido y en un susurro—, pero mi padre me hizo prometer que no se lo diría a nadie. No es que él no confíe en ti, pero él no creía que estuvieras lista para saber algo semejante. El resto de nosotros hemos sido entrenados para la realidad de la guerra. Sabemos que a veces, debes hacer cosas desagradables para ganar. Cosas que no te enorgullecen, pero que al final...

—Dímelo y ya está. —Ahora apenas puedo respirar, el latido de mi corazón parece un puño en mi garganta.

—El ataque que vimos en el camino. En Shomu. No fue... —Wren traga saliva—. No fue obra del rey.

La frialdad me invade. El vello de mis brazos se eriza.

—La mayoría de los ataques *son* orden del rey. Pero durante los últimos años, mi padre ha... causado algunos. Solo cuando nos ha parecido esencial hacerlo. Hacemos una investigación exhaustiva para atacar las zonas adecuadas, clanes y aldeas claves que causarían la reacción necesaria. Nunca hacemos esto a la ligera. Debes comprender eso,

Lei. Es todo para alentar la desconfianza hacia el rey y su corte, y para reclutar aliados a nuestra causa. Nunca, *jamás*, haríamos algo que no fuera necesario.

No digo nada.

No puedo decir nada.

El silencio del camarote es terrible, rígido y sofocante, como una mano sobre mi boca.

Wren se humedece los labios.

—Sabía que mi padre quería atacar algunas áreas de Shomu para ayudar a convencer al Ala Blanca de que no pueden escapar para siempre de la crueldad del rey. El clan se enorgullece de su provincia, de las llanuras y los campos de arroz que son claves para el comercio agricultor ikhariano debido a sus condiciones climáticas perfectas, así que es una región muy importante. Al final, logramos poner al Ala Blanca de nuestro lado sin nada de eso... y mucho fue gracias a ti, Lei. Pero mi padre ya había dado la orden. Y no hacía daño mantenerlos a ellos y a los clanes locales furiosos. Para mantener la oposición al gobierno del rey. Estas semanas son esenciales mientras nos preparamos para la guerra...

La aparto de mí y me pongo de pie, sujetando una sábana contra mi cuerpo. Mi lengua parece un trozo de cemento. Me lleva tres intentos decir las palabras.

—La familia de Aoki murió en ese ataque.

Los ojos de Wren brillan.

—Lo... Lo sé...

—¡LA FAMILIA DE AOKI!

Ella se pone de pie, pero extendiendo una mano temblorosa.

—¡No te atrevas! No quiero oír ni una palabra más. Ni siquiera puedo... Ni siquiera puedo mirarte en ese momento. Primero Eolah, luego Bo y Hiro...

—¿Sabes lo de Eolah? —Wren se pone seria—. Lei...

—¿Ahora me dices que *cientos* de inocentes han perdido la vida bajo las órdenes de tu padre? —Mi voz vibra con repulsión—. ¿Cuántos asesinatos más cometeréis en nombre de la justicia hasta entender que sois tan malos como aquellos contra los que luchamos?

Las lágrimas llenan los ojos de Wren, pero no caen.

—No me enorgullece para nada —responde cortante—. Pero si nos ayuda a derrocar al rey, si ayuda a detener el hostigamiento de los papeles en todo el reino y a hacer que Ikhara sea de nuevo un lugar seguro para nosotros, para todos, entonces todo ha valido la pena.

La miro, mi pecho sube y baja, mi pulso está enloquecido. Pienso en las palabras que Nitta me dijo el otro día.

—Nada vale perderte a ti misma.

La atmósfera en el camarote se vuelve más tensa.

—Aún soy yo, Lei —responde Wren después de unos segundos—. Siempre he sido la misma. Es lo que intentaba decirte con mi palabra de bendición natal.

—¡El sacrificio no significa ser despiadado! —Las lágrimas arden en mis ojos, me visto con manos temblorosas—. Sabes, todo este tiempo creía que el rey era nuestro único enemigo. Ahora comprendo que hemos tenido otro todo el tiempo: tu padre. Los Hanno. *Tú.*

Luego, abro la puerta y corro hacia fuera, mi corazón se rompe en un millón de fragmentos en mi pecho, una explosión silenciosa que solo yo puedo escuchar.

Evito a Wren la mañana siguiente, me centro en una sesión de entrenamiento con Shifu Caen. Parece sorprendido, pero contento cuando le pido entrenar. Al principio, le impresiona mi fuerza, y alaba mi repentina energía renovada, la determinación pasional con la que lucho. Pero cuando lanzo ataque tras ataque, sin detenerme a respirar, sin detenerme para beber ni siquiera un sorbo de agua después de una hora bajo el calor abrasador, me mira cada vez con más preocupación.

—Es hora de parar —ordena, contrarrestando mis ataques agresivos con su espada. Ha dejado de crear sus propios ataques hace media hora y adopta una postura defensiva con las rodillas plegadas, de espaldas a los mástiles.

Continúo luchando. El sudor vuela de mi frente. La sangre late en mis oídos, ahogando casi todo lo demás. Apenas soy consciente de mis labios agrietados, de la arena que se pega a mi piel y del sabor a sangre en mi boca. Debo de haberme mordido la lengua.

Escupo un poco de saliva con sangre y prosigo.

Hemos atraído una multitud en la cubierta que forma nuestra arena de combate, pero los ignoro, mi atención está centrada en Caen. Me muevo mecánicamente, guiada por una furia y una culpa tan intensas que apenas distingo las emociones. *Esto es lo que querías todo este tiempo, ¿no?, quiero gritarle. ¿Lo que has intentado enseñarme? ¿Fusionar mi cuerpo, mi mente y mi alma?* En eso me he convertido: solo un cuerpo que se mueve; una mente centrada en Caen; y un alma, algo desgarrado en pedazos, roto y furioso.

El alma de un soldado.

Para esto me entrenabas, ¿no? ¿Para convertirme en esto?

¿Lo mismo que Wren? La guerrera perfecta.

Porque eso le hicieron: Caen y Ketai la destrozaron. Ellos son los culpables de en lo que ella se ha convertido.

Wren tenía razón anoche. Ser increíble no es lo mismo que ser bueno.

El rostro dulce de Aoki aparece en mi mente, pero arde un segundo después y veo imágenes de su familia, los cuerpos chamuscados juntos en las ruinas de su hogar. Un gruñido brota de mi garganta, tan feroz como el rugido del leopardo de las nieves al que Nitta, Bo y yo nos enfrentamos en las montañas de Goa-Zhen hace varios meses.

—¡Lei, es hora de parar! —repite Caen, ahora más fuerte.

Respondo con una patada alta. Él retrocede y empuja a un lado mi muslo. Me recupero

rápido; salto hacia adelante con un grito.

Tengo suerte. Cuando el barco sube sobre una duna, gano más vuelo. Lo derribo. Los dos caemos contra el mástil, pecho contra pecho, como amantes, como enemigos.

Sujetando su hombro con mi mano, alzo mi daga enfundada contra su cuello, emitiendo un ladrido triunfal.

Caen aparta mi arma y me quita de encima. Tropiezo un segundo antes de recobrar el equilibrio. Luego, lo ataco otra vez, apuntando el puño hacia su mandíbula.

Aparta mi mano con el codo.

—¡He dicho *basta!*

Intento darle otro golpe cuando unos brazos me sujetan por la cintura.

—¡Por favor, Lei! —grita Nitta—. ¡Te harás daño!

—¡Estamos entrenando! —exclamo mientras ella intenta retenerme.

—Eso *no* ha sido un entrenamiento. —Jadeando, Caen se aparta los mechones húmedos de pelo de la sien—. Somos guerreros honorables, no luchadores de un bar shisha den. Luchamos con respeto y control. ¿Acaso no te he enseñado nada?

Frunzo los labios en un rugido.

—Oh, me has enseñado *suficiente*. Merrin tenía razón. Ketai y tú haréis cualquier cosa para cumplir con vuestros objetivos. Sin importar a quién hagáis daño.

—Eso es la guerra, Lei. Debes pelear con convicción.

—¿No crees que así es exactamente como el Rey Demonio justifica lo que *él* hace?

Caen echa chispas por los ojos.

—*Él* pelea sin honor. Busca solo la destrucción.

—¿Qué importancia tiene al final? —Me quito a Nitta de encima, pero ella permanece a mi lado, lista para actuar de nuevo en caso de ser necesario—. Cualquier lucha se reduce a quién da el golpe letal primero. —Muevo los ojos hacia donde Wren observa en la parte trasera de la cubierta, su rostro oculto a medias detrás de su cabello largo que flota al viento—. Y cuántas veces puedes hacerlo.

Pasos de garras cruzan la cubierta.

—Ella tiene razón absoluta, ¿sabes? —dice la general Lova, con una mano en la cadera. Con la otra, sostiene una cantimplora de cuero—. Toma, pequeña guerrera. Deberías hidratarte.

La acepto con mala cara y vacío la botella de un sorbo.

Me mira con calidez.

—Ha sido un combate impresionante. Tu resistencia y tu velocidad podrían equipararse a las de algunos de mis mejores guerreros. ¿No tenías experiencia *alguna* antes del entrenamiento con Caen?

—Tuve... algunas lecciones en el palacio. —Evito mirar a Wren.

—¿Ahora les enseñan combate a las concubinas? —Aunque el tono de Lova es relajado, hay rigidez en sus ojos, una tensión en su sonrisa—. Joder, ya era hora. —Está a punto de decir más cuando alza su rostro hacia el cielo... y de inmediato adopta una expresión amarga—. ¿Qué hace *él* aquí?

Todos nos damos la vuelta para seguir su mirada. El brillo del sol del mediodía es tan feroz que al principio no veo nada. La arena y el cielo se funden en un resplandor blanco intenso. Luego, mis ojos se adaptan.

Recortada contra las nubes borrosas, una figura alada avanza con rapidez hacia nosotros.

Con un grito ahogado, Nitta corre hacia la barandilla. Se pone de puntillas y se inclina sobre ella para mirar las colinas doradas.

—¡Es él! —grita—. ¡Es Merrin!

La silueta familiar del demonio aviforme se aproxima, ahora perdiendo altura, planeando con sus largos brazos alados extendidos bajo la luz del sol radiante. Cuando está lo bastante cerca para que yo pueda distinguir sus ojos de lechuza entrecerrados y la punta de grafito de sus plumas, oímos un *bum* ensordecedor.

Algo vuela hacia él en el aire.

Merrin la esquiva. La bala explota en una lluvia de chispas y humo serpenteante donde él había estado volando hace apenas segundos.

Me giro. Más humo brota alrededor de Lova donde sostiene su cañón sobre el hombro.

—¡Lova! —grita Wren.

—¿Qué haces? —exclama Nitta.

—Cuidado, general —añade Nor con calma desde su sitio, reclinada contra el camarote junto a Osa con los brazos cruzados—. Tengamos cuidado de no desperdiciar munición.

Lova los ignora a todos, su rostro es una máscara feroz mientras avanza hecha una furia.

—¡Pájaro! —grita, su voz grave resuena por encima del ruido del barco. No baja el cañón—. La última vez que te vi insultaste a una de mis personas favoritas en todo el mundo. ¿Qué te hace pensar que te daría la bienvenida a mi barco con los brazos abiertos?

Merrin mantiene distancia.

—¡No espero perdón por lo que dije! —responde, volando junto al barco—. Pero le prometí a Ketai que seguiría con la misión hasta el final y eso tengo intención de hacer.

—Oh, ¿en serio? ¿Por *eso* te fuiste volando enfadado hace unos días?

—Por favor, general. —Merrin mira la cubierta, detiene los ojos al encontrar los míos. Hay una expresión extraña en ellos que no logro distinguir: algo parecido a la culpa, pero más triste—. Actué de modo infantil. Solo necesitaba espacio. No ocurrirá de nuevo.

Shifu Caen avanza, arrugando su frente bronceada.

—Merrin ha trabajado para nosotros muchos años, general. Es de confianza.

La chica leona alza las cejas.

—Vaya, me habéis llamado «general» dos veces. Realmente *intentáis* ponerme de buen humor. —La expresión divertida de su boca desaparece. Acomoda la mano sobre el cañón, aunque no lo baja—. He adquirido el hábito de no confiar en desertores. Me fallas una vez y pierdes mi confianza para siempre. —Posa los ojos en Nitta al decirlo—. Ahora, Pájaro, vete o...

—Lo.

Wren ha avanzado junto a Lova y está de pie un poco más cerca de lo que me resultaría cómodo. Hablan en susurros para que no podamos escucharlas, con las cabezas inclinadas. Lado a lado de ese modo, mientras el viento caliente del desierto golpea su ropa y su pelo, parecen un par de diosas, hechas de oro del Reino Celestial y me retuerce el estómago ver lo bien que se las ve juntas.

Después de menos de un minuto, Lova baja su cañón y mira a Merrin.

—Espero que sepas lo afortunado que eres de tener una amiga como Wren de tu lado, pájaro. Pero no te equivoques. Si das *un* solo paso en la dirección incorrecta, no tendré problema en volarte en mil pedazos. —Mientras Merrin vuela alrededor de las velas amarillas para aterrizar, Lova añade casi en un susurro encogiéndose de hombros—: O tal vez usaré mi espada. Será mucho menos complicado. —Dirige una mirada a Nor y Osa—. ¿Recordáis la última vez que hice explotar un demonio con este bebé?

Nor sonrío.

—Encontramos restos del cuerpo en el bote durante días.

—Pero fue útil como carnada para los perros del desierto —añade Osa con arrogancia.

Cuando Merrin aterriza, Nitta, Wren, Caen y yo somos los únicos que nos acercamos. Los Amala se ocupan con tareas del barco, ignorándolo por completo.

Nitta rodea el cuello de Merrin con los brazos.

—¡Me alegra tanto que hayas vuelto! —llora, enterrando su rostro en las plumas alborotadas por el viento.

Merrin parpadea, parece casi enfadado, y la aparta de él con brusquedad. Sus plumas tiemblan cuando las sacude antes de plegarlas contra su cuerpo y reducir sus brazos a la mitad.

—Cometí un error al irme —dice bruscamente—. Estaba... reaccionando a acontecimientos recientes. A pérdidas recientes. Pero como le dije a Lova, adquirí un compromiso con Ketai. No creo en romper promesas. —Nos mira, algo oscuro gira en sus ojos mientras los posa en Caen y Wren. Su expresión es más suave cuando nos mira a Nitta y a mí—. Espero que podáis perdonarme.

Nitta coloca una mano en su brazo.

—Por supuesto, Merrin.

Le sonrío.

—Ya estás perdonado.

—Gracias por volver, Merrin —dice Shifu Caen.

Wren sacude la cabeza de lado a lado.

—Lamento mucho no haber sido capaz de proteger a Bo y a Hiro. Tenías razón. Les fallé.

—La voz de Wren se quiebra—. A todos.

Merrin se aclara la garganta.

—Gracias, Wren —responde tenso.

Un grito proviene del otro extremo de la cubierta.

—¡La comida está lista!

Nos reunimos bajo la tela extendida. Mientras Lova me entrega un cuenco de lentejas cubiertas de miel y castañas de cajú, acerca su boca a mi oído, su voz es un ronroneo sedoso.

—Qué pena que el menú no incluya pájaro asado. Nor tiene una receta con salsa de chili dulce que es exquisita. —Se relame los labios; sus ojos brillan con picardía—. Es *casi* lo mejor que ha tocado mi lengua. —Mientras me sonrojo, ella alza la vista y sube la voz para hablarle al grupo—. El pájaro ha llegado en el momento justo. Estamos a dos horas de viaje del campamento. Así que no comáis demasiado: esta noche tendremos un festín al verdadero estilo de los Amala y querréis tener espacio para engullir como corresponde.

—Nunca creí que vería uno de los infames escondites secretos del Clan de los Gatos —dice Merrin con ironía.

—Nunca creí que *volvería* —susurra Nitta.

—De hecho —comenta Lova—, creo que es mejor que vosotros dos permanezcáis fuera del campamento, dadas las circunstancias. Estoy segura de que lo entendéis. Enviaré comida, ropa y sábanas al barco además de tinas de baño. Tendréis todo lo que necesitéis.

Para mi sorpresa, Merrin parece aliviado ante la noticia mientras que Nitta asiente.

—Buena idea —dice ella cortante—. Gracias.

—Espera —replico—. No es justo. Nitta y Merrin han luchado a nuestro lado durante todo el camino. Se merecen tanto como nosotros una bienvenida cálida.

—Exacto —concuerta Lova—. Y me temo que mis gatos no serán capaces de dársela. Hace mucho tiempo que desconfiamos de los demonios aviformes y Nitta es un miembro exiliado del clan. —Se mete lentejas en la boca con los dedos—. Será mucho más ameno para todos de este modo.

—Está bien, Lei —susurra Nitta—. De todos modos, no necesito más amigos. Tengo algunos bastante geniales aquí mismo.

Chocamos nuestros hombros, sonriendo. A su otro lado, Merrin se da la vuelta.

Con una punzada de dolor, noto que las palabras de Nitta deben de haberle hecho pensar en Bo.



Después del almuerzo, Lova, Osa y Nor se prepararan para nuestra llegada al campamento y los demás ayudamos en lo que podemos. Los Amala son un clan nómada. Viajan por el desierto en cinco grupos en caso de emboscadas, nunca se detienen en un mismo lugar durante más de dos meses. Mientras la ayudo a asegurar las ataduras de nuestras provisiones bajo cubierta, Nor me dice que cada campamento lleva el nombre de uno de los dioses que el Clan de los Gatos venera.

—¿A cuál iremos? —pregunto.

—Al campamento Samsi. Es el más pequeño, pero el más alborotado de todos: como es esperable ya que lleva el nombre del Dios de los trucos y los problemas. —Guiña un ojo—. Espero que estés de un humor festivo.

—No es precisamente el *mejor* momento para una fiesta —respondo con frialdad.

La vieja tigresa se pone seria.

—A veces, Lei, una fiesta es *exactamente* lo que se necesita en momentos como este. Las cosas están a punto de volverse muy oscuras, durante mucho tiempo. Nos hará bien a todos divertirnos un poco mientras podamos. —Alza la vista al oír el silbido de Lova—. Te aconsejo que vayas a la borda y te sujetes fuerte. Hemos estado fuera del campamento durante semanas. La general querrá hacer su clase de entrada favorita.

Suspiro.

—Déjame adivinar: una entrada dramática.

Mientras todos nos dirigimos hacia la barandilla, me topo con Nitta. Parece nerviosa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Señalo con la cabeza en dirección al campamento.

Ella desliza una mano sobre su pelaje arenoso y exhala.

—Demasiado. Y para nada suficiente.

—¿Qué pasó entre vosotros? —pregunto, bajando la voz—. No puedo imaginaros a ti y a Bo haciendo algo que enfureciera a todos. —Cuando ella alza una ceja, añado—: Bueno, quizás a Bo sí. Pero de todas maneras, nada lo bastante serio como para justificar vuestro exilio.

Los ojos verdes y pálidos de Nitta están llenos de tristeza.

—¿Recuerdas cuando le dije a Merrin que los secretos son lo más peligroso del mundo? —Mira por encima del hombro en dirección a Lova—. Son aún peores cuando aquellos con los que compartes secretos no confían en que no los divulgarás.

Antes de que pueda explicar más, Lova silba de nuevo y corremos a la barandilla. Lova está sola en la proa del barco como un mascarón con vida propia, sus ancas leoninas musculosas están flexionadas y su abundante cabello dorado flota al viento. El sol resalta los hilos dorados de su camisa cruzada color durazno y sus pantalones de algodón. Una cuerda larga se extiende desde las velas a su muñeca. El barco avanza con rapidez,

deslizándose con suavidad sobre la superficie de la arena como una libélula.

El sol alto brilla sobre el asentamiento atestado del campamento hecho de grupos de carpas y yurtas, todas hechas con telas multicolores. Cintas trenzadas cuelgan entre ellas, llenas de lámparas y amuletos de buena suerte. El campamento está junto a un oasis. En el grupo de carpas cerca de la orilla, el agua resplandece. Las palmeras datileras y las higueras cubren de sombra la arena. Varios caballos están atados a sus troncos, con los cuellos inclinados para beber agua.

Cuando nos aproximamos, un cuerno suena desde una torre de vigilancia en el centro del campamento. Algunos de los Amala corren afuera, celebrándolo y aplaudiendo.

Lova grita de alegría.

—Felinos —gruñe Merrin a mi lado—. Siempre tan *ruidosos*...

Se sobresalta cuando Nor responde a la llamada soplando su propio cuerno de marfil, junto al oído de Merrin.

—¡Aquí vamos! —grita Lova desde la proa.

Salta hacia atrás.

Mis dedos sujetan la barandilla justo a tiempo. Lova navega hacia atrás, deslizándose en el aire. La cuerda de su muñeca se tensa. Con un grito alegre, gira alrededor del mástil central mientras enrolla las velas. El barco vira a un lado. Caemos contra la borda mientras el lado opuesto del barco se alza alto. La arena vuela y se me mete en los ojos. Toso y escupo, sosteniéndome mientras el aire caliente me azota la piel y la ropa y el barco gira con brusquedad. La risa de Lova canta en el aire cuando salta de nuevo, balanceando las velas en dirección opuesta para hacer que rodeemos el campamento Samsi en un círculo amplio.

Cuando por fin nos detenemos, unos gritos estrepitosos y saludos de alegría nos reciben. Las manos golpean los laterales del barco. Nor, Osa y Lova sonrían, y bajan de inmediato para unirse a la multitud de bienvenida.

Me pongo de pie donde he estado ovillada junto a la barandilla.

Wren se acerca y me ofrece una mano.

—Ella es... un poco extravagante —admite.

Soplo para apartarme el pelo de los ojos.

—¿Eso crees?

Merrin se sacude las plumas para quitarles la arena mientras que Nitta sujeta la barandilla, con aspecto de tener náuseas. Sin embargo, ambos parecen aliviados de no unirse a nosotros y me despido rápido de ellos antes de bajar del barco con Caen y Wren. Lova, Nor y Osa ya están mucho más adelante, los miembros de su clan se los han tragado en cuanto han tocado el suelo. Corremos tras ellos, atravesando la arena.

Después de pasar la última semana viajando por la extensión vacía de las dunas, el ruido

y el alboroto del campamento me ponen nerviosa: por no mencionar la inmensa cantidad de demonios. Por todas partes veo dientes felinos y ojos intensos y brillantes que nos observan pasar. El aire del desierto está infestado de olor a pelaje, sudor y comida cocinándose. El humo del incienso sube desde unos grandes quemadores de exterior y lo cubre todo con una capa difuminada. Nos abrimos paso por los pasillos enmarañados entre las carpas, llenos de miembros del clan negociando con mercancías e intercambiando chismes y bromas. La mayoría está bajo la sombra de los toldos que se han desplegado en las calles. Algunos pocos escogen asarse bajo el sol: niños tumbados sobre los techos rígidos de las yurtas, con las botas en alto y las manos detrás de la cabeza, y felinos ancianos arrugados bronceándose en las piscinas doradas de luz que aparecen entre los toldos, escupiendo duku y semillas de papaya sobre el suelo polvoriento.

Incluso con todo ese ruido, es imposible no oír los susurros que nos siguen por todo el campamento.

—...La hija de Ketai Hanno...

—...Acaso no dormía con la general...

—...Sin duda están aquí para obtener nuestra ayuda...

—...La Elegida de la Luna, es solo una papel delgaducha, ¿te lo puedes creer...?

Por fin llegamos a la gran carpa redonda que está erguida varios metros más arriba que las demás. Las cintas con amuletos cuelgan del techo abovedado y banderines con el símbolo de los Amala (tres garras de un negro obsidiana estampadas sobre el amarillo) bailan al viento. Dos guardias con capucha y camisa blanca y sarongs custodian la entrada. Apartan la tela de la carpa y asienten a modo de bienvenida al reconocer sin duda a Wren y a Caen.

En cuanto cierran la carpa detrás de nosotros, el ruido del campamento se reduce. Hace un calor sofocante dentro, el interior oscuro está iluminado por lámparas de aceite y las moscas zumban alrededor de sus llamas. Hay alfombras distribuidas sobre el suelo polvoriento. Lova, Nor y Osa están reunidos en la mesa del fondo con otros miembros del Clan de los Gatos.

Su conversación se detiene cuando nos ven.

Sonriendo, Lova se pone de pie.

—¡Comité del clan! —anuncia—. Recordáis a Shifu Caen, el asistente de Lord Hanno, y Lady Wren, su brillante hija. —Rodea mis hombros con un brazo—. Os presento a Lei. Algunos quizás la conozcáis por su apodo: la Elegida de la Luna.

Los rostros peludos sonrían. Vitorean y aplauden y Lova me empuja al frente, con su risa gutural mientras me bañan en cumplidos y me dan palmaditas en la espalda. Los miembros mayores me pellizcan las mejillas; debe de ser un gesto de respeto entre los demonios felinos para aquellos más jóvenes que ellos.

—¡Alamak! ¿Una cosita diminuta como tú peleó contra el rey?

—¡Mirad esos ojos! *Tienes* que ser parte demonio.

—Apuesto a que es parte león.

—¡Yo digo que parte tigre!

—Sin duda es parte serval. Es tan delgada como uno.

Lova les hace gestos para que hagan silencio.

—Muy bien, dadle un poco de espacio a la chica. Ha tenido un viaje intenso. Todos nuestros invitados lo han tenido. —Chasquea los dedos hacia la chica de acero que está pacientemente de rodillas junto a la entrada. Una cola peluda asoma bajo su sarong—. Trae dos jarras más de zumo de aloe. Y diles a los cocineros que comiencen con los preparativos del banquete de esta noche.

La chica hace una reverencia. Cuando corre fuera de la tienda, Lova capta la atención de otro siervo joven. Él también es un acero, su piel desnuda es sospechosamente lisa a excepción de sus patas felinas envueltas en pelaje blanco con manchas. Me recuerda cómo incluso entre demonios hay jerarquías de poder.

—Plio, necesito que prepares dos carpas para huéspedes. También necesitarán un cambio de ropa. Pregúntale a Madam Chokri, ella sabrá qué hacer.

—¿Dos carpas?

—Asumo que nuestras tortolitos querrán compartir una —dice Lova, mirándonos a Wren y a mí con el más ínfimo dejo de celos.

Aunque Wren y yo nos ponemos tensas, no decimos nada. El comité nos da la bienvenida a la mesa y pronto nos sumimos en una conversación profunda sobre la política ikhariana; los demonios nos ponen al tanto de las noticias del resto del reino: conflictos entre los clanes, más desplazamientos y preocupación debido a la Enfermedad, escondites rebeldes expuestos. Su información es importante, e intento centrarme en la discusión, incluso mientras mi mente continúa repitiendo las palabras de mi pelea con Wren anoche, como un diente podrido medio suelto que mi lengua no puede dejar de tocar.

Al estar constantemente en movimiento, los Amala deben de estar habituados a trabajar rápido. En las horas que pasan entre nuestra llegada y el anochecer, han construido una inmensa plataforma de madera sobre la arena junto al oasis, un costado de ella flota sobre el agua. Cordones de luces entretejen un toldo brillante, las estrellas reales detrás parecen pálidas en comparación. Mesas elegantes llenas de comidas recorren el centro de la plataforma, fragancias deliciosas invaden el cálido aire nocturno. Hay pilas inmensas de cuscús bañado en cilantro y chile, y cuencos humeantes de laksa, una sopa de fideos con curry que a Tien siempre le ha gustado particularmente. Hay plátano frito en palillos junto a gajos de lima para exprimir y cuencos iridiscentes de azúcar han sido colocados para espolvorearlo sobre los bollos de leche frescos recién salidos del horno. Lassi de rosas y ron especiado llena los cuencos de barro altos hasta mis hombros.

Antes, Wren y Caen han ido con Lova a ocuparse de asuntos del clan, así que yo camino con Nor y Osa por la fiesta. Los Amala los cubren de aplausos y palmadas en el hombro, y yo recibo algunas también. Si la presencia de tantos demonios antes me ha perturbado, aquí todo el *clan* está reunido. La multitud está plagada de cientos de cuerpos felinos. Algunos de pie, llenando sus platos de hojas de plátano con comida mientras que otros están sentados en cojines y alfombras. Los sirvientes de acero serpentean por la fiesta, rellenando vasos y limpiando lo que se haya volcado. Una hilera alegre de demonios jóvenes está sentada al borde de la plataforma con las patas colgando sobre el agua. Oigo que uno cae dentro. Brotan las risas y las bromas sin maldad, junto a más salpicaduras cuando algunos de sus amigos también se zambullen.

A pocos metros, Wren, Lova y Caen están sumidos en una conversación intensa con un par de felinos que parecen ancianos. Mi estómago da un vuelco. Wren está despampanante, su melena negra —limpia por primera vez en más de una semana— cae en ondas abundantes sobre su espalda. Un sari color índigo con intrincados bordados dorados rodea su cuerpo musculoso y sus piernas largas. La piel suave de sus hombros, oscurecida por el sol del desierto, resplandece bajo las luces.

Una oleada de amor y deseo zumba en mi interior, solo para desaparecer con los recuerdos desagradables.

La cabaña quemada de la familia de Aoki.

El humo y el calor quemándome los ojos.

La bandera del Rey Toro ondeando, aún más insultante ahora que sé quién la colocó allí.

Wren se mueve para abrir un espacio a su lado cuando nos unimos a su grupo y, sin querer hacer una escena, acepto el lugar.

—Estás preciosa, Lei —dice ella, con tanta ternura que se me forma un nudo en la garganta.

Me lo trago.

—Tú también.

Osa me entrega un vaso de ron y me lo bebo agradecida, frunciendo el ceño ante el ardor. Caen me mira con desaprobación y un destello de preocupación atraviesa el rostro de Wren. Pero Osa no parece notarlo cuando se acerca a rellenarme la copa.

Lova me mira con admiración.

—Me alegra tanto que las prendas te queden bien. El amarillo sin duda es tu color, Lei. — Sus ojos delineados con kohl brillan—. Te convertiremos en una Amala.

Deslizo una mano sobre la blusa kebaya cruzada de algodón y los pantalones que una sirvienta me ha traído esta tarde. Me quedan a la perfección, pero su simpleza destaca en comparación con los saris lujosos que Wren y Lova visten. ¿Acaso Lova intentaba decirme algo al vestirme de modo tan distinto a los demás?

De ser así, su sonrisa es amistosa, inocente. Se bebe su propia bebida y extiende su cuerpo peludo con un suspiro, los brazaletes de jade en sus muñecas y sus tobillos tintinean.

—Estoy tan contenta de haber vuelto. —Bajo la luz de las lámparas, la joven general es guapa, curvilínea y voluptuosa de modos que yo no soy. La seda amarilla flota sobre su piel dorada. Se inclina hacia delante, los amuletos dorados rozan la sombra profunda de su escote—. ¿Recuerdas ese fin de semana en que Ketai y tú vinisteis de visita, Wren? Comimos tanto dadar gulung que los dientes nos dolieron por tanto azúcar. Y después, ¿cuando nos quedamos despiertas toda la noche mirando las estrellas? Nunca había visto al cielo del desierto tan precioso. Pero quizás fue por todo el ron que habíamos bebido... o un efecto colateral de estar enamoradas.

Tenso la mano sobre mi copa.

Nor se ríe. Su voz es un rasguño ronco, tan irregular como las cicatrices aleatorias que atraviesan su rostro.

—Yo me acuerdo. Se suponía que ambas iríais a la mañana siguiente a la reunión del consejo y cuando ninguna vino os encontramos en los aposentos de Lova, todavía dormidas profundamente.

—Por no mencionar desnudas —añade Oda. Caen tose.

—Creo que... esta conversación no es apropiada para la cena.

Los Amala ríen fuerte.

—Oh, Shifu —bromea Lova—. Qué aburridas y tristes deben de ser las cenas en el palacio de los Hanno. Vamos, bebe más ron. Veamos si podemos hacer que relajés un poco tu culo tenso. Estarás bailando encima de las mesas al final de la noche.

Mientras los demás se ríen, yo miro a Wren. Aunque solo estamos a pocos centímetros de distancia, el espacio entre ambas parece ensancharse, abrirse con un peso físico.

—Nunca me dijiste que viniste a visitarla —digo, odiando lo infantil que sueno, pero incapaz de parar. El calor arde en mis ojos—. Dijiste que solo os habíais visto una vez, cuando ella fue al palacio de tu padre para una reunión.

Wren me mira con sus pestañas largas.

—Lei...

Dice mi nombre como si fuera una disculpa.

O una excusa.

Sacudo la cabeza. Apartando mis lágrimas a la fuerza, me sirvo más ron. El líquido especiado me quema la garganta.

—Sé lo que estás haciendo —le digo a Lova con mala cara—. Pero no funcionará.

La alarma atraviesa el rostro de Wren.

—Lei...

Alzo una mano.

—Quiero oírlo de ella. Quieres recuperar a Wren, ¿no es así, general?

Lova me observa con serenidad, su pelaje dorado brilla bajo las luces. Apoya su copa.

—Sí —responde como si fuera un hecho—. Así es.

Abro los ojos de par en par.

—No habría dicho nada frente a ti, Lei —continúa la hermosa leona—, pero has pedido la verdad, así que aquí la tienes. —Posa sus ojos delineados en Wren—. Estuvimos enamoradas no hace tanto tiempo. Y no he dejado de pensar en ti desde entonces. Todas las chicas con las que he estado desde ese momento no han sido capaces de cambiar eso, porque mi corazón aún te pertenece.

Wren le devuelve la mirada, en un silencio letal.

Un sonido ahogado se aloja en mi garganta.

—Lo siento —dice Lova, suena genuina cuando me habla—. No mereces que te hagan daño así. Por lo que he visto estos días, comprendo por qué Wren se enamoró de ti. Pero Wren y yo estamos destinadas a estar juntas. —Mira a Wren, su rostro iluminado por un entusiasmo feroz—. Imagínatelo. Dos de los clanes más poderosos de Ikhara unidos. Una papel y una Luna. Podríamos mostrarles a todos los ikharianos el reino futuro con el que soñamos... un lugar de equidad. De unidad. —Su voz baja a un ronroneo sedoso. Suaviza la expresión—. Pero más que nada, seríamos felices juntas, cariño. Lo sabes. Recuerdas esos maravillosos días que compartimos. Esas noches.

Ni siquiera noto lo que hago hasta que la copa ha abandonado mi mano. Vuela por el aire y golpea a la leona de lleno en la sien antes de rebotar y romperse en la plataforma.

Lova toca su cabeza.

—¿En serio? ¿*Una copa*?

—¡Tienes suerte de que no tuviera nada más grande a mano! —Retuerzo un trozo de mi camisa cruzada, la cara me arde—. ¿De eso se trata esto? ¿Que yo cumpla el rol de la chica común sin clan para que recuerde que no estoy en la misma liga que vosotras dos?

Para mi sorpresa, Lova parece herida.

—De hecho, he creído que quizás querrías vestir las prendas de tu región. Que te harían sentir más cómoda. Y después de lo que Wren me ha contado sobre tu estancia en el palacio, no quería hacerte recordar por qué estabas allí vistiéndote con sedas y faldas.

Hay un silencio incómodo. Los ojos de todos miran con incomodidad a Wren, a Lova y a mí.

Tuerzo la boca.

—Gracias —me obligo a decir—. Ha sido amable por tu parte. —Con las mejillas ardiendo, me pongo de pie—. Debería irme.

Wren comienza a seguirme.

—Lei...

Su mano roza mi hombro, pero la aparto, las lágrimas arden en mis ojos.

—Por favor. Ahora no. Solo necesito espacio.

Vacila.

—Entonces, hablaremos más tarde.

Sacudo la cabeza.

—Me quedaré con Nitta y Merrin esta noche. Creo que será lo mejor. Te... te veré mañana.

Me marchó antes de poder cambiar de opinión.

Cuando he abandonado el ruido y la alegría de la fiesta, cruzo las calles del campamento de los Amala que ahora están vacías, y paso junto a parejas felinas entrelazadas entre las sombras. Detrás del campamento, el desierto es frío y vasto. Donde el sol convierte las dunas en oro durante el día, la luna las cubre de plata, transformando el paisaje en un océano espectral de colinas brillantes y suaves. Mis botas resbalan en la arena mientras avanzo hacia el lugar donde el barco está varado entre los bancos de arena bajo la luna. Arriba, el cielo está encendido de estrellas. Un viento suave mueve la arena, llenando el aire con susurros, como si los espíritus vivieran aquí en las dunas movedizas. Es fácil imaginarlo; el desierto parece antiguo, como los huesos de los dioses.

Sin el ruido del barco moviéndose sobre la arena, hay un silencio inquietante. Pero cuando me acerco, las voces brotan de la cubierta iluminada.

—No creo que sea una buena idea. Además, ¿por qué tiene que ser ahora?

—Te lo explicaré luego.

—Actúas extraño, Merrin. ¿Qué pasa?

Subo por la barandilla y veo a Merrin caminando de lado a lado en la cubierta. Sus brazos caen levemente abiertos, como si estuviera listo para desplegar sus alas en cualquier momento. Nitta lo observa, con las manos en las caderas.

El alivio cruza el rostro de Nitta cuando me ve.

—¡Lei! Justo a tiempo. —Corre hacia mí y coloca un brazo sobre mis hombros—. Plumas insiste en ir a la fiesta. Dice que nos necesita a todos aquí para una conversación importante.

—¿En... el barco? —pregunto frunciendo el ceño.

La chica leopardo se gira y señala a Merrin.

—¿Ves? No soy la única que cree que es raro.

Él abre la boca y luego la cierra. Parece nervioso por algún motivo. Luego, aparta los ojos de nosotras y centra la atención detrás de nuestras cabezas. Su expresión se vuelve más rígida.

Nitta y yo seguimos su mirada hasta el campamento. Cinco siluetas caminan hacia nosotros. En las colinas oscuras de las dunas, es imposible ver sus rostros, pero el paso bamboleante de Lova y el andar orgulloso de Shifu Caen son inconfundibles, y reconocería el movimiento de las piernas largas de Wren en cualquier parte. Su melena flota con el viento seco. Mientras se aproximan, veo a Nor y Osa al final del grupo.

Nitta alza una mano.

—Bueno, has obtenido lo que querías.

Merrin no parece contento ante la noticia.

Nitta y yo bajamos del barco para reunirnos con los demás, Merrin nos sigue poco después.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

La atmósfera es tensa. Wren está un poco apartada de los demás, su rostro está tan inexpresivo que si no la conociera, creería que no podría importarle menos verme. En cambio, la reconozco: su máscara, el muro que construye entre ella y el mundo. Nuestros ojos se encuentran y un temblor cálido recorre mis venas.

—Hemos creído que era importante volver juntos como grupo —dice Caen—. Hemos viajado hasta aquí juntos y en especial ahora, antes de que todo sea aún más peligroso, no es bueno dejar al grupo fracturado así.

Lova se encoge de hombros.

—Solo estoy aquí porque Shifu ha insistido.

Los demás la fulminan con la mirada. Incluso Nor susurra:

—General...

Lova suspira.

—Bueno. No es solo por eso. —Mira a Caen con el ceño fruncido—. Aunque ha sido insistente. Ni siquiera ha dejado que terminara la masa de curry que me estaba comiendo. —Con un movimiento suave de su cabeza, su cabello dorado flotando, la leona avanza. Sus ojos color bronce encuentran los míos, la luna se refleja creciente en ellos—. Te debo una disculpa, Lei —admite, suavizando sus facciones—. Después de todo lo que has vivido, de todas las cosas valientes que has hecho para ayudarnos, no debería haber actuado así. Ha sido infantil, mezquino e irrespetuoso. Caen tiene razón. Ahora no es momento de estar divididos. —Extiende su garra—. ¿Tregua?

No me muevo.

—¿Quieres decir que dejarás de intentar coquetear con Wren cada cinco minutos?

—¿Qué te parece si lo hago solo cada algunas horas?

—Una vez por hora, máximo.

—Hecho.

Estrechamos brevemente las manos. Luego, Lova me suelta para deslizar los dedos sobre su pelaje abundante, haciéndoles ojitos a los otros.

—Ahora, ¿podemos *por favor* volver a la fiesta? Es bastante grosero que la invitada de honor se marche de su propia fiesta de bienvenida.

—Bueno, ella tendrá que aguantar un poco más —dice Nitta y señala con el pulgar a la derecha—. Merrin tiene algo que quiere discutir con todos.

La sonrisa de Lova desaparece.

—¿No puede esperar a mañana?

—¿Cuando tengamos resaca? —responde Nor.

—Buen argumento. ¿Qué pasa, pájaro?

Merrin vacila. Sus ojos anaranjados me miran y parece casi arrepentido. Está a punto de hablar cuando mira abruptamente a la izquierda. Su cuerpo se tensa, como un resorte.

Mi corazón se detiene.

—¿Merrin? ¿Qué sucede?

Pero es Wren quien habla.

—Mirad.

Mira en la misma dirección que Merrin, donde, lejos del barco, el desierto se expande, un paisaje continuo de dunas iluminadas por la luna. El viento frío sopla mi cabello y coloco los brazos sobre mi pecho; ahora que el alcohol pierde efecto, la frialdad regresa.

Al principio, no veo nada. Luego...

Allí. Algo difuso y extraño a lo lejos.

Me quedo paralizada. Enfoco la vista. Hay un grupo de luces titilantes en el horizonte,

sobresaliendo en el desierto. Me recuerda a cuando estábamos en el mar viajando al archipiélago Mersing. A veces, había olas más grandes que otras y así comenzaban, como un resplandor lejano que surgía del horizonte.

Esta ola tarda unos minutos más en revelarse: y cuando lo hace, el terror que acechaba en mí explota en un estallido de pánico.

—No... No puede ser —susurra Merrin.

—¿Acaso son...? —dice Nitta con un hilo de voz.

—¡Soldados! —gruñe Lova.

Soldados. Una palabra, bastante simple. Pero desde la Guerra Nocturna, esa palabra ha contenido otras, palabras que generaban miedo en un segundo, palabras *construidas* por el miedo mismo: sufrimiento, destrucción, sangre, muerte.

La comprensión me golpea con tal fuerza que pierdo el aliento.

Te he encontrado.

El ejército del rey se dirige directo a nosotros.

Caen, Nor y Osa corren y se ponen en acción, saltan a la duna más cercana para ver mejor a los soldados que se aproximan. Lova y Wren se recogen el pelo inmediatamente y colocan la tela de sus saris entre las piernas y la pliegan en la cintura para crear pantalones, todo mientras disparan preguntas y estadísticas sobre los recursos del campamento y el terreno corriendo de lado a lado a toda velocidad. Sus intercambios urgentes pasan sobre mí. Mis pies parecen hundidos en el suelo, como si fuera lodo en vez de arena. Nitta me rodea con un brazo, acariciándome los hombros, mientras que Merrin mira con ojos vidriosos el horizonte, donde las llamas distantes brillan.

Menos de un minuto después, los demás vuelven.

—¿Cuántos son? —pregunta Lova.

—Al menos quinientos —responde Nor, el viento sacude su pelaje entrecano—. A un kilómetro y medio, máximo.

Mis piernas se aflojan. Quinientos. El número es incomprensible. Incluso si la mayoría de miembros del Clan de los Gatos no estuvieran borrachos, tenemos mínimo doscientas personas menos que ellos.

Lova asiente, increíblemente compuesta.

—¿Y estás segura de que son soldados reales?

—Llevan el estandarte del Rey Demonio —confirma Osa.

—Lo más probable es que sea un grupo militar local que ha sido movilizado en respuesta a una alerta sobre nuestra localización —añade Caen— en vez de soldados del palacio. No hemos visto cañones o animales de batalla y vienen a pie.

—Deben de haberse reunido rápido —coincide Nor—. Pero de todos modos, sus números son...

Impresionantes. Abrumadores.

Letales.

Todos terminamos su frase en nuestra cabeza.

Mientras observamos, los braseros que los soldados cargan de pronto se extinguen. Un escalofrío me recorre; planean una emboscada, atacar en la oscuridad.

Las náuseas me suben a la garganta. Me imagino al ejército avanzando hacia nosotros sobre las dunas como un tsunami de agua oscura y furiosa, listo para tragarnos de un bocado. Cubiertos no de espuma, sino del filo de las espadas, las garras y los dientes

puntiagudos de los demonios.

—Ninguna batalla está ganada antes de pelear —dice Wren con firmeza—. Recordad quiénes sois. Confiad en nuestra fuerza.

Lova asiente, con sus ojos color ámbar feroces.

—Nuestra prioridad es detenerlos antes de que lleguen al campamento. Necesitamos contenerlos mientras reunimos más soldados. ¡Merrin! —Extiende un brazo—. ¡Lleva a Nor o a Osa al campamento!

Osa avanza.

—¡Yo iré!

—¡Haz que Hond y Clio organicen a todos! —ordena Lova mientras Osa le grita a Merrin que le permita subir a su espalda y el demonio lechuzca vacila antes de aparentemente comprender lo que espera de él—. Cortad toda la luz... ¡y encontrad escondites para todos los cachorros y aquellos que no pueden pelear!

Con un aleteo poderoso, Merrin despegas hacia el campamento. Desde su espalda, Osa alza una mano para demostrar que ha comprendido la orden.

—Podemos tenderles una emboscada aquí —sugiere Nitta sin aliento, mirando a los que quedamos—. El barco está justo en su camino. Verán nuestras luces y vendrán primero aquí para registrarlo, solo para estar seguros.

Los ojos de Lova brillan.

—¡Eso es! —Sin explicación alguna, se aferra al borde del barco y salta sobre la barandilla. Sus pasos amortiguados corren por la cubierta. Apenas diez minutos después, vuelve y aterriza con fuerza en la arena. Lleva su cañón al hombro; una cerilla le sobresale de la boca.

»¿Cuánto creéis que falta? —pregunta apretando los dientes, mirando en dirección al ejército que se aproxima, que parece una ola oscura sobre las dunas bajo la luna—. ¿Diez minutos?

—Quince si tenemos suerte —dice Caen. La sonrisa de Lova se vuelve afilada.

—Me gustan los desafíos. —Toma la cerilla y la hace girar entre sus dedos, apuntándonos—. Tengo suficiente pólvora para cuatro disparos. Nor y yo los retendremos aquí lo mejor que podamos. El resto de vosotros volved al campamento. Osa, Hond y Clio organizarán a nuestros guerreros. Seguid sus órdenes.

—Pero... moriréis si os quedáis aquí solas —digo. Se encoge de hombros.

—Mejor dos cadáveres que cien.

—No. —La voz de Wren es baja, pero feroz—. No os dejaremos atrás. Hay un modo de detener a los soldados antes de que lleguen siquiera al campamento, a cada uno de ellos, y todos sabemos cuál es.

El silencio nos invade.

Miro a Wren boquiabierta. Una oleada repentina de furia me llena. Crece, un canal caliente recorriendo mis venas y mi garganta, y aprieto los dientes, hundo las uñas en las palmas para evitar gritar mis próximas palabras.

—No te atrevas. —Mi voz tiembla—. Maldita sea, no te *atrevas*.

—No podría haberlo dicho mejor —concuerta Lova con frialdad.

Cuando Wren empieza a responder, Nor alza una mano.

—Esperad. —El rostro de la tigresa es decidido, tiene las orejas en alto—. General, ¿ha dicho que hay suficiente pólvora para cuatro disparos más?

—Habría para seis si no hubiera desperdiciado uno ayer con Plumas.

—¿Y si los combinamos?

Lova sacude la cabeza.

—La medida debe ser exacta. Una fracción demasiado fuerte y el cañón mismo explotará... y yo con él.

—No me refería al cañón.

Lova la mira un segundo. Luego, sonrío.

—Ah, eres una tigresa brillante.

Nor sonrío, retorciendo sus cicatrices.

—Usaremos el barco. La arena sofocará las llamas.

—Y el brillo del fuego los dejará medio cegados —añade entusiasmada la general—. Podemos atacar mientras están atontados.

—Y si rompemos parte de la cubierta, algunos caerán por los huecos. Podemos atrapar a más de ese modo.

—Pero alguien tendrá que encenderlo todo...

—No si usamos una mecha...

—¡Cuerda! ¡De los mástiles!

—¡Sí!

Y luego las dos suben al barco de nuevo sin decir ni una palabra más.

Parpadeo.

—¿Qué dioses ha sido todo eso?

La sonrisa de Nitta es afilada.

—Haremos una fogata de soldados reales.

—¡Todos a cubierta! —ordena Caen, avanzando hacia el casco.

Los cuatro subimos por encima de la barandilla. Nitta ayuda a Nor a recolectar cuerdas de los mástiles y provisiones bajo cubierta. Caen comienza a romper los tablones de madera en zonas estratégicas. Con cuidado de evitar esos agujeros, Wren y yo atravesamos la cubierta. Ella se dirige al camarote mientras yo me agazapo junto a Lova, quien está en cuclillas en la base de los mástiles.

Coloca un orbe de metal pesado en mis manos. Una bala de cañón.

—Quítale la pólvora —ordena.

Hago lo que dice, siguiendo su ejemplo. Wren sale del camarote en menos de un minuto con los brazos llenos de armas. Por un golpe de suerte, aún no las hemos bajado del barco. Recorre la cubierta, entregándolas.

—¿Qué pasará después? —le pregunto a Lova mientras desliza su sable pesado sobre el hombro antes de terminar con la pila de pólvora extraída de las balas de cañón—. Esto no los detendrá a todos.

Lova no alza la vista.

—Lucharemos, claro.

—Pero...

—*Lucharemos*, Lei —repite, mirándome a los ojos esta vez—. Es lo único que podemos hacer.

Y entonces, lo escucho. Aun de lejos, el tintineo metálico de las armas es inconfundible. Un sonido creciente y movedizo lo acompaña, el sonido de cientos de cuerpos que marchan.

—¡Sujétala! —exclama Nor desde arriba.

El pesado extremo de la cuerda cae. Lova la toma y la hunde en la pila de pólvora. Nor baja del mástil. Con mordiscos poderosos de sus dientes de tigresa, corta el otro extremo de la soga donde está atada a los anillos de metal que sostienen las velas al mástil. Nitta ha estado trabajando en anudar otros fragmentos de cuerdas. Avanza, toma el extremo de la cuerda gruesa de Nor y la ata con la soga larga que ya ha creado.

Lova está ocupada repartiendo los fragmentos de cuerda gruesa entre botellas de licor que estaban bajo cubierta cuando Wren baja de donde estaba vigilando junto a la barandilla.

—¡Ya vienen!

El corazón me sube a la boca. De inmediato, corremos por la cubierta, esquivando las tablas rotas, y bajamos de un salto del barco. La soga vuela con nosotros. Surge de las manos de Lova, blanca y gruesa, como una serpiente del desierto. La arena se mueve bajo nuestros pies, lo que nos hace resbalar mientras corremos colina abajo. Mis pies se hunden profundamente en un montículo y caigo de frente primero. El impulso me hace rodar hasta que me detengo al pie de la duna, tengo granos de arena en los ojos, la boca, los oídos, los brazos y las piernas de mis pantalones.

Alguien me pone de pie: Nor. Continuamos corriendo. La próxima duna es más baja, solo es una cresta de arena. Nos detenemos sobre ella justo cuando el sonido de un aleteo nos hace mirar a nuestro alrededor.

Con las alas amplias extendidas, Merrin vuela hacia nosotros, bajo sobre la arena

iluminada por la luna. Osa se aferra a su espalda. Los dos forman una sombra oscura sobre las luces del campamento... y luego, todo se vuelve negro. Ahora, la única luz proviene de las lámparas que hemos dejado ardiendo en la cubierta del barco.

En vez de sonar aliviada, Lova maldice.

—¿Qué estáis *haciendo*?

Miramos a Merrin. En vez de haberse detenido junto a nosotros, vuela hacia el barco.

—¡Maldito pájaro! —gruñe Lova.

Nor coloca una mano sobre su hombro.

—General...

Lova se queda paralizada; abre los ojos de par en par al comprender.

—¡*Maldito pájaro!* —repite, ahora sonriendo—. Nor, ¡ve a ayudarlos!

De inmediato, la tigresa corre con su cola meciéndose detrás.

Lova centra la atención en nosotros. Antes de que pueda preguntar qué trama exactamente Merrin, comienza a hablar muy rápido.

—Después de la explosión, tendremos dos minutos, quizás tres, antes de que los soldados comprendan lo que pasa. El barco será inestable. No subáis a él. Esperad a que los supervivientes bajen. Lo rodearemos desde este lado y los atacaremos uno por uno. Los otros soldados esperarán antes de acercarse al barco, pero no tardarán en entender lo que pasa. Y le darán la vuelta al barco. Necesitamos tener cuidado de no quedar arrinconados. Si nos rodean contra el barco en llamas, estamos muertos. En cuanto comiencen a darse la vuelta, volvemos a esta cresta. Es mejor tener la ventaja de la altura. Nos separaremos y peharemos en parejas. Caen, Nitta: vosotros dos ocupaos de la derecha. Wren: ocúpate de la izquierda con Lei. Yo me quedaré en el centro con Nor y Osa. —Alza la vista y todos miramos cómo Merrin, Osa y Nor vuelven del barco.

Merrin vuela bajo sobre la arena, mientras que los demonios felinos caminan agazapados. Todos cargan tablones de madera. Deben de haberlos quitado del casco del barco. Tardo un instante en comprender por qué: Merrin los lanzará sobre los soldados.

Corremos a ayudarlos.

—Hond y Clio están reuniendo a cada guerrero disponible —informa Osa a Lova, los dos colocan una tabla pesada en la arena—. Vendrán en veinte minutos. Al menos deberíamos ser ciento cincuenta más.

¿Ciento cincuenta? ¡*No es suficiente!*, quiero gritar. ¡*El ejército del rey tiene al menos quinientos soldados!*

Pero Lova asiente.

—Excelente. Llegarán justo a tiempo para la segunda oleada. —Mira a Merrin—. Fantástica idea la de las tablas, pájaro. Espera hasta que los soldados hayan dado la vuelta al barco y hayamos comenzado el combate mano a mano. Queremos mantener el factor

sorpresa.

—¡Están aquí! —anuncia Wren.

Nos escondemos detrás de la cresta. Mi pulso late de modo irregular, mi respiración es veloz y superficial. A mi lado, Lova sujeta la cuerda con una mano y la cerilla con la otra.

Esperamos, contra la arena fría, mirando lejos del barco sobre las dunas iluminadas por la luna. Desde detrás llegan los gritos distantes de las órdenes y el tintineo de las armas.

Los soldados han encontrado el barco.

Scrrrch.

La llama diminuta de la cerilla florece en la oscuridad.

—Subid, sucios demonios —sisea Lova en voz baja.

Durante unos segundos, nada ocurre. Luego: las pisadas pesadas de las botas sobre la madera. Gritos.

Lova acerca la cerilla encendida a la cuerda.

La cuerda chisporrotea. Ella la suelta cuando el humo sube, avivado por el viento. Luego, al entrar en contacto con el alcohol, las llamas crecen más. Giramos el cuello, mirando por encima de la cresta para ver el fuego consumiendo el largo de la cuerda, una lengua gruesa anaranjada que avanza más y más rápido.

—¡Abajo! —ordena Lova.

Nos lanzamos sobre el estómago, con las manos sobre la cabeza, y enterramos la cara en la arena. Alguien se lanza sobre mí. Solo tardo un segundo en reconocer su aroma fresco oceánico, el peso de su cuerpo sobre el mío, antes de que el cielo estalle.

La explosión es tan inmensa que el suelo tiembla.

Una intensa onda expansiva atraviesa la noche y consume el aire.

El silencio nos azota.

Segundos después, la arena cae como lluvia vertida por el poder de un monzón.

Un zumbido agudo suena en mis oídos, el zumbido de cientos de mosquitos en mis tímpanos. Unas manos me sujetan y me ponen de pie. Me incorporo tambaleante y descubro que estoy en un nuevo mundo extraño, la mano de Wren sostiene la mía mientras bajamos por el lateral de la duna, las dos cubiertas por la lluvia de arena, mientras el sonido vuelve; sonidos horribles, de pesadilla y demasiado familiares. Gritos y gritos de dolor y el crujido feroz de las llamas.

Más adelante, el barco arde.

Wren me suelta la mano para extraer su segunda espada. La frialdad emana de ella cuando invoca su magia. Sus ojos se vuelven blancos. Las llamas se reflejan en ellos, lenguas doradas alzándose desde el barco contra el cielo de la medianoche, como cortes en la tela de la noche.

Oímos el ruido alrededor de los cuerpos incendiados cayendo por los laterales del barco.

Algunos están quietos. Otros se sacuden, gruñendo en la arena.

Otros intentan apagar las llamas. Ruedan y se ponen de pie, extrayendo sables, lanzas, picos y hachas.

Tomo mi daga, su magia zumba sombría al cobrar vida cuando los primeros soldados nos alcanzan.

Al principio, es prácticamente fácil.

Los soldados del barco están heridos o atontados. Algunos incluso todavía arden, sus llamas y su pelaje brillan con las llamas. El humo invade el aire. Nuestro grupo combate a cada soldado con un solo movimiento o con un enfrentamiento breve, vencidos con determinación absoluta. No siento ninguna de las muertes. Es mecánico, el traslado simple de mi deseo de vivir a la dirección de mi daga. Mi brazo hábil es como un cuerpo extraño, separado de mí de algún modo, solo una extensión de la daga cubierta de sangre.

Más sangre salpica mi ropa, mi cara.

Unas garras marcan mis antebrazos cuando algunos soldados se defienden; las espadas me mordisquean la piel.

Apenas lo siento. Cada momento es simple y enfocado.

Acción, reacción.

Fuego dentro, miedo fuera.

Con los dientes apretados, clavo mi daga en gargantas y entrañas. La deslizo entre costillas y clavículas. La hundo profundamente en los ojos y en la piel suave de los cuellos, observo el destello bronce brillar mientras la carne suave se lo traga con el corte. La magia fortalece mis ataques, pero es más que eso: ahora también es mi habilidad, mi propia sed de sangre.

Gruñidos, gemidos y algunos gritos entrecortados llenan el aire, un coro horrible de dolor. Más que un combate, parece una ejecución. Una masacre.

Luego, de repente, termina.

Wren y yo jadeamos, contemplamos el barco en llamas con las espadas en alto. Mis manos tiemblan, mi daga también, mientras que Wren podría ser una estatua de no ser por su pelo, que vuela al viento y el movimiento de la tela de su sari en sus tobillos.

Una quietud perturbadora aparece. La arena alrededor del barco está plagada de pilas de cuerpos. La luz del fuego cubre rostros húmedos de sangre y bocas oscuras abiertas de par en par. El único sonido es el rugido de las llamas y nuestra respiración agitada. Durante unos segundos perplejos, lo único que puedo hacer es permanecer de pie, temblar y mirar el horror absoluto —en qué acabo de participar, qué *hice*— presente en el hedor metálico de los cuerpos desgarrados y en el líquido rojo de mi daga.

—Retroceded —ordena Wren.

Nos retiramos a la cima de la cresta con los demás.

—¿Todos enteros? —pregunta Lova mientras limpia su sable en los pantalones.

—Nada como un par de asesinatos de postre —responde Nor, aunque su voz carece de humor, su sonrisa es lúgubre.

Osa viene a mi lado. Inspecciona mis brazos donde mi piel pálida tiene cortes rojos. Se arranca tiras de su camisa y me venda los antebrazos.

—¿Estás bien? —me pregunta Wren, inspeccionando el trabajo de Osa.

—Ni... Ni siquiera me duele —digo.

—No es lo mismo que estar bien —responde Osa.

La voz de Lova suena antes de que pueda responder.

—¡Posiciones!

Nos desplegamos sobre la cresta de la duna, Caen y Nitta a la derecha, los Amala en el centro y Wren y yo a su izquierda. Detrás de nosotros, Merrin alza la primera tabla que ha extraído del casco del barco.

Lova extiende una mano.

—Aún no.

El ruido crece mientras, como una pesadilla viva, los soldados rodean ambos costados del barco. Atacan hacia nosotros como la ola batiente que había imaginado antes. Rugiendo, gruñendo, escupiendo. Con las armas en alto o apuntando hacia delante, las llamas del barco ardiente se reflejan en las hojas de metal de las picas, los jian y las hachas de batalla.

La arena se mueve bajo nuestros pies con la fuerza del ejército que se aproxima. Hundiendo los pies contra las corrientes movedizas, sujeto la daga con dedos temblorosos y miro a los atacantes cercanos con la mayor fuerza que logro reunir.

Los soldados llegan a la base de la duna y comienzan a subir. Se mueven como un enjambre frenético y chirriante. Vestidos de negro y rojo, con estandartes con el símbolo del rey al final de la horda, veo toda clase de demonios: chacales, reptiles, lobos, osos, leopardos, bisontes, toros. Cuernos, garras e incisivos afilados brillan bajo el resplandor rojo del fuego.

Siento la lengua como un trozo de algodón en la boca. Exhalo fuerte y cambio de postura.

—Quédate cerca —me ordena Wren—. No permitiré que te toquen.

Deposita un beso en mi frente. Veo un atisbo de sus iris castaños antes de que una ola de aire frío brote de ella mientras se convierte en la guerrera Xia, con sus ojos blancos.

A mi derecha, Lova alza el brazo.

—¡Ahora! —le grita a Merrin.

Él alza el vuelo, la arena sube con el batir de sus alas. Vuela sobre la horda inmensa de soldados antes de dar la vuelta abruptamente. Se oyen gritos. Algunas flechas vuelan en el aire, pero Merrin las esquiva y acelera hasta el frente del ejército.

La tabla cae con un ruido enfermizo.

El sector frontal de soldados se derrumba. Hay gritos mientras los demonios detrás de ellos tropiezan con los cuerpos. Otros se separan. Se forma un agujero en el centro de la ola.

Con un rugido feroz, Lova ataca desde la cresta, con el sable en alto, su pelo del color de la miel brilla bajo la luz del fuego mientras nos guía hacia la batalla.

Y luego surgen más gritos: esta vez detrás de nosotros. Mientras me deslizo por la ladera de la duna, tomo consciencia de los demonios que nos rodean, que parecen aparecer de detrás de la cresta a nuestras espaldas. Por unos segundos insoportables, estoy segura de que es una emboscada sorpresa; que son más soldados del rey. Luego, me doy cuenta de que *estos* rugidos, gritos y alaridos de guerra pertenecen a los Amala. Demonios felinos, rugiendo como su valiente general, se unen a nuestro ataque y aumentan nuestros números al menos en cien.

Merrin vuela por encima, con otra tabla entre las garras.

La llegada de los guerreros Amala me llena de tanta esperanza que por un instante convierte mi miedo en polvo. Pero resurge con un estallido cuando alcanzamos la primera fila de soldados.

Hay un segundo de silencio...

Luego la noche estalla con el choque del metal.

Nuestros bandos colisionan con fuerza y furia, el aire se llena del ruido que hacen los cuerpos al chocar entre sí.

El tiempo tiene efecto estacato. Salto de un segundo al otro, todo ocurre en fragmentos veloces: el impacto tembloroso de mi espada contra otra, labios manchados con saliva hacia atrás en gritos de batalla, armas hundiéndose en músculos duros, la rotura de los tendones y el peso de mi brazo manchado de sangre mientras sacudo mi daga una y otra vez, hundiéndola y sacándola de la carne abierta.

El grito del metal sobre el metal suena en mis oídos.

El aire es un borrón de hojas brillantes.

La sangre caliente me salpica la cara.

Wren y yo luchamos espalda contra espalda, adoptando un ritmo instintivo, como si hubiéramos trabajado juntas de ese modo miles de veces. Ella se enfrenta a la horda de soldados mientras yo lucho uno a uno con esos que logran salvarse de ella. Es imposible ver al resto de nuestro grupo en medio de la confusión de cuerpos y espadas. Cada grito de dolor podría pertenecerles a ellos, cada ruido de un cuerpo al caer al suelo.

Cuando retiro mi daga del pecho de un hombre bajo pero musculoso con forma de jabalí, un demonio delgado con forma de lince se lanza sobre mí. Tiene las orejas esponjosas hacia atrás. Muestra los dientes, dos pares de colmillos afilados como cuchillas.

—¡Muere, keeda! —gruñe y alza su sable sobre mi cabeza.

Lanzo mi daga hacia arriba con ambas manos. El metal chilla cuando nuestras armas chocan. El sonido hace que me rechinen los dientes. Mis pies se deslizan hacia atrás en la arena, hundo mis tobillos profundamente en el suelo. Veo venas hinchadas en la sien peluda del lince mientras presiona su sable hacia abajo.

Un gruñido brota de mi garganta. Sostengo mi daga con manos temblorosas, luchando por contener la espada del soldado. Incluso con la ayuda del encantamiento de mi arma, siento que mis brazos se debilitan.

La silueta de Merrin iluminada por las llamas pasa sobre mí. Oigo más sonidos enfermizos no muy lejos de nosotros; más gritos de dolor sueltos en el aire.

El demonio lince ha obligado a mis manos a retroceder hasta mi pecho. La punta gruesa de su sable toca mi hombro izquierdo, primero con la gentileza de un beso, luego mordaz, como un beso con *dientes*.

Despacio, muy despacio, el sable se hunde en mí. Mis músculos gritan con esfuerzo mientras intento contener el golpe. Pero el demonio es demasiado fuerte y hunde más su sable.

Aún no hay dolor, solo presión intensa.

Y luego, la presión desaparece.

El soldado lince retrocede con un borboteo. La sangre emana del lateral de su cuello mientras gira despacio la cabeza hacia donde la espada de Wren ha hecho un corte profundo y sangriento.

Primero, cae su cabeza; su cuerpo le sigue un segundo después.

Lo miro, jadeando, su sangre caliente me ha salpicado la cara.

Wren ya ha se ha dado la vuelta de nuevo, sus espadas gemelas giran como un ciclón de metal furioso alrededor de su cuerpo. La estática de la magia brota de ella chisporroteando. Aunque soldado tras soldado cae a su alrededor, más continúan llegando para reemplazarlos.

Apenas tengo tiempo para apretarme el hombro con la mano, casi me sorprende al ver que mi palma está húmeda y roja, cuando percibo la vibración en el aire sobre mí.

Esquivo a un lado. La espada cae tan cerca que me corta un mechón de pelo. Con un gruñido, me giro y ataco. Mi daga hace contacto con el soldado —un demonio con forma de perro alto y de hombros anchos— sobre la parte superior de su brazo izquierdo y corto la manga de su bajo negro.

Contraataca con una secuencia de golpes veloces. El metal chilla mientras pintamos una canción con nuestro combate, el jadeo intenso de nuestro aliento como una percusión desagradable.

El soldado perro es implacable. Aunque lo intento y doy golpes letales —Caen siempre

me ha enseñado a golpear con precisión y rapidez para ahorrar energía— es imposible. Él se ríe, su espada danza en el aire y me hace retroceder.

Mi pie aterriza sobre un cuerpo en la arena a mis espaldas.

La masa abultada me hace perder el equilibrio. Siento que mi peso retrocede más allá del punto de recuperación y observo a mis brazos girar mientras caigo hacia atrás y aterrizo con las extremidades extendidas.

Con una sonrisa desagradable, el soldado perro salta en el aire...

Apunta el filo de su espada hacia abajo...

Un arco vívido de sangre brota de la mitad de su cuerpo antes de que pueda hundirla en mí.

El cuerpo del soldado se separa en dos con un corte limpio.

Sus piernas y su cadera caen al suelo. Por un instante largo y surreal, su parte superior parece flotar sobre mí, suspendida en el aire, el rostro de piel café del demonio me sonrío victorioso.

Aparto con el codo su arma antes de que su torso destrozado caiga sobre mí. Siento la ingle y las piernas cálidas. Al principio, creo que me he meado. Luego, noto que es la sangre del soldado.

Me quito su cuerpo de encima, tengo náuseas.

Cuando me pongo de pie tambaleándome, hundiéndome en la arena manchada de sangre, un demonio inmenso aparece de pie delante de mí.

—Tenías órdenes de no matar a la chica —gruñe el general Ndeze.

Asesta una patada a las mitades destrozadas del cuerpo del soldado perro. La sangre gotea de las garras curvas de sus espadas con forma de medialuna.

Mis venas se convierten en hielo. Intento girar rápido, con una patada alta. Pero el general Ndeze aparta mi pierna con la misma facilidad que una mosca.

El hombre cocodrilo tiene tres veces mi altura, es una figura inmensa hecha de músculos grandes y piel oscura que parece cuero. La luz del fuego hace brillar sus ojos reptilianos y enmarcan su silueta con un halo dorado titilante. Sus prendas negras están casi perfectamente intactas, tiene las mangas dobladas hacia arriba con una simetría ridícula, el nudo tenso en su cintura que mantiene su camisa cruzada cerrada está apretado como un puño. Me mira, con la boca torcida con repulsión. La sangre cae de sus espadas afiladas.

Sonríe.

—Lei-zhi —me saluda.

Antes de atacar.

Corro.

Las dunas ondulantes son un cementerio plagado de cuerpos. Mientras acelero, tomo levemente consciencia de que nuestro bando ha logrado ejecutar el plan de Lova de romper la masa de soldados en fragmentos más pequeños y manejables. La batalla se desarrolla a mi alrededor con un rugido de llamas y choque de espadas. Tropiezo con cuerpos caídos. Me hundo en la arena empapada de sangre. No me giro para ver lo cerca que está el general Ndeze. Mi visión se centra a un metro de distancia, o quizás dos. Cada movimiento que hago es instintivo.

¿Una pila de cuerpos debajo de una de las tablas que Merrin ha lanzado?

No la trepes. Rodéala.

¿Un soldado que grita mientras corre hacia mí?

Esquivalo.

Acción, reacción. Una fórmula simple como exhalar y luego inhalar de nuevo. Parece que lo que he aprendido para la batalla también funciona para la huida. Jadeo, zigzagueando a través de la masa movediza de cuerpos que colisionan entre sí. Mi hombro grita de dolor, pero el terror aparta las lágrimas. Solo me concentro en permanecer viva, en poner una bota delante de la otra. En un momento, veo el destello del cabello dorado, la bonita cara de la chica leona, pero se lo tragan los cuerpos movedizos demasiado rápido para estar segura de haber visto bien.

La próxima vez, veo un rostro familiar que es inconfundible.

Se abre una abertura en la batalla más adelante, alrededor de Shifu Caen. Él salta y gira, su espada atraviesa el aire. Se enfrenta a cinco soldados a la vez, luchando con precisión habilidosa. Continúo avanzando, paso a su lado, el alivio me recorre al verlo vivo y luchando bien...

Y me choco de lleno contra el demonio que se ha cruzado en mi camino corriendo.

Caigo de espaldas, el aire abandona mis pulmones. Una cabeza aparece sobre mí: ojos verdes, orejas redondas cubiertas de aretes, pelaje beige con volutas café pálidas en forma de pétalos de rosas abiertas.

—¡Lei! —Nitta jadea. Me ayuda a ponerme de pie—. Estás herida...

Deja de hablar con un gruñido. Se tambalea, su cara cambia y luego cae de rodillas.

La sostengo, mirando al soldado con forma de toro que se cierne sobre las dos. Él alza el

garrote de madera gruesa con el que la ha golpeado. Está inexpresivo. Concentrado.

Aprieto a Nitta contra mi pecho y nos muevo a ambas a un lado cuando él golpea con el garrote. Por suerte, se clava en una espada caída que yace en la arena... por mera suerte, no me he hecho daño con ella cuando he caído hacia atrás. Mientras él se esfuerza por liberar su garrote, doblado por el peso torpe de dos armas, le corto la muñeca.

La hoja corta a través del hueso.

El demonio toro grita... justo a tiempo para que una daga vuele dentro de su boca abierta.

Él se ahoga, sacude las manos en vano sobre su rostro y su garganta antes de caer de rodillas, sacudiéndose.

De la nada, Nor aparece corriendo. Libera la espada y se la guarda en la cintura. Me mira y asiente. Luego, desaparece de nuevo en medio de la refriega.

Temblando, centro de nuevo mi atención en Nitta, quien yace debajo de mí en la arena. Está pálida, un hilo escarlata cae del lateral de sus labios.

Me sonrío. Más sangre cubre sus dientes.

—L-Lei —grazna.

—Shh —digo, deslizando una mano temblorosa sobre su ceño peludo. Observo su cuerpo. No hay heridas visibles. Pero el garrote del demonio toro le ha dado en la espalda; ¿tiene la columna rota? Y la sangre de su boca... ¿se ha mordido la lengua o tiene hemorragias internas?

—Lei —repite, con más firmeza ahora. Mira detrás de mí.

Tardo menos de un segundo en ponerme de pie con la daga en alto.

El general Ndeze emite un siseo furioso mientras mi cuchillo realiza un corte profundo en su antebrazo. Retuerce la cara, tiene los labios hacia atrás y exhibe dos filas de dientes pequeños y afilados.

—Deja de luchar, niña —gruñe—. Si vienes conmigo, puedo terminar con todo esto. Todo este baño de sangre es por ti. Ven con calma y ellos vivirán.

Ven con calma.

Mantenlos a salvo.

He oído palabras semejantes antes sobre mi padre y Tien. Hace una vida entera, pero con la misma claridad que si hubiera ocurrido ayer... lo cual, en cierto modo, siempre será así. Porque ese fue el momento que marcó el final de mi pasado, de mi infancia, del mundo seguro y esférico de mi vida simple en la aldea de Xienzo.

De la vida que perdí.

Cada día antes de que me llevaran al palacio es ayer, algo desaparecido para siempre.

El general Yu me prometió exactamente lo mismo que el general Ndeze me ofrece ahora: seguridad para los que quiero, solo tengo que entregarme.

Excepto que no estaban a salvo. El rey hizo que mi padre y Tien fueran llevados al palacio para verme morir. Y aunque aún no lo había logrado, la guerra los alcanzaría tarde o temprano.

Los papeles nunca están a salvo, y nunca lo estarán. No bajo el reinado del Rey Demonio.

Respiro de modo entrecortado, la sangre ruge en mis oídos. La magia chisporrotea bajo mis dedos mientras aprieto con la mano la empuñadura ensangrentada de mi daga.

—Yo *misma* los mantendré a salvo —le digo con ferocidad al general Ndeze, antes de lanzar mi cuerpo sobre él con la daga en alto.

Mi ataque lo pilla por sorpresa. Retrocede una fracción de segundo demasiado tarde. Hundo mi rodilla en su ingle al mismo tiempo que mi daga hace contacto con su mejilla.

Se hunde. Al principio, corta la carne delgada con facilidad. Luego, tiembla al chocar con el hueso. Mandíbula o dientes.

Él aúlla y me lanza a un lado.

Caigo al suelo. Me ataca. El dorso de su mano golpea mi mentón y envía mi cabeza hacia atrás. Las luces estallan en mis ojos. Ataco a ciegas. Mi daga colisiona contra algo: ¿su brazo? ¿Su torso? Pero cuando mi visión comienza a despejarse, me quedo ciega de nuevo.

Un grito brota de mi garganta.

El general hunde sus dedos en lo profundo de la herida que el perro demonio me ha hecho en mi hombro. El dolor es increíble, no es solo un dolor físico, es más bien un sonido, un color, blanco y frenético que me deja momentáneamente ciega.

De pronto, retira los dedos.

Oigo un ruido. Un grito.

Caigo de rodillas, inhalando con inestabilidad, mientras Merrin sube en el aire antes de caer en picado de nuevo.

Esta vez, el general Ndeze se aparta. Atrapa uno de los pies de Merrin. Aleteando frenéticamente, Merrin extrae una lanza del cinturón que cuelga sobre su pecho. Ataca... solo para que el cocodrilo demonio detenga la lanza con uno de sus cuchillos con forma de cornamenta y la lance a un lado.

El general se prepara para atacar, apuntando a las piernas de Merrin...

Justo cuando salto y hundo mi daga en sus entrañas.

El general gime.

Con un grito triunfal, Merrin golpea con su pierna libre. Su garra colisiona con el rostro del general. Cuando el demonio trastabilla, arranco mi daga de su cuerpo y la hundo en la parte inferior de su mentón.

La sangre me salpica la cara, cálida y espesa.

Un borboteo horrible escapa de los labios del general Ndeze. Luego, cae de espaldas. La

sangre burbujea en su garganta, cayendo en ríos brillantes sobre su piel reptiliana parecida al cuero.

Intenta hablar, pero solo sale un ruido ahogado. Se sacude. Momentos después, se paraliza.

—¡Merrin! —grito, sin desperdiciar un segundo—. ¡Nitta está herida!

El demonio lechuza aterriza a nuestro lado mientras me agazapo de nuevo junto a ella.

Nitta está recostada de espaldas. No se mueve al principio, pero luego parpadea cuando le acaricio la mejilla con una mano.

—¿Puedes ponerte de pie? —pregunto.

Alza débilmente la cabeza, solo para dejarla caer con una mueca de dolor.

—No... No puedo.

Con el mayor cuidado posible, Merrin coloca una mano debajo de ella. El pájaro tiene el rostro serio.

—Creo que es su espalda. Parece que algo va mal con su columna.

A nuestro alrededor, la batalla prosigue, un rugido caótico de espadas chocando y gritos dolorosos que atraviesan el aire lleno de humo. Un grito agudo atraviesa mis oídos. Alzo la vista, con la sangre helada.

¿Wren? ¿Lova?

—Se suponía que no sería así, Lei.

Me giro y veo a Merrin mirando a Nitta. La chica tiene los ojos cerrados, su respiración es superficial y llena de dolor.

—¿Qué? —replico distraída.

El rostro de Merrin es inexpresivo.

—Se suponía que no sería así —repite, con voz monótona.

—Debes llevarla a un lugar seguro —le insisto—. La matarán si se queda aquí.

Merrin no da señales de haberme oído. Luego, susurra:

—Un lugar seguro. Sí. Eso es. —Con un aleteo, carga a Nitta sobre su espalda. Luego, antes de que pueda reaccionar, antes de que intente siquiera resistirme...

Me sujeta.

Me resbalo sobre sus plumas, extendiendo los brazos para sostenerlas, para equilibrarnos a Nitta y a mí mientras él despega del suelo, erizando las plumas y la arena y la ceniza caen a nuestro alrededor con las ráfagas poderosas que él genera con sus alas.

—¡Merrin! —grito, aferrándome mientras sujeto a Nitta con un brazo—. ¿Qué dioses haces?

—¡Te salvo la vida! —responde en un grito—. ¡Reparo mi error!

—¿Qué error?

Sin responder, vuela más alto. Mi cabeza cuelga sobre su hombro, de modo que veo

perfectamente la escena que se despliega debajo.

El desierto se ha convertido en un campo de batalla feroz. Bultos oscuros de sangre y cuerpos florecen en la arena como flores desagradables. El casco del barco aún arde. Las llamas brotan de él, subiendo mientras nos alzamos más en el cielo. La batalla es tan densa, que es imposible distinguir un cuerpo movedizo de otro. Solo una persona resalta inconfundible en medio de todo.

Rodeada por una horda inmensa de soldados, Wren lucha con furia incesante, oleadas heladas de aire gélido brotan de ella mientras se mueve en una danza brutal, sus espadas reflejan la luz del fuego de modo que parece un sol, emitiendo rayos dorados y anaranjados, rayos giratorios de luz líquida.

Al igual que el sol, ella es como ha sido siempre: demasiado brillante para mirarla directamente, pero demasiado preciosa para no intentarlo.

Mi corazón grita.

Sujeto las plumas de Merrin tan fuerte que mis dedos se vuelven blancos, me agazapo sobre Nitta para que no se caiga. Merrin vuela entre sacudidas, inclinándose a la derecha. La sangre mancha las plumas de su brazo derecho cerca de su hombro; deben de haberlo herido en la batalla.

—Bájanos —grazno. Mis ojos se humedecen. Lo repito, esta vez gritando—. ¡Bájanos! ¡Necesitan ayuda!

Pero él continúa volando torcido. El barco en llamas se aleja, el sonido de la batalla disminuye.

—¡Te mataré! —grito, tirando de sus plumas con puños temblorosos—. ¡Tengo un cuchillo! ¡Te cortaré la garganta si no nos llevas de vuelta *ahora mismo!*

—Pues mátame —responde Merrin, su voz es tan fría y ajena que podría pertenecer a un extraño—. Me caeré y todos moriremos.

Lloro fuerte, un sonido largo, intenso y penoso, temblando por la furia y la impotencia de toda la situación. Porque tiene razón. Si lo mato, nos mataré a los tres. Y él sabe que no haría nada que dañara a Nitta.

Ahora estamos demasiado alto para oír la batalla. Solo escucho el tintineo lejano de las espadas y el crujido débil del fuego. Parpadeando para alejar las lágrimas, retuerzo el cuello para mirar atrás.

Las dunas bajo la luna se extienden debajo como un mar fantasmal. Lejos, detrás de nosotros, el barco de los Amala arde anaranjado, ahora diminuto como la llama de la cerilla que Lova sostenía antes, una única luciérnaga solitaria en un océano de oscuridad.

Hundo el rostro entre las plumas erizadas de Merrin y lloro.

El punto luminoso del barco ardiente permanece allí un instante, bailando detrás de mis párpados cerrados. Luego, también desaparece.

Volamos hasta que el aire está espeluznantemente silencioso. Hasta que, a excepción del viento que peina nuestra ropa y las lágrimas que caen sin parar por mis mejillas, nada más se mueve.

Merrin aterriza veinte minutos después, cuando su vuelo se ha vuelto peligroso y errático, su brazo herido hace que avance tambaleándose por el cielo. Debe de dolerle, y llevarnos a Nitta y a mí hasta aquí no debe de haber sido fácil. Pero, en vez de lástima, mi furia hace que disfrute de su dolor.

Que le duela. Es lo mínimo que merece.

Aterrizamos con fuerza, medio derrumbándonos sobre una cresta de arena.

Bajo de la espalda de Merrin con el mayor cuidado posible en intentar no mover a Nitta. Cuando lo hago, él extiende su brazo con firmeza y lo uso para deslizarse a la chica hasta el suelo. Estamos en alguna parte silenciosa del desierto, el aire es árido y frío. El viento susurra sobre la arena.

Nitta despierta. La luz de la luna brilla en el blanco de sus ojos mientras me mira.

—¿Dónde estamos? —pregunta, débil.

Deslizo mis dedos sobre su pelaje.

—Aún estamos en el desierto. Pero... ya no estamos con los demás. Estás herida, Nitta. Ya no podías luchar. Merrin nos ha traído a un lugar seguro.

Seguro. La palabra es una espada que me atraviesa la lengua cuando la digo.

No debería haber un lugar seguro para mí. Merrin y Nitta debían estar en un lugar seguro mientras que yo debía estar en el barco ardiente junto a Wren y los demás. No a salvo, pero luchando. No a salvo, pero haciendo lo correcto.

En riesgo, pero *intentando hacer que hubiera un lugar seguro.*

Nitta tiembla bajo mi tacto, aunque no sé si es por el dolor o por el viento frío. Desearía tener un abrigo que ponerle. En cambio, le digo venenosamente a Merrin:

—¡Ven aquí! Dale calor.

Él se sienta en ángulo y abre su brazo alado sano sobre Nitta, como si fuera una manta. Infla todas sus plumas para generar la mayor calidez posible.

—Había tantos —dice Nitta con voz ronca. Cierra los ojos y luego los abre de nuevo—. Morirán sin nosotros.

Las náuseas recorren mi interior con tanta violencia que casi tengo arcadas.

—No —me obligo a decir—. No, son fuertes. Estarán bien.

Balbucea algo ininteligible.

—Hay... hay un río al este —susurra Merrin—. Lo he visto cuando volábamos. No está

lejos.

—¿Qué? —replico.

—Necesitaremos agua —prosigue como si hablara solo—, para beber y limpiarnos las heridas antes de continuar. No puedo volar y no estamos a salvo aquí sin refugio, sin comida. Debemos seguir el curso del río. Nos llevará a un asentamiento. Puede que tengan barcos de arena o caballos que prestarnos. Si continuamos hacia el norte, llegaremos a la Cumbre del Demonio. Mi brazo ya debería estar mejor para entonces. Puedo llevarnos volando sobre las montañas hasta el cruce hacia Ang-Khen que coordinamos con Ketai antes de partir.

Lo miro boquiabierta, incrédula.

—¡No iré a ninguna parte contigo!

Merrin no alza la vista.

—Entiendo tu furia —responde con debilidad.

—¡Los has dejado para que mueran! —gruño—. ¡Y ahora hablas de volver con los Hanno como si ni siquiera tuviera sentido *intentar* volver a salvarlos!

Un ronquido suave suena en el silencio de Merrin; Nitta duerme.

Me muevo con cuidado y me pongo de pie. Merrin permanece donde está, con un brazo aún extendido sobre Nitta, sus plumas blancas grisáceas crean una manta gruesa.

Cuando por fin alza la vista, sus ojos están vacíos, su rostro inexpresivo.

—Hay más —dice. Inhala temblorosamente, luego continúa con voz baja y derrotada—: Fui yo. Yo fui quien se lo dijo. Así nos encontraron. Así supieron dónde estábamos.

El pulso me ruge en los oídos. Cruzo los brazos, abrazándome mientras tiemblo, hundiendo las uñas en la tela manchada de sangre de la parte superior de mi kebaya.

—Pero ¡no se suponía que fuera a pasar así! —Abre los ojos de par en par, en pánico, suplicante—. ¡Qanna me lo prometió! Dijo que solo quería capturarte a ti, a Wren y a Lova para evitar que los Hanno unieran fuerzas con el Clan de los Gatos. Me dijo que enviaría a sus propios soldados, y que ellos te llevarían con la menor fuerza posible. Ella... me lo prometió... —Guarda silencio, marchitándose bajo mi mirada fulminante.

—¿Qanna? —digo sin aliento—. ¿La hija de Lady Dunya?

Merrin parece desolado.

—Después de lo que pasó con su hermana, dio un golpe de estado con ayuda de la comandante Teoh y el resto de los guardias y tomó el reino de su madre. Encerró a sus padres. Tomó el control del Palacio de las Nubes. Había un representante del Ala Blanca en la fiesta de Lord Mvula, y Lady Qanna le ordenó que nos siguiera para encontrar un modo de acercarse a mí con su oferta...

—¿Qué oferta?

—Hacerme miembro del Ala Blanca.

El horror vibra por mi cuerpo.

—Cuando nos dejaste, después de la discusión en el barco. Ahí fue cuando ella te encontró.

—Debes saber, Lei —suplica Merrin—, ¡que no lo hice por eso! ¡No me importa eso! El único clan del que me he sentido parte es el de los Hanno, pero después de lo que hicieron... —Su voz suena amarga—. Ketai Hanno no es la persona correcta para liderar esta guerra. Lo sabes, Lei. Sé que lo sabes. Desconfiaste de él en cuanto lo conociste. Lo vi. Pero no fue hasta que Bo...

Deja de hablar y aparta la vista.

—Wren y Caen lo dejaron morir. Y luego usaron a Hiro como si él no significara nada para ellos, como si su vida fuera solo otro daño colateral en su búsqueda de poder. Cuando supe que Wren había matado a Eolah en el Palacio de las Nubes, esa fue la gota que colmó el vaso. Sabía que no podía apoyar a un líder que tiene tan poco respeto por la vida de los demás. Ya tenemos un rey así. No necesitamos otro igual.

Lo peor es que Merrin tiene razón. Y eso me enfurece más que nada. Tengo que acordarme de respirar; hundo más mis uñas.

Merrin tiene una expresión angustiada.

—¡No tenía ni idea de que ella le daría al ejército real la ubicación del campamento! —grita—. Me prometió que solo enviaría a un escuadrón selecto del Ala Blanca, solo lo suficiente para vencer al grupo sin fuerza excesiva. Por eso hice que todos volvieran al barco. Para que nadie más saliera herido. Se suponía que os llevarían al palacio del Ala Blanca y os encerrarían con Lady Dunya y Lord Hidei, quienes son tratados bien por el clan. Lady Qanna prometió que no os haría daño a ninguna de vosotras —repite, como si al hacerlo pudiera hacer que fuera verdad.

Aunque, mientras hablamos, se vuelve mentira.

Ahora mismo, a kilómetros de desierto vacío bajo la luna, Wren, Caen, Lova, Osa, Nor y los otros guerreros del Clan de los Gatos se enfrentan solos a un ejército de cientos de demonios.

Me giro y vomito a un lado.

—Lei... —dice Merrin.

—¡Aléjate! —Trago, intentando calmar el martilleo de mi corazón y el rugido de la sangre en mis oídos. Deslizo la mano sobre mi boca y luego anuncio—: Volveré.

—¿Qu-qué? —susurra Merrin.

Ignorándolo, aliso mi ropa e inspecciono mis heridas con dedos temblorosos. Las vendas de Osa en mis antebrazos han resistido bien, pero mi hombro izquierdo tiene un corte abierto donde la espada del perro demonio me ha perforado la piel. El dolor late dentro, una sensación creciente que sé que solo empeorará con el tiempo. Lo cubro lo mejor que

puedo con la tela de mi camisa para evitar que entre arena en la herida.

—Quédate con Nitta —le ordeno a Merrin—. Asegúrate de que llegue a salvo con los Hanno.

—¡No puedes caminar de vuelta! —exclama mientras empiezo a alejarme, mis pies resbalan en la arena—. ¡Estamos a kilómetros de distancia!

Me giro, mis ojos brillan.

—¡No me digas lo que no puedo hacer! ¡No tienes ni *idea* de lo que soy capaz!

No responde y me doy la vuelta de nuevo, con los puños apretados y avanzo. El desierto serpentea ante mí. Las colinas de arena iluminadas por las estrellas ruedan en el horizonte brillante donde los primeros rastros de un nuevo día aparecen, el rosa más pálido toca el cielo, el color de una gota de sangre en el agua.

Mientras camino, recuerdo la última vez que Wren y yo hablamos con propiedad, aquella noche horrible en el camarote, cuando sentí que el mundo se terminaba.

De todos modos, *algo* terminaba.

¿Cuántos asesinatos más cometeréis en nombre de la justicia hasta entender que sois tan malos como aquellos contra los que luchamos?

No me enorgullece para nada. Pero si nos ayuda a derrocar al rey, si ayuda a detener el hostigamiento de los papeles en todo el reino y a hacer que Ikhara sea de nuevo un lugar seguro para nosotros, para todos, entonces todo ha valido la pena.

Nada vale perderte a ti misma.

Aún soy yo, Lei. Siempre he sido la misma. Es lo que intentaba decirte con mi palabra de bendición natal.

¡El sacrificio no significa ser despiadado! Sabes, todo este tiempo creía que el rey era nuestro único enemigo. Ahora comprendo que hemos tenido otro todo el tiempo: tu padre. Los Hanno. Tú.

¿Cómo pude decirle eso? Wren, que solo me ha amado y protegido siempre. Que lucha por lo que cree. Que quemaría el mundo entero para mantenerme a salvo.

Cree que la odio.

Morirá pensando que la odio.

Mis pies resbalan en la arena cuando cruzo una duna. Me caigo. El dolor estalla en mi hombro izquierdo. Con un gruñido grave y gutural, me incorporo, solo para caer de nuevo.

El dolor, la deshidratación y el agotamiento recorren mi cuerpo en oleadas competitivas, cada una intentando hacerme sentir más miserable que las otras. Mis piernas ceden. Caigo de cara sobre la arena. Sujeto en vano los granos fríos que se filtran entre mis dedos, evasivos como la energía que intento invocar.

¡Levántate!, me grito.

En voz alta, la arena me llena la boca.

—¡Levántate!

Pero mi cuerpo no coopera. Mi cabeza da vueltas. La oscuridad aparece en mi periferia visual.

—Wren —susurro antes de que la oscuridad me cubra por completo, como una manta sobre un niño o sobre un cadáver.



Cuando despierto, hay luz. No puede haber amanecido hace mucho, el horizonte brilla con el mismo tono rosado que vi antes. La luz pálida cubre el desierto, pero aún no hace calor.

Tengo la boca seca y la garganta en carne viva.

Me incorporo despacio. Mi hombro grita de dolor cuando uso el brazo izquierdo como apoyo. La sangre y la arena cubren la herida. Me muevo, la herida se abre, la carne viva asoma. Con una mueca y con más cuidado, me pongo de pie. Aunque me tambaleo, permanezco erguida.

En todas direcciones, las dunas se extienden en olas doradas infinitas. No hay ni rastro de Merrin y Nitta.

El alivio me invade, aunque está mezclado con el miedo.

—Fuego dentro —susurro en voz baja con los labios agrietados y, armándome de valor, camino por el paisaje de dunas infinitas.

No sé cuánto tiempo avanzo. Mi atención está centrada en mi marcha ardua, en el esfuerzo que hago al arrastrar un pie delante del otro. El sol brilla, más y más alto, una luz ardiente en mi nuca. Me duele la cabeza. Todo gira a mi alrededor, en una niebla color miel glaseada. A veces tropiezo. Espero un rato sobre mis manos y rodillas, permitiéndome un minuto, solo un minuto, para respirar. Luego, me arrastro y me pongo de pie de nuevo.

Wren.

Su nombre, esa sílaba simple y perfecta, se vuelve un mantra. Una plegaria. Cae al ritmo de mi pulso, en las inhalaciones y exhalaciones de mis pulmones.

Apenas he dejado de caminar todo este tiempo. El aumento del calor y la luz me atonta un momento y alzo la cabeza, notándolo con propiedad por primera vez. El desierto se extiende ante mí, exactamente el mismo en el que comencé a caminar esta mañana, un mar de arena ondulada, casi sin ningún distintivo. Por delante, el cielo es magenta oscuro, tocado por el primer rubor de las estrellas.

Es tan bonito que inclino la cabeza hacia atrás, casi jadeando mientras lo asimilo.

La cabeza me da vueltas. Extiendo las manos, casi me caigo.

Wren: su nombre otra vez, llamándome para que vuelva a mi centro. A ella. Exhalando con debilidad, el aire seco como cuchilladas en mi garganta, me obligo a continuar.

Justo cuando mis ojos comienzan a posarse de nuevo en mis pies, me detengo. Alzo la cabeza.

Allí, a pocas dunas de distancia, directamente enfrente, hay una silueta.

Wren.

Su nombre late más rápido, más fuerte, siguiendo mi pulso.

Wren, Wren, ¡Wren!

La silueta avanza hacia mí. Es alta sobre el horizonte que se oscurece, su paso ágil llena de esperanza mi corazón como una marea repentina.

¡Wren!

Con torpeza, corro.

La silueta continúa caminando con paso firme hacia mí.

Mis movimientos son torpes. Siento que el suelo se mueve bajo mis pies, intentando evitar que la alcance. Pero no lo permitiré. El llanto sacude mi cuerpo mientras me obligo a hacer que obedezca mi voluntad. La sangre ruge en mis oídos. Mi visión late. Pero ya casi he llegado y la silueta también, la mujer que ahora veo que *es* Wren, es ella, es ella, mi amor, mis alas, caminando con calma, sin una sola herida, sonriéndome como un sueño.

Con los brazos abiertos, llamándome.

Te he encontrado, pienso mientras caigo en sus brazos.

Me sujeta fuerte. Mis ojos se llenan de lágrimas. Parpadeo, sin querer perderme un segundo de este momento. Y, despacio, a medida que mi vista se despeja... noto la línea recta de huellas que se extiende detrás de ella.

Pisadas.

Pero no tienen forma de botas o forma humana siquiera.

En cambio: huellas de patas. Patas con almohadillas, largas y delgadas, con punta de garras.

—Wren —grazno.

Intento alejarme, pero el brazo de pelaje blanco que sostiene mi espalda me aprieta fuerte, más fuerte, hasta que lucho por respirar y comienzo a forcejear contra su agarre, mientras el pánico despierta en mí, aunque es demasiado tarde.

—No te resistas —ronronea Naja con su voz sedosa y aguda, dulce como una canción de cuna—. No te resistas, Lei-zhi. Es hora de llevarte de vuelta al Palacio Escondido. Irás a casa. No te resistas —repite, un poco más agudo ahora.

Pero no obedezco.

Me sacudo y lucho y doy patadas y grito, hasta que más demonios aparecen de la nada entre las dunas borrosas como miel sobre una cuchara. Los demonios visten el negro y el rojo real. Posan sus manos pesadas sobre mí. Me retienen.

Con un gruñido, le doy un cabezazo a Naja. Ella sisea y me sujeta el mentón. Su dedo y su pulgar me abren la boca a la fuerza.

Un demonio alce con cornamenta se acerca a su lado. Coloca algo entre mis dientes

antes de que pueda cerrarlos.

Es amargo. Sabe a tierra.

Una mezcla de amapola y raíz de valeriana. Mi conocimiento de herboristería me hace notar demasiado tarde que me han dado un sedante, mi cuerpo ya está más débil, más liviano, parece una pluma. Mientras mis ojos se cierran, oigo de nuevo la voz, la que me había susurrado al oído todo este tiempo. Palabras que hace meros segundos por fin habían mutado en algo bonito y ahora son otra vez burlonas y frías.

Te he encontrado.

Después de todo este tiempo, por fin se ha hecho realidad.

Y luego, la llamada de la oscuridad es demasiado intensa y me permito caer, mientras los brazos amplios y estrellados del cielo crepuscular me tragan junto al roce sedoso del pelaje blanco.

Nota de la autora

Cuando escribí *Chicas de papel y de fuego*, mi objetivo era crear un libro que sintiera que era completamente auténtico para mí. Una historia, un mundo y unos personajes creados en gran parte por mis propias experiencias. Lo hice solo para mí, porque era lo que *yo* necesitaba. Pero luego, algo increíble ocurrió. Publicaron el libro y los lectores —lectores que tenían mi mismo aspecto, que compartían el mismo bagaje cultural, que también eran supervivientes de abusos sexuales— comenzaron a decirme que este era el libro que *ellos* también necesitaban. Leer las historias de Lei y las Chicas de Papel hizo que esos lectores se sintieran tan representados como yo me sentía al escribirlas. Desde entonces he aprendido que hay una clase de magia especial en saber que no estás solo con tus experiencias. Es una magia íntima, pero muy poderosa.

Si bien *Chicas de papel y de fuego* lidia más con las consecuencias inmediatas del abuso, *Chicas de tormentas y de sombras* explora su impacto a largo plazo. Hay una frase del libro en que Lei, pensando en su futuro con Wren, dice: *Antes, parecía que lo único que se interponía en medio de nuestra felicidad era el Rey Demonio y el palacio. Que una vez que nos fuéramos, seríamos libres.* A través de mi experiencia personal con el trauma, he descubierto que liberarse de ello rara vez es fácil de lograr. Incluso cuando nos distanciamos del peligro inmediato, puede continuar viviendo en nuestro interior, como un veneno sin antídoto simple.

Hay varias formas de recuperarse de un trauma. Es intensamente personal. En este libro, me he basado en mi propia experiencia para escribir sobre los viajes de Lei y de las chicas, pero no es en absoluto una guía detallada o definitiva. Si hay algo que he aprendido a través de mi propia recuperación y hablando con otros supervivientes es que no hay un solo camino a seguir. No hay caminos mejores o peores que otros. Simplemente lo hacemos lo mejor posible, incluso si a veces no parece gran cosa.

Para los lectores que están en sus propios caminos de recuperación de un trauma, mi esperanza es que os tratéis a vosotros mismos con compasión, amabilidad y paciencia. Por favor, sabed que sois más fuertes y valientes de lo que creéis. Recuperarse de ese veneno es un viaje impreciso e imperfecto, pero lo importante es estar *haciendo* el viaje. Nunca renunciar a ti mismo.

Si eres víctima de abuso sexual, emocional o físico, o si tienes dificultades con una adicción, por favor, considera hablar con un adulto de confianza o contactar con alguna asociación en caso de que necesites buscar ayuda de modo anónimo.

Agradecimientos

Y parece que todos esos autores no estaban equivocados: las segundas partes de las trilogías son realmente difíciles de escribir. Sin duda, este fue el proceso de escritura más difícil para mí hasta ahora. Por eso me siento profundamente agradecida a todos aquellos que me han ayudado en el camino. Hubo momentos en los que me parecía imposible que pudiera tener este libro en mis manos, pero aquí estamos.

Un cálido *gracias* a todos aquellos que han hecho que este libro sea una realidad: a mis amigos de París, en especial a Celine, Cheryl, Farah, Jay y Paul, por todas nuestras conversaciones serias, por los *apéros* y los picnics. Gracias por llenar mis días con risas y amor. Una mención especial a Jay por ayudarme a resolver el agujero argumental: ¡espero que tengas todo preparado para el tercer libro!

A mis nuevos amigos autores, bueno, no *tan* nuevos ahora, que me han acompañado en este camino y han compartido conmigo tanto los triunfos como los momentos duros: Sarah Farizan, Aliette de Bodard, Kristina Perez, Victoria Lee, Rebecca Kuang, Maura Milan, Kerri Maniscalco, Laura Sebastian, Tasha Suri, Samantha Shannon, Julian Winters, Patrice Caldwell, Rebecca Hanover, y muchos más. Me sorprendéis (e intimidáis) con vuestro talento y bondad. Debemos continuar gritando, comentado, compadeciéndonos y dándole rienda suelta a esta vida loca.

A mi equipo soñado de Hodder, Sam Bradbury y Kate Keehan, no solo por trabajar tan duro para hacer que *Chicas de papel y de fuego* fuera un éxito en mi tierra natal, sino también por lograr que trabajar sea tan divertido.

Y, por supuesto, a todos los que aparecían en los agradecimientos del primer libro: gracias de nuevo, muchas gracias. Especialmente a toda la gente de Jimmy Patterson y de Hachette, por ir a por lo mejor. No lo podría haber hecho sin vosotros.

Por último, un gran gracias a todos los que apoyaron el libro uno: bloggers, reseñadores, bibliotecarios, periodistas, maestros, organizadores de festivales, los podcasts, las compañías de cajas literarias por suscripción (¡te miro a ti, Anissa!), libreros, y lectores. Todos vosotros sois la razón por la que puedo estar aquí escribiendo estas palabras. Vuestra pasión, apoyo y compromiso con los libros significa el mundo, no solo para mí, sino para tantas otras personas. Gracias por todo lo que hacéis.

Sobre la autora

Natasha Ngan es escritora y profesora de yoga. Se crio entre Malasia, de donde proviene el lado chino de su familia, y el Reino Unido. Esta crianza multicultural continúa influyendo en lo que escribe, y le apasiona crear historias inclusivas para adolescentes. Natasha estudió Geografía en la Universidad de Cambridge, luego trabajó como consultora de redes sociales y tuvo un blog sobre moda. Hace poco se mudó a París, donde le gusta imaginar que se pasea con elegancia de una *brasserie a otra*, con una libreta en una mano y una copa de vino en la otra. En realidad, pasa la mayor parte del tiempo perdiéndose en el metro y confundiendo a los lugareños con su francés. Su novela *Chicas de papel y de fuego* fue un bestseller del *New York Times*.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA



/MundoPuck



/Puck_Ed



/Puck.Ed

LATINOAMÉRICA



/PuckLatam



/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

» PUCK «

